



**TODDO
SUYO,
SEÑORITA
LÓPEZ**

Mariel Ruggieri

zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Pero ¿qué hacéis con este libro en las manos?

Ahora

Mucho antes

Ahora

Antes

Ahora

Antes

Ahora

Antes

Ahora

Antes

Ahora

Más tarde

Días después...

Más adelante

Ahora

Al día siguiente

Ahora

Momentos después...

Más tarde, ese mismo día...

Al día siguiente

Esa noche...

Ahora

Dos días después...

Más tarde

Ahora

Al día siguiente

Días después

Miércoles
Días después
Más tarde...
Ahora
Más tarde...
Ahora
Lunes
Lunes por la noche
Madrugada del martes...
Miércoles
Miércoles por la tarde
Ahora
Viernes
Poco después
Otro día
Días después
Más adelante
Dos días después
Epílogo
Agradecimientos y algo más
Entrevista a Paulette Lieberman. Tesis de Cynthia López
Entrevista a Fausto Gastaldi. Tesis de Cynthia López
Entrevista a Helena Miller. Tesis de Cynthia López
Entrevista a Daniel Oliver. Tesis de Cynthia López
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La señorita López siempre ha tenido dudas sobre su orientación sexual, hasta que Daniel Oliver llega a su vida con una mochila llena de problemas y unos gustos sexuales algo peculiares, algo que ella pronto aprenderá a disfrutar.

Enamorada hasta las trancas, el abogado se convierte en su mayor desafío, en su más preciada obsesión. Sin embargo, pronto descubre que ella no es la única mujer en su vida... La señorita López tiene una enemiga muy poderosa a la que tarde o temprano deberá enfrentarse.

Un hombre increíble por el que merece la pena luchar. Un amor inmenso amenazado por circunstancias del pasado. Una serie de decisiones que es necesario tomar.

¿Logrará la señorita López vencer los obstáculos que la alejan de Oliver? ¿Podrá él acabar con aquello que le hace tanto daño?

TODO SUYO, SEÑORITA LÓPEZ

Marcel Ruggieri

zafiro 

Pero ¿qué hacéis con este libro en las manos? No me digáis que queréis más... ¿Es que no os han bastado las andanzas de Helena y el «muñeco de pastel de bodas»? ¹ El doctor Gastaldi y mi amiga ya os han dejado ver un poco de la explosiva vida sexual que se traen entre manos, así como de su bonita historia de amor.

Pero, claro, vosotras queréis más. Habéis venido para saberlo todo sobre la señorita López, ¿a que sí?

Anda, marchaos. Estoy segura de que nada de lo que pueda deciros os gustará. Ya sabéis que yo siempre he sido más de pescado, ¿verdad? Nunca he seguido una dieta estricta porque no puedo resistirme a un buen trozo de carne de vez en cuando, pero si queréis que os cuente más sobre ello, vais a tener que leer sobre lo otro, y no creo que queráis..., ¿o sí?

Pero mira que sois morbosas, ¿eh?, pequeñas golfillas lectoras.

Os morís por saber sobre mi relación con mi peluquera, si he claudicado ante el distinguido abogado y cada detalle de lo que vuestra mente calenturienta imagina que pudo suceder.

Pues bien, si lo pedís, lo tendréis. Voy a contaros mi vida con todo lujo de detalles (sé cuánto os gustan) y sin cortarme ni un poquito. ¿Estáis listas para lo que vais a leer? Os advierto que no me andaré con eufemismos como hago en esta introducción, así que preparaos porque el menú que vais a degustar conmigo es variado y... explícito.

Porque ya tenéis claro que, a pesar de que me gusta el pescado, cuando un buen filete se me pone delante, no puedo resistirme a devorarlo. Y a veces resulta que ese filete me parece tan satisfactorio que sólo puedo pensar en chuparle hasta los huesos.

¿Sabéis de qué hablo? ¿A que habéis sentido lo mismo alguna vez? Seguro que os gusta la carne en barra, la leche de bípedo y una buena «uve» abdominal tatuada con Nutella también.

Sois iguales que mi amiga Helena, que lo sepáis. Viciosas y calientes, como debe ser.

Os merecéis saberlo todo, y ahora os lo voy a contar.

Ahora

Vuelvo la cabeza a un lado y al otro cada vez que me miro al espejo. Necesito hacerlo desde distintos ángulos para comprobar por enésima vez lo bien que ha quedado mi nueva nariz. Sé que es algo tonto verificar que esté todo en orden continuamente, ¡como si fuese a estropearse así porque sí! También soy consciente de que todo este ritual frente al espejo me hace parecer muy vanidosa, pero después de lo mal que lo pasé con la chapuza que me hicieron en el hospital la primera vez, creo que merezco esta licencia.

Mi amiga Helena me observa y hace una mueca mientras mastica su ensalada de lechuga y escarola, sentada a lo indio sobre la cama.

Le saco la lengua y le devuelvo la mirada reprobadora criticando su comida.

—No sé cómo lo haces para sobrevivir comiendo hierba.

—No como nada que tenga ojos, ya lo sabes —responde de inmediato.

—¿Ni siquiera leche? —pregunto, aun a sabiendas de que es vegana por convicción, y absolutamente incorruptible.

—Ni siquiera leche.

—Salvo que se trate de leche de bípedo, ¿no? Porque no te he visto abstenerte... —le digo con una sonrisa muy elocuente.

—Tampoco me has visto hacerlo.

—Vamos, que Rocco no ha sido precisamente discreto... —declaro insidiosa—. En fin, tú y yo somos el día y la noche. Yo puedo vivir sin carne, pero sin pescado...

—¿Estamos hablando de comida o de tus gustos sexuales?

—De las dos cosas. ¿Nunca me dirás si alguna vez te has comido un coño? Debes comprender que, siendo lesbiana, tenga curiosidad... —tanteo a ver si de una vez por todas deja de ser tan hermética y confiesa algo picante. No sé por qué se reserva esas cosas; yo hablo de sexo todo el tiempo.

—Tú no eres lesbiana. Eres bisexual. Te gusta la carne, el pescado, y todo lo que tenga ojos.

—¿Qué más da? Vamos, confiesa...

Pero es inútil, Helena no lo suelta.

—Cynthia, ¿puedes dejarlo? Y, por favor, alcánzame la toalla, que me quiero duchar antes de marcharme.

—¿Te vas de fiesta? ¿Sin mí?

—Claro que no. Hoy es mi último día en el voluntariado.

—¿Así que no volverás al teléfono de prevención de suicidio?

—Tal vez el año próximo... Entre los teóricos y los prácticos de la *facu*, más todo lo que hay que estudiar, estoy agotada.

—¿Y te pagarán algo por los servicios prestados? —pregunto, porque me parece un abuso que se quede hasta altas horas de la madrugada sacrificando su tiempo por nada.

—No me pagarán; por eso lo llaman «voluntariado» y no «trabajo».

—No entiendo el morbo de...

—No es morbo. Son deseos de ayudar... ¿Sabes lo que es eso? Claro que no, si ni siquiera me has dado la toalla —me reprende.

—¿Y tú sabes que eres rara?

Pone los ojos en blanco y se mete en el baño de la habitación que alquila junto a la mía en esta residencia de estudiantes situada en el centro de Cardelores.

La verdad es que «rara» se queda corto para definirla, pues Helena es algo nunca visto. Rastas rojas, tatuajes por doquier y ropa estrafalaria. Independiente y contestataria, Helena es mi mejor amiga y tal vez la única persona en la que confío en todo el mundo.

Estoy segura de que ha pasado por momentos duros, pero jamás habla de ello y nunca se queja de nada. Bajo esa apariencia exótica, mi amiga es dueña de una sencillez y una bondad increíbles, y también de una resiliencia a prueba de todo. La admiro sinceramente, y a pesar de que no hace mucho que nos conocemos, he aprendido a quererla.

Es que en cierta forma me siento identificada con ella, porque yo tampoco lo he pasado muy bien que digamos, pero aquí estoy, con la cabeza llena de rizos y llena de sueños, como siempre.

La vida no me ha tratado bien, es cierto, pero yo tampoco la he honrado como debería... Durante mucho tiempo estuve perdida, muy perdida. En la oscuridad total y sin vislumbrar un claro donde emerger.

Toqué fondo el día en que me dieron la paliza de mi vida y terminé en un quirófano, pero mi declive viene de mucho antes.

Al igual que Helena, no me gusta hablar del pasado, pero a veces siento que estoy dentro de una olla a presión y que por algún sitio tiene que salir el desahogo, porque, si no, terminaré explotando.

Haber tenido que recordar recientemente los amargos momentos vividos debido a una demanda que voy a interponer fue muy duro para mí. Tuve que contarle a mi abogada cada detalle de lo que ocurrió antes, durante y después de la paliza, lo que reavivó mi trauma. Pero si pude hacerlo con una extraña, creo que lista o no, ha llegado la hora de abrir mi corazón ante Helena. Aunque me muera de la vergüenza por ciertos eventos de mi pasado que desearía poder borrar, por mi salud mental debo hacerlo.

Sólo que no sé por dónde empezar, porque no estoy segura de cuándo fue el inicio del fin. ¿Debió de ser cuando mi madre me dejó en las rigurosas manos de mi abuela? ¿O cuando Marcel,

mi primer amor, me traicionó con otra? Mi vida hasta ahora ha sido una sucesión de desencuentros y eventos desafortunados que me obligaron a recalcular y corregir la dirección más de una vez.

Y justo ahora, a mis veinticuatro años recién cumplidos, siento que por fin he encontrado cierta estabilidad, un propósito y un poco de calma. ¿Será posible que dure?

Mucho antes

—Eres una marrana, Cindy. Iremos a hablar con el pastor ahora mismo.

No entendía por qué mi abuela me llamaba así, y los ojos se me llenaron de lágrimas a causa de la vergüenza.

Era una marrana... Tal vez por eso mami se había marchado. Quizá tampoco le gustó que yo besara a Luna muchas veces.

Es que era tan bonita... Su boca parecía de fresa. Pero la abuela no lo creyó así. Estaba tan enfadada que me obligó a rendirle cuentas al pastor y también a Nuestro Señor Jesucristo.

«Su nieta está enferma, señora Claudia. Pero con la gracia del Señor vamos a curarla», dijo el pastor, y luego me ordenó que me arrepintiera y dejara salir al demonio que vivía en mi cuerpo.

No obstante, el demonio no salió y nunca logré arrepentirme de besar a Luna muchas muchas veces.

La besé hasta que ella me dijo que le gustaba más que la besaran los chicos, y me pidió que lo comprobara yo misma. Sí, tenía razón... Era agradable.

Marcel no sabía a fresa, sino a menta, y por un tiempo lo disfruté con todos los demonios que vivían en mi cuerpo, que para entonces se habían multiplicado como los panes y los peces. Él fue mi primer hombre y me lo pasé muy bien, pero los demonios querían más... Querían los besos de Luna.

Y luego los de Lola. Pero Lola se quedó con Marcel, así que, llena de dolor, me cobijé en los brazos de Celeste, a la que no le gustaba para nada esconderse. Fue así como todo el pueblo lo supo, y mi abuela me dijo que habría deseado morir antes de ver a su nieta convertida en una ramera y, además, «desviada».

Para cuando su deseo se cumplió, yo tenía un novio formal y una amante informal, y ambos me acompañaron en las exequias. Pero hasta ahí... Cuando salieron a relucir las deudas, huyeron despavoridos y yo me quedé lidiando con los demonios y con los acreedores.

En tan negro panorama, no faltó un pequeño rayo de sol... Me gustaba mucho dibujar, y había estado aprendiendo el oficio con un tatuador de mi pueblo, así que vendí lo poco que pude rescatar y me compré mi propio equipo usado, que hoy ya ha pasado a mejor vida. Me mudé a Cardelores, terminé la secundaria y me dediqué a tatuar a todo el que se me pusiera a tiro.

Y se me puso Lía...

Ése fue el principio del fin.

Ahora

Parece que Helena tiene un mal día. O al menos así lo creen los clientes de la mesa dos, que acaban de llamarle la atención por descortés.

Ella murmura una disculpa y luego se sienta frente a mí. ¡Por fin! Hace más de veinte minutos que la espero como me pidió, porque quiere contarme algo.

—¿Te han regañado o me lo parece?

—Siempre me regañan. Empezando por Fedora, que me ha increpado esta mañana por haber hecho demasiado ruido de madrugada, y siguiendo por Samuel, que en cuanto he llegado me ha exigido que controlara mi pelo.

—Es que esas rastas están fuera de control, Helena.

—Cuando me las recojo en la nuca se transforman en una cola de caballo común y corriente, como para que nadie tenga nada que objetar.

—Eso es cierto. Además, tú sí que sabes lucirlas. Pero, dime, ¿a qué se refiere Fedora con eso del ruido de madrugada? Yo he dormido como un bebé.

—Supongo que ha sido cosa de Rocco, como siempre. Pero, como es su preferido, la ha tomado conmigo. Esa mujer me odia.

—Nos odia a todas, en realidad... Ay, Helena. Vivir en una residencia universitaria debería ser una experiencia maravillosa, pero una casera como ella lo convierte en una tortura. ¡Vaya bruja!

—No obstante, reconozco que yo estoy bastante irritable desde ayer... Rocco volvió a darme plantón y, por si eso fuera poco, me he topado con un hijo de puta en el semáforo...

—¿De veras? ¿Qué ha sucedido, Helena?

—Un imbécil que iba en un Audi se ha pasado de listo conmigo... Me observaba como si fuese un montón de basura mientras hacía mi número —me dice indignada—. Mira que yo no soy de notar esas cosas, pero su desagrado era tan evidente que he estado a punto de increparlo delante de todos.

—Pero ¿por qué te miraba así? ¿Te conoce de algún otro sitio?

—¡Qué va! Sólo del semáforo. Hace unos días fallé delante de él y una naranja apenas rozó su cochecito reluciente —me cuenta—. Y, claro, me la tenía jurada... ¿Sabes lo que ha hecho ese infeliz cuando he pasado a recoger el dinero?

Niego con la cabeza mientras de reojo veo que Samuel, el dueño del bar, nos observa con el ceño fruncido.

—¡Me ha pegado un chicle en la mano! ¿Puedes creerlo? Y luego se ha largado...

—¿Y huyó así, sin más, el muy cobarde? —pregunto tan indignada como ella por la salida de ese idiota.

—Casi se lleva mi mano consigo. Pero esto no quedará así, Cyn, porque algún día volverá a detenerse allí y yo me cobraré esa grosería.

—Pero ¿qué harás? —pregunto alarmada, porque ya sé lo impulsiva que es Helena y de lo que es capaz.

—Improvisaré. Soy buena en eso, ya lo sa...

No puede terminar la frase porque Samuel ha llegado al límite de su paciencia y desde detrás del mostrador le grita:

—¡Helena! No te pago para que te sientes a tomar el té con tus amigas. Si no hay clientes, ven y pasa una escoba.

Helena pone los ojos en blanco y me sonrío antes de marcharse a sus labores.

Joder, mira que hay tíos tontos, maleducados y cobardes, y no lo digo por Sam, que la mayoría del tiempo es un amor, sino por el tonto del semáforo. Pero estoy segura de que Helena hará que escarmiente y se arrepentirá de su tontería. ¡Un chicle! Menudo gilipollas.

Como veo que mi amiga ya no podrá regresar para retomar nuestra conversación, apuro mi café y me marcho sin pagar, como siempre. Tal vez dentro de un rato pueda hacer otra pausa en la conserjería de la facultad y cruzar de nuevo para interrogar a la loca de Helena sobre sus planes de venganza.

Por alguna razón, nada de lo que hace me resulta descabellado. ¿Es posible que la encuentre sensata dentro de su locura? Bueno, sin duda es la más centrada de las dos. A pesar de tener sólo veintiún años, hace gala de una sabiduría muy particular, lo que la hace idónea en la tarea de disuadir a los suicidas que la llaman por teléfono.

Yo no tengo ni una pizca de empatía, la verdad. Bastante tengo con mis problemas como para echarme sobre la espalda los de los demás... Sin embargo, y a pesar de ser tan distintas, Helena y yo conformamos un gran equipo, sobre todo cuando se trata de fastidiar a Fedora, la administradora de la residencia.

Es que esa señora es un dolor de ovarios, lo juro. Y además nos odia, pues cree que estamos pervirtiendo a su chico de oro, el tunante de Rocco.

Nuestro amigo es un auténtico tarambana, y tal vez por eso precisamente Fedora le tiene un especial aprecio. Más que especial, diría yo, porque tengo la leve sospecha de que alguna que otra vez le ha dado una alegría, aunque estoy segura de que jamás ninguno de los dos lo admitirá.

Rocco es un bala perdida, pero es imposible decirle que no a nada. Incluso una vez se la chupé como si me fuese la vida en ello. Joder..., cuánto daño hace el alcohol. ¡Si ni siquiera me gustan los chicos! Bueno, digamos que no me gustan... mucho.

Pero, claro, chupito va, chupito viene, y... Pues eso mismo, terminé chupándosela.

No pasó de ahí, lo juro, al menos conmigo. Con Helena se las arregló para convencerla de ir más allá y terminaron follando. Pero creo que el que se lo tomó más en serio fue Rocco, que se

quedó como enganchado... Y todavía le dura esa especie de enamoramiento hacia mi exótica amiga.

Amiga... Es muy refrescante relacionarme con una mujer desde ese lugar: la más pura amistad. Es que en ciertos aspectos somos iguales, y tenemos muchas cosas en común.

La psicología, por ejemplo, carrera que ambas cursamos. La vida bohemia... Un pasado tormentoso del que nos cuesta hablar. La soledad.

Todo eso me une a Helena y hace que la considere mi mejor amiga, mi Pepito Grillo, quien me hace poner los pies en la Tierra también. Y Rocco es mi bufón... Un pasatiempo, una distracción. Le tengo mucho cariño a ese chalado, pero ni todos los chupitos del mundo harán que vuelva a chupársela.

Ni a beber con él, vamos, no sea que una cosa lleve a la otra... En fin, así es mi vida hoy. La mayor parte del tiempo deambulo entre la incertidumbre y la juerga mientras sueño con una vida mejor.

Estoy trabajando en ello, no soy de las que se sientan a esperar a que todo les caiga del cielo. Estudio, tengo dos empleos y algo entre manos que me puede sacar de pobre de un día para otro. Algo que hará que recupere mis ahorros invertidos en arreglar la chapuza que el doctor Gastaldi hizo en mi nariz.

¿Os he hablado ya de él? Es el peor cirujano plástico que existe sobre la faz de la Tierra. La reconstrucción de mi nariz fue un completo desastre y me costó mucha pasta solucionarlo. Bueno, estoy segura de que pronto recuperaré ese dinero, pero si eso no sucede, tampoco será el fin del mundo.

Y eso lo sé porque ya estuve allí.

Antes

Mi corazón palpitaba con fuerza mientras me recostaba en la camilla de depilación. Un poco por la anticipación de lo que iba a suceder, y otro poco por la coca que acababa de esnifar.

«Ah, qué maravilla», pensé al tiempo que abría las piernas y me preparaba para el placer. Porque en la trastienda de esa peluquería sucedían cosas que nada tenían que ver con la depilación brasileña, para ser sincera.

En esa pequeña habitación nos encerrábamos Lía y yo para hacernos de todo, mientras al otro lado de la pared media docena de clientas eran atendidas por sus empleadas.

Mantener un romance con la dueña de la peluquería trajo consigo algo más que poseer unos rizos controlados y sedosos, pues con ella confirmé lo que sospechaba desde la adolescencia: que me gustaban las chicas a rabiar.

Lía no fue quien me inició en el amor lésbico, pero sí en el consumo de sustancias. Y debo reconocer que, gracias a eso, cada uno de nuestros encuentros fue realmente mágico. Me había convertido en una adicta a la cocaína y al sexo, y estaba encantada de la vida porque con ella tenía ambas cosas en abundancia.

En ese instante, mientras Lía aspiraba polvos mágicos directamente de mi coño, pensé que era imposible ser más feliz.

La lengua de mi amiga era algo de otro mundo y lo descubrí el día que me besó por primera vez. En ese momento yo salía con un chico más por aburrimiento que por otra cosa. Era tímido y bastante cobarde el pobrecito, pero tenía una polla considerablemente grande y se movía bien, así que sólo por eso me pareció una buena idea premiarlo con un tatuaje especial. Tenía ganas de hacerle unas alitas en la espalda, y todo iba bien hasta que la aguja entró en contacto con su piel.

El muy gilipollas, que se llamaba Antonio, saltó en la cama con tanta fuerza que hizo que la silla de oficina con ruedas en la que estaba sentada volcara, y yo con ella.

Me hice un esguince en un tobillo y los médicos me mandaron reposo.

No debía salir de casa durante una semana, así que Antonio, para animarme un poco, pidió una estilista a domicilio. La necesitaba con urgencia, debo admitirlo. Mi cabello parecía un nido de serpientes y tenía las uñas hechas un desastre. Además, se acercaba el verano y necesitaba una sesión completa de depilación.

Y de esa forma llegó Lía a mi vida. Lía y sus juguetes, Lía y sus masajes, Lía y la cocaína.

Hasta que la conocí yo era una chica de canutos más que nada, pero cuando descubrí el éxtasis completo ya no pude parar.

Ella me daba coca, yo le tatuaba el cuerpo. Me peinaba con mimo y yo le hacía un pijama de saliva que para qué os voy a contar. Nos follábamos furiosamente en cualquier sitio. Sexo oral, y escrito también a través de ardientes charlas de WhatsApp. Jornadas enteras dedicadas a drogarnos y a lamernos. A frotarnos como animales en celo, una contra la otra. Nos comíamos el coño a cucharadas, gritando como cerdas de tanto placer fabricado a fuerza de alucinógenos.

Mirándolo en retrospectiva, Lía fue mi perdición, pero ¡cómo lo disfruté! Sobre todo aquella última vez, en la camilla de depilación de la peluquería, donde me hizo ver las estrellas y la luna.

Ah, la experta lengua de Lía... Sus dedos hábiles explorándome despacio.

—Morena, eres deliciosa... —murmuró sobre mi clítoris, provocándome escalofríos.

Ella también lo era, a mí me constaba. Y bella, muy bella.

Una rubia platino de enormes ojos castaños y un cuerpo voluptuoso que secretamente le envidiaba. Yo siempre había sido algo esmirriada y habría matado por unas tetas como las suyas. Las mías eran más bien normalitas tirando a pequeñas. Para compensar, tenía un buen culo, y creo que a ella le encantaba.

Vamos, que me lo decía a menudo mientras me hacía poner a cuatro patas en la camilla de los pecados.

Me exploraba a conciencia con sus manos, con su boca, y luego me penetraba con el mango de un cepillo de pelo que no le permitía tocar a nadie. Ésa era mi polla de plástico, la que me metía despacio después de hacer que me corriera con su lengua.

Ella no necesitaba ser penetrada en nuestros encuentros, pero yo sí. Después de acabar, siempre sentía esa necesidad visceral de ser traspasada por algo, o por alguien, y sólo de esa forma lograba el sosiego.

Lía, en cambio, tenía marido con polla y todo, al que decía odiar con todas sus fuerzas, pero como era el que le había montado la *pelu*, tenía que aguantarlo.

Ay, esa peluquería... Los secadores de cabello permanentemente encendidos eran la tapadera ideal para nuestros gemidos, aunque creo que alguna clienta sospechaba que dentro del cubículo de depilación sucedía algo.

¡Y vaya si sucedía! Allí dentro pasaba de todo, y en ese momento a mí me parecía maravilloso.

Suspiré y me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre.

No sospechaba que poco después toda esa maravilla se esfumaría y se derramaría mucha más sangre.

Ahora

Cuando mi amiga me cuenta lo que le sucedió ayer en la comisaría, le cojo la mano sobre el pupitre y le pido perdón.

—Lo siento, Helena. Lamento mucho no haber podido ayudarte. Tenía el móvil apagado, pues estaba a punto de entrar con la señora Frers en el estudio del abogado de la otra parte.

Me siento muy culpable porque mi amiga tenía problemas en una comisaría y yo no estuve disponible para ella. Es más, no me he enterado hasta hoy, porque estuve tonteando por ahí hasta que regresé a la residencia y Rocco me lo contó.

Helena se encoge de hombros, como si no importara, pero yo sé que no lo pasó nada bien. Se la nota distraída, más rara que de costumbre.

—No pasa nada, Cyn. Dime cómo te ha ido con los abogados.

—No me ha ido. En cuanto entramos, la secretaria nos dijo que el señor Oliver había tenido una llamada urgente minutos antes, así que se frustró.

—Ni que fuese doctor en Medicina, ¿no?

—Hablando de doctor en Medicina... ¿El muñeco de pastel de bodas era médico? ¿En qué especialidad?

Me resulta tan extraño que un médico se comporte como un imbécil... Es decir, conozco uno que además de imbécil es un hijo de puta, pero caer en actitudes tan inverosímiles como las que me acaba de describir Helena me parece chocante.

—Ni lo sé ni me importa.

—Dime al menos si es guapo —le insisto, porque hay algo raro en esa estudiada indiferencia. Y no me equivoco, porque inspira hondo y finalmente lo admite.

—Supongo —dice sin comprometerse.

¡Lo sabía! Creo que ese hombre la calienta un poco, y tal vez por eso no quiera seguir con la conversación.

—No estás muy habladora hoy, ¿verdad?

—Cynthia, está a punto de entrar la profesora —se excusa—. Hablamos esta noche, ¿de acuerdo?

—Está bien. Pero te noto más rara que de costumbre.

—Ideas tuyas —replica seca.

Joder, está demasiado extraña. Algo le pasa y tiene que ver con ese doctor, pero no quiero hacerle pasar un mal rato, así que le cambio de tema.

—¿Esta noche no te toca el teléfono suicida?

—Ya sabes que no continuaré este año. Y no es un teléfono suicida, sino de prevención de...

No acaba de hablar; de pronto parece recordar algo y coge su móvil justo cuando la profesora entra en el aula.

Esto no terminará bien... Dicho y hecho, la bruja le llama la atención y la cosa no pasa a mayores de milagro.

No me gusta ver a Helena así de contrariada.

Y tampoco me gustan los contratiempos como el de ayer, en que esperaba avanzar un poco en el asunto de la demanda, pero el abogado de la parte contraria tuvo que salir de improviso.

¿Que qué demanda? Pues la que le puse al doctor Gastaldi, el cirujano que me hizo una chapuza al operar mi antigua nariz y luego se negó a reparar su error.

¡Pues va a tener que joderse! La señora Frers, mi abogada, dice que tenemos todas las de ganar. Y más le vale que así sea, porque de lo contrario no podré pagarle, y tampoco comprarme ese equipo de tatuar de última generación que tanto ansío...

El doctor Gastaldi y su socia van a pagar caro lo que me hicieron sufrir en su momento, lo juro. Aunque ese imbécil debe de estar forrado... Unos miles perdidos no le afectarán demasiado, pero le enseñarán a ser más cuidadoso y empático, y a mí me cambiarán la vida.

Tengo que recuperar mis ahorros, que no tuve más remedio que invertir en esta preciosa nariz. No puedo resistir la tentación y me la miro en la cámara del móvil. Sí..., sigue tan bonita como siempre.

—Pero... ¿qué es esto? ¿Una epidemia? Señorita López, apague ese móvil o usted y su amiga van a tener que marcharse de mi clase... ¿Está claro?

La señora Denver es de armas tomar, así que le hago caso de inmediato.

—¿Me acompañarás a la próxima cita con el señor Oliver, Helena? —susurro cuando la bruja se vuelve para escribir en la pizarra.

—Ni de coña. No me gustan los leguleyos... Además, tú tienes a la señora Frers respaldándote; no me necesitas.

Es cierto, pero no me vendría mal un poco de apoyo moral. Sin embargo, como no pude dárselo a ella ayer por la tarde, cuando más me necesitaba, me lo guardo en un suspiro y me dispongo a seguir la clase.

Antes

Tenía la cabeza metida entre las piernas de Lía, devolviéndole el favor de muy buena gana cuando todo sucedió.

La puerta se abrió a mis espaldas, y, cuando me volví, sorprendida, el mundo estalló a mi alrededor.

Alguien me agarró del pelo y me levantó del suelo, donde había ido a parar con el primer puñetazo, y luego me estampó contra la pared y me oprimió el cuello.

Como a lo lejos oía la voz de Lía gritándole: «¡Cariño, cálmate...! ¡Es sólo un juego!», y creo que eso fue lo que más me dolió.

Al menos, hasta que ese hijo de puta hizo añicos mi nariz de un cabezazo.

Después de eso ya no supe nada más hasta que desperté en la sala de urgencias de un hospital. Primero oí voces...

—El traumatismo del cráneo no me preocupa... La imagen no indica ni inflamación ni hemorragia...

Abrí un ojo despacio y vi de espaldas a un hombre de bata blanca que le hablaba a otro ataviado con una especie de pijama verde mientras miraban lo que parecía ser una radiografía.

—Vale... —dijo el alto vestido de verde—. Entonces pasadla al quirófano cuando se estabilice, que veré qué coño puedo hacer con esa nariz...

Instintivamente me llevé la mano a la cara... Me dolía horrores, y la tenía vendada.

—No te toques, cariño...

Volví la cabeza despacio y vi a una señora regordeta que me sonreía.

—Soy Teresa, ¿y tú te llamas...? A ver... Cynthia. Cynthia López, ¿cierto? No digas nada, sólo asiente. Así..., muy bien. Deja de mover esa mano, querida. ¿No ves que tienes una vía puesta? Por ahí te pasamos los analgésicos, que si no...

Era una enfermera y demasiado locuaz, para mi gusto y estado. Yo ya estaba inquieta por lo que había oído, y esa mujer se movía en torno a mí sin parar de hablar, poniéndome peor.

Cuando me volví para preguntarles a los de la radiografía por mi nariz, ya no estaban, así que interrogué a la enfermera.

—¿Qué le... pasa a mi... nariz?

Mi voz sonaba tan horrible como me sentía.

—¿Qué le va a pasar? Que está rota, cariño. Pero tú tranquila, que el doctor Gastaldi te la va a arreglar.

Comencé a sollozar al oírla. Todo lo que había sucedido se agolpó dentro de mi cabeza y la angustia se apoderó de mí.

—Vamos..., sé valiente. Ahora entrará una oficial de policía, a ver si sales de todo el papeleo y te concentras en tu recuperación.

Y, tras decir eso, salió de la sala.

Yo estaba destruida anímicamente, y no sólo por mis lesiones, sino también por Lía. Temía que el hijo de puta de su marido le hubiese hecho daño también a ella.

Por eso, en cuanto entró la policía en la habitación, le pregunté por mi amiga.

—Por favor... Necesito saber si Lía está...

La oficial me interrumpió.

—Sí, está bien. No ha sufrido ningún daño y en este momento acompaña al detenido en...

—¿Qué? —pregunté alucinada. ¿Cómo era posible que estuviese con él y no conmigo?

—No se altere, señorita López. El agresor está bien custodiado, lo que necesitamos ahora es su declaración. ¿Puede contarme qué sucedió?

Intenté calmarme y poco a poco lo fui logrando, pero el dolor no se iba...

Le dije todo lo que recordaba, y la oficial se marchó asegurándome que el hombre que me había atacado estaría un buen tiempo entre rejas.

Pero, por increíble que pueda parecer, en ese momento me importaba más la traición de Lía que lo que le pasara a ese infeliz o a mi nariz.

Lloré mi dolor en silencio, hasta que me llevaron al quirófano. Seguramente tenía los ojos hinchados, porque apenas podía ver a los médicos que lo preparaban todo a mi alrededor.

Finalmente entró en mi escaso campo visual el cirujano. Tenía unos ojos grises muy bonitos, el ceño fruncido y una mirada penetrante. Aún no se había puesto la mascarilla, así que pude ver una abundante barba y una boca que no parecía sonreír a menudo.

—Soy el doctor Gastaldi y, cuando mi colega el doctor Peretz la anestesia, haré lo que pueda con lo que le queda de nariz, y luego me marcharé para disfrutar del fin de semana —me dijo con voz inexpresiva. Parecía hastiado, como con ganas de marcharse pronto.

El doctor Peretz no era guapo, aunque sí era más simpático, pero ni sus bromas ni su sonrisa pudieron lograr que me calmara. Y es que oír eso de «lo que le queda de nariz» me desesperó por completo.

—Señorita López..., si no se tranquiliza no podemos empezar.

Mi corazón latía a mil, y yo quería gritar pero no me salía la voz. Comencé a mover la cabeza de un lado a otro.

—Vamos... No se mueva —me pidió el doctor Peretz con voz suave, y luego se inclinó y levantó un poco uno de mis párpados. Hizo una mueca y a continuación le indicó a su asistente que me pusiera más no sé qué en la vía.

Las lágrimas brotaban de mis ojos imparables. Poco a poco me fui adormeciendo, pero muy a mi pesar, porque no quería. Estaba demasiado alterada y lo único que deseaba era salir corriendo

de allí.

Como a lo lejos oí la voz del cirujano:

—Es para hoy, Peretz... Tengo una reserva en el Ritz.

Quise gritar que ojalá se indigestara y vomitara todas sus vísceras, pero no pude. Y lo último que oí antes de caer en la más completa oscuridad fue la voz del doctor Peretz diciendo algo que, si no hubiese estado tan mal, me habría hecho morir de la vergüenza.

—¿Qué quieres que haga, Fausto? Acabo de subirle la dosis. Es que todavía va demasiado colocada...

Ahora

—Vamos, Cyn. Sólo tienes que mirar si he aprobado o no. Ni siquiera me importa la nota —dice Helena melosa con los brazos apoyados en el mostrador de la conserjería de la facultad.

Pero esta vez no me voy a dejar embaucar por esa carita de niña buena; no, señor.

—Ni lo sueñes. No voy a aprovecharme de mi posición aquí, y menos por ti, mala amiga.

Helena resopla con fastidio.

—Ya sé por dónde vas... Está bien, te acompañaré a la entrevista con tu abogada y el abogado del que te masacró la nariz.

Bueno, por lo menos sabe que está en falta.

—Ahora no vale. No te diré nada, pero cuento contigo para esa entrevista sólo porque yo te lo he pedido y está entre tus deberes de amiga.

—¿Y adelantarme lo del examen no está entre tus deberes de amiga? —pregunta intentando salirse con la suya una vez más.

—No, si eso implica saltarme alguna regla.

Pero ni yo me lo creo...

Helena adivina lo que estoy pensando, por supuesto.

—¿Desde cuándo procuras no saltarte ninguna regla?

«¿Desde cuándo?» Y de pronto me encuentro tratando de recordar cuándo cambié realmente mi forma de ser, cuándo dejé de ser feliz y despreocupada. No tengo que pensarlo mucho, la verdad.

—Desde que un machito despechado me rompió la nariz por acostarme con su esposa, mi peluquera.

Chan. Lo he dicho. Hasta ahora no había podido hacerlo, ni siquiera a Helena. Pero, claro, tener que contarle a la abogada las circunstancias que me llevaron al hospital para redactar la demanda me obligó a recordarlo y en cierta forma a revivirlo. Y con cierta nostalgia, muy a mi pesar.

No es que desee volver a «aquellos tiempos». Lo que quiero es sentirme plena, sentirme viva, tocar el cielo con las manos, como lo hacía cuando Lía y yo estábamos juntas.

Porque desde aquel fatídico día no he vuelto a sentirme así. Y a las idas y venidas con el asunto de la nariz se le sumó tener que lidiar con la traición de la mujer a la que le había entregado mi corazón.

No he vuelto a verla; ella se quedó con su marido y, por lo que sé, lo visita cada semana en la cárcel, y estoy segura de que lo esperará el tiempo que le falta por cumplir.

Lía me hizo mucho daño, pero he logrado sobrellevarlo con entereza. No he recurrido a las drogas nunca más. Ni siquiera un simple petardo, lo juro. De vez en cuando bebo con mis amigos y hago locuras, pero feliz, lo que se dice feliz, no lo soy.

Inspiro profundamente, mientras observo que mi amiga tiene los ojos llenos de lágrimas.

Una de las cosas que más adoro de Helena es la empatía. Ella sabe ponerse en el lugar del otro, y sé que en este instante está sufriendo por mí.

Cuando le conté a ella y a Rocco lo mal que lo había pasado cuando descubrí la chapuza que el doctor Gastaldi me había hecho, se conmovió mucho también, y ambas terminamos llorando después de terminar mi relato.

«Cuando me miré al espejo comencé a llorar... Estaba mejor rota, os lo juro. Era un asqueroso botoncito respingón que el cirujano que lo creó no quiso arreglar. Simplemente se negó a hacerlo, así que tuve que ahorrar todo lo que ganaba durante varios meses y endeudarme hasta las cejas para pagarle a un profesional serio. El resultado es esta belleza que veis aquí...».

Traté de distender el ambiente fanfarroneando con mi nueva nariz recientemente estrenada, pero no lo logré.

Cuando nos calmamos un poco, Helena me ayudó a conseguir a mi actual abogada. A instancias del doctor Camps, que tras dos cirugías dejó mi nariz como nueva, había decidido demandar al chapucero de Gastaldi. Pero me estaba costando arrancar... El torbellino de rastas me impulsó, me contuvo, me alentó.

Verla tan entera y voluntariosa me hizo sentir un poco de vergüenza. Yo era un completo desastre... No tenía iniciativa para nada. Helena, sin embargo, estaba tan indignada que hasta quería matar a Gastaldi, pero se conformó con conseguir que una prestigiosa abogada feminista se hiciera cargo del caso y con rumiarse su enfado durante varios días.

En aquel momento le aseguré que el médico lo pagaría y logré tranquilizarla, pero ahora, aquí la tengo, con la barbilla temblando y los ojos empañados.

—Ya sé que te estás preguntando por qué aquí y ahora... Es fácil. La abogada accedió al parte médico y al policial para preparar la demanda y tuve que recordarlo todo y hablar del asunto. Si lo sabe la señora Frers, y lo sabrán más personas, ¿cómo no contárselo a mis mejores amigos? Se lo diré a Rocco también. Os contaré con detalle lo que sucedió aquella mañana... —le digo en voz baja.

—Cyn, no es necesario. No quiero que sufras...

—Ya lo he hecho. Antes, durante y después. Durante mi estancia en el hospital fui el hazmerreír de todos. Era la «lesbiana» que había destruido un hogar y le habían dado su merecido... Hasta llegué a creer que tenían razón.

—No digas eso.

Pero el dique se ha roto y no puedo detener esa catarata de palabras guardadas durante tanto tiempo, que brotan de mi boca sin poder controlarlas. Le abro el corazón a mi amiga y le cuento

de un tirón lo mal que lo pasé, lo mucho que sufrí. Se lo digo todo, no paro de hablar. Es que me pongo muy *verborrágica* cuando estoy nerviosa.

Por suerte, a Helena no le importa... Solidaria como siempre, me acaricia la mano profundamente conmovida y me asegura lo que tanto necesito: su apoyo incondicional para lo que vendrá: enfrentar al doctor Gastaldi y un eventual juicio.

—Estaré contigo en ésta y en todas.

Le sonrío. Imposible quererla más.

—Si te gustara comer coños, ya serías perfecta —le digo, y ambas terminamos soltando una carcajada.

—Siempre puedo aprender —replica guiñándome un ojo, y luego me da un beso y se marcha corriendo a GataPaka, que ya se le está haciendo tarde para comenzar su turno.

Antes

Desperté con la boca seca y un dolor de cabeza atroz.

Teresa, la enfermera, me dio a beber agua con una pajita mientras me advertía que lo hiciera lentamente si no quería vomitar.

Pero a mí poco me interesaba lo que sucediera en mi estómago; yo estaba preocupada por mi nariz.

—¿Cómo... ha ido... la intervención? —pregunté con voz ronca.

Teresa me sonrió, pero con lástima...

—Todo lo bien que podía esperarse. Necesitamos avisar a alguien... ¿Nos puedes facilitar el teléfono de algún familiar?

Cerré los ojos. Había roto con Antonio hacía un mes y me había mudado a una pensión en la que no conocía a nadie.

Y Lía... Ella me había traicionado de la peor manera. No, no tenía a quien llamar y eso me dio una inmensa vergüenza.

—Ya le dije a la policía cuando... me preguntó... No tengo a nadie a quien llamar...

La enfermera hizo una mueca.

—Bueno... Aquí te cuidaremos bien. No te preocupes.

Y así lo hicieron, pero también fui el centro de murmuraciones varias. De alguna manera, el personal del hospital terminó enterándose de las circunstancias que me habían llevado allí.

Podía notar cómo me miraban..., era una mezcla entre burla y pena. Podía leer en sus ojos que pensaban que era una perversa. Me observaban de la misma forma que mi abuela y que el pastor.

Una vez llegué a oír una conversación donde decían que era una *rompehogares* y que había recibido ni más ni menos lo que me merecía. Eso me partió el corazón en mil pedazos... Mi estancia en el hospital fue una tortura psicológica, pero al parecer eso no influyó en mi evolución, que, según me dijo Teresa, fue más rápida de lo que esperaban.

Al doctor que me intervino no volví a verlo. Vino otro médico, y dejó indicado cómo debían realizarse las curas. No puso buena cara cuando me examinó y eso me dejó muy preocupada. Le pregunté, por supuesto, pero se limitó a decirme que había que esperar.

Salí del hospital con el rostro semivendado y con una escayola en la nariz, pero sin dolor. También dejé atrás la horrible sensación de humillación, y decidí levantar la cabeza y seguir adelante.

Unos días después, regresé para que me quitaran el yeso. No había ni rastro del cirujano que

me operó, pero ya me lo esperaba. Me atendió el mismo que me dio el alta, y mientras realizaba el procedimiento parecía bastante satisfecho con lo que estaba viendo, cosa que me tranquilizó bastante.

Sin embargo, cuando me vi en el espejo me tapé la boca con las manos espantada.

¡Ése no era mi rostro! ¡Ésa no era yo!

Fue horrible lo que sentí. No reconocerse una misma es de las peores cosas que te pueden pasar. Y es increíble cuánto puede cambiarte una simple nariz.

Esa pequeña naricita respingona y fina no se parecía en nada a mi antigua nariz, y no iba con mi rostro en absoluto.

¡Soy mulata, por Dios! Y estaba muy orgullosa de mis ancestros africanos. Me sentía cómoda con mis facciones... Nunca había deseado ser blanca, siempre me había encontrado hermosa tal como era.

Pero esa nariz era más de lo que podía soportar. Me habría resignado a una nariz torcida, pero no a ese esperpento.

Me puse a llorar y le manifesté al médico mi desesperación por el resultado de la intervención.

—El doctor Gastaldi lo hizo lo mejor que pudo, estoy seguro. Es un excelente médico.

—¡Pero no pueden dejarme así! ¡Tienen que arreglarlo!

No obstante, él negó con la cabeza.

—Señorita, debe entender usted que éste es un hospital de agudos y tuvo suerte de que hubiera un cirujano plástico de guardia esa tarde. Con otro médico el resultado habría sido peor...

—¿Peor que esto? ¡Imposible!

—Yo la veo... muy bien. Ni siquiera se nota la cicatriz...

—¡Me importa muy poco la cicatriz! Yo quiero mi antigua e imperfecta nariz... —dije sollozando. Pero no sirvió de nada.

Con mucho tacto, el médico me dijo que no habría una segunda intervención y me recomendó que buscara una clínica particular porque el hospital ya había hecho su parte: dejarme un apéndice funcional y estéticamente presentable.

Salí hecha un manojo de nervios y me puse a llorar en la escalinata principal. Al poco tiempo se acercó un hombre a preguntarme qué me pasaba, y se lo conté.

Resultó que era un prestigioso cirujano plástico que me prometió una solución para mi problema. Claro que la solución terminó costando más de cinco mil pavos, y fueron necesarias dos intervenciones para recuperar mis facciones. Aun así, lo importante fue que lo logró...

Se me fueron todos mis ahorros pero recuperé mi antigua nariz y la armonía de mi rostro.

La propuesta del doctor Camps no fue mi primera opción, sino la última. Primero intenté encontrar una solución con el causante de mi problema, pero lo que encontré fue una rotunda negativa.

Me cerraron las puertas de su elegante clínica particular en plena cara.

Su socia, una rubia estilo Barbie Malibú con una preciosa nariz acorde con su cara, me dijo

que tenía que estar agradecida de poder seguir respirando gracias al doctor Gastaldi. Y que de ninguna manera el prestigioso médico iba a volver a intervenirme sin coste.

Esa perra me echó del consultorio de la peor manera, y si no hubiese sido por el doctor Camps, no sé qué habría hecho. Ese médico sí que es un excelente profesional. «Gastaldi es un chapucero de cuidado cuando atiende en el hospital público, totalmente distinto que en su clínica privada. Allí sí que se esfuerza, pero los pacientes pobres no le importan en absoluto. No puso el empeño necesario, no tuvo en cuenta ni su juventud ni su belleza, ni lo importante que es la apariencia en su futuro laboral... Si fuera usted, lo demandaría, al menos para recuperar los costes de la intervención...», me aconsejó.

Y era un gran consejo, pero no fue hasta que conocí a Helena que me decidí a hacerlo. Gracias a ella, la señora Frers llegó a mi vida, y estoy segura de que esa demanda que había iniciado hacía poco tendría un resultado favorable.

¡Tenía mucha fe en que así fuera! De ello dependían muchas cosas. Un nuevo equipo para tatuar, por ejemplo.

Con ese equipo podría dedicarme a lo que más me gustaba, además de la psicología. Mi meta era trabajar como profesional independiente, culminar mi carrera y luego viajar por el mundo.

Y lo iba a lograr. Ya nada podía detenerme porque, con una nariz tan bonita como la mía..., ¿qué podía salir mal?

Ahora

El día antes de la entrevista en la oficina del abogado del doctor Gastaldi, Helena me pide un nuevo tatuaje y yo aprovecho la ocasión para que se comprometa a acompañarme.

Me dice que sí, y luego me apremia a que comience con el diseño que ha elegido. No termina de gustarme... Es demasiado simple. Además, una vez me dijo que no le gustaba tatuarse ni las manos ni las muñecas. Aquí hay gato encerrado...

—No entiendo por qué quieres ponerte esto en ese sitio precisamente.

—La idea es que sólo yo lo entienda, Cyn. Una especie de recordatorio...

—Helena, todos tus tatuajes son recordatorios de algo. Ojalá algún día te abrieras a mí y me contaras qué hay detrás de...

—Ojalá algún día dejaras de dar vueltas y comenzaras con ese tatuaje —me vuelve a apremiar resoplando—. No tengo todo el tiempo del mundo, ¿sabes?

—Pero si hoy tenemos una sola clase y es a las cuatro... —replico de inmediato. No entiendo a qué viene tanta prisa.

—Tengo cosas que hacer —me dice, y luego me señala la máquina de tatuar como para que me dé cuenta de que es hora de ejecutar y no de hablar.

No me lleva mucho tiempo. Termino pronto y se lo muestro, después de limpiarlo.

—Ya está. Mírate...

Ella lo observa con ojo crítico, pero luego sonrío.

—«Aún estás a tiempo» —murmura satisfecha.

—Tal cual lo has pedido, ahí lo tienes.

—Gracias, Cyn. Ha quedado precioso.

Me alegro de que le haya gustado, pero, como la veo suspirar preocupada, no puedo evitar preguntarle:

—¿Por qué no te veo feliz, entonces?

Se encoge de hombros.

—Estoy bien... Sólo necesito volver a retomar el control de mi vida, nada más.

Y, tras decir eso, se marcha, dejándome llena de interrogantes.

Pero éstos no duran demasiado, porque media hora después me llama.

—Cynthia, tengo problemas para quitarme de la cabeza al tío del chicle...

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

—No lo sé... Lo cierto es que no me reconozco.

—Pero estabas enfadada con él, Helena. Ni siquiera es tu tipo...

—Es verdad, pero también he descubierto que ese tío me excita. Me provoca una inquietud que no me deja vivir en paz.

—Y a él le pasa igual, ¿no es así?

—Tal vez... No te he contado todo lo que sucedió ayer en el bar —me confiesa, pero por alguna razón no me sorprende.

—Ya lo sé. Me he dado cuenta de que no fue sólo para darte esa tonta advertencia.

—Pues no... Creo que si Rocco no hubiese llegado, yo...

—¿Tú, qué?

—Lo habría besado, Cyn. Como mínimo..., porque creo que podría haber pasado de todo en ese portal.

—Ay, Helena...

—¡No sé ni cómo sucedió! Estoy enferma, no se me ocurre otra explicación, porque en un momento estábamos insultándonos y luego...

—¿Luego, qué?

—Le cogí la polla con la mano.

Casi se me cae el teléfono al oírla.

—No me lo puedo creer...

—Ni yo. Pero no fue por propia iniciativa, él puso mi mano allí y yo...

—¡Te obligó a tocarlo! ¡Pero qué cerdo! Hay que denunciarlo —exclamé indignada, pero Helena me interrumpió.

—No, Cyn. Cuando me soltó, yo seguí aferrada al bulto como si me fuese la vida en ello. No podía soltarlo y me moría de ganas de comérsela...

—¿La polla?

—La polla, la boca, todo él.

—¡Joder!

—No sé qué me pasa, porque realmente lo detesto. Jamás me he enfrentado a una contradicción tan grande, y la verdad es que deberé tomar alguna medida drástica, porque estoy segura de que a él le pasa lo mismo y volverá a por más...

Sí, yo también lo estoy. Y aunque ninguna de las dos lo menciona sabemos que nada de lo que pueda pasar entre ellos será para bien, la verdad.

—Y por eso me pediste ese tatuaje... ¿No te parece un plan de baja efectividad para evitar nada, Helena?

—No, tienes razón. Pero ahora tengo un plan B que creo que va a funcionar, porque está claro que no debo seguir avanzando en lo que sea que está sucediendo...

—¿Y de qué se trata?

—Bueno, estoy convencida de que lo que nos motiva a ambos es la curiosidad, la intriga, el deseo de probar algo distinto de lo que estamos acostumbrados...

—Helena, basta de teorías psicológicas y dime cuál es el plan —la interrumpo exasperada—. Luego yo te diré si puede resultar o no.

—El jodido plan es tirarme a otro que se parezca a él.

No sé si entiendo cuál es la lógica de ese proyecto, pero no me quedaré con la intriga.

—A ver... Tú te quieres zampar a ese tío, pero no lo harás, sino que te tirarás a otro como él...

—Eso es. No a él, pero sí a alguien como él. Tiene que ser guapo, formal... Un hijo del patriarcado prepotente al que pueda olvidar después de quitarme las ganas de probar algo distinto.

—Entiendo. ¿Y por qué no él, en lugar de un sustituto?

—¡Porque no, Cynthia! Ese hombre es un peligro.

—¿Es que le tienes miedo? ¡Vamos! Helena Miller no le tiene miedo a nada.

—No le tengo miedo, le tengo ganas. Y no quiero follármelo por una simple razón: no quiero darle el gusto de doblegarme, no quiero dejar que gane.

Bueno, ahora ya lo voy entendiendo y me encaja, vaya si me encaja.

—¿Sabes qué? No es mal plan. Tienes curiosidad y una abstinencia de varios meses... Es una mala combinación. Además, tu tendencia a ir en busca de lo más complicado puede jugarte una mala pasada.

Helena ríe al otro lado de la línea.

—Déjate de teorías psicológicas y dime si puede funcionar o no —replica burlándose.

—Sí, claro que puede funcionar. Y lo hará... Buscaremos a otro muñeco de pastel de bodas para que tu psique pueda saciar esa insana curiosidad —afirmo convencida—. De esa forma, el del chicle se quedará con las ganas, pero tú no...

—Eso pensaba yo. Será un polvo terapéutico... Sólo tengo que encontrar con quién.

—Helena, eso es pan comido. Déjame a mí... Yo te conseguiré a un tío rico, estirado y tonto, pero lo suficientemente guapo como para disfrutarlo. Y después de follártelo podrás volver a ser tú misma, ¿vale?

—Vale. Eres una gran amiga, Cyn.

—Ya lo sé. Y tú lo serás mañana cuando me acompañes a la cita con Gastaldi en la oficina de su abogado.

—Dalo por hecho —es lo último que me dice antes de cortar la llamada.

Y yo me quedo muy complacida, y sobre todo convencida de que las ideas de Helena son sumamente coherentes y que por ese motivo no puedo menos que secundarlas.

«Tenemos suerte de tenernos la una a la otra», pienso, y luego me dispongo a comenzar el siguiente tatuaje.

Claro que, si hubiese sospechado que iba a faltar a su promesa, otro gallo habría cantado.

Antes

Como ya os he contado, el doctor Camps hizo un buen trabajo. Más le valía, porque había invertido todos mis ahorros en esa cirugía y en mantenerme durante el tiempo que no había podido trabajar.

Y luego tuve la fortuna de aprobar unas oposiciones y obtener un empleo a tiempo parcial en la misma facultad donde estudiaba, y, gracias a eso y a los tatuajes, pude sobrevivir.

El local donde ejercía como tatuadora era un auténtico desastre, un sitio lúgubre en el que iba a porcentaje y en el que realmente me explotaban. No obstante, sin un equipo decente para trabajar, no tenía otra opción que depender de otros. Mi viejo equipo no estaba en las mejores condiciones, y por eso mi sueño era tener uno de última generación para poder ponerme por mi cuenta y abandonar ese sucio lugar.

Ganarle al doctor Gastaldi era mi forma de poder lograrlo, y también mi única opción, ya que nunca había considerado demandar a Lía o a su marido. No quería tener nada que ver con ellos nunca más.

El plan no era ir a juicio con el cirujano porque eso implicaría unos costes que no estaba en condiciones de abonar *a priori*, por lo que todas mis esperanzas estaban puestas en llegar a un acuerdo extrajudicial con él.

Todo estaba a mi favor, según me dijo el doctor Camps y me confirmó la señora Frers, así que tenía la esperanza de cambiar de tercio y que por fin la buena suerte se pusiera de mi lado. Y hablo de la buena suerte porque no creo en dioses. La religión fue algo que marcó mi vida desde que nací. Mi familia era evangelista, rigurosamente practicante. Una niña lesbiana, o tal vez bisexual, era una especie de castigo, por supuesto.

Cuando pude librarme de eso, lo hice con gusto. Pero más tarde caí en otras manos no menos peligrosas. Lía era umbandista, y obviamente me arrastró consigo a esos extraños rituales, que por mi herencia africana no terminaron de resultarme del todo ajenos. Había algo mágico en ellos... Las ofrendas, las danzas. Y también había alcohol y drogas, cosa que los hacía más atractivos. Además, no juzgaban a nadie por su orientación sexual.

Durante un tiempo participé de forma más que activa de los ritos umbandistas, pero cuando lo de Lía terminó, me alejé de todo lo que me recordara a ella.

Me convertí en una escéptica, y también me volví bastante cínica.

Mis siguientes relaciones fueron esporádicas, casuales, poco intensas. No logré volver a enamorarme, y tampoco a disfrutar del sexo como antes, cosa que me disgustó mucho. ¿Era

posible que yo hubiese magnificado la experiencia con Lía a causa de las drogas?

Presentía que algo de eso había, porque cuando lo dejé, jamás volví a sentirme igual con ninguna mujer.

Y con respecto a los hombres... Al principio les tenía miedo y me obligué a vencerlo acostándome con un par y, a la vez, también para salir de dudas.

La prueba no resultó mal. Pude soportarlo, pero no lo disfruté en absoluto, y por eso me prometí al menos limitar esa opción en mi vida amorosa. Los chicos no me satisfacían sexualmente, pero me atraían, y me agradaba demasiado su compañía como para descartarlos para siempre.

Relacionarme sólo con mujeres me pareció lo mejor, siempre y cuando no estuviesen comprometidas, por supuesto. Me acosté con muchas pero no desarrollé ningún tipo de lazo con ellas, y aunque disfrutaba mucho en la cama, siempre terminaba sintiendo que algo me faltaba.

Así estaban las cosas... Mi insatisfacción crecía cada día más, y yo sabía que tenía cosas por resolver, pero no tenía medios para pedir ayuda. Y estaba claro que sola no podía.

Me afanaba en los estudios con la esperanza de descubrir gracias a la psicología qué demonios me pasaba. Me sentía enfadada conmigo misma por ser tan... «tibia». En eso admiraba a los evangélicos y eso de «ser frío o caliente, porque a los tibios los vomita Dios».

En esa especie de limbo afectivo sexual en el que estaba sumergida, sentía que no había lugar para actitudes extremas, pero tampoco quería considerarme bisexual. No era eso lo que quería para mí... Necesitaba definiciones y creía que sin ellas no podría encarar ningún otro aspecto de mi vida que requiriera tomar decisiones. ¡Tibia, tibia hasta la médula! Después de Lía, nada volvió a ser ni bueno ni feliz. No hubo seguridad, no hubo magia, no hubo nada.

Y una noche, mientras mi compañera de cama ponía los ojos en blanco al alcanzar el orgasmo tras unas intensas tijeras, me encontré pensando en que necesitaba una buena verga dentro de mí.

Pero no cualquiera, no una de plástico como la que Lía tenía destinada para mí, sino una que fuera adosada a un tío. Y no cualquier tío, sino uno que concentrara todo lo que me enamoraba de las mujeres en un metro noventa de cuerpazo para untarlo con Nutella... Necesitaba complicidad, amistad, un desafío, alguien que me cuidara, alguien a quien cuidar, comprensión, ternura, seguridad. La más completa certeza de que no me haría daño.

Claro que estaba segura de que ese ser humano, ese derroche de cualidades con polla, no existía. Y que tampoco habría otra Lía, sobre todo después de dejar las drogas y quedar así de sensible ante las traiciones.

Por eso me dediqué más a la amistad que al romance. Helena y Rocco me brindaron complicidad, protección y cariño. Bueno, sí que es cierto que Rocco me dio su polla por un ratito, pero estaba como una cuba y al final terminó siendo más vergonzoso que placentero.

Los tenía a ellos, que eran como mi familia. Pero amor, lo que se dice amor, eso no lo tenía.

Ahora

Mientras entramos en la sala de espera, vuelvo a marcar su número y por enésima vez me salta el buzón de voz.

—¡Me cago en...!

La señora Frers hace una mueca y la recepcionista del bufete me mira con una expresión reprobadora que me recuerda a la de mi abuela. «Vieja bruja.»

No obstante, y como soy una señorita muy educada, esta vez me abstengo de dejarle otro mensaje plagado de insultos y pido disculpas por mi exabrupto.

—Lo siento. Es que mi amiga no me responde...

La señora Frers me observa por encima de las gafas.

—Cynthia, no necesitamos a Helena para esto, ya te lo he dicho.

—Pero me había prometido...

—Olvidalo.

Claro, como si pudiera. Perder la confianza en Helena es lo último que necesito en estos momentos. No tengo miedo de que le haya sucedido algo, más bien estoy convencida de que lo ha olvidado... «Qué mala, pero qué mala amiga tengo.»

Y de pronto se me mete en la cabeza que no ha venido porque debe de estar con el jodido muñeco de pastel de bodas. Si hay algo que me cabrea es que alguien anteponga una polla a una amistad, así que me hago el firme propósito de no volver a hablarle.

Pero la ira no me abandona, y no puedo evitar soltar otro taco.

—Que te den, Helena Miller.

Y casi de inmediato oigo a mis espaldas una vocecita:

—Eso no se dice. Está muy feo.

Me vuelvo sorprendida y veo a un niño pequeño y rubio. Debe de tener unos siete u ocho años y está sentado con las piernas colgando y una carpeta abierta sobre ellas. ¿De dónde habrá salido? Estoy segura de que cuando hemos llegado no estaba ahí.

—Oye... No deberías estar aquí, cariño. Debes esperar en la cocina, ya lo sabes —le dice la recepcionista.

El niño se encoge de hombros.

—La cocina es aburrida, señora Rudy. Prefiero el archivo... Siempre se encuentran cosas interesantes en ese sitio.

Qué criatura más extraña y formal. Habla como un adulto, con voz inexpresiva y calmada.

La que parece contrariada es la recepcionista, por la presencia del niño y por sus comentarios.

—Cariño, no debes coger nada de allí, ya te lo he dicho... Ahora, hazme el favor de quedarte quietecito mientras yo atiendo a la señora Frers —dice, y luego sigue intercambiando papeles con mi abogada.

Me acerco al pequeño y me siento a su lado.

—Hola —saludo amistosa. Es muy raro ver a un niño en una oficina. Me pregunto qué hará aquí.

—Hola. ¿Cómo te llamas? —me interroga levantando el rostro. Es tan guapo... Tiene unos ojos preciosos, azules y enormes, tras unas pequeñas gafas.

—Cynthia López, pero no se te ocurra llamarme «señora Cynthia», ¿eh? No te lo perdonaría... —respondo guiñándole un ojo.

El pequeño me mira de hito en hito.

—Bueno, a mí sí me gusta que me llamen «señor». Puedes llamarme «señor Oliver», si no te importa.

Me lo quedo mirando. «¿Señor Oliver? Pero ¿ése no es el abogado de Gastaldi?»

—¿Tú eres el señor Oliver? —pregunto como una tonta.

Y en ese instante oigo la voz de la señora Frers:

—Vamos, Cynthia. Nos toca ahora...

Me pongo de pie con prisa, me aliso la falda y me paso una mano por el pelo.

—Tienes buen aspecto —me dice de pronto el pequeño señor Oliver—. Tu nariz ha quedado muy chula.

«¿Qué? ¿Cómo es que sabe...?»

No tengo tiempo para nada más, porque mi abogada me apremia con la mano para que entre en el despacho.

Entonces apuro el paso y me cuelo por delante de ella, bastante turbada por lo que el niño acaba de decirme. Pero no es hasta que el hombre que está de espaldas a mí mirando por la ventana se vuelve que mi corazón se acelera de forma inexplicable.

«Jo-der.»

Vaya tío guapo. Alto, rubio y con un traje a medida. Perfectamente afeitado y con los ojos más azules que he visto. Me lo quedo mirando como una boba, pero por alguna razón la mía no me parece una reacción fuera de lugar, porque él está haciendo lo mismo.

Me observa como si... como si no pudiese creer lo que ve.

«¡Qué situación más extraña!» Me obligo a centrarme y pestañeo para salir de esta especie de trance en el que me encuentro. Me compongo en tiempo récord mientras oigo que la señora Frers cierra la puerta a mis espaldas saludando educadamente:

—Buenas tardes, señor Oliver.

Pero el tío no le contesta, sigue mirando mi rostro con demasiada intensidad. Y de pronto caigo en la cuenta del motivo.

—¿Qué pasa? ¿Tiene algo que decir de mi nariz como el otro señor Oliver? —pregunto cruzándome de brazos irritada, ya que parece que todo el mundo en este bufete sabe lo que le sucedió a mi nariz, y tal vez sepan también algo más.

—¿Perdón? —dice finalmente el abogado—. ¿«El otro señor Oliver», ha dicho?

—Así es. El pequeño que está en la sala de espera... También ha opinado sobre mi nariz. ¿Es que no existe la confidencialidad en este sitio? —pregunto exasperada.

La señora Frers carraspea y luego intenta calmarme.

—Cynthia, por favor.

Avanzo unos pasos, perfectamente consciente de que la mirada del abogado no deja de seguirme.

—¿Podemos sentarnos o también nos atenderá de pie? —no puedo evitar preguntar volviendo la cabeza para mirarlo.

Él pestañea y por fin parece reaccionar.

—Sí, por favor. Les pido disculpas por mi descortesía, y también por la indiscreción de mi hijo —murmura al tiempo que rodea su escritorio y se instala en su sillón—. Le gusta curiosear en mis papeles, pero les aseguro que nadie se enterará de los detalles del expediente.

Su hijo. Claro, si es igual que él. Y debe de estar casado, por supuesto.

—Eso espero —musito calcinándolo con la mirada.

No sé por qué estoy tan disgustada, pero lo estoy. Soy consciente de que es sólo un niño y no hay razón para que esté enfadada, y sin embargo no puedo evitar sentirme así.

—También les pido que disculpen al doctor Gastaldi por no estar aquí. Seguramente ha tenido una emergencia... Pero no se preocupen, que yo le trasladaré sus peticiones.

Casi que me alegro de no tener que verle la cara, pero también me frustró porque esperaba tener una respuesta inmediata, o al menos un panorama más claro de a lo que puedo aspirar. Pero no digo nada, y durante los siguientes diez minutos permanezco en un hosco silencio mientras escucho cómo ambos abogados hablan acerca de la demanda.

Sólo intervengo cuando oigo al señor Oliver decir con demasiada soltura:

—... Bueno, pero tampoco era necesario que recurriera al médico más caro de la ciudad. A simple vista puedo intuir que esos honorarios están inflados...

«¡Inflados! Pero ¿qué creará que soy? ¿Una vulgar oportunista?» Lo que quiero es recuperar los costes de las cirugías y los gastos extras relacionados, nada más. Intento guardar la calma, pero no me callo.

—Mire, señor Oliver, yo no recurrí al doctor Camps, sino que fue él quien me ofreció, o, mejor dicho, me garantizó que podría reparar el daño que me había infligido su cliente —le digo agría—. Y no sólo me refiero al daño físico, sino también al psicológico... El doctor Camps supo contenerme y generó en mí la confianza suficiente como para volver a someterme a dos cirugías más, con el sufrimiento que eso trajo aparejado para mi cuerpo, mi mente y mi bolsillo.

—Señorita López, yo entiendo lo que me dice, pero creo que usted debería haber pedido otros

presupuestos para comparar, y no quedarse solamente con...

—¿Cómo se atreve? ¡Está claro que nunca le ha pasado nada a su perfecta nariz! ¿Cree que exagero? ¿Cree que me hizo feliz gastar todos mis ahorros para volver a reconocermé en el espejo? Lo único que podía hacer en ese momento era aferrarme a la esperanza que él me ofrecía... Como para pedir presupuestos estaba yo. Faltaría más...

La señora Frers se siente obligada a intervenir, al parecer.

—Abogado, lo que la señorita López quiere decir es que no tenía...

—Que no tenía el coño *pa'* farolillos, joder. Eso es lo que quiero decir —completo irritada. Sí, he olvidado decirles que cuando me enfado mi lenguaje se vuelve bastante soez—. Y ahora tampoco lo tengo, que conste en acta.

El silencio en la oficina es sepulcral. El señor Oliver me mira con sus ojos enormes y azules como platos. Abre la boca y luego la cierra, como un pez.

Y al verlo así yo siento una gran satisfacción. Soy consciente de que estoy volcando en él toda mi frustración por lo que Helena me ha hecho, por haber descubierto que el niño ha accedido a información que debería haber sido confidencial, y también por algo más... Y esto último es lo que más me hace enfadar, y se llama «envidia».

Siento envidia porque este hombre parece tener todo lo que yo jamás tendré, y no me refiero al dinero, o a esa belleza inmaculada. Estoy hablando de una familia, una familia perfecta, un hijo perfecto y tal vez una esposa perfecta. Una existencia sin contratiempos, un plan de vida sin fisuras de ningún tipo.

El reconocer esa faceta en mí no me hace para nada feliz, y resoplo fastidiada por toda la situación.

—Entiendo —dice entonces él, súbitamente repuesto—. Lo que haré entonces es trasladar a mi cliente su petición de resarcimiento y me pondré en contacto con usted, señorita López, cuando tenga su respuesta. La llamaré en cuanto tenga novedades...

—A mí, señor Oliver, por favor —acota la señora Frers—. Llámeme a mí para comunicar esas novedades.

Él la mira confundido, pero enseguida cae.

—Sí, por supuesto. Discúlpeme.

Me pongo de pie, porque me parece que esto ya no da para más.

Mientras la señora Frers hace lo mismo y se despide de su colega, yo observo atentamente al abogado. Y, muy a mi pesar, él me pilla haciéndolo y suspira. Es decir, parece que se ha quedado sin aliento, e inspira y exhala despacio. ¿Qué le pasa?

Debo confesar que me da un poco de vergüenza haberle hablado tan mal. No parece mala persona, la verdad.

Le tiendo la mano para saludarlo, cosa que no he hecho antes, cuando he entrado.

—Quedamos a la espera, señor Oliver. Ojalá que no tarde esa respuesta —le digo formal.

Él me estrecha la mano con firmeza, pero la forma de soltármela se parece a una caricia. Un

escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Señorita López, haré todo lo posible por ponerme en contacto con usted a la mayor brevedad —me dice poniendo especial énfasis al pronunciar la expresión «ponerme en contacto».

Bueno, ¿me lo ha parecido a mí o el abogado me está tirando los tejos? Por un lado me siento halagada, pero por otro pienso: «Ay, cariño, si supieras que yo soy más de pescado...». El solo pensamiento de verlo intentar conquistarme me pone de buen humor, así que le sonrío.

Él suspira de nuevo y enseguida oigo el carraspeo de la señora Frers, que me toma del brazo y me conduce a la salida.

El abogado se queda en la puerta del despacho, y yo siento su mirada en mi cuerpo incluso sin volverme. Pero eso no hace que se me mueva un pelo, y hasta me doy el lujo de demorarme para que me repase bien, aun desde la distancia.

Cuando paso por delante del niño, que permanece sentado donde lo he dejado antes, le tiendo la mano.

—Hasta pronto, señor Oliver —le digo—. Que tengas un buen día.

El pequeño sonrío mientras me la estrecha.

—Comenzaré a tenerlo cuando papá termine el papeleo y nos marchemos directos a McDonald's.

—Cuidado con la comida rápida, puede hacerte mucho daño —replico sin poder contenerme, pues las recomendaciones de la traidora de Helena no han caído en saco roto.

—Lo sé, y si mi madre lo supiese, se armaría una buena. Pero no tiene por qué, y yo de vez en cuando me aprovecho de los beneficios colaterales de tener padres divorciados...

«Vaya, ¿conque padres divorciados...?» No debería, pero ese dato me gusta. Este niño me cae más que bien, porque se nota a la legua que es precoz, inteligente, y tiene algo especial.

—En ese caso, disfruta del menú —le digo guiñándole el ojo, y luego salgo tras mi abogada.

Y en el último segundo antes de cerrar la puerta sí me vuelvo, y compruebo con regocijo que tanto el padre como el hijo me observan sonriendo.

Más tarde

Y durante el resto del día no pude dejar de pensar en eso.

Es decir, hice lo de siempre. Tomé una clase, cumplí mis horas en la conserjería de la facultad y le tatué un símbolo chino en el cuello a una compañera de residencia, pero en ningún momento pude alejar al guapo abogado y a su niño genio de mi mente.

Repasé cada momento, pero ya sin rastro de ira. Incluso me pareció divertido recordar la forma en que me miraba. Esa intensidad, ese asombro...

Bueno, debo reconocer que soy una chica que no pasa desapercibida. Para empezar, mido un metro setenta y cuatro centímetros... Desde los quince años que mido eso, y sólo espero que con veinticuatro ya se haya detenido mi proceso de crecimiento, porque como siga así tendré que meterme a modelo, como me han ofrecido tantas veces. No, estoy bromeando. Jamás me sometería a los vaivenes de ese mundillo, pues no podría aceptar ser exhibida como ganado en una feria.

En fin, volviendo a lo del abogado, me hacía mucha gracia haber descubierto que lo había impresionado hasta tal punto de dejarlo sin habla. Al principio me pareció que era mi nariz lo que observaba, pero luego su mirada se fue posando en distintos sitios. Uno de mis hombros desnudos, cuando el jersey se deslizó un poco... O lo deslicé un poco. Mi rodilla cuando me crucé de piernas, y luego un poco más abajo. Recorrió mi cuerpo con torpe disimulo desde la punta del cabello hasta el tacón de mis botas.

Y esa caricia al soltarme la mano, la forma de decir que se pondría «en contacto» cuanto antes. Su sonrisa...

Tengo que admitir que el hombre es demasiado atractivo y que me excita un poco. Un poco mucho... Si hasta soñé con él por la noche, y esta mañana, mientras me daba una ducha, tuve una fantasía erótica tan obscena y tan caliente que prefiero no comentar.

Qué extraña situación. No recuerdo que otro hombre como él se me haya insinuado antes. No, definitivamente no... He inspirado a muchos tíos, pero ninguno tan formalito como... ¡Joder! ¡Esto es una epidemia! ¿Será que Helena me ha pasado el putito imán? ¿Será que me he vuelto una adicta a «muñecos de pastel de bodas» como ella? Por favor, lo que me faltaba... ¡Si ni siquiera me gustan los tíos! Bueno, casi no me gustan.

Fue pensar en Helena (cosa que había tratado de evitar para no sulfurarme) y llamarla con el pensamiento, porque de pronto apareció por la puerta de mi habitación.

No había respondido a sus mensajes de WhatsApp pidiéndome perdón, ni siquiera con un emoticono, pero al verla acercarse con esa carita de gatito huérfano, mi enfado flaqueó.

—¿No me perdonarás nunca, Cyn? —me preguntó al tiempo que colocaba una manzana sobre mi escritorio.

Me esforcé para mostrarme indiferente, pero no sé si lo logré.

—Por favor... Ya te he explicado que me quedé dormida.

Esa excusa me pareció de lo más infantil, y no pude evitar decirle con furia:

—¿Sabes qué, Helena? No te creo. Te despiertas cuando sale el sol y haces demasiado ruido. Admite de una vez que te olvidaste de mí.

—¡No! Tienes razón, no duermo hasta tan tarde, pero anoche tuve que tomar un par de ansiolíticos.

Eso bastó para captar mi atención. Después de su pasado lleno de adicciones, mi amiga evitaba meterse cualquier sustancia en el cuerpo, incluso las medicinales.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Entonces me lo contó.

Me refirió cada detalle de lo que sucedió en el coche, cuando ella y el tío del semáforo terminaron besándose como locos, y luego lo del encuentro «casual» cerca del bufete del señor Oliver, que culminó en un acuerdo que no me convenció en absoluto. Y, francamente, me pareció bastante peligroso.

—Ya ves que sí estuve en el bufete, sólo que más tarde. Por favor, perdóname...

La verdad es que lo de mi enfado pasó a un segundo plano y comencé a preocuparme por Helena, porque, para empezar, lo del «encuentro casual» no me terminaba de encajar.

—Lo que no me queda claro es qué hacía él allí.

—¿No es obvio? Me ha estado siguiendo.

—¿En serio?

—Él lo niega, pero no hay otra explicación... ¿Cómo es que justo pasaba por allí en ese momento?

—Entonces es peligroso, Helena. No quiero que sigas en contacto con él... Aún estás a tiempo de cancelar esa cita —le dije preocupada.

—No es una cita...

—Lo que sea. No se te ocurra quedarte a solas con ese tío y menos follar con él, porque tiene perfil de acosador y temo que termines descuartizada en una zanja. Hay que meterle una denuncia a ese maldito.

—Cynthia, por favor.

Y una mierda. Helena no podía volver a ver a ese hombre... De verdad tuve miedo de que algo le pasara. Un tío que la sigue, que la turba hasta el extremo de provocarle insomnio, que le propone un encuentro sexual desprovisto de cualquier sentimiento. Un desconocido del que no sabía ni siquiera su nombre la iba a tener entre cuatro paredes y se aprovecharía de ella... ¡Quién sabe qué le haría! ¡Quién sabe cuán perverso sería! No, tenía que impedir que mi amiga siguiera adelante con eso, y la solución se me presentó tan diáfana y clara como un día de sol.

Era la solución perfecta tanto para ella como para mí, así que puse las manos sobre sus hombros y, mirándola a los ojos, se lo dije:

—No, por favor te lo pido yo a ti. ¿No habíamos quedado en que follarías con otro? Bueno, tengo candidato. El asunto es que tal vez tengas que esperar unos días...

—¿Qué? ¿Has estado ofreciéndome? —me preguntó asombrada.

—Claro que no. Sólo que he conocido a alguien que cumple todos los requisitos: es formal y guapo. Y además parece decente, no como ese otro que, así como lo describes, parece asesino en serie.

—No puedo creer que...

—Escúchame, Helena. Estoy segura de que te gustará y será mutuo, porque ¿quién puede resistirse a tus ojos verdes? El único problemita es que como es el abogado del doctor Gastaldi...

—¿El que te hizo la primera cirugía?

—Yo la llamaría «masacre» más que «cirugía», pero sí, ése es. ¿Puedes creer que ese hijo de puta ayer ni siquiera se presentó? El abogado lo justificó diciendo que tuvo una emergencia, pero no lo creímos.

—¿Y cómo fue todo? ¿Llegasteis a un acuerdo?

—Hicimos nuestra oferta, pero como Gastaldi no acudió, no concretamos nada. Ahora tenemos que esperar...

—Ojalá sea razonable y reconozca sus errores.

—Yo también lo espero. Ahora volvamos al asunto que nos interesa: el abogado.

—El abogado está descartado. ¿Intimar con el enemigo, Cyn? ¿Olvidas que representa al médico que te arruinó la nariz? —preguntó Helena riendo.

—Por eso te digo que esto tiene que esperar. Cuando me pague los diez mil más los gastos, ya no será el representante del enemigo y tú podrás zampártelo con total tranquilidad. De veras está bueno, y si no fuese lesbiana ya me lo comía yo —le dije con una sonrisa.

Me sentía mal por no explicarle que el hecho de que el abogado y ella terminaran follando no sólo sería su salvación, sino también la mía, pero no estaba preparada para hablar de eso.

Sólo sabía que a Helena le haría bien alejarse de ese tío, y a mí me haría bien dejar de pensar en el abogado como en un bocado con posibilidad de ser devorado, así que todos contentos.

¡Joder!... ¿Qué demonios me estaba sucediendo? Quería endilgarle a un tío que acababa de conocer a mi mejor amiga.

¿De qué tenía miedo? Desde el incidente en la peluquería que me destrozó la nariz y también la relación con Lía, jamás había sentido que mi estabilidad mental corriera algún riesgo como en ese momento. No sabía qué me pasaba, pero estaba magnificando las cosas de una forma inaudita en mí.

Un sexto sentido me decía que tenía que mantenerme apartada de ese abogado, porque podría ser muy peligroso para mi salud mental. Pero sería todo lo contrario para Helena, porque podría

alejara de alguien de quien lo desconocía todo y que podía ponerla en riesgo, y por eso el plan de conectar al señor Oliver con mi amiga en ese instante me pareció de lo más coherente.

Y de pronto me encontré perfilando mi estrategia para los próximos encuentros con el abogado: me mantendría indiferente, y, de no poder hacerlo, de considerar que ese hombre pudiese alterar mi vida de alguna forma, lo alejaría de maneras más contundentes. Después de todo, era lesbiana, y no necesitaba ni sentirme halagada porque un tío guapo me repasara de arriba abajo ni tampoco seguirle el juegucito de seducción si no estaba segura de salir ilesa de ese asunto.

Las palabras de Helena me chafaron un poco los planes, la verdad.

—Tú no eres lesbiana, sino bisexual, ya te lo he dicho, así que puedes comerte al abogado, que, cuando esté disponible para mí, será demasiado tarde. Estoy en un punto de no retorno con..., ya sabes con quién —confesó con cierto pesar.

Se la veía tan apesadumbrada que me conmovió. Ya no me quedaba ni rastro de enojo...

—¿Te estás enamorando del muñeco de pastel de bodas, Helena?

Mi amiga dio un respingo.

—¡Claro que no! Sólo estoy algo... —Se detuvo, pues al parecer no encontraba la palabra adecuada para definirlo.

—¿Loca...? —aventuré arqueando las cejas.

Helena negó con la cabeza.

—Digamos que estoy siendo fiel a mis deseos. Lo quiero, lo tomo. Sin mayores consideraciones, como corresponde que haga una mujer adulta, madura y sin prejuicios —me espetó muy decidida, pero yo pude intuir que estaba asustada. Mucho.

Y yo también. Porque ¿cómo podía estar segura de que ese hombre no era un perverso, o un psicópata?

—No sé, Helena. Yo lo pensaría... —le dije preocupada. Pero en el fondo sabía que no podría detenerla.

¿Cómo contener a dos seres que se ven arrastrados en la marea de una relación prohibida? ¿Cómo?

Y en ese momento me di cuenta de que mi principal tarea a partir de ese momento era evitar que a mí me pasara lo mismo. Si Helena había caído y en el mejor de los casos saldría sólo con su corazón dañado, a mí podría pasarme lo mismo o peor. Ya me habían roto la nariz y el corazón una vez, no podría soportar otro golpe más.

Esa misma noche, cuando Rocco me preguntó qué le pasaba a Helena, me hice la tonta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pues... hay un tío que aparece en todos los sitios donde ella está. ¿Te acuerdas de lo del chicle? —me preguntó, y al verme asentir continuó—: Bueno, ése. ¿No es extraño?

Me encogí de hombros. Sabía que a Rocco le pasaban cosas con Helena, y por eso decidí permanecer ajena a los interrogantes que se planteaba, y también me cuidé mucho de no revelar los planes de mi amiga.

—Déjala... Está jugando con él. Y vaya que ese tío ha hecho méritos para ello.

—Pues te digo que no es normal. Hay algo raro allí... No me extraña para nada que quiera conquistarla, pero sí que ella se deje —insistió preocupado.

—Helena sabe lo que hace —declaré sin comprometerme, pero no sé si Rocco se conformó.

Lo cierto era que en ese momento poco me importaba lo que él pensara.

Bastante tenía yo con no poder quitarme al abogado de la cabeza y el temor a que a mi amiga le pasara algo como para hacerme también cargo de los miedos de Rocco.

Días después...

¡Dios santo! Helena acaba de marcharse a su cita complicada.

A pesar de mis consejos de que no lo hiciera, la muy condenada decidió seguir adelante con esta locura.

No lo entiendo... El plan era perfecto: debía terminar con su larga abstinencia follando con otro muñeco de pastel de bodas que lograra satisfacer su curiosidad y no representara un riesgo para su corazón. Yo tenía al candidato ideal, y sólo deberíamos esperar unos días. Y, follándose al abogado, también me ayudaría a mí, haciendo que saliera catapultado de mi mente, al saciar mi propia curiosidad sin verme tentada de jugar a un juego al que jamás podría ganar.

Pero no. Helena Miller hace lo que le sale de los ovarios, como siempre. No importa si con eso se expone de la forma que tanto había tratado de evitar. Coño, ¡si hasta le hice un tatuaje que le recordara que aún estaba a tiempo de escapar de esta situación!

Aunque parece que no sirvió de nada, porque en este instante va derechita a la boca del lobo, y, para colmo, más guapa que nunca.

Y es que de perdidos al río, por lo que decidí ayudarla a deslumbrar al tío del semáforo. Sólo espero que no se trate de un asesino en serie, porque si pasara algo grave jamás podría perdonarme no haberla atado para que no saliera de aquí.

Su corazón ya está en peligro, y no hay nada que hacerle, pero si sufriera algún otro tipo de daño, me moriría. Sin embargo, antes mataría a ese hijo de puta, si supiera cómo encontrarlo.

Este asunto me pone de los nervios, para qué negarlo. Me siento como una leona enjaulada dando vueltas por la residencia, sin soltar mi móvil por nada del mundo. A la menor señal de alarma, saldré a buscarla.

Cuando comienza a sonar y veo que la llamada proviene de un número desconocido, mi corazón empieza a latir con fuerza.

Me tiembla la mano cuando deslizo el índice por la pantalla para contestar.

—¿Quién es? ¿Qué sucede?

Al otro lado de la línea sólo oigo silencio.

¡Joder! ¿Y si se tratara de un secuestro extorsivo? Lo que sospechaba, ese tío es un delincuente, y el trato que le propuso a Helena ha sido una pantalla para llevársela.

En mi mente se suceden imágenes de lo que podría sucederle a mi amiga en manos de ese infeliz. Porque está claro que esta llamada es la señal de alarma que me indica que todo va como el culo. ¿Qué haré para cumplir sus exigencias, si no tengo ni donde caerme muerta, joder?

—¿Qué quiere de mí? —es lo único que atino a preguntar mientras el miedo comienza a ganarme.

Y, tras una breve pausa, la respuesta:

—Incomodarla seguro que no, pero veo que lo estoy haciendo. Tal vez haya sido un error telefonarla... Le pido disculpas; llamaré a la señora Frers.

«¿La señora Frers? ¡Ay, Dios! Pero si es el guapo abogado que vive en mi cabeza... Vaya sorpresón.»

—Perdóneme usted. Lo he confundido con otra persona, señor Oliver.

—Me he dado cuenta de que la he pillado en un mal momento.

—No se preocupe —lo tranquilizo. La verdad es que me asombra bastante que me haya llamado después de que mi abogada le pidió que contactara con ella—. ¿Puedo ayudarlo o bien es que me va a ayudar usted a mí...?

—¿Cómo?

—Que si tiene alguna pregunta o una respuesta, señor Oliver.

Creo que mi agilidad mental súbitamente adquirida lo está confundiendo, y sonrío para mis adentros satisfecha.

—Bueno, creo que tengo una respuesta. Y espero que la misma represente el acuerdo que ambas partes seguramente deseamos.

—Lo escucho —le digo mientras contengo el aliento expectante.

La verdad es que no me esperaba saber lo que ofrece el doctor Gastaldi al menos hasta el lunes. Y, definitivamente, no esperaba que el abogado me llamara a mí, y menos un sábado por la noche, pero, ya que estamos, me dispongo a descubrir si tendré que batallar mucho o no.

—Bueno, mi cliente ofrece cinco mil euros, costes incluidos. Y justifica esa cifra de una forma muy simple: una rinoplastia no cuesta más de tres mil, así que...

«¿Qué?» Menudos caraduras esos dos. ¿Cómo se atreven a insultar mi inteligencia de esa forma?

—Señor Oliver, si me ha llamado a mí para burlarse, le digo que lo mejor es que hable con mi abogada. ¿O piensa que soy tonta y por eso un objetivo fácil de manipular?

—De ninguna manera, señorita López —me dice a todas luces apenado—. Tanto mi cliente como yo actuamos de buena fe, y estoy seguro de que usted no esperaba que se cumpliera al pie de la letra su petición...

Lo interrumpo, por supuesto. No voy a dejar que se salga por la tangente.

—¿Por qué no ha llamado a la señora Frers? Está claro que me está subestimando y piensa que puede convencerme de aceptar ese trato vergonzoso. Seguro que con mi abogada no se atrevería. ¿Eso es actuar de buena fe?

—Le aseguro que no tengo intención de timarla de ningún modo.

—Entonces dígame por qué me ha llamado a mí.

Silencio... Parece que he dejado sin palabras al abogado. Lo he acorralado de tal forma que no

le queda otra opción más que la verdad.

—No lo sé. O sí... Pensé que querría saber cuanto antes a qué atenerse... No me pareció correcto llamar a mi colega un sábado por la noche, y ahora veo que también ha sido un error llamarla a usted... Sea como sea, lo lamento. Lo que haré es esperar al lunes y comunicarle por escrito a la señora Frers la oferta del doctor Gastaldi —me dice—. Y, por favor, perdone que la haya molestado.

Confieso que esperaba otra respuesta, pero ésta no me parece del todo deshonesto, así que se lo dejo pasar.

—Bien, aclarado este punto, sólo me resta hacerle una pregunta.

—Dígame.

—¿Le parece bonito darle a su hijo comida basura a espaldas de su madre?

Ahora sí que lo descoloco, y eso hace que vuelva a sonreír.

—¿Cómo dice?

—No se haga el desentendido. Y tampoco me salga con que no me meta con lo que come su niño, porque después de haberle permitido husmear en mi expediente, no tiene la autoridad moral necesaria para hacerlo.

Una nueva pausa me demuestra que no tiene ni idea de cómo reaccionar ante esta invasión de su intimidad.

—Señorita López, ha sido sólo una vez... No creo que eso pueda hacerle daño.

—No es lo que me dijo el pequeño señor Oliver ayer. Más bien me dio a entender que era algo habitual en usted burlar las recomendaciones de su ex.

—¡No puedo creer que Daniel haya sido así de indiscreto en tan poco tiempo!

—Estoy segura de que sabe que no me lo he inventado.

Casi puedo oírlo sonreír, y por primera vez entre nosotros siento cierta distensión.

—Claro que no. Y le pido disculpas por haberle hecho pasar un mal momento ayer, y también ahora. De verdad, no lo tome a mal, señorita López —me dice, y suena bastante sincero—. Sólo quería adelantarle lo que mi cliente quiere ofrecer, consciente de que usted y su abogada plantearán una contraoferta que ojalá nos evite otras instancias...

—Lo entiendo. Quiere terminar con esto cuanto antes y librarse de nosotras.

—No es así, se lo aseguro. Quiero evitar un juicio que dilate el asunto, pero libramme de usted no..., de ningún modo.

Chan. No me esperaba eso, lo juro, y ahora la que se ha quedado muda soy yo. Tengo que reponerme, y debe ser rápido.

—Entonces yo le voy a adelantar algo a usted: el lunes mismo mi abogada le hará llegar mi contraoferta, y si no quiere que esto se extienda más de lo necesario, ocúpese de que su cliente la acepte. Porque yo soy la más interesada en obtener un resarcimiento para poder seguir con mi proyecto de vida, pero no voy a consentir que el doctor Gastaldi se aproveche de mi necesidad

ofreciéndome calderilla. Si tengo que litigar en un tribunal civil, no dudaré en hacerlo, señor Oliver —le digo retribuyéndole la sinceridad.

—Entiendo —dice después de una pausa. Y, para mi sorpresa, también agrega—: ¿Puedo preguntarle cuál sería su proyecto de vida?

Bueno, ¿por qué no? No creo que esto pudiese considerarse confraternizar con el enemigo, ¿verdad?

—Por supuesto. Necesito recuperar mis ahorros para comprar un equipo de tatuaje profesional de alta calidad, para abandonar mi puesto de trabajo actual y lanzarme por mi cuenta.

—Parece un buen plan.

—Mejor, porque no hay un «plan B».

—Pero tengo entendido que usted estudia una carrera universitaria...

—Veo que ha leído con atención el expediente —replico algo asombrada—. Supongo que es parte de su trabajo ¿no?

—Digamos que sí. Lo que me sorprende es que sus planes de futuro tengan más que ver con su labor como tatuadora que con sus estudios.

—Es que lo hago muy bien. Me refiero a los tatuajes... Soy realmente buena, y cuando esto termine puedo demostrárselo.

Bueno, creo que me he pasado de rosca, porque el abogado no responde de inmediato. Sin embargo, tras unos momentos, lo hace:

—Me encantaría que lo hiciese, señorita López.

Otra vez chan. Nunca me habría esperado algo así.

—No parece ser usted un hombre de tatuajes... ¿Acaso tiene alguno, señor Oliver?

—Se equivoca. Tengo un par, pero me han dicho que da mala suerte y que debería tener un número de tatuajes impar, así que tal vez pueda ser su primer cliente cuando obtenga su nuevo equipo.

Me deja con la boca abierta, pero para mi fortuna él no puede verlo.

—¿Usted cree que podré tenerlo?

—Yo creo que usted podrá obtener todo lo que se proponga.

Dios santo. Una rara sensación en la boca del estómago me molesta de pronto. ¿Será algo que comí o algo que quisiera comerme? No sé por qué, pero las palabras del abogado, esa especie de «acto de fe» en mí, me ha dejado en llamas. Tengo que colgar porque siento que ese fuego desciende por mi cuerpo, y creo que de verdad me está haciendo daño.

—Gracias por su llamada, señor Oliver. Que pase un buen fin de semana —murmuro intentando que no se me note lo turbada que estoy.

—Le deseo lo mismo. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

Y ambos colgamos. No tengo ni idea de por qué nos despedimos hasta el lunes, porque se supone que será la señora Frers quien le hará llegar la contraoferta, pero lo cierto es que, además

del fuego que ya se ha instalado entre mis piernas, fantasear con volver a hablarle hace que una tímida llamita se encienda en mi corazón.

Más adelante

Esta vez, cuando me miro al espejo del baño de la residencia, centro mi atención en mis mejillas, no en mi nariz.

Joder... Se supone que siendo morena no debería sonrojarme, ¿no? Pero lo estoy. Desde hace rato siento este calor en mis mejillas, y más abajo también.

Lo dicho, esto es una especie de epidemia. Una enfermedad contagiosa que primero le tocó a Helena y ahora he pillado yo.

¡Lo que me faltaba! Calentarme con un tío, y no cualquier tío, sino uno de los que sólo pueden traer problemas. Porque una cosa es ligar con un chico común y corriente en los ámbitos donde suelo moverme, y otra muy distinta sentir estas cosas por alguien muy diferente de mí, alguien inaccesible, prohibido y complicado.

Además, no me hace mucha gracia reconocerse como bisexual, la verdad. Es que ya me estaba gustando asumir que soy lesbiana... Eso me permitía enfocarme en lo único que me gratificaba un poco últimamente: el sexo con mujeres.

Pero ahora estoy confusa... ¿Qué demonios me pasa con el jodido señor Oliver de los cojones?

Debo admitir que yo di el paso que me metió de lleno en esta situación. ¿Por qué no dejé que la señora Frers cumpliera con su trabajo? ¿Por qué tuve que ser tan impulsiva?

Cuando resolvimos dejar la cifra justo en el medio para cerrar un trato de una vez y evitar el juicio, debería haberme quedado quietecita y esperar que ella se comunicara con su colega. Pero no.

Lo que hice fue decirle algo así como: «No se moleste en llamar al pasante para que le lleve la nueva propuesta al señor Oliver..., ¡si a mí me viene de paso!», y luego recogí la carpeta y, sin esperar respuesta, me marché.

Y al poco rato me encontraba sonriéndole a la recepcionista del abogado.

—¿Podría ver al señor Oliver?

La mujer miró su ordenador y frunció el ceño.

—Pero usted no tiene cita, señorita López.

Suspiré y luego puse mi mejor cara de niña buena.

—Lo sé... Pero será sólo un momento. Tengo que darle unos papeles.

—Puede dejármelos a mí.

Vieja ladina. Pero esa cara de vinagre no me iba a amedrentar, por supuesto.

—Lo siento... Es que debe ser en propia mano.

Mala jugada. La mujer me miró con severidad por encima de sus gafas.

—Le aseguro que se los haré llegar —repliqué agria—. Además, ese caballero que ve allí aguarda su cita. Como comprenderá, no puedo...

—Esperaré a que termine —repliqué, y luego fui a sentarme en la esquina opuesta al hombre, que me observó con curiosidad. Lo ignoré y me concentré en mi móvil, sin prestar atención tampoco a las miradas recelosas de la recepcionista.

Y, mientras esperaba, de pronto me di cuenta de lo mal vestida que iba. ¡Pero si estaba hecha un asco! Primero noté que mis zapatillas Converse no estaban del todo limpias... Eran de un rosa grisáceo y una de ellas tenía un cordón deshilachado por completo. Mis vaqueros también habían visto mejores días, sin duda. Eran de los rajados a propósito, pero ya se pasaban de viejos. Tenía una sudadera blanca demasiado corta y una chaqueta gris de lana demasiado larga, con un enganche bastante evidente.

Realmente iba hecha un desastre... Me había dejado llevar por el entusiasmo de liquidarlo todo cuanto antes y no había reparado en mi aspecto hasta que...

«¿En serio, Cynthia? Ni tú misma te crees que tu impulso tenga que ver con resolver el asunto con rapidez. ¡Has ido a ver al abogado!» Eso fue lo que pensé en ese momento, y lo que pienso ahora. Negar que mis motivaciones estaban exclusivamente vinculadas a volver a ver a Oliver se me estaba haciendo difícil entonces, y en este momento me resulta francamente imposible.

Bueno, la cuestión es que allí estaba, sentada en la sala de espera vestida como una mendiga harapienta. Me pasé la mano por el cabello y comprobé con alivio que al menos mis rizos estaban bajo control.

Aun así, no estaba cómoda con la situación, claro que no. Tal vez por eso fue por lo que recogí la carpeta del asiento contiguo al mío y me dispuse a marcharme. Me daba un poco de rabia tener que entregarle a la recepcionista los papeles y dejar que se saliera con la suya, pero qué más daba.

No podía permitir que el abogado me viera en esas condiciones, pero antes de que pudiera avanzar un paso se abrió la puerta del despacho y salió una mujer deslumbrante. Era tan guapa que no pude evitar seguirla con la mirada... Joder, seguramente era modelo de pasarela. Medía como un metro ochenta, era delgadísima y elegante, con su ceñido vestido negro y sus tacones altos.

No era mi tipo, pero por su atractivo era imposible no admirarla. Y al volver la cabeza pude ver que no era la única que lo hacía, pues en la puerta estaba el mismísimo señor Oliver, cuyos ojos estaban pegados al culo de la rubia.

No sé lo que me pasó, lo juro. Me lo quedé mirando mientras contenía a duras penas una injustificable ira que amenazaba con desbordarme.

Como él no había notado mi presencia, permanecí inmóvil y por fortuna logré componerme en tiempo récord. Sólo tenía que guardar la calma y esperar que él cerrara la puerta o llamara a su siguiente cita para poder marcharme. Pero estaba claro que la vieja estúpida de la recepcionista estaba decidida a mortificarme, porque no tuvo mejor idea que decir con su vocecita chillona:

—Señor Oliver, parece que tiene una visita sorpresa...

Me volví a mirarla y me di cuenta con horror que me señalaba con su dedo huesudo. ¡Me quería morir! Ahora no sólo me veía con un aspecto calamitoso, sino también contrariada.

Joder, no tenía más opción que afrontarlo. Tragué saliva, cerré los ojos y...

—Señorita López.

La voz profunda del abogado nombrándome volvió a provocarme sensaciones extrañas en el vientre.

Sin embargo, sólo suspiré y lo miré con mi mejor sonrisa.

—Buenas tardes, señor Oliver. Le dejo la contraoferta y me marchó... —le dije mientras le tendía la carpeta.

Él miró lo que le daba, pero no lo cogió. En lugar de eso, su mirada recorrió mi brazo primero y luego descendió. ¡Ay, qué vergüenza! La esperanza de que no notara lo mal vestida que iba se esfumó.

Me dio una repasada de ida y vuelta y luego se concentró en mi rostro. Tenía los ojos demasiado abiertos y se veía confuso, pero cuando habló no se dirigió a mí, sino al hombre que esperaba su cita.

—Perdóneme, señor Henderson, pero tendrá que aguardar.

Y, sin esperar respuesta, me cedió el paso al tiempo que con la mano me señalaba el camino de entrada a su oficina.

Pasé por delante muy erguida, medio obnubilada todavía por esos ojos azules que me miraban de una forma intensa. Podía sentirlo, aunque no lo estuviese viendo. Era como si me quemara o me perforara la piel.

Oliver cerró la puerta a mis espaldas y luego rodeó el escritorio.

—Tome asiento, por favor.

—No es necesario. Sólo he venido a traerle estos papeles...

Ni siquiera los miró.

—¿Por qué?

Sabía lo que me preguntaba, pero me encogí de hombros haciéndome la tonta mientras me sentaba frente a él.

—¿Por qué, qué?

—Ya sabe. ¿Por qué me los ha traído usted?

Entorné los ojos y le respondí con mi descaro habitual.

—Por lo que usted me dijo el sábado. Estoy ansiosa por tener una respuesta y terminar con esto de una vez.

Oliver inclinó la cabeza y luego se recostó en su sillón con los brazos cruzados.

—Supongo que sabrá que esa respuesta no depende de mí.

—Lo sé. Y por eso he venido a pedirle que haga el favor de transmitirle al doctor Gastaldi que no voy a seguir negociando: es esto o vamos a juicio.

¡Punto para Cynthia! Creí que había salido bien del paso, pero no sé si él pensó lo mismo, porque se llevó la mano a la boca, o, mejor dicho, fue un dedo, y me pareció que estaba intentando reprimir una sonrisa.

¿Qué sería lo que le hacía tanta gracia, joder?

—Parece muy decidida a no claudicar.

—Lo estamos. La señora Frers y yo. Ni un paso atrás —le dije enfática.

Oliver se inclinó hacia delante y me tendió la mano. ¿Qué pretendía? La confusión en mi mirada no le pasó desapercibida.

—Los papeles, señorita López.

Claro, los papeles. Se los di, y los estudió por un par de minutos, durante los cuales yo me deleité mirándolo a él.

Dios, qué guapo. Aun con el ceño fruncido por la concentración, me lo parecía. Un rayo de sol le daba en el pelo, haciéndolo brillar... Era como si tuviese un jodido halo alrededor. Contuve el aire mientras observaba su mentón cuadrado, su cuello, su torso fuerte, y esas manos que sostenían los papeles, en cuyo dorso había unos vellos claros.

Pero hubo otra cosa que me llamó la atención... El tatuaje. Asomaba por uno de los puños de su impoluta camisa. ¿Eso era una coma? ¿Un punto y coma? ¿Por qué un hombre perfecto con una vida perfecta se tatuaría un punto y coma?

Y, como no podía ser de otra manera, él me pilló torciendo la cabeza para observar mejor el tatuaje.

—Sí, es así como lo piensa. Un recordatorio de que me he enfrentado a momentos difíciles, pero aquí estoy, todavía. Y que lo que ha pasado ha sido sólo una pausa para coger impulso.

Me quedé de una pieza, totalmente alucinada.

No me esperaba que me dijera algo tan personal, tan sentido... «¡Si apenas nos conocemos! ¡Si no le he preguntado nada!»

Me adivinó el pensamiento y me abrió la puerta a su intimidad sin que siquiera tocara.

Tragué saliva y lo miré asombrada.

—Perdone, señor Oliver. No era mi intención ser así de indiscreta.

El abogado sonrió.

—¿De veras?

Fruncí el ceño confundida

—¿Qué quiere decir?

—Vamos, es normal que le despierte curiosidad. O al menos tengo la esperanza de que así sea, pero me temo que no estaré a la altura de sus expectativas... Después de todo, usted es una tatuadora profesional y debe de conocer historias de vida mucho más interesantes que la mía.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué demonios intentaba hacer? No entendía si quería tirarme de la lengua o que yo tirara de la suya. La verdad era que en ese momento tenía ganas de hacer cosas

húmedas con nuestras lenguas, pero lo disimulé con un comentario que pretendía ser intrascendente pero terminó siendo revelador.

—En realidad, soy una principiante, pero me gustaría conocerla —repliqué. Y, para amortiguar mi evidente ansiedad, agregué—: Es decir, si usted quiere, señor Oliver. Debe de ser muy inspiradora su historia...

Él cerró la carpeta. Ya no sonreía y se lo veía algo apesadumbrado.

—Tal vez en otra ocasión. Ahora querría centrarme en usted, señorita López —me dijo, y dentro de mi estómago las mariposas montaron una jodida fiesta. Poco duró esa sensación, que se esfumó cuando añadió—: En usted y en su demanda.

Dios... Eran muy confusos sus mensajes. ¿Estaba jugando conmigo, el muy hijoputa? Sólo pensar que un tío pudiese burlarse de mí y hacer que mi corazón latiese como lo hacía en ese momento me molestó.

—Por supuesto. ¿Qué piensa que dirá su cliente?

Él me observó por unos momentos y luego dijo:

—Se lo preguntaré ahora.

Y así, sin más, lo llamó por teléfono delante de mí.

—¿Cómo estás? Sí, me lo imagino... Mira, te llamo porque tengo aquí la contraoferta de la señorita López... No, no es así... Ya hablaremos de eso... Que no, que no... Oye, que tengo prisa... ¿En serio? Bueno, gracias por la confianza... No temas... Vale, yo también lo espero así... Perfecto. Adiós.

Y eso fue todo, pero durante los treinta segundos que duró la llamada, Oliver no dejó de mirarme.

—¿Y bien? —pregunté, más que nada para evitar un silencio perturbador, porque estaba segura de que la conversación no aportaría nada nuevo. Pero me equivoqué.

—Lo ha dejado en mis manos, y en mi supuesto buen criterio.

Vaya, eso sí que era una sorpresa.

—¿Y qué dice su buen criterio, señor Oliver? —pregunté cautelosa.

—Que usted tendrá su equipo muy pronto y podrá ver consolidado su proyecto de vida —me anunció con una sonrisa. Y luego agregó—: Contraoferta aceptada.

Podría haberme hecho sufrir un rato, y confieso que casi esperaba que lo hiciera, pero no sucedió así. Lo que hizo fue evitarnos un tira y afloja en el que él ocuparía una mejor posición que la mía, por supuesto.

El abogado era una caja de sorpresas, y una me gustaba más que otra.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y creo que él lo notó.

—Gracias —musité con la voz quebrada, y por miedo a largarme a llorar, francamente, me puse de pie y le tendí la mano—. Cuando usted lo disponga, vendré con mi abogada a firmar el acuerdo extrajudicial.

Daniel Oliver me cogió la mano y una vez más la retuvo en la suya más de lo que debería.

—Señorita López, cuando esto quede finiquitado, me gustaría hablar con usted —me dijo con la mirada fija en la mía—. Mi intención es conocerla más y mejor.

Joder... Nunca nadie había sido tan franco conmigo, ni tan sencillo. Fue tan simple que me descolocó. Estaba acostumbrada a propuestas rebuscadas, o con doble sentido, así que esa petición a plena luz del día, en una oficina, y después de haberme visto vestida como una pordiosera, me resultó demasiado perturbadora y no supe cómo reaccionar.

No parecía una invitación a follar, cosa que imaginé y hasta deseé que pudiese suceder. Porque en mis locas fantasías jamás se me cruzó por la cabeza que él quisiera «conocerme».

¿Qué demonios quería decir eso? ¿Por qué querría hacer algo así?

Inspiré hondo y di un paso atrás. Y luego varios más.

Seguramente se estaba burlando de mí... Ese hombre evidentemente heterosexual, blanco y rico, que podía darse el gusto de conocer a cualquier mujer, incluyendo la rubia de pasarela a la que le dejó pegados los ojos en el culo, quería conocerme «más y mejor». Definitivamente debía de querer reírse de mí...

Y simplemente no pude soportar la idea. Necesitaba marcharme cuanto antes, pero no podía hacerlo sin cerrar esa conversación de una forma que me hiciera sentir con el control de la situación. Quería rebajarlo ante mis ojos de alguna forma, porque presentía que ese hombre me iba a enloquecer.

O tal vez debería rebajarme yo para no correr riesgos... Así fue que quedar como una oportunista no me pareció una mala idea.

—Eso dependerá de la firma del contrato, abogado —fue lo único que atiné a murmurar antes de salir de su despacho como si me persiguieran mil demonios con corazones en los ojos.

Pero corazones azules, como los brillantes y enormes ojos de Daniel Oliver.

Ahora

No sé por qué estoy tan enfadada. Es decir, no sé si mi enfado se debe a la sospechosa actitud de Daniel Oliver o a mi estúpida reacción.

Sentada en el autobús de regreso a casa, repaso cada momento vivido en su oficina. ¿Qué demonios quiso decir con «conocerme más y mejor»? ¡Qué forma más rebuscada de proponerme un polvo! Y qué estúpida yo, por sentirme incómoda por ese extraño intento de seducción.

«No me gustan los tíos», repito para mis adentros como si fuese una especie de mantra para mantenerme apartada del abogado y el peligro que representa para mí.

No es del todo cierto, porque un poco sí me gustan. Entonces me digo: «Prefiero las chicas», y para reafirmarlo miro a mi alrededor a ver qué encuentro.

No, está claro que no será en el bus donde ligaré en el día de hoy, pero no me iré a la cama sin follar. Y, con esa intención, cuando llego a casa dedico dos horas a mejorar mi aspecto personal.

Mis rizos desaparecen bajo un moño apretado y mis largas piernas brillan como mi faldita de lentejuelas, que apenas me cubre el culo. Completo mi atuendo con un top negro que acabo de robarle a Helena. Y cuando reparo en que hace demasiado frío para salir tan suelta de cuerpo, regreso a su habitación para coger una de sus chaquetas y me encuentro con que ella ha llegado.

—Ese top es mío, ¿verdad?

—Ya no.

—Pero ¿qué haces vestida así un día entre semana, Cyn? ¿Adónde vas?

—Por ahí. ¿Quieres venir?

—No lo creo. Acabo de salir de trabajar... Ambas deberíamos estar durmiendo ya.

—Necesito distraerme. Y tú también, Helena... No has vuelto a ser la misma desde tu cita con el del semáforo.

Se hace la tonta, tal como esperaba. Es evidente que todavía no está lista para contarme por qué se frustró lo del sábado.

—No iré a ningún sitio —replica. Y luego cambia de tema—: Cuéntame cómo va la demanda antes de marcharte.

Bueno, esa pregunta hace que me sienta a su lado, en la cama. Necesito hablar con alguien de lo que me está pasando, pero lo haré sin dramatizar, ¿vale? Que nunca me ha gustado dar demasiado color a las cosas, al menos fuera de mi mente.

—He contraofertado los diez mil y han aceptado. Dentro de unos días firmaremos el acuerdo extrajudicial.

—Felicidades. Tu equipo de tatuar para ponerte por tu cuenta está a la vuelta de la esquina...

—Pues sí —admito. Y, sin poder evitarlo, le confieso a mi amiga lo que no me he atrevido a confesarle a mí misma—: Sólo lamento que esto termine, porque no veré de nuevo al abogado guapo.

—¿No eras lesbiana? —se burla Helena, pero no me enfado porque hace rato que no la veo sonreír. Es más, con tal de verla feliz, puedo seguir riéndome de mí misma y mi loca situación con Oliver.

—Por ese tío lo dejaría en suspenso, en serio. Me gusta tanto que voy a empezar a pensar que de verdad soy bisexual...

—Eres bisexual, Cyn. Te lo he dicho muchas veces... —me recuerda con dulzura, acariciándome la mano.

—Como sea. Espero que esta vez no me falles y me acompañes a su despacho, Helena. Estará el doctor Gastaldi allí y necesito tu apoyo moral.

—No lo haré. Lo prometo.

—Para asegurarme, iremos juntas. Así, de paso, te evitas encuentros ardientes como el del otro día...

—Basta, Cynthia.

—Vamos, admite que ese tío te encanta.

—No es así. Fue como una mala cita a ciegas, como uno de esos encuentros concertados a través de Tinder que no resultan bien. Y punto —me dice con firmeza, pero yo sé que hay algo más.

Pero sus palabras me recuerdan al abogado del demonio. En realidad, todo lo que sucede me recuerda a él.

—Punto y coma, tontita. Porque esto sigue, que no te queden dudas —afirmo pensando en el tatuaje de Oliver. ¿Qué significará para él? ¿A qué pruebas habrá tenido que enfrentarse? Debo apartarlo de mi mente al menos un minuto. No puede ser que no pueda llevar una conversación normal sin pensar en él—. Y, si tengo razón, con ese equipo para tatuar que me compraré gracias a la bendita demanda te haré uno gratis: un hermoso punto y coma para que tengas presente que esto es sólo una pausa para tomar impulso. No tengo idea de por qué se frustró el sábado, pero estoy convencida de que esto va a crecer, Helena.

Mi amiga me mira atónita.

—¿Es que estoy rodeada de brujas? ¿Qué es esto? ¿El puto Salem? —pregunta con las manos en alto.

—No lo sé, cariño —le digo sonriendo—. Lo que sí sé es que has cambiado y se te nota. Es como si el amor estuviese en el aire a tu alrededor. Creo que ha llegado el momento de que pierdas la cabeza por alguien.

La dejo suspirando y salgo para cumplir con lo que me he propuesto. No sea cosa que el amor que está en el aire termine envolviéndome a mí también.

* * *

Dos horas después, me estoy revolcando en la cama con una rubia guapa.

La conocí en un club de citas, por supuesto, porque fui a lo seguro.

No estaba para complicarme la vida más de lo que ya la tenía, así que sólo tuve que invertir en dos tragos para terminar entre sus piernas.

Ahora la tengo entre las mías, y es tan habilidosa que creo que me voy a desmayar de gusto. Lame, lame, lame. Parece una gatita, pero su lengua no es afilada, sino suave y aterciopelada.

Cierro los ojos y me tumbo en la cama. Abro más los muslos y arqueo la espalda para exponerme al máximo. Muevo la pelvis y cierro los ojos...

Ése es mi error. Cerrar los ojos, porque de pronto me encuentro fantaseando con que quien se está dando un festín con mi coño es Oliver.

Joder... No era lo que quería, pero ¿qué más da? Lo que pasa en la imaginación ahí se queda, así que busco el orgasmo aferrada a las sábanas, con los dientes apretados para no gemir su nombre.

Y, cuando lo consigo, cuando finalmente logro estallar, por primera vez no encuentro ningún alivio. No son ganas físicas, son psicológicas. Prefiero pensar eso y no que tiene que ver con el corazón, porque ahí sí que me entraría el pánico.

Tras hacerle un trabajito manual con entusiasmo fingido, me visto con prisa murmurando una excusa y me marchó.

* * *

Es una noche larga, de esas que te pasas dando vueltas en la cama sin poder dormir porque hay algo que da las mismas vueltas, pero dentro de tu cabeza.

Rabia y deseo mezclados, una gran curiosidad. Crisis... De identidad, emocional, de principios. Un profundo desconocimiento de mí misma. Negación... Todos los libros de psicología leídos se me vienen a la cabeza. También todos los tatuajes que he hecho, que he visto... Un punto y coma en una muñeca masculina. Mil especulaciones sobre el significado que ese signo tiene en su vida. Una franqueza acojonante, una mirada tan transparente como cálida. El deseo flotando a nuestro alrededor... Una sencilla declaración de... ¿de qué? «Conocerla más y mejor» puede querer decir «probar algo distinto para ver a qué sabe». Puede querer decir: «Voy a hacer que te mueras de tanto desearme para luego olvidarte». Puede querer decir: «Estudié a conciencia esa frase para retenerte más allá de la firma del acuerdo, y echar un polvo con una tía exótica».

Puede querer decir tantas cosas, y ninguna me deja feliz o satisfecha. Nadie es tan sincero sin una doble intención. Por bueno que parezca, por más guapo que sea, ese hombre sigue siendo un

peligro y mantenerme apartada de él tiene que ser mi objetivo.
Y sé exactamente cómo lograrlo.

Al día siguiente

Esta mañana me toca estar sola en la conserjería de la facultad, y en cuanto enciendo el ordenador me suena el móvil. Ya se está formando una fila en la ventanilla de atención al público, así que me acuclillo debajo del escritorio mientras finjo que se me ha caído algo.

Y es así que me tiembla todo cuando veo que es Oliver quien llama.

Mi cerebro dice que no conteste, pero mi corazón ni caso. Y no estoy pensando en la demanda cuando pulso el dichoso botón verde.

—Dígame, señor Oliver.

—Señorita López... ¿La pillo en un mal momento?

—No. Sí... No.

—¿Dónde está? Espero que no esté conduciendo porque puede ser muy peligroso...

—Estoy debajo de mi escritorio, y no tengo coche. No es el mejor momento, pero tampoco el peor —es lo que me sale decirle mientras me siento junto a la papelera.

—Pero ¿está usted bien? Mire que puedo llamarla más tarde... Esta noche, por ejemplo.

—¿Por qué siento que no hace más que dar rodeos? ¿Es tan malo lo que tiene que decirme?

—No, para nada. Todo sigue su curso, y es precisamente por eso que la llamo... ¿Puede usted venir mañana a las tres de la tarde a firmar el acuerdo?

¡Bien! Esto va más rápido de lo que imaginaba, pero hay algo que no termina de gustarme. ¿Por qué Oliver parece distinto? ¿Por qué se muestra tan formal y distante? No sé lo que ha pasado, pero no me gusta nada.

Sin embargo, me ha llamado. Es decir, podría haber hablado con la señora Frers, pero me ha llamado a mí, y eso quiere decir algo, creo yo. Por si acaso, tanteo el terreno.

—Sí, claro que puedo. Pero debo hablar con la señora Frers, a ver si ella también...

—Ya he hablado yo con ella —me dice, y menos mal que no es una videollamada porque la decepción debo de tenerla pintada en la cara—. Bueno, es un decir, porque apenas puede hablar... Ha cogido la gripe y su asistente me ha confirmado que le han recomendado una semana de reposo, así que le he enviado el acuerdo definitivo y acaba de darme el visto bueno por *e-mail*. Seguramente la llamará a lo largo del día, pero he decidido anticiparme para que usted pudiese organizarse con tiempo... Ya sabe que mi cliente, el doctor Gastaldi, es un hombre muy ocupado.

—Un momento... ¿Eso quiere decir que la señora Frers no estará en la firma? —pregunto asombrada, aunque eso es lo que menos me preocupa o me molesta. Lo que más es que Oliver siga tratándome de esta forma tan fría.

—No, no estará. A la una, mi asistente le llevará los papeles a su casa para que los firme, y cuando nosotros tres lo hagamos, terminará de completarse el trámite —me dice en el tono más formal que le he oído hasta ahora—. Como le decía, seguramente su abogada la llamará en breve para ponerla al corriente.

Conque ésas tenemos. Unas firmas y todo acabará.

Debería estar contenta porque recuperaré lo invertido en mi nariz, tendré mi nuevo equipo de tatuar y eso cambiará mi vida, pero lo cierto es que no lo estoy.

Siento una profunda insatisfacción que no sé cómo disimular.

—Señorita López, ¿sigue ahí?

«Sí, claro que sigo aquí, jodido calentabragas. ¿Para qué coño iniciaste ese jueguito de seducción si ahora no haces otra cosa más que lanzarme cubitos de hielo? ¡Hombres! Sois todos iguales, y yo una tonta porque he caído.»

—Sigo debajo de mi escritorio, señor Oliver. Pero no se preocupe, que para las tres de la tarde de mañana saldré. Estaré en su oficina puntual, y espero que el doctor Gastaldi haga lo mismo, que yo también tengo mucho que hacer —le digo con una frialdad que estoy lejos de sentir.

Estoy segura de que lo nota, no puede no hacerlo, porque cuando quiero sé colgar estalactitas en cada una de mis palabras. Sin embargo, no me lo hace notar, y eso agrega una cuenta más al rosario de mi decepción.

—Estoy seguro de que mañana se finiquitará todo, descuide.

Mierda. Hasta ha usado una palabra nada coloquial para decirme que todo terminará. Adiós, juego; adiós, curiosidad; adiós, algo que pintaba ser... diferente. Bueno, ¿no era eso lo que quería? Si el polvo con la rubia no sirvió para enfriarme, esta forma de tratarme seguro que lo hará.

Un motivo más para alejarme del único tío que podría haberme quitado alguna hora de sueño. Y Dios sabe que me encanta dormir, así que bienvenido sea este alud. Que entierre bajo el hielo todo el fuego que había encendido con tan poco...

—Allí estaré, abogado. Que tenga buen día —le digo tensa. Y, sin esperar respuesta, corto la comunicación.

Tengo ganas de llorar, para qué negarlo. Pero me las aguanto porque Cynthia López está hecha de metal. Me caliento, me enfrío, pero no me rompo.

Además, ya tendré más de veinticuatro horas para pensar sobre ello, porque el timbre que me indica que los que hacen cola se están impacientando no deja de sonar.

Atiendo mecánicamente a cinco estudiantes, con la mente puesta en el misterioso cambio de Oliver, sin poder evitarlo.

Pero el abogado desaparece de mi mente cuando me toca atender al sexto... No es un estudiante, ¡qué va! Es el mismísimo jodido doctor Gastaldi.

¡No olvidaría ese rostro ni en cien mil años! Sólo lo vi una vez, pero eso bastó para que se fijara en mi mente como uno de mis peores recuerdos.

¿Qué demonios hace aquí? ¿Por qué ha venido a verme, si acabo de arreglar con Oliver lo de la firma del acuerdo?

Estoy sorprendida, estoy indignada, estoy confusa. Y ni me molesto en ocultarlo.

—¿Qué hace usted aquí? ¡No me diga que se ha arrepentido, porque soy capaz de cualquier cosa...!

Gastaldi mira por encima del hombro. Será tonto... ¿A quién piensa que le hablo? ¿Será que creía que no lo reconocería si no se presentaba formalmente? Pues le demostraré que mi memoria no ha sufrido ningún daño.

—¿Qué hace? ¡Le estoy hablando a usted, doctor Gastaldi!

El muy hijo de su madre me mira con unos ojos como platos. ¿Qué esperaba? ¿Un recibimiento con aplausos?

—¡Si viene a negociar otro trato, no pienso escucharlo! —exclamo sin importarme que lo oiga el resto de los que esperan—. Para eso están nuestros abogados, y usted fue el que aceptó pagar los diez mil para no ir a juicio...

Lo veo fruncir el ceño, rascarse la barba... Suspira hondo y sigue sin decir nada. Está visto que listo no es. Rápido de mente tampoco. Pero yo no tengo tiempo que perder, así que lo apremio.

—¿Es que piensa quedarse callado todo el rato? ¡Dígame a qué ha venido de una vez!

Y parece que su cerebro se enciende de pronto, porque responde.

—He venido por casualidad... Y bendita casualidad, pues ahora me explico por qué no recordaba haber hablado con usted antes; en verdad no la conozco. Usted no se presentó en mi consulta a reclamarme nada, de eso estoy seguro —me dice con calma.

Ahora sí que no sé cómo lo haré para controlar mi indignación. Primero..., «He venido por casualidad». ¿Quién puede creer una cosa así? Y segundo..., ¿cómo es posible que no me recuerde? ¡Fue él quien me operó, joder! Y ahora se hace el desentendido diciendo que no me conoce... No me aguanto, y le digo todo lo que llevo guardado desde hace dos años.

—¿Que no me presenté? ¡Claro que lo hice! Fui con el rostro arruinado por la fina naricilla respingona que me dejó, y ¿qué obtuve? ¿Una disculpa? ¿Una nueva nariz acorde con mis facciones? ¡No! Simplemente me cerraron la puerta en la cara... Tuve que recurrir a otro médico, que me ayudó gustoso —le recrimino indignada.

Pero él se mantiene en sus trece.

—Insisto, señorita López. Yo jamás hablé con usted en mi consulta ni en ningún otro sitio —afirma.

Qué manera de escurrir el bulto, de desviar la atención del asunto principal, que es que su clínica de pijos me negó la reconstrucción que necesitaba. No importa que no fuera él en persona, porque estoy segura de que todo sucedió con su conocimiento y su anuencia. Y no me importa recordárselo para ponerlo en evidencia y que deje de salirse por la tangente.

—No fue usted el que me despachó con viento fresco, sino su socia.

—¿Mi qué?

—Su socia, la Barbie Malibú...

—No entiendo. ¿Usted fue a mi consulta y la atendió una mujer?

—Así es. Y desestimó mi reclamación de inmediato. ¡Me marché llorando! Claro, ella era tan guapa, tan rubia, con esa naricita tan perfecta y tan proporcionada...

Lo veo fruncir el ceño como si de verdad lo que le digo fuese nuevo para él.

Qué buen actor es... Creo.

Menea la cabeza y coge su móvil. Parece estar buscando algo, y pronto lo encuentra. Lo vuelve hacia mí y me muestra una foto de la Barbie Malibú lanzando un beso, con su boquita fruncida y su naricita de muñeca.

—¿Era ésta mi supuesta «socia»? —me pregunta.

Parece realmente confuso, y yo no puedo evitar bajar el tono.

—Fue muy cruel... Dijo que tenía que estar agradecida con usted por haber logrado que volviese a respirar, y que la que tenía le parecía una nariz «bastante decente»... ¡Bastante decente! Yo estaba traumatizada, ni siquiera me reconocía en el espejo y esa mujer se burló de mí —le digo algo más calmada—. Estoy muy orgullosa de mi raza, y ella me hizo sentir muy humillada ese día...

El doctor Gastaldi da la impresión de estar... afligido. Seré tonta, pero no me parece que esté fingiendo.

—Señorita, esa mujer no era mi socia, sino mi novia, y sin duda se tomó atribuciones que no le correspondían. Lamento mucho que le hiciera pasar un mal rato...

Joder..., no está fingiendo. Él jamás lo supo... Esa mujer actuó por su cuenta y yo me quedé con la respuesta de alguien que ni siquiera me constaba que fuese empleada de la clínica.

El pánico se apodera de mí, porque me doy cuenta de que esto podría perjudicarme. A mí, a mis planes de futuro... No puedo dejar que eso pase. No voy a permitir que se aferre a ese malentendido para hacer caer el acuerdo que firmaremos mañana.

—¡No estará pensando en echarse atrás...!

—¿Cómo?

—Me refiero al arreglo económico. Tuve que pagarle a un buen cirujano para que me solucionara el problema y me quedé sin nada... Espero que cumpla con el trato, doctor Gastaldi.

Quiero golpearme la cabeza contra la pared, porque parece que le esté rogando por algo que me merezco y me corresponde, por algo que es justo y ya está acordado. Por algo que esos detalles no pueden destruir...

Pero él tiene claro que esto podría cambiarlo todo, y me lo hace saber sin remordimientos.

—Podría echarme atrás, ¿sabe? Acabo de caer en la cuenta de que usted jamás me reclamó directamente. Y yo que me estaba preocupando por mi falta de memoria...

Parece estar todo perdido, pero yo no me daré por vencida. No soy abogada, pero sí soy lista y me doy cuenta de que toda situación tiene sus matices. Me aferraré a ellos con uñas y dientes de

ser necesario.

—¿Me habría intervenido gratis en su clínica privada? —pregunto cruzándome de brazos y alzando una ceja.

Y, tras una breve pausa, él responde.

—Tal vez.

—Sea sincero...

Creo que se da cuenta de que de tonta no tengo ni un rizo.

—El doctor Camps tampoco lo hizo gratis, en todo caso. Pero, claro, un malentendido y yo pago los platos rotos...

—¡Usted hizo un mal trabajo en el hospital!

—Hice lo que pude —replica el muy bastardo.

Podría haber hecho más, si no en el hospital, en su clínica privada. Claro que para hacerlo tal vez debería haber estado enterado de mi reclamación primero... Alejo esos pensamientos de mi mente, porque si no lo hago lo que se alejará será el dinero que ya daba por hecho que tendría.

Mi mente va a mil intentando decir algo que lo deje fuera de combate, algo que haga que saque su pluma y pregunte: «¿Dónde hay que firmar?», pero no encuentro nada.

Y, para mi fortuna, un hombre que está detrás comienza a impacientarse, y luego toda la fila lo hace. El médico parece nervioso, pero no hace ademán de querer marcharse.

Y de pronto me asalta una duda. Me doy cuenta de que es la pregunta del millón en cuanto se la hago.

—¿Cómo supo que me encontraría aquí?

Es como si tuviese en la frente tatuada la palabra «*touché*», pero de alguna manera sale del paso.

—No lo sabía. Ya le he dicho que este encuentro es producto de la casualidad... He venido a buscar información sobre la carrera de Psicología —me dice—. Para mi... sobrina. Pero, bueno, creo que lo dejaré para otro día porque hay demasiada gente esperando.

No me creo ni una palabra, la verdad. Aquí hay gato encerrado, pero éste no es momento para liberarlo, así que me limito a decir intentando controlar mis nervios:

—Espero que el acuerdo siga en pie.

—Ya veremos —es su escueta respuesta, y luego se marcha como alma que lleva el diablo.

Joder... No entiendo nada. ¡Casualidad..., y una mierda! Éste ha venido a confundirme, y estoy segura de que Oliver tiene que ver con esta maniobra.

Tal vez le haya dado elementos para cambiar la estrategia y el acuerdo se haya ido al garete. «¡Mierda, mierda!»

Gastaldí nunca supo que yo había ido a su consulta a reclamar, y esto tal vez pueda cambiarlo todo. Ay, Señor... ¿Qué haré?

«Nada, Cyn —me dice mi voz interior—. Ya sabes que lo que sucede es porque tiene que suceder. Espera que la vida te muestre el camino, pues a veces hay que recalculer y cambiar de

dirección, pero eso no quiere decir que haya que renunciar a seguir avanzando.»

Es como si me hubiese comido un puto libro de autoayuda en el desayuno y no me hubiera sentado del todo bien... Ni el libro, ni lo que acaba de pasar con Gastaldi. Y lo que me ha sentado peor, lo que está en el podio de los disgustos de este día que justo comienza, es la fría conversación con Oliver.

Le escribo a Helena para decirle que necesito contarle algo, pero no me contesta. Es más, ni siquiera llega a ver el mensaje y no asiste a ninguna clase.

Eso basta para mantenerme inquieta y de mal humor el resto de la jornada. Ella sabe cuidarse sola, pero aun así me preocupa.

Estoy a punto de meterme en la ducha cuando oigo la voz de Fedora, nuestra casera, llamándome a gritos:

—¡*Rizos!* ¡Tu amiga ha venido en un Mini Morris con un tío buenorro!

«¿Qué? ¿El del semáforo? ¿El jodido muñeco de pastel de bodas ha traído a mi amiga a casa?»

—¿En serio, Helena? —pregunto apareciendo en la recepción ataviada sólo con una toalla, lo que hace que Fedora me mire disgustada.

—Bueno..., ya te contaré —responde esperando a que se marche Fedora—. Ahora cuéntame tú... Acabo de ver tu mensaje.

—El cirujano vino a verme a la facultad. El de la demanda, no el que me solucionó lo de la nariz.

—¿Y qué quería?

—No lo sé. Creí que iba a echarse atrás... Todavía no sé si no lo hará. ¿Sabes que no fue su socia quien desestimó mi reclamación? ¡Fue su novia! —le comento preocupada.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—¡Quién sabe! La cuestión es que mañana tenemos que dejar liquidado este asunto como sea. Me acompañarás, ¿verdad?

—Claro que sí.

—No me falles, Helena. Te necesito como nunca antes... La abogada tiene gripe y no podrá ir. Se supone que leyó el proyecto de acuerdo y está todo correcto, pero me hace falta tu rapidez mental para comprobar que es así. ¿Cuento contigo? —le pregunto ansiosa.

Ella asiente, y esta vez estoy segura de que no me fallará, lo que me tranquiliza un poco.

—Ahora háblame sobre el tío buenorro. ¿Sigues con ese plan de «follar y olvidar»?

Helena hace una mueca.

—Cyn, tengo que ducharme e ir a trabajar. Sólo te diré que el plan de «olvidar» se ha ido al garete —me dice al oído, y luego se aleja sonriendo misteriosamente.

«Pero ¿qué ha dicho? ¿Qué coño ha dicho?»

—¿Y el de «follar» sigue en pie? ¿En serio? ¿Helena? ¡Helena! ¡No me dejes así! —exclamo corriendo detrás, pero ella se mete en el baño antes de que yo pueda impedirlo.

Desnuda, intrigada y confusa, así me ha dejado esta loca del coño.

«Qué día, Señor. Qué día...»

Ahora

Helena se mantiene hermética, y eso me pone de mal humor. Durante toda la mañana intento que me cuente hasta dónde llegó ayer con el estirado, pero ella se las arregla para esquivarme.

—¿Que te traes entre manos? —le pregunto cuando la pillo mirándose al espejo con esa expresión bobalicona que les he visto a otras chicas, pero nunca a ella.

Se ruboriza, lo juro. Pero no suelta prenda.

—Nada, ve a ducharte, que se nos hace tarde.

Me meto en el baño rumiando mi enfado. Es que hoy no es mi mejor día, la verdad.

No me entiendo... Debería estar más que feliz porque hoy firmaré el acuerdo que me permitirá cumplir mis sueños, alcanzar mis metas. Pero no lo estoy, y eso es culpa del jodido señor Oliver.

Es que la firma del documento hará que no lo vuelva a ver, y eso me provoca sentimientos encontrados. Por un lado siento alivio, porque acabará esa expectativa que me tenía demasiado ansiosa. La frialdad con la que me trató en nuestra última conversación telefónica me anticipó que el «quiero conocerte más» y todas las fantasías que tejí en torno a ello no sucederían jamás. Y, por otro lado, siento tristeza por... por lo mismo. Porque no sucederá. Porque no nos conoceremos más y mejor, porque ya no habrá ojos azules recorriéndome ni intensos suspiros al verme. Porque se desvanecerá la ilusión de que quizá exista un hombre que realmente valga la pena descubrir y tal vez hasta mostrarme como realmente soy. Porque no habrá más Daniel Oliver en mi vida.

Sacudo la cabeza intentando despejar mi mente de la desazón que me invade. ¡Debería sentirme de maravilla, joder! Estoy a punto de lograr lo que quería y, en cambio, aquí estoy, lamentándome de que eso hará que el puto abogado se vuelva por completo inalcanzable para mí.

Mientras me ducho, oigo que me suena el móvil.

—¡Helena! ¿Puedes contestar?

Ella lo hace, y se acerca a la puerta del baño para que yo pueda escuchar.

—Hola... Sí, es el teléfono de la señorita López... Soy su amiga Helena... Ah, señor Oliver... Mucho gusto.

¡Joder! Esto no me lo esperaba... Me aclaro con rapidez. Esta llamada no augura nada bueno, pero siento que mi inquietud tiene que ver más con poder oír su voz que con otra cosa. Y, mientras tanto, Helena sigue hablando.

—Disculpe, pero se está duchando ahora... ¿Hola? ¿Me oye?... Bien, pensé que se había cortado... ¿Quiere dejarme el mensaje? Yo se lo daré en cuanto salga del...

No, no, no. Que no deje ningún mensaje. Quiero hablar con él, sea lo que sea lo que tenga que

decirme.

—¡Espera! Helena, pásame el móvil —grito saliendo a trompicones, envuelta en la toalla. Por poco no me rompo la crisma de un patinazo—. ¡Me cago en...!

Mi amiga me mira como si estuviese loca, pero no me da el teléfono, a pesar de mis desaforados gestos para que lo haga.

—¡Maldición, Helena! ¡Pásamelo de una vez!

Debo de parecer una auténtica lunática porque me entrega el móvil de inmediato. Jadeando, lo acerco a mi oreja. Es todo un desafío no empararlo, así que conecto el altavoz.

—Señor... Oliver... Aquí estoy. Me estaba duchando, pero no se preocupe, que llegaré puntual a la cita... —digo casi sin aliento.

Al otro lado de la línea oigo un leve carraspeo

—Señorita López... Lamento haber interrumpido su ducha... de esta forma —me dice, y de inmediato me doy cuenta de que algo no anda bien—. Sólo la he llamado para asegurarme de que sea conveniente para usted venir hoy...

Suena extraño, vacilante. No frío como la vez anterior, sólo raro.

—¿Qué? ¿Por qué no habría de serlo?

—Bueno, tal vez desee postergarlo, en vista de que su abogada no está en las mejores condiciones de salud... —me dice—. Si usted quiere, hablo con el doctor Gastaldi y lo dejamos para otro día...

Esto cada vez me huele peor.

—La señora Frers ya firmó los documentos, ¿verdad?

—Sí, así es...

—Bueno, entonces no creo que haya necesidad de postergar nada, señor Oliver. Estaré en su oficina a la hora acordada, como habíamos quedado.

Se queda en silencio un instante, y luego sólo dice:

—Está bien. La espero, señorita López.

Suena apenado, confuso, sumamente dubitativo.

—¿Está todo en orden, señor Oliver? —pregunto en un último intento de saber qué es lo que me oculta, pero es en vano.

—Sí. Supongo. Claro —es todo lo que alcanza a decir, y luego murmura un apresurado «hasta luego» y cuelga el teléfono.

—Algo no marcha bien —le digo a Helena en cuanto cortamos.

—Cynthia, la señora Frers ya ha firmado, ¿qué podría ir mal? Sólo os queda hacerlo a ti y al chapucero de Gastaldi. Vamos, arréglate, que si no llegaremos tarde.

Suena tan convencida que termino creyéndola.

Y no sé por qué, pero esta vez me pongo de tiros largos. Me peino con esmero y elijo un vestido ceñido y tacones. Me maquillo con esmero y, *voilà*, lista para brillar. Que Oliver lllore y aülle, eso quiero, pero no lo admitiré en voz alta, claro que no.

Helena suelta un silbido cuando me ve.

—¡Oye! Sí que te gusta la carne ahora... —me dice riendo.

—¡Cállate! —la amonesto fingiendo enfado—. No todos los días recibe una un cheque de diez mil... Es por eso, y no por otra cosa, que me he puesto así. Después de la firma iremos a celebrarlo...

—Sí, claro... Permíteme ponerlo en duda. Te has puesto así de guapa porque quieres deslumbrar al abogado, Cyn.

—No es cierto. El tío me gusta, pero no es para mí —replico mientras nos ponemos en marcha.

—Entonces supongo que no tendrás inconveniente en presentármelo, tal como habíamos acordado... El rol de celestina te queda bien.

Me paro en seco y la cojo de un brazo en medio de la acera. Casi se me rompe un tacón de la impresión que me da el mero hecho de imaginar que Helena se quede con mi señor Oliver.

—Tú ya te has zampado al tío del semáforo, Helena. Así que no te atrevas siquiera a mirarlo.

No sé de dónde me sale esa especie de repentina posesividad, y creo que Helena tampoco, porque estalla en carcajadas y luego me abraza.

—Tranquila, *Rizos*. Pero no seas como el perro del hortelano y cómetelo de una vez.

—No creo que pudiera, aunque quisiese. Él ya no está interesado en mí... Al menos eso me ha demostrado últimamente —le confieso—. Se comporta fríamente, y te aseguro que no me sorprende para nada. Los hombres son todos unos histéricos... Grábate eso en la cabeza, Helena.

Mi amiga me mira con extrañeza... Espero que tome nota de lo que le he dicho para que no se haga falsas ilusiones con el muñeco de pastel de bodas. Ahora que han follado, tal vez ni siquiera la vuelva a llamar, pero me cuido mucho de decírselo.

Con una desilusionada al día es más que suficiente.

* * *

—Pueden pasar —dice la vieja con cara de vinagre. ¿Se nota que la recepcionista de Oliver me cae gorda? Y creo que yo también a ella, por las miraditas que me echa.

No sólo a mí, también mira a Helena con repugnancia, como si fuésemos dos asquerosos microbios.

Estoy tentada de sacarle la lengua, hacerle una peineta o ambas cosas, pero luego recuerdo que voy vestida de señorita y opto por comportarme.

Me pongo de pie y echo a andar muy erguida y muy digna, seguida de cerca por mi amiga, que hoy parece demasiado distraída como para vengarnos a ambas con algún exabrupto de su propia cosecha. El muñeco de pastel de bodas la tiene obnubilada por completo.

Y a mí me pasa lo mismo con Daniel Oliver, muy a mi pesar.

Es entrar y verlo de pie junto a su escritorio, recorriéndome de arriba abajo con esa expresión de arrobamiento que ya he visto antes, y mi corazón se dispara. ¿Qué demonios me pasa? No deja

de rechazarme, pero mi cuerpo parece no captar el mensaje, porque mientras avanzo hacia él puedo sentir esa conocida humedad deslizándose en mis bragas.

—Buenas tardes —le digo tratando de sonar fría y formal—. Señor Oliver, permítame presentarle a mi amiga Helena.

Él inspira hondo, pero sus ojos siguen fijos en mi rostro. Ni siquiera hace el intento de decir nada, al menos hasta que Helena capta su atención.

—Encantada de conocerlo, señor Oliver.

Vaya, no puede disimular la sorpresa cuando mira a Helena. El señor Oliver es demasiado transparente... Casi no puedo reprimir la sonrisa al verle la cara de asombro mientras observa a mi estrafalaria amiga, que hoy lo está más que nunca, con esa falda larga y el gorro gris por el que se asoman sus rastas. Le da la mano y murmura algo a modo de saludo, pero no deja de fruncir el ceño delatando su perplejidad.

No puedo evitar carraspear incómoda cuando creo que la mira más de la cuenta, y con ese simple gesto logro que vuelva a concentrarse en mí.

Pero la forma en que me contempla ahora es rara. Nunca me había observado así... Me mira con pena, o al menos eso me parece, pero no me explico los motivos.

—Señorita López, yo...

Vacila, y yo alzo las cejas como preguntando qué pasa. Esto es demasiado extraño. Oliver traga saliva y luego sacude la cabeza, a todas luces contrariado.

—Tomen asiento, por favor. ¿Les apetece un té, un café, o tal vez un refresco mientras esperamos a...?

No ha terminado de decirlo cuando se abre la puerta a nuestras espaldas y entra el doctor Gastaldi.

Apenas murmura una disculpa por lo tarde de su llegada, me dirige una mirada extrañamente enigmática y luego vuelve la cabeza hacia Oliver.

Entonces sucede algo...

Gastaldi descubre a Helena y se queda como paralizado. Si el abogado estaba sorprendido, el médico está pasmado por completo y ni siquiera se molesta en disimular.

Pero lo peor es que cuando miro a Helena, tiene exactamente la misma expresión. ¿Qué carajo pasa aquí?

Mi amiga y Gastaldi se miran con los ojos como platos, y no logro entender por qué. Y a parecer Oliver tampoco lo entiende, porque lo oigo preguntar:

—¿Se conocen?

El médico inspira hondo y toma asiento junto a mí al tiempo que responde casi en un susurro:

—Un poco.

¿Cómo que «un poco»? ¿Qué demonios quiere decir con «un poco»? ¿De qué se conocen estos dos? Y de pronto caigo en la cuenta. Se me hace la luz de golpe y casi me caigo al suelo cuando lo

entiendo todo. ¡Éste es el muñeco de pastel de bodas! ¡Helena ha estado follando con el enemigo! «Ay, Dios...»

Mientras Oliver comienza a barajar los papeles que tiene en el escritorio, yo me inclino y le digo a Helena al oído:

—Si éste es tu muñeco de pastel de bodas, juro que moriré infartada...

Ella no responde. Ni siquiera levanta la mirada... Se la ve contrariada, mientras con un dedo recorre el tatuaje que le hice días atrás en la muñeca.

Me siento acalorada y nerviosa, pues no entiendo el alcance de este descubrimiento. ¿Se trata de una trampa? ¿Cómo puede ser algo casual que mi mejor amiga y mi peor enemigo estén saliendo juntos?

Miro a Oliver y él me devuelve la mirada con el mismo interrogante. No sé qué hacer ni qué decir, y parece que él tampoco, así que se apresura a finiquitar el asunto.

—Bien, ahora que estamos todos, debo anunciarles que mi cliente tiene algo que decirles. Escuchen con atención, por favor. Fausto, procede.

No sé qué demonios tendrá que decirnos este estirado de mierda, lo único que deseo es que firme de una vez, porque no veo el momento de salir de aquí para interrogar a Helena. Y mi deseo se cumple, porque lo único que dice es como música para mis oídos:

—¿Dónde hay que firmar?

—¿Qué? —pregunta Oliver, a todas luces alucinado, y no entiendo por qué. ¿Acaso no habíamos venido a eso?

Pero Gastaldi lo ignora por completo. Abre la carpeta, coge los papeles...

—Es aquí, ¿verdad? Dame tu pluma, abogado.

Daniel se la da, completamente azorado. Parece como que hubiese estado esperando todo lo contrario, ya que lo mira como si el médico se hubiese vuelto loco.

Por fortuna, todo sigue su curso. Gastaldi firma y luego se pone de pie. Oliver está terriblemente nervioso, y hasta juraría que está sudando horrores bajo su carísima ropa.

—Oye, Fausto... Si quieres salimos un momento y hablamos de...

—No. Yo saldré y tú te quedarás —le responde muy seguro de sí mismo, y luego se dirige a Helena—: Y tú también saldrás. Conmigo.

Es terminar de decirlo que mi amiga se pone de pie de un salto.

—Helena, ¿qué haces? —le pregunto sorprendida.

Ella me mira con una extraña expresión.

—Tú firma y luego nos vemos... Yo... yo tengo que salir ahora —es toda su explicación.

Y, luego, tanto Gastaldi como Helena se marchan como almas que lleva el diablo, dejándonos a Oliver y a mí totalmente descolocados.

Momentos después...

Nos quedamos mirando la puerta por la que acaban de irse ese par de... ¡Joder! No me lo puedo creer. Es evidente que Gastaldi y Helena están juntos y que todos nos acabamos de coscar de la situación. Bueno, pues habrá que afrontar que hoy no será la última vez que tenga que ver al médico. Mientras haga feliz a mi amiga, podré soportarlo. Ahora, si llega a hacerle daño... No quiero pensar siquiera en esa posibilidad, al menos no todavía, cuando parecen estar flotando en las mieles del amor.

Inspiro hondo intentando serenarme y luego cojo la pluma y me apresuro a firmar, porque con lo raro que está todo temo que suceda algo que haga que esto se termine frustrando.

Pongo los papeles al alcance del abogado, que también los firma, y luego dice sin ocultar su confusión:

—No entiendo nada.

Ni el ceño tan fruncido puede hacer ver menos guapo a este hombre. Es jodidamente perfecto. Y así, tan sinceramente vulnerable y turbado, me provoca una sonrisa.

—¿Qué no entiende, señor Oliver? —Al parecer, también le ha caído la novedad como un jarro de agua fría y todavía no logra procesarlo, así que le explico, condescendiente—: Esos dos están locos el uno por el otro.

—¿Usted lo sabía?

—Acabo de enterarme de que el hombre que tiene a Helena trastornada es su cliente. Y por lo que veo usted está tan sorprendido como yo...

—No es sólo eso lo que me sorprende —replica de inmediato.

—Entonces ¿qué es? —pregunto intrigada.

—Señorita López, esto es... No sé si...

—Dígamelo ya.

Vacila un instante, pero mi mirada es implacable y estoy segura de que sabe que no lo dejaré salirse por la tangente.

—Mi cliente, el doctor Gastaldi, había considerado anular el acuerdo, y todavía no entiendo por qué no ha procedido a hacerlo...

—¿Qué?

Eso sí que no me lo esperaba. ¿Anular el acuerdo? ¿Sólo por lo de la Barbie Malibú iba a anularlo? No negociarlo, no bajar la cifra, sino anularlo.

Daniel me mira a los ojos... Se lo ve algo avergonzado, pero sigue hablando.

—Mire, hemos descubierto recientemente por unos archivos en el hospital que su adicción le había destruido el tabique nasal. Mi cliente hizo lo que pudo para reconstruirlo, pero dadas las condiciones en que usted se encontraba dudo que algún juez lo hubiera hallado culpable de mala praxis, señorita López.

Trago saliva, y ojalá la tierra me tragase a mí. Siento que mis mejillas arden y el corazón me late demasiado aprisa. Me llevo la mano al pecho, mientras mi cerebro termina de procesar lo que acaba de decirme el abogado.

—Pero... el doctor Camps no me dijo eso... Sólo dijo que el doctor Gastaldi era un inepto y que debería haberme ayudado cuando fui a pedirle una segunda intervención... Claro que yo no sabía que la mujer que me la negó no era su socia, sino su novia...

—¿Su novia?

—Sí. La que me echó con viento fresco era su novia y yo no lo supe hasta ayer...

Daniel me observa apenado.

—Señorita López... La cuestión es que el doctor Gastaldi ha cambiado de idea y usted se ha visto beneficiada... No le demos más vueltas, por favor.

Su cálida mirada me envuelve. Yo lucho por contener las lágrimas de vergüenza, de rabia, y de alivio al mismo tiempo.

He estado a punto de perderlo todo, pero algo me ha salvado en el último minuto.

Helena... El doctor Gastaldi me ha perdonado la vida gracias a Helena.

—Lo ha hecho por ella —murmuro con voz ahogada.

—¿Cómo?

—Ha sido por Helena. Creo que está muy enamorado...

Daniel sonríe incrédulo.

—¿Usted cree?

—¿Usted no?

—Bueno, tiene que reconocer que es una pareja bastante extraña. Dos personas no pueden ser más distintas... —me dice con tacto. Estoy segura de que está pensando que Helena no está a la altura del estirado doctor, pero se cuida mucho de decírmelo. Malditos esnobs de mierda.

Juzgan por las apariencias, se emparejan sólo con los de su clase, desprecian a todos los demás. De pronto caigo en la cuenta de que Oliver es igual que Gastaldi. Dos niños de papá de clase alta, dos machos alfa, unos clasistas hijos del jodido patriarcado. Dos chicos «bien» que lo han tenido demasiado fácil, la vida ha sido generosa con ellos y enamorarse de alguien como nosotras puede ser un pequeño desajuste que solventar.

Levanto la cabeza decidida a darle una lección. Por mí, por Helena, por todas las mujeres a las que este tipo de tíos miran como si fueran animales exóticos, como trofeos, pero nada más.

—Sí se puede —replico con la más encantadora de mis sonrisas.

—¿Perdón?

—Mírenos a nosotros. Usted tan rubio, yo bien morena. Usted un prestigioso abogado que

ronda los cuarenta, yo una tatuadora principiante con poco más de veinte...

Lo veo sonreír y le guiño un ojo. Palo, y al saco.

—De acuerdo, pero usted y yo no somos pareja —me recuerda pícaro. Me contradice abiertamente, aunque su actitud es de una calidez que abruma. Pero no a mí, que continúo firme en mi propósito de darle una lección. Me voy a cobrar con creces sus desplantes y también los de Gastaldi hacia Helena, joder. Y también me voy a librar para siempre del peligro que representa para mi pobre corazón.

—Claro que no —digo riendo—. Pero déjeme fantasear con la idea, ¿vale? Aunque sea un ratito.

Al abogado casi se le cae la mandíbula al suelo.

—Señorita López...

—Llámeme Cynthia —le pido melosa.

—Vale. Cynthia, tengo que confesarte que yo he fantaseado con esa idea más de un... «ratito».

«Ah, bueno.» Esa confesión me gusta demasiado, y estoy tentada de aferrarme a ella con las dos manos, pero de pronto recuerdo que ese hombre juega conmigo. Un «ratito», eso resume todo lo que quiere de mí. Fantasear y jugar sólo un ratito, y luego adiós.

Me muerdo el labio, sensual. La mirada de Oliver se concentra ahí mientras exhala lentamente el aire por la nariz.

—Lo sabía. Pero déjame a mí confesarte algo...

—Dime —me pide con voz ronca.

Su respiración parece alterada, sus labios están entreabiertos y los ojos... Ay, esos ojos..., me están devorando de veras. Pero yo sigo, implacable. No me voy a dejar seducir ni siquiera un ratito.

—Se puede ser más diferentes todavía... Con unas diferencias que pueden ser irreconciliables. Daniel me mira risueño. Seguro que cree que ya me tiene.

—No lo creo. Mira a Fausto y a tu amiga...

—Te demostraré que sí se puede —insisto con una sonrisa cautivadora, y luego le pregunto a bocajarro—: ¿Tú eres heterosexual?

Él asiente extrañado, y al instante me pongo en pie y me dirijo a la puerta. «Y ahí viene el golpe de gracia, sí, señor.»

—Eso imaginaba. Yo soy lesbiana —le digo mientras cojo el pomo y la abro—. Tiene mi número para avisarme cuando esté el dinero en mi cuenta, ¿verdad, abogado? Que tenga una excelente tarde, señor Oliver.

«¡GOL! Golazo, señores. Señorita López, uno; abogado clasista, cero.»

Ya en el pasillo, busco a Helena con la mirada, pero sólo me encuentro a la recepcionista de Oliver retorciéndose frente a la puerta cerrada del baño.

—Ojalá se vacíe pronto, porque sería humillante que se lo hiciera usted encima. Ya no tiene edad para esas cosas... Que acabe de pasar un buen día, señora.

Me fulmina con la mirada, pero no le hago caso.

Y lo último que dejo y me llevo de ese horrendo lugar es una alegre carcajada.

* * *

—¡Aquí estás! Dios santo, Helena... Aún no me puedo creer lo que ha sucedido hace un rato. ¿Has estado con él hasta ahora? ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha hablado de mí? —pregunto en cuanto se acerca a traerme mi café.

Mi amiga intenta calmarme.

—Tranquilízate, por favor. Para mí también ha sido una sorpresa... ¿Cómo iba a imaginar que el médico de la demanda y el..., bueno, ya sabes, serían la misma persona? Ni siquiera sabía su nombre...

—¿Te acuestas con un tío del que no sabes ni el nombre?

—Sabes que tenía una especie de pacto con él... Oh, Cyn, ya no importa. ¿Tienes tu dinero? —me pregunta.

—Me lo acaban de abonar. He tenido mucha suerte...

—No es suerte, es justicia.

—Vamos, Helena. No me digas que tu médico preferido no te ha dicho nada...

—¿Qué debería haberme dicho? —inquire extrañada. Está claro que Gastaldi no le ha hablado de su actitud magnánima de hace un rato.

—Pues... que podría no haberme pagado, Helena. Le llegó una información de último momento que... Ay, joder, qué difícil es todo esto...

—Dime la verdad de una vez —me exige.

—Yo no lo sabía, pero... parece que mi tabique nasal estaba destruido por... por la droga —le confieso avergonzada—. En esa época yo andaba siempre pasada de coca y eso hizo estragos en mi cuerpo, así que cuando me intervino de emergencia hizo todo lo que pudo. ¡Joder, Helena! Octavio Camps jamás me dijo nada... Insistió en que Gastaldi era un chapucero y debía demandarlo.

—Pero ¿por qué ha consentido en pagarte entonces? Alguna responsabilidad debió de tener... —murmura confundida.

—No, Helena. Daniel Oliver me ha asegurado que «su cliente» ha obtenido esa información esta mañana y que había decidido anular el acuerdo, sólo que algo lo ha detenido...

—¿El qué?

—¿No te das cuenta, criatura? —le pregunto sonriendo. No puedo creer que no se haya dado cuenta todavía—. Por Dios, sí que eres tonta... ¡Ha sido por ti!

—¿Qué dices?

—Que Fausto Gastaldi ha cambiado de decisión al verte en el despacho, así que déjame decirte que lo que sea que le estés haciendo a ese hombre lo estás haciendo muy bien, Helena. No

parece el tipo de persona altruista que anda regalando dinero así porque sí, y mucho menos si eso indirectamente pone en duda su idoneidad profesional. Lo ha hecho pura y exclusivamente por ti —afirmo riéndome de la expresión de asombro de mi amiga.

—Yo... No sé si... No me consta lo que dices, Cynthia —balbucea sin dar crédito.

—Pues pregúntaselo —le aconsejo—. Anda, quítate la duda y pregúntale, pero ten algo por seguro, Helena Miller: para ese hombre eres algo especial. No sé si eso es bueno, pero es la pura verdad.

Me mira con el ceño fruncido. Estoy segura de que no se quedará con la duda y le exigirá al estirado ese que le diga la verdad.

Vamos a ver cómo se las apaña para explicarle que se muere por ella pero aun así necesita mantenerla apartada de su círculo social... Aunque si ha sido capaz de tirar a la basura diez mil pavos, quién sabe qué otra cosa inesperada podrá hacer. No sé, tal vez no sea sólo deseo, tal vez haya algo más... Por parte de Helena seguro que lo hay, así que espero que ese tonto no le rompa el corazón.

Pero, si ha de hacerlo, si no está preparado para amarla a la luz del día, lo mejor es que la deje en paz.

Más tarde, ese mismo día...

La conversación con Helena me inquieta bastante. Mejor dicho, lo que me tiene realmente nerviosa es la que puede estar teniendo en este momento con Gastaldi.

Tal vez no debería haberle dicho de qué ha sido capaz el médico por ella. Tengo miedo de haber estado alimentando sus ilusiones y que él las destruya de un plumazo. Quizá no haya sido buena idea sugerirle que se enfrente a él, que lo ponga entre la espada y la pared con respecto a sus sentimientos hacia ella, porque estoy segura de que es eso lo único que lo mueve, pero no sé si será suficiente... Tirar diez mil pavos a la basura no es nada comparado con tener que asumir que quiere a Helena en su vida sin condiciones.

Y tiene que ser así, pues ella no cambiará ni un poquito para encajar en la vida perfecta y estructurada que debe de llevar ese tío. Creo que mi amiga es digna de ser amada hasta por un príncipe porque es un condenado cúmulo de virtudes, pero, siendo realista, no estoy segura de que una relación entre ellos pudiese prosperar. ¡Son como el agua y el aceite!

Por eso no quiero que Helena construya castillos en el aire por nada. Por eso tengo miedo de haberla alentado. Por eso no quiero que eso mismo me pase a mí con Oliver.

Debo concentrarme en repeler cualquier intento que haga de seducirme. Después de lo de esta tarde, no me quedan dudas de que lo hará, porque no hay nada más desafiante que el jarro de agua fría que le eché encima.

Después de marcharme de su oficina, la dicha del tonto triunfo me abandonó por completo. Y es que de ninguna forma podría salir airosa de esta situación... Si él insiste, debo mantenerme firme para no darle el gusto. Si no lo hace, tendré que reprimir mis impulsos de llamarlo para acicatearlo y obtener más de la adrenalina que me produce que me desee.

Así que mi autoestima subió y se desplomó con rapidez. No me sentí victoriosa como pretendía, porque de alguna forma supe que mi infantil salida lo único que había logrado era echarle sal y pimienta al asunto.

«Joder..., agua, aceite, sal, pimienta... Creo que me prepararé algo de comer.»

Y, mientras lo hago, le escribo a Helena con la esperanza de que me cuente qué tal le ha ido con el médico.

¿Sigues en GataPaka?

Estoy a punto de salir.

¿Has hablado con Gastaldi? ¿Le has preguntado por qué me ha

perdonado la vida?

No, Cyn. Me está esperando fuera. Y la verdad es que no considero prioritario indagar sobre eso esta noche...

Sonrío. Y la entiendo, claro que sí. Ya puedo imaginar cuál será su prioridad esta noche.

Menudo zorrón. Sólo piensas en follar.

Mira quién fue a hablar. Te comes con los ojos al señor Oliver... No puedes negarlo.

Helena, esos dos pueden ser muy peligrosos para nosotras. Podemos jugar, pero no nos conviene pasar a mayores... No quiero que lo que te he dicho esta tarde te cree expectativas que nada tienen que ver con la realidad.

Tranquila. Nada de lo que me has dicho hará que me guste más de lo que ya me gusta. Y nada de lo que te diga yo podrá hacer que no sigas pensando en Daniel Oliver.

Bueno, eso es verdad. Y ya que ha salido el tema de Oliver, elijo sincerarme con mi amiga.

Lo que no te he dicho esta tarde es que el abogado me ha tirado los tejos. Bueno, reconozco que yo hice lo mío para que así fuese, pero cuando lo tenía listo para darle el palo y meterlo en el saco, le dije que era lesbiana y lo pasé de la hoguera al hielo en dos segundos. Sólo te lo diré una vez, Helena: tenías toda la razón. No soy lesbiana, sino bisexual. Y ese hombre me vuelve loca, loca, loca...

Listo, lo he confesado. A Helena y a mí misma. Es oficial: Daniel Oliver se me ha metido en la sangre. Pero Daniel Oliver sólo quiere jugar conmigo. Daniel Oliver puede hacerme sufrir.

Lo sé. La pregunta es qué harás ahora con eso que sientes. Ya me marcho... Hablaremos mañana. Cambio y corto.

La pregunta de Helena es la pregunta del millón. Necesito saber si estoy a tiempo de detenerme, si puedo retroceder y no entrar en su juego.

¿Y si en vez de entrar en el suyo yo lo meto a él en el mío?

Dios..., me va a explotar la cabeza de tanto pensar. Me acuesto malhumorada y, justo antes de que el sueño me venza, tomo una decisión: esperaré a que él mueva ficha, pero cuando esto termine la que saldrá victoriosa seré yo.

* * *

Y Daniel mueve ficha antes de lo esperado.

Mientras me preparo para iniciar la jornada en la conserjería de la facultad, me suena el móvil.

Taquicardia automática, respiración errática. Joder, tengo todos los síntomas de la enfermedad que no querría padecer. Si con sólo ver su nombre en el teléfono me pongo así, no quiero ni pensar si...

—¿Hola?

—Buenos días, señorita López. Soy Daniel Oliver.

Parece que volvemos al trato formal. Inspiro hondo y le lanzo mi primer golpe.

—Lo sé. Tengo su número en la agenda, señor Oliver. ¿A qué se debe su llamada?

Carraspea. Estoy segura de que no esperaba una actitud tan fría, pero le estoy dando de su propia medicina, pues él me trató igual hace poco.

—¿La pilló en un mal momento?

—Podríamos decir que sí. Estoy en el trabajo y no tengo mucho tiempo. Le pido que sea breve, por favor.

Chan. Casi puedo oír el ruido de sus esperanzas al romperse. «Te va a costar bastante convertir a la lesbiana en hetero, porque estoy segura de que eso te has propuesto, rubio. Pero esto no te resultará tan fácil como todo lo demás.»

—Vale. Señorita López, querría invitarla a cenar esta noche —me dice a todas luces inseguro, aunque no lo suficiente como para echarse atrás en lo que se propuso. Vamos a ver cómo sale del paso con mi pregunta.

—¿Por qué?

—¿Quiere saber por qué la invito a cenar?

—Así es. Quiero saber por qué o para qué, y no me venga con eso de que «quiere conocerme», porque no me lo creo.

Pensé que lo iba a descolocar, pero va a ser que no.

—Bueno, porque me gustaría terminar la conversación que iniciamos ayer.

—¿A usted le parece que queda algo por decir, señor Oliver? —contraataco.

—¿Le soy sincero? Que haya jugado conmigo de esa forma no es digno de usted. O, mejor dicho, de las expectativas que tenía sobre usted, sobre conocerla mejor, sobre continuar el contacto más allá de la firma del acuerdo.

Joder. Dice y hace algo que me desarma por completo: mostrarse franco, transparente, sin dobleces. Transmitir con sencillez lo que piensa.

Con eso no puedo, de verdad que no puedo.

—Creo que... creo que sus expectativas están basadas en una impresión equivocada —balbuceo como una tonta.

—¿En serio? Señorita López, dígame que no se sintió atraída en ningún momento por mí. Dígame que nunca me alentó a seguir adelante.

Mierda. Observo la fila que ha empezado a formarse frente al mostrador y mi nerviosismo comienza a aumentar.

—Si se refiere a lo que dije acerca de haber fantaseado «un ratito» con usted, señor Oliver,

déjeme decirle que estaba bromeando. Sólo pretendía distender el ambiente tras el tenso momento que vivimos —intento excusarme, pero él me interrumpe.

—Me refiero a su forma de mirarme durante todo este tiempo.

Lo ha notado. Claro que lo ha notado, no es tonto y se ha dado cuenta de que lo he radiografiado por delante y por detrás, hasta los mismos huesos, que me gustaría chupar uno a uno.

Y él continúa:

—Me refiero a su actitud. Y a su lenguaje corporal... Estoy seguro de que no le soy indiferente.

—Ya le he dicho que soy lesbiana —digo con voz firme, y cuando oigo algunas risas a mis espaldas me doy cuenta de que también ha sido demasiado alta.

—Lo que es usted, señorita López, es un gran misterio que me gustaría desvelar. ¿Cenamos juntos esta noche?

—No —respondo, no tan firme esta vez.

—¿Mañana, entonces?

—No tenemos nada de que hablar. Ya le he dicho que se ha llevado una impresión equivocada sobre mi «lenguaje corporal», y lo del acuerdo está finiquitado, así que no sé por qué insiste en llevarme a cenar.

Hace una pausa.

—¿Quiere un motivo más prosaico? Se lo daré: hablaremos de mi futuro tatuaje. Lleve su catálogo, si lo tiene, o, si no, podemos buscarlo en la web.

Vacilo... El abogado es un hombre de recursos, y a mí se me están acabando los míos. No logro encontrar la forma de retomar el juego, al menos no de una manera en que yo lleve la batuta.

Además, la gente de la fila comienza a dar muestras de estar impacientándose.

—Ahora mismo no puedo seguir hablando. Llámeme mañana, por favor.

Y corto.

Soy consciente de que mi retirada no ha sido muy digna, pero no he podido hacer otra cosa.

Sin embargo, hay algo que me ha quedado más que claro: no será fácil evadirme durante mucho tiempo, porque Oliver me gusta cada vez más.

Y no es sólo su aspecto de modelo de pasarela lo que me cautiva, sino algo que jamás supe ponderar en otras personas: su transparencia a prueba de todo es lo que me tiene fascinada, hasta diría que encandilada.

Lo que no es una buena noticia; ya sabemos lo que les pasa a los animalitos encandilados en la carretera.

Les pasan por encima.

Al día siguiente

Oliver no llama. Por un lado siento alivio, y, por otro, una extraña ansiedad, pues sé que al no estar pisando firme es improbable que salga bien parada de cualquier situación que surja.

No obstante, de pronto todo eso pasa a un segundo plano cuando regreso a la residencia para cambiarme y me encuentro con una nota de Helena. ¿Qué demonios significa esto?

Hola, Cyn:

No puedo explicarte ahora los detalles, sólo puedo decirte que lo de Fausto ha terminado y yo necesito estar sola un tiempo para pensar. Ya sabes, como aquel aniversario de la muerte de mi madre, cuando me marché a una cabaña en medio de la nada para poder sobrellevar el dolor y terminar el duelo de una vez. Y, como entonces, estaré incomunicada. Apagaré el móvil y estaré aislada durante unos días, tal vez. Hablaré con Sam sobre esto, y te pido que justifiques mi ausencia a las clases de alguna forma... Diles que he cogido una gripe. Y, por favor, no te preocupes por mí. Regresaré renovada y seré la Helena de antes. Además, ya sabes que sé cuidarme sola. Haz tú lo mismo, cuídate y sobre todo resguarda tu corazón, no hagas como yo...

Te quiero,

HELENA

Lo primero que hago es intentar llamarla. Por supuesto, su teléfono está apagado. Mierda. ¡Lo sabía! Sabía que el estúpido de Fausto Gastaldi le haría daño. Joder, lo voy a matar. Lo llamaré y le diré de todo menos guapo.

Busco el teléfono de la clínica, pero me dicen que no irá en todo el día.

No tengo su móvil... Ah, ya sé. Su amiguito Oliver me dirá cómo hacer para comunicarme con él y soltarle las cuatro frescas que tengo atragantadas.

Sé que debo serenarme, pero no lo logro. Al primer timbrazo contesta y yo no me ando con rodeos

—Buenas tardes, señor Oliver. Necesito el móvil del doctor Gastaldi, por favor.

—Señorita López, si es por algún detalle del acuerdo, podemos hablarlo entre nosotros —me dice con voz tensa.

—No es por nada referente al acuerdo. Es por algo personal —replico del mismo modo.

Hace una pausa y luego responde con voz firme:

—No puedo darle ese dato, lo siento; lo que haré es darle a él su número y que decida si desea o no llamarla.

Mi paciencia se agota. Es que no tengo demasiada...

—¡Joder, Oliver! Es por Helena. Quiero saber qué demonios le ha hecho para que se marche sin decir adónde y no responda al móvil.

—Escuche, sé que ha habido un desencuentro entre ellos y le diré lo mismo que le he dicho a Fausto: deben permitir que la señorita Miller se tome su tiempo para pensar. Deben respetar sus deseos y...

—¡Y una mierda! No estoy para oír tonterías. Necesito saber qué le ha hecho, porque estoy segura de que no será nada bueno.

—Cynthia, puede creerlo o no, pero le aseguro que Fausto no le ha hecho nada malo. En realidad, está pasando por un momento pésimo, seguramente mucho peor que el suyo, al no saber ni qué está haciendo ni dónde se encuentra la señorita Miller. Lo último que necesita es que usted lo llame pidiendo respuestas que no está en condiciones de darle —me dice en un tono que jamás le he oído. Creo que hasta él mismo se sorprende, porque de pronto lo suaviza y agrega—: Lo siento, no pretendía ser tan duro...

Trago saliva. No sé qué tiene este hombre, pero hay algo en él que me impulsa a creer todo lo que dice, a confiar en su buen criterio, a confiar en él. Pero no puedo permitirme ese lujo... ¡No puedo!

—¡Usted es tan cínico como él, a mí no me engaña! —exclamo furiosa ignorando su disculpa. Sin embargo, me doy cuenta vagamente de que por ese camino no conseguiré nada, así que modero mi vehemencia—. Señor Oliver, esperaré un par de días y si Helena no da señales de vida iré a la policía y denunciaré su desaparición. Serán ellos los que buscarán a Gastaldi y tendrá que decirles a ellos lo que usted no quiere contarme. Porque estoy segura de que sabe algo y me lo está ocultando.

—Es posible, y también comprensible, piénselo bien. Sé que Fausto no ha querido hacerle daño, sino todo lo contrario, pero los detalles no los diré porque él es mi amigo, además de mi representado, y en ambos casos es la confidencialidad lo que me impide hablar de ello —afirma con total frialdad—. Así que puede enviar a la policía si quiere, pero a usted no le diré nada, señorita López.

Me deja muda. Me siento pequeña y tonta ante tanta seguridad. ¿Éste es el mismo hombre que dejé con la mandíbula arrastrando por el suelo cuando le dije que era lesbiana? No puedo creerlo.

Me siento enfadada, porque sé que en el fondo tiene cierta razón. Lo primero que debemos hacer todos es respetar los deseos de Helena, pero odio que haya sido él quien haya tenido que sugerirlo.

Y también odio que el cariz de esta conversación haga que lo de mi amiga pase a un segundo plano, porque siento un desafío en sus palabras que no puedo ignorar.

¿Conque a mí no me dirá nada? Bueno, vamos a probar. No lo hará por teléfono, pero tal vez sí en persona.

—Tal vez sea como usted dice, señor Oliver. Dejaré que Helena procese lo que sea que tiene que procesar y dentro de un par de días evaluaré la situación y decidiré qué medidas tomar.

—Me alegra que entre usted en razón, señorita López. Ahora, si me permite, voy a dejarla porque tengo mucho que hacer.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Y lo de la llamada para ir a cenar? ¿No aprovechará la ocasión para insistir?

—¡Un momento! —exclamo sin poder contenerme. Y, así como me lo venía preguntando dentro de mi mente, se lo pregunto a él—: ¿Usted no había quedado en llamarme hoy para invitarme a cenar?

¿Me lo parece a mí o se oye una tenue risa al otro lado de la línea? Ah, no... Le haré pagar con creces esta humillación, lo juro.

—Es verdad. Y no lo he hecho porque hoy no podrá ser. Me ha surgido otro compromiso repentino, así que..., ¿qué le parece el sábado?

¡Joder! Está jugando conmigo y no lo puedo permitir. Esto tiene que acabarse ya. Tengo que mandarlo a la mierda, decirle que no vuelva a llamarme ni el sábado ni nunca, y que le den por culo. Eso debo hacer, pero...

—Bueno, el sábado.

Es que debo sonsacarle qué le hizo Gastaldi a Helena. «Vamos, Cynthia... Tal vez el sábado Helena ya haya regresado, o al menos eso espero.» ¿A quién quiero engañar? Lo que deseo es verlo, quiero seguir jugando, quiero tenerlo a mis pies y luego darle una patada. Pero también quiero sentir su mirada de fuego y poder contemplarlo a mis anchas.

—Perfecto —lo oigo decir al otro lado de la línea—. ¿Adónde le gustaría ir?

Y su pregunta me da pie para hacer una maldad. Llevaré a Oliver a mi terreno, al sitio donde me siento la mar de cómoda, pero seguramente para él será una pesadilla.

—Al Oasis —respondo sin dudar.

Tal vez el formal abogado no haya oído hablar del antro más famoso de la ciudad, en cuya parte trasera hay un club de sexo... De todo tipo: *swinger*, orgías y otras delicias. ¡La sorpresa que se llevará cuando lo busque en Google! Pero no será nada comparada con la que se llevará al pisar ese sitio.

Sin embargo, la sorpresa me la llevo yo, porque casi me caigo de culo cuando me dice:

—Dudo que se pueda cenar algo decente en ese sitio, pero me agrada su elección, señorita López. Hace mucho que no me paso por allí. El mismo sábado por la tarde concretaremos los detalles, si no le importa. Ahora debo colgar. Que pase una buena tarde.

Y así, sin más, lo hace, dejándome anonadada por completo.

* * *

Paso un par de días angustiada. Me inquieta demasiado no saber de Helena... Y cuando me pongo seriamente a pensar en llamar a la policía, el que me llama es Gastaldi.

Se lo oye realmente destruido. Quiere saber si ella se ha comunicado conmigo.

—No, y si lo hubiese hecho tampoco se lo diría. Estoy segura de que se ha marchado por su

culpa. Ya me enteraré de qué demonios le ha hecho y ajustaremos cuentas usted y yo.

Es lo único que me sale decirle, y luego corto la llamada. Podría haber sido peor, pero me ha parecido que se encontraba realmente desesperado y no he querido hacer leña del árbol caído.

Esperaré un día más y, si no hay señales de Helena, tendré que hacer la denuncia en la comisaría.

No obstante, no es necesario. Apenas tomo esa decisión vuelve a sonar el móvil y, para mi sorpresa, veo que es Helena.

—¡Por fin, tía! ¿Dónde estás? ¿Qué te ha pasado?

Parece estar serena, y en pocas palabras me lo cuenta todo.

No me lo puedo creer... ¿Una hija? ¿Una hija robada? ¡Y Fausto la ha encontrado! Joder, no me esperaba algo así.

—Helena, no sé qué decir.

—No espero que digas nada, Cyn. Lo que necesito es un abogado, pero no me sirve la doctora Frers porque se especializa en mala praxis y esto es otra cosa. Aquí está involucrada la justicia penal, la justicia de familia, la justicia civil, y un montón de papeleo que apenas alcanzo a comprender. Necesito que un buen abogado me diga si ese acuerdo me conviene, si es viable, si no hay otra salida...

—Oliver —le digo sin dudarlo.

—Yo también había pensado en él...

—Déjalo en mis manos. Esta noche yo... cenaré con Daniel Oliver y lo pondré al tanto de todo.

—Cynthia, es importante que te asegures de que esa conversación sea en el marco de la confidencialidad. Me preocupa que le cuente a Fausto cosas que todavía no estoy preparada para compartir con él.

—No te preocupes, Helena. A más tardar, mañana te diré qué hacer, ¿de acuerdo?

—Gracias, Cyn. De verdad aprecio tu ayuda.

Me echo a llorar sin poder evitarlo. He estado aguantándome las ganas durante toda la conversación, pero ya no puedo más, y es Helena quien termina consolándome a mí. ¡La admiro tanto! Ha tenido que soportar cosas infinitamente peores que las mías y ha logrado sobreponerse y salir adelante. Y cuando su vida más o menos logra encontrar la estabilidad que necesitaba..., otra vez. Fausto Gastaldi se la pone patas arriba y ella se recompone en tiempo récord y logra tener la suficiente claridad mental para dejar de lado la venganza y buscar una solución que no perjudique a la pequeña.

—Te admiro tanto, Helena. Tanto, tanto, tanto... —es lo último que le digo antes de cortar la llamada ahogada por el llanto.

Después de eso, le mensajeo a Oliver y acordamos una cita para esta misma noche, y no es en el Oasis, sino en el GataPaka. Hoy no habrá juegos, sólo habrá Helena y las posibles soluciones para su problema.

Esa noche...

Si hay algo que me subleva es que alguien sea más impuntual que yo.

Maldito abogado del demonio. Hace una hora que estoy esperando y tomando un café tras otro.

—Oye, Cynthia. Mira que éstos no serán gratis —me advierte Sam mientras me sirve el tercero.

Lo fulmino con la mirada antes de replicar:

—No es necesaria esa aclaración. Te los pagaré, ¿vale?

—Vaya, qué humor. ¿Es por Helena que estás así?

—¿Helena?

—¿Sabes algo de ella? ¿Tiene problemas?

Suspiro. Sé que Samuel la quiere y sus preguntas responden a una preocupación genuina.

—Ella está bien, Sam. Y volverá pronto... Espero.

Esperar... Parece que eso es lo que me toca hoy, pero no por mucho tiempo más, lo juro.

Cuando Samuel se marcha, cojo mi móvil y por primera vez me conecto por WhatsApp con Daniel Oliver. Y lo hago mediante un audio muy poco amigable:

Me parece una falta de respeto que me haya dejado plantada, señor Oliver, pero ahora que lo pienso la culpa es mía. Debería haberlo citado en su oficina porque necesitaba plantearle un asunto profesional, pero ya no importa. Buscaré otro abogado. Que pase una buena noche.

Y después de eso me pongo de pie y me dirijo a Sam, que está atendiendo clientes en la barra:

—Mañana te pago.

—Sabía que dirías eso. Olvídalo.

—¿De veras? —pregunto asombrada, porque una cosa es beberme un café corto a hurtadillas con Helena y otra muy distinta...

No puedo siquiera terminar de pensarlo, cuando a mis espaldas oigo:

—Yo me haré cargo.

No necesito volverme; sé que es él.

Daniel Oliver está aquí, y muy a mi pesar me tiemblan las piernas.

Vuelvo la cabeza cuando lo siento a mi lado. Joder, ¿cómo enfadarse con un tío así? Es una gozada mirarlo... Es la primera vez que lo veo sin corbata. Luce una camiseta gris y un vaquero

oscuro. Apoya una chupa de cuero negra sobre el mostrador mientras me observa, serio, y se instala en uno de los altos taburetes junto a mí.

—Siento llegar tan tarde, señorita López.

Trago saliva y niego con la cabeza.

—Está bien...

—No, no lo está. Y no sabía que esta cita tenía que ver con un asunto profesional... De verdad estoy sorprendido.

Respiro hondo. Este hombre me descoloca de una forma... Pierdo todo mi aplomo cuando lo tengo cerca, y mis planes de confundirlo, de hacerlo padecer, de hacerlo escarmentar un poco se hacen añicos.

—Bueno, ha surgido algo... Señor Oliver, Helena tiene un problema.

Y sólo hace falta recordar a mi amiga para que todo se vuelva a alinear. Yo no estoy aquí para coquetear con Oliver, para volverlo loco. Esta vez lo que necesito es ayuda para mi amiga.

—Sí, lo suponía. Tiene que ver con su hija, ¿verdad?

Vaya, sí que está bien informado. Y, a juzgar por la expresión de su rostro, tampoco está con ánimo de coquetear.

—¿Se lo ha dicho el doctor Gastaldi?

—Sí. Sé que Helena tiene una hija, y poco más. Sólo que Fausto no logra localizarla y se está volviendo loco por eso...

—Señor Oliver, no me interesa nada de lo que le pase a Gastaldi —lo interrumpo—. Lo único que me importa es la situación de Helena, y para que mejore voy a necesitar de su ayuda. ¿Se lo cuento? Tenga presente que es una consulta profesional y nadie deberá saber lo que hablamos.

—Le doy mi palabra —asiente serio—. ¿Me permite pedir algo antes? ¿Qué desea usted?

—Después de tres cafés, un ansiolítico me vendría bien,

Se pide uno para él y luego me observa compungido.

—No era mi intención hacerla esperar, señorita López. Es que mi madre ha tenido un percance y he tenido que ir a auxiliarla.

Vaya, qué buen hijo. Otro tic en su lista de virtudes.

—¿De salud? ¿Está bien?

—Está perfectamente. Ha sido un percance de salud, pero de su caniche. Es una larga historia, aunque ahora preferiría que habláramos de la de su amiga. ¿Quiere decirme qué le pasa y en qué puedo ayudarla?

Y es así como lo pongo al tanto de la situación de Helena.

Permanece impassible mientras hablo. Sólo asiente de vez en cuando y no deja de mirarme mientras se bebe su café.

—... Así que lo que ella necesitaría es que usted lea esa especie de acuerdo que le propone la bruja que le robó a su hija y le diga si es legal y si no hay otra salida posible...

Él vuelve a asentir.

—Por supuesto, eso no tiene ni que preguntarlo. Le daré mi correo electrónico para que me lo envíe hoy mismo. Prometo responder en cuanto lo lea, aunque sea para comunicarle mis primeras impresiones, pero, por lo que me cuenta, no hay demasiadas opciones para su amiga...

Suspiro.

—Me indigna que esa mujer termine saliéndose con la suya, completamente impune, señor Oliver.

—Comprendo lo que siente, y en lo que a mí respecta me aseguraré de que los derechos de la señorita Miller sobre su hija se restablezcan de la forma menos traumática para ambas —me dice sereno al tiempo que me extiende su tarjeta—. Así que esperaré ese acuerdo y lo analizaré a conciencia, pero antes me gustaría dejar establecida una cosa...

—Dígame.

—La última vez que nos vimos habíamos dejado de lado el trato formal. Creo recordar que en un momento fuimos «Cynthia» y «Daniel»..., ¿o me equivoco?

Bueno, a eso lo llamo yo dar un giro brusco a la conversación.

No puedo con mi genio, no me resisto a provocarlo.

—Sí, me parece que eso fue justo antes de que yo te confesara que era lesbiana y después de que tú me dijeras que habías fantaseado conmigo más que un «ratito», ¿no?

Oliver hace una mueca rara. Parece estar a punto de estallar en una carcajada, pero logra contenerse gracias al último sorbo de café.

—¿Sabes qué? No me lo creo.

—¿Que no crees el qué?

—Que seas lesbiana, Cynthia. Lo que sí creo es que has olido desde lejos la necesidad que tengo de ti y te has propuesto jugar conmigo.

«¡Joder!»

Qué franqueza más... adorable. No sé cómo lo hace, pero cuando se muestra así de sincero, este hombre me pone. Me calienta como nadie, lo juro.

Y, como cada vez que pierdo un poco el control dominada por mis deseos, me asusto y trato de que él también lo haga. Instinto de conservación lo llaman...

—¿Por qué iba a hacer algo así? Es decir, reconozco que me divierte verte desconcertado, pero no necesito mentir sobre mi orientación sexual para eso.

—¿Y por qué te gusta verme así? Vamos a ver, que yo sepa, no te he hecho nada, y tampoco lo merezco sólo por ser el abogado y amigo de Fausto. Además, él te ha indemnizado pudiendo no hacerlo... ¿Por qué ese ensañamiento, Cynthia?

Me enderezo en la silla. Esa sinceridad que tanto me excita a veces llega a agobiarme, como ahora. Cuatro verdades a la cara y sin anestesia me dejan sin palabras... Bueno, casi.

—Bueno, por... No se trata de... ¡Joder, Oliver! ¿Por qué diablos tienes que ser así de directo siempre?

Se encoge de hombros.

—No se me pasa por la mente ser de otra forma contigo. Es difícil de explicar, pero siento que puedo ser yo, que no necesito fingir ni darle vueltas a nada en lo que se refiere a ti. Pero creo que te causo el efecto contrario. Difícilmente te muestras como eres... Te ocultas, me esquivas, incluso huyes un poquito. Y creo que eso de que eres lesbiana es...

—Es la verdad, Oliver. No seré tan abierta como tú ni tan directa, pero cuando te he dicho que lo soy no te he mentado —le explico, y luego bajo la mirada un poco avergonzada por mi confesión—. Salgo con mujeres, me gustan las mujeres. Incluso tú y yo estamos aquí a causa de mi relación con una mujer, pues fue su marido quien me rompió la nariz cuando nos pilló con las manos en la masa...

Si se impresiona, no lo demuestra. Estira una mano con suma discreción y toca la mía.

—Lo siento —dice en voz baja.

—¿Lo sientes por mi pobre nariz o porque estoy fuera de tu alcance? —atino a preguntar.

—Por ambas cosas, creo.

Su contacto me causa escalofríos, pero de esos agradables, de los que te recorren la columna vertebral y te hacen estremecer.

—Pues no lo sientas. Mi nueva nariz es una maravilla y...

—¿Y?

¿Se lo digo o no se lo digo? ¿Le doy alas o se las corto? He aquí el dilema. Me gustaría jugar un tiempo más, pero me doy cuenta de que a este tío las cosas a medias no le van. Nadie juega durante demasiado tiempo con la hombría de bien de Daniel Oliver.

—Bueno, alguna que otra vez me acuesto con hombres, por lo que técnicamente sería...

—Bisexual.

—O bi-curiosa, no lo sé. La cuestión es que me gustas, Oliver. No eres mi tipo y estoy segura de que yo tampoco soy el tuyo, pero me gustas.

Alza las cejas, evidentemente complacido.

—Parece que la honestidad es contagiosa. Gracias por decírmelo, pero ya lo sabía.

¡Menudo fanfarrón! ¿Cómo que ya lo sabía?

—¿Así que ya lo sabías?

—Tu lenguaje corporal no miente, Cynthia. Has intentado hacerme creer que estás fuera de mi alcance, has intentado convencerte de que estoy fuera del tuyo, pero lo cierto es que aquí estamos. El asunto es ¿qué haremos con esto?

—¿Qué haremos con qué exactamente? —lo acicateo.

—Con lo que nos pasa. Con esta atracción...

Tenía que ponerlo en palabras. Las palabras justas. «Vale, vale. Al grano. Hagámoslo, joder.»

—Yo diría que debemos acostarnos. Un polvo terapéutico, como Helena y Gastaldi, y asunto solucionado. Luego cada uno sigue con su vida y a otra cosa, mariposa.

Daniel sonríe. Vamos, eso es más que una sonrisa: se está riendo.

—¿«Asunto solucionado»? No has escogido el mejor ejemplo para comparar, porque esos dos

no sólo no han solucionado nada de esa forma, sino que lo han empeorado. Lo de ellos no ha hecho más que empezar...

No lo entiendo. ¿No quería acostarse conmigo?

—A nosotros nos funcionará. Si quieres, claro, porque ahora mismo no te veo mucho por la labor... Te he dicho que sí, que lo hagamos, y me sales con ésas... Vamos, Oliver, que no tengo toda la noche. ¿Quieres o no?

—¿Si quiero? Claro que quiero. Pero no así, no de esta forma.

«Me cago en la leche...»

—¿Y de qué forma, entonces? ¿No te gustaba todo ese asunto de la honestidad? ¿En qué quedamos?

Se pone de pie y luego se inclina hacia mí tomándome por sorpresa. Tenerlo tan cerca me está alterando demasiado, y más cuando se aproxima y susurra en mi oído:

—No quiero ser una muesca más en el cabecero de tu cama, Cynthia. No me importa con quién has follado antes, ni con quién lo harás cuando te aburras de mí, pero sí quiero toda tu atención mientras estemos juntos. Porque tienes que saber que el sexo casual no me interesa; lo que deseo es conocerte... profundamente. Nunca antes me había gustado tanto alguien, y no quiero dejar pasar la oportunidad de enloquecer un poco por amor.

Después de eso todo se vuelve difuso a mi alrededor. Él no regresa a su posición inicial, sino que se mantiene cerca de mí, agitando mis rizos con su respiración alterada. Y yo me quedo sin aliento...

Si su móvil no hubiese sonado justo en ese instante, creo que habría terminado violándolo.

Ahora

Me pide un coño camuflado con una flor. No es la primera vez que hago un trabajo así, pero ella quiere que sea el suyo. Y yo no tengo el mío *pa'* farolillos, joder. En otra ocasión se lo habría estudiado al detalle, que no está nada mal la tía, y hasta se lo habría comido si la flor hubiera sido de las perfumadas, pero hoy no.

Hoy mi mente está enfocada en Helena. Bueno, en Helena y en el asunto que tiene entre manos y que Oliver la ayudará a enfrentar. Vamos, ¿a quién quiero engañar? No quiero verle el chichi a esta clienta porque sólo me interesa lo que el abogado trae entre las piernas. Y no es una flor, de eso estoy segura...

—Envíame una foto desde el mejor ángulo que encuentres y yo te haré un diseño que te enamorará —le digo a la chica, que parece decepcionada, y ni un poco de pena me da.

De hecho, suspiro aliviada cuando la veo marcharse, y compruebo mi móvil para ver si tengo algún mensaje de Helena. Y de Oliver...

Y es que tras el coqueteo *interruptus* del otro día no he vuelto a saber de él, y eso me pone de los nervios.

¿Cómo pudo terminar todo tan abruptamente, cuando ya estaba lista para dejarme de tonterías y devorarlo?

Una llamada de teléfono, un diálogo absurdo que sólo con recordarlo me provoca fastidio:

—Lo siento, debo cogerlo. Es mi madre.

Asentí, hasta ese momento hasta algo aliviada porque había estado a punto de cogerlo yo, pero de la polla, cosa nada prudente en una cafetería universitaria a la vista de una docena de personas por lo menos.

—¿Mamá? ¿Qué sucede?

Y luego una pausa de casi veinte segundos, donde al parecer la señora le contaba algo realmente dramático, a juzgar por las expresiones de su rostro.

—Tranquilízate, por favor... El doctor Laurens no tendrá inconveniente en volver a... ¿Cómo que no? Vale, vale... Yo creo que, si la mantienes abrigada, el lunes él u otro veterinario podrán ayudarla... ¿Estás segura? Mamá, no llores. De verdad no quiero que te alteres... Por favor... No, claro que no. Por supuesto que me importa lo que le pase a *Clarita*, pero... No será para tanto... Vale, lo siento. Sí, mamá, te tomo en serio... Mamá... Deja de llorar, que te va a dar algo a ti... No morirás, no digas eso... ¡Mamá! Escúchame. Tienes que serenarte porque, si no, tu tensión seguirá aumentando y... ¡Está bien! Respira hondo y permanece en línea, que ya estoy saliendo

para allí... No tardaré nada, ¿vale? Ahora cuando suba al coche te pondré en altavoz, pero debes prometerme que intentarás calmarte... Sí, mamá, ya estoy en camino... Dame un segundo y vuelvo contigo...

Yo no sé qué cara tendría después de oír su conversación, pero seguramente no era de una comprensiva indulgencia, a juzgar por lo perpleja que me sentía.

Oliver me miró con un aire culpable difícil de disimular.

—Lo siento..., señorita López. Tengo un asunto personal urgente que solucionar, así que continuaremos con este... asunto profesional en otro momento. Dígame a la señorita Miller que quedo a la espera del documento.

Era tan ridículo su comportamiento formal después de la conversación que habíamos mantenido momentos antes... Pero, claro, ahora no estábamos solos. Al otro lado de la línea tenía a su madre escuchándolo todo, y a la espera de que conectara el altavoz para seguir llorando sus males y los de la tal *Clarita*.

No atiné a decir nada. Sólo dije que sí con la cabeza y él me volvió a pedir perdón, pero con la mirada. Luego sacó su cartera, dejó un billete de cien sobre la barra y se marchó.

Así de abrupta fue la despedida, y me quedé atónita, observándolo marchar sin saber si reír o llorar. ¿Qué había sido eso? ¿Una emergencia familiar? ¿Una madre súbitamente descompuesta y un hijo solícito yendo a auxiliarla? Eso parecía, pero mi faceta más cínica me susurraba al oído otra cosa... ¿Realmente un caniche llamado *Clarita* me acababa de birlar el bocado que estaba a punto de comerme? Un puñetero caniche... ¡Joder!

Estaba realmente furiosa. ¿Cómo había permitido que pasara eso? ¿Cómo lo había permitido él?

Cogí el billete del mostrador una fracción de segundo antes de que lo hiciera Samuel.

—Pero...

—Tú y yo sabemos que no me darás el cambio, pues lo asumirás como una propina, Sam.

—¡Es que eso parecía!

—Claro que no.

—Te daré el cambio, Cynthia.

—No te creo. Conozco tus «a cuenta de lo que me debes y me deberás». Apúntame cuatro cafés, que mañana te los pago.

Y después de eso me fui derecha al Oasis.

Para mi fortuna, estaba la chica de la otra vez, pero la cosa no pasó de unos morreos, porque mi humor no era de los mejores.

—¿Qué te sucede? —me preguntó al verme tan desconcentrada.

Ni siquiera le contesté de inmediato. Estaba demasiado ocupada escribiéndole a Helena un mensaje:

Éste es el correo del abogado de los cojones:
Daniel.Oliver@email.com. Dice que le envíes el acuerdo, que lo

estudiará de inmediato, pero yo te diría que no cuentes con que te responda hoy mismo porque le ha surgido una emergencia con el caniche de su madre y ha salido como alma que lleva el diablo.

Cuando levanté la mirada, la rubia me volvió a interrogar:

—¿Estás bien?

Vacilé, porque era evidente que no lo estaba. Sin embargo, ya no tenía ganas ni de hablarle.

—Sólo estoy cansada.

Ella sonrió y se me acercó melosa

—Estás muy guapa.

Claro que lo estaba. Me había vestido así para Oliver, pero él se había marchado con el caniche, y todo mi esmero se había ido al garete. El cabello semirrecogido, los vaqueros ajustados, la blusa blanca casi transparente y los altos tacones. Todo había sido en vano, un montón de tiempo y de esfuerzo desperdiciados porque no me apetecía follar con la rubia. En un momento pensé que podría olvidarme del desplante de Oliver pasando un buen rato en el club, pero resultó que no. Porque ni siquiera cuando ella me lamió el cuello largamente pude apartar de mis pensamientos al abogado. ¿Qué demonios me había hecho ese hijo de su madre?

—Oye..., tú también estás muy guapa, pero de verdad que estoy agotada. ¿Te parece si lo dejamos para otro momento?

—¿Agotada? Si apenas son las ocho y media. ¿Me estás rechazando con esa excusa estúpida?

Como era de esperar, se lo tomó a mal. A nadie le gusta que lo inciten y luego den marcha atrás, claro está.

—No te lo tomes así.

Hizo una mueca y luego se frotó contra mi cuerpo, intentando evitar lo inevitable.

—Vamos, morena hermosa... Déjame que te muestre qué te perderás si te vas a la cama sin mí esta noche.

Y la dejé. Durante un rato permití que intentara hacer lo suyo para calentarme, pero luego llegó un punto en que ya no pude soportarlo y la alejé con cuidado.

—Déjalo. Lo siento, pero voy a marcharme.

Con los dientes apretados, me soltó tres o cuatro improperios. El último de ellos fue muy cerca de mi oído: «Esto no quedará así, me las pagarás».

Esa amenaza me sentó muy mal. Los ánimos ya estaban bastante caldeados, pero sus palabras me irritaron en extremo, así que saqué los cien euros de Oliver y se los tendí burlona.

—Aquí tienes. Quédate con el cambio.

Y así, sin más, me marché a seguir rumiando mi ira contra mi almohada.

Claro que no fue suficiente, y hoy sigo con mala cara y peor ánimo. Lo único que me reconforta es un mensaje que recibo a media mañana de parte de Helena.

Gracias por hacer de enlace con Daniel. El abogado se está portando de maravilla, Cyn. Realmente está siendo un gran apoyo, y ahora

firmaré ese acuerdo sabiendo que es lo único y lo mejor para Hannah. Estoy deseando que la conozcas, pero antes deberé solucionar otros asuntos... Volveré pronto, antes de lo que te imaginas. Y con respecto al caniche... Cynthia, sé buena con Daniel, ¿vale? Sé comprensiva, por favor, que lo que abundan son hijos del jodido patriarcado, y no hijos amorosos con sus ancianas madres. Te quiero.

El mensaje de Helena me sabe bastante mal, todo hay que decirlo. No parece mi ella..., ¿qué le pasa?, ¿se ha tragado a un diplomático? Mi amiga de siempre me habría dicho que meter al caniche en una cacerola al estilo *Atracción fatal* le quitaría la tontería a la vieja, pero la nueva Helena me aconseja «ser buena». ¿Es que la repentina maternidad la ha vuelto loca? La bruja de la señora Oliver me jodió la cita de principio a fin tal vez sin saberlo, así que la responsabilidad es toda de su hijo.

Ni olvido ni perdón para el hombre que me dejó plantada por su madre a todas luces hipocondríaca y a su tonto perrito. Yo no he nacido para «ser buena»; yo he nacido para ser yo y para hacer lo que me salga de los ovarios con el puto abogado que me descoloca hasta el extremo de no poder siquiera pensar en otra cosa que no sea él, en sus manos con el dorso cubierto de vello rubio, su perfume exquisito, su aliento cálido junto al lóbulo de mi oreja.

Mi mente, mi corazón y mi orgullo piden la revancha.

Y yo se la voy a dar.

Dos días después...

Tener a Helena nuevamente aquí me llena de alegría. Y saber que es mamá me hace mirarla con nuevos ojos... Sólo se ha cortado el cabello y, sin embargo, a mí me parece más adulta, más madura.

Es que mi amiga ha conocido el amor... Y no sólo me refiero a su pequeña hija Hannah, sino también a Fausto Gastaldi.

Parece que el cirujano destroza-narices es muy bueno en otros menesteres, a juzgar por cómo se está arreglando Helena para ir a su encuentro.

—Helena, estás espléndida. Ponte esta chaqueta... —le aconsejo tendiéndole una de color negro.

Ella la mira con ojo crítico.

—No es de cuero auténtico, ¿verdad? Ya sabes que aborrezco esos trofeos especistas.

—Tranquila... Es sintético, al igual que las botas.

Ella se mira en el espejo, evidentemente complacida. Se la ve maravillosa, llena de juventud y a la vez tan madura. Estoy muy orgullosa de mi amiga.

Pero creo que no es recíproco, porque justo antes de marcharse me reprende.

—Cyn... Tienes que dejar de ser tan malvada con Daniel...

La observo sorprendida.

—Mira quién me lo sugiere... La bruja más bruja de Brujilandia. Ahora que el guapo «señor Oliver» es tu abogado, te has puesto de su parte...

—Estoy de la tuya, morena, y por eso te lo digo. Deja de hacerle creer que eres lesbiana, que el pobre ya no sabe ni dónde está contigo.

—Lo estoy asando a fuego lento, pelirroja. Y cuando esté a punto ya le demostraré cuán bisexual soy...

—Vale, pero no lo asustes. Mira que estos caballeros son algo tradicionales...

—Dos muñecos de pastel de bodas, eso son Gastaldi y Oliver. Menudo trabajo tendremos tú y yo para quitarles los prejuicios a esos dos.

Y, mientras Helena se aleja, de pronto me doy cuenta de que estoy hablando del abogado como si ya fuese mío. Menuda ilusa...

No estoy ni cerca de zampármelo, para mi desgracia. Y el hecho de que una vieja y un perro me lo hayan arrebatado en mis propias narices me indigna de una forma... Pero nada puedo hacer. Oliver no me ha llamado, no me ha enviado ni un triste mensaje, ni siquiera a través de Helena,

con quien sé que ha mantenido estrecho contacto. De hecho, hasta ha ido a buscarla a Montes del Rey, y ha tenido la suerte de conocer a la pequeña Hannah antes que yo.

«Maldito señor Oliver de los cojones.»

Helena me ha asegurado que apenas me ha mencionado, y eso me tiene entre decepcionada y furiosa.

Joder... Tengo que serenarme. Tal vez esto que está sucediendo sea lo mejor para mí... «Lo que sucede conviene», dicen, ¿no? Quizá el destino me esté ahorrando un disgusto mayor, algo con lo que no podría lidiar. Bien, si es así, lo aceptaré. Haré como la zorra con las uvas y dejaré pasar a Oliver porque está «muy verde» para mí. Sí, claro, eso haré...

Pero mis planes se van al garete cuando me suena el móvil y en cuanto lo cojo veo que es él. ¡Joder! Intento ignorarlo, lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo.

—Señor Oliver —digo al responder a modo de saludo, tratando de mantener un tono neutro.

—Señorita López... —murmura a su vez, emulándome.

—¿En qué puedo ayudarlo? —pregunto como si fuese una telefonista profesional.

Eso parece descolocar, pero sólo un segundo.

—Cynthia, por favor. Recuperemos el trato informal del sábado, ¿vale? Imagino que estarás enfadada por mi súbita partida, y lo entiendo. ¡Vaya si lo hago! Hace dos días que me vengo mortificando por eso, y tratando de reunir valor para llamarte y...

—Daniel, Daniel, Daniel —lo interrumpo antes de que me conquiste con sus estúpidas excusas—. De acuerdo con lo de recuperar el trato informal, pero tengo que decirte que te has mortificado en vano porque para mí no ha tenido importancia —miento descaradamente—. A propósito..., ¿cómo se encuentra *Clarita*?

Vacila un instante. Creo que intenta descifrar si soy sincera en mi preocupación por el perrito de mierda.

—Bien, se encuentra bien ya. Gracias por... gracias por preocuparte.

—No hay de qué. Espero que tu madre ya esté más tranquila...

Joder, hasta a mí me suenan falsas mis propias palabras.

—Sí, ya sí. Gracias también por... por preocuparte por mamá. De verdad lo aprecio...

Me toco la frente. Esto de estar haciéndome la buena me provoca dolor de cabeza, pero tengo que seguir en ese plan, porque mi objetivo es tener a Oliver comiendo de mi mano para luego darle un escarmiento. Tiene que aprender que no puede tenerlo todo cuando se le antoje.

—Es que se nota lo buen hijo que eres. Bien por ti.

Silencio. Incómodo silencio.

—¿Daniel?

—Sí. Aquí estoy.

—Te decía que es admirable tu dedicación hacia ella.

Carraspea y luego me dice algo que me deja fuera de combate.

—Tengo que hacerlo, porque no sólo me ha dado la vida, sino que también me la ha salvado.

Vaya. No me esperaba una declaración de ese estilo y no sé ni cómo reaccionar. ¿Debo seguir indagando? ¿Debo esperar que él continúe hablando? Es increíble cómo con una sola frase este hombre echa por tierra con todas mis malas intenciones. ¿Qué demonios quiere decir con que su madre lo ha salvado?

No es necesario decir nada, pues él se da cuenta de lo perpleja que estoy. Tan perpleja que no me sale ni un sonido, así que el que habla es él.

—Tal vez algún día te cuente más porque tengo la esperanza de que te interese saberlo, pero no será por teléfono. De hecho, quería invitarte a cenar...

Suena hasta tímido al proponérmelo, y a mí me invade la ternura. Pero en mi cabeza una señal de alarma comienza a sonar con insistencia: «No te dejes seducir... Recuerda que su comportamiento es errático... No te ilusiones».

Trago saliva. Me muero por decirle que sí... Podría acceder y luego dejarlo plantado. Podría ir, arreglarlo para que una de mis *follamigas* interrumpa la cena y marcharme con ella. Podría llevarlo hasta el borde mismo de una cama y luego darle un puntapié. Podría tantas cosas... Ponerlo en su lugar, hacerlo escarmentar, dejarlo caliente y frustrado.

Claro que también podría salir con él y, si *Clarita* y la señora Oliver lo consienten, comerme al jodido abogado. Recorrer su cuerpo con la lengua como lo estoy deseando. Follarlo con ganas, devorarlo hasta los huevos. Y luego escuchar su historia, esa historia que me intriga desde que vi su tatuaje del punto y coma. ¿Qué mierda le habrá pasado? ¿Por qué estuvo a punto de morir? ¿Y cómo es que lo salvó su mamá?

Las ganas y la curiosidad deciden por mí:

—Vale. ¿Cuándo?

—Hoy, si no tienes otro compromiso.

—Pues... Déjame ver...

No sé por qué me hago la interesante. Tal vez para no gritarle que me muero por volverlo a ver.

—Sí, podría ser esta noche.

—¿Te paso a buscar por la residencia? Hoy he dejado a Helena en la puerta, así que ya sé dónde...

—No hace falta. Sólo dime dónde hay que ir y a qué hora.

—No lo sé, esperaba que lo decidiéramos juntos. ¿Qué clase de cocina disfrutas? ¿Internacional? ¿Pasta? ¿China?

—Humm... Pescados y mariscos. Aunque a veces me gusta disfrutar de un buen trozo de carne a la brasa... —no puedo evitar decir con picardía.

Y, por supuesto, él lo pilla.

—¿Eso tiene doble sentido?

—En absoluto. Sólo es para que sepas que no soy vegetariana como Helena —replico haciéndome la inocente.

Creo que lo vamos a pasar muy bien, terminemos o no en la cama. El bello señor Oliver y yo

estamos en perfecta sintonía, y eso me llena de adrenalina. Estoy más que dispuesta a tener una excitante y maravillosa noche con él, y hasta el incidente del caniche enfermo y la madre exigente me parece la mar de pintoresco.

Por eso, cuando Oliver me indica el restaurante elegido, que resulta ser una preciosa taberna vasca a la que he ido más de una vez, le aseguro que estaré allí a las ocho.

Y la llamada termina con una frase suya que hace que mi corazón se dispare en el pecho y no pueda hacer otra cosa más que colgar despidiéndome con un confuso murmullo:

—Te esperaré desde antes de esa hora, Cynthia. En verdad hace mucho tiempo que te estoy esperando... Y creo que ya no te dejaré marchar.

* * *

Mientras me arreglo para ir a cenar con Daniel Oliver, no puedo evitar pensar en lo que me ha dicho sobre su madre: «No sólo me ha dado la vida, sino que también me la ha salvado». Joder, qué ganas de saber...

Pero me asalta una duda: si pregunto, si intento indagar sobre ello..., ¿no se terminará estropeando la noche? Porque estoy segura de que se trata de un momento trágico o cuando menos triste, y temo que eso nos cambie los ánimos a ambos. Y la verdad es que no quiero que la noche acabe sin comerle al menos la boca al abogado...

Suspiro.

En este instante Helena debe de estar atornillando al doctor Gastaldi en su cama. ¿Tendré yo la misma suerte con Oliver? Y si eso pasa..., ¿será lo mejor para mí? No querría quedar enganchada a un hombre. Si lo del «lío con Lía» me dejó marcada, ¿cuánto más podrá hacerlo enamorarme por primera vez de un tío? Y de un tío como él, que es la perfección misma, un tío al que no puedo aspirar.

Vale, sé que Helena va en serio con su muñeco de pastel de bodas, pero convengamos en que éste no es un dechado de virtudes como el abogado. Daniel es jodidamente perfecto... Un buen hijo, y estoy segura de que un buen padre, a pesar de la comida basura. Claro que lo de buen esposo está en duda, porque su matrimonio terminó en divorcio, pero tal vez no fuera culpa suya, sino de su exmujer. Quizá le adornara la frente... Sólo de pensarlo me dan ganas de arrancarle los ojos a esa arpía sin corazón a la cual no conozco.

Mi guardarropa está bastante nutrido, pero cuando se trata del dueño de mis suspiros me cuesta elegir. Al final me decanto por un vestido ceñido hasta la cintura y con falda amplia y cortísima, de alta pretina y bastante vuelo. Y tacones, por supuesto. Presiento que éste es el *look* que más puede gustarle, aunque lo he visto mirarme con deseo incluso con mi peor facha.

Es un tío raro ese Oliver... Pero, raro o no, me gusta a rabiar.

Y cuando estoy dando el toque final a mi maquillaje me suena el móvil.

Contesto sin mirar siquiera quién es, y para mi sorpresa es él.

—Cynthia, no sé cómo decirte esto, pero...

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Sólo dilo.

—Es que mi madre...

—¿Vas a plantarme otra vez? —grito sin poder creérmelo.

—¡No! Sólo que a las ocho no podré llegar... Verás, ella tiene un problema de salud y...

Estoy tan pero tan enfadada... Me miro al espejo y puedo ver cómo mi ojo izquierdo comienza a guiñar sin que yo pueda evitarlo. Me va a dar algo en cualquier momento. Esto es más de lo que cualquiera podría aguantar.

—Vete a la mierda.

Se lo digo así, sin anestesia, masticando las palabras.

—Cynthia, por favor. No te pongas así, se trata de un retraso nada más.

—No. No. No. —repito intentando controlar la ira que me invade—. No es un retraso, es lo que necesitaba para darme cuenta de que esto no camina ni caminará jamás.

—¿Qué dices? Escúchame, por favor.

—Que te den, Oliver. Adiós. *C'est fini*.

—Espera. No me digas eso...

—Por Dios, esto me pasa por querer variar un poco y enredarme con tíos. ¡Si soy lesbiana, joder! Pero, claro, pensé que eras diferente y que contigo podría atreverme a romper un poco la monotonía de mi vida. Pero no... Lo que eres es un gilipollas.

—Pero se trata de mi madre. Es que ha cogido un...

—No, se trata de un niño grande que no puede evitar ser manipulado por su mamá y corre a verla en cuanto ella chasquea los dedos.

—Estás equivocada, esta vez no es eso...

—Me importa muy poco lo que sea. Esto es una señal de los ángeles para que me aleje de ti. Quédate con tu mami y su precioso saco de pulgas, que yo saldré a divertirme con mis amigos. *Goodbye*, Oliver. Hasta nunca.

Y luego cuelgo hecha una furia.

Me quedo sentada en el váter durante largos minutos... Una gota negra cae sobre mi pierna. Una lágrima con rímel. Joder... Yo no soy de las que lloran. Ya no.

Me pongo de pie y recompongo mi maquillaje. Y, justo cuando estoy a punto de salir, me vuelve a llamar Oliver.

No contesto. Bueno, no lo hago la primera vez, y tampoco la segunda. Pero cuando ya estoy en la calle esperando un taxi, recibo un mensaje de texto que dice: «Es una emergencia, contesta», y suena por tercera vez, un sexto sentido me dice que responda.

Y, para mi sorpresa, no es la voz de Daniel Oliver la que se oye al otro lado de la línea.

—¿Señorita López? Eres Cynthia López, ¿verdad?

Es un niño. Mi asombro es tal que no atino a decir nada.

—Pues... sí.

—Lo sabía. Soy Daniel Oliver —dice en un susurro—. Pero no el padre, sino el hijo.

Vaya, si no me lo decía no me daba cuenta del detalle... Lo que no entiendo es por qué me está llamando, y desde el teléfono de...

—Mi padre está en el baño. Eso hace cuando se enfada para no decir tacos y groserías delante de mí. Se encierra unos minutos y luego sale como si nada... Pero hoy está tardando demasiado, por lo que creo que de verdad lo has fastidiado —dice, y luego suelta una risita.

—Bueno, yo... —comienzo a decir, pero ahí me quedo. No sé cómo llevar una conversación telefónica con un niño tan precoz. Además, no entiendo cuál es el objetivo de la llamada.

—No te culpo, en serio. Pero tampoco quiero que lo culpes a él por no poder ir a su cita contigo, pues no es culpa suya.

Carraspeo. Y mientras cierro la puerta del taxi me recompongo un poco.

—No, si ya lo sé. Es tu abuela, que no se encuentra bien, y tu padre tiene que ir a auxiliarla... Otra vez.

—Bueno, sí que es verdad que mi abuela no se encuentra bien. Ha cogido un resfriado y por eso no podrá hacerse cargo de mí para que tú y papá podáis salir... Y como mi madre tiene que dar una conferencia sobre sexo... Pues eso. Es culpa mía.

Trago saliva. Esto sí que no me lo esperaba.

—No es culpa tuya..., señor Oliver. Claro que no.

—Puedes llamarme Júnior; yo te llamaré Cynthia.

—Vale. Pero no es culpa tuya que se haya frustrado esta cita. Puedo entenderlo, de verdad.

—A mí me ha parecido que le colgabas.

No puedo creer que Oliver me haya llamado delante de su hijo pequeño. Es una actitud negligente que no concuerda para nada con él.

—No... No le he colgado.

—Yo iba junto a él en el coche y me ha parecido oír que lo llamabas «gilipollas». ¿Por qué no quieres a mi papá, Cynthia López?

«Jo-der.» Balbuceo incoherencias ininteligibles, así que él continúa, no me da tregua.

—Mira, en cualquier momento saldrá del baño y tendré que colgarte yo a ti. Pero antes querría saber por qué no lo quieres, si a él tú le molas muchísimo...

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, en la agenda te tiene con el nombre de «Belleza», así que estoy seguro de que le gustas de verdad. ¿Por qué no te gusta él a ti? ¿Es porque tiene un hijo? Porque, si es por eso, tienes que saber que yo sólo estoy con él los fines de semana y cuando mi mamá tiene una conferencia por la noche...

Trago saliva otra vez. Es demasiada información, demasiadas preguntas. No puedo procesarlo todo así, sin más.

—Júnior, no pienses ni por un segundo que tú tienes algo que ver con... esto. —No puedo creer

que le esté hablando a un niño de ocho años como si fuese un adulto, pero lo cierto es que así se comporta—. Ha sido un desencuentro, nada más... Yo... A mí sí me gusta tu papá, pero, por favor, no se lo digas, ¿vale?

—Humm..., vale. Quieres que sufra un poco, ¿verdad?

—Algo así.

—Lo entiendo. Pero tienes que saber que él ha sufrido mucho ya... Cynthia, debo colgar. Si se entera de que he cogido su teléfono y te he llamado, no me llevará a McDonald's.

Y, después de eso, se corta la llamada dejándome llena de preguntas y con el corazón sangrando. «Él ha sufrido mucho ya» no deja de darme vueltas durante el trayecto hasta el Oasis. ¿Qué le habrá sucedido?

Daniel Oliver es un hombre fascinante bajo esa fachada de aparente sencillez. Un punto y coma que indica que ha superado una adversidad. Una madre absorbente que él idolatra porque le ha salvado la vida. Un hijo con una inteligencia emocional superior a la media, una increíble madurez. Una exesposa que da conferencias sobre... ¿sexo? ¿Ha dicho sexo?

Es demasiado para mí. Y tal vez por eso, porque me gustan los desafíos más que a un gato la leche, no voy a desistir.

Voy a conocer de verdad a Daniel Oliver, aunque se me vaya la vida en ello.

Más tarde

Cuando llego al Oasis compruebo con alivio que la rubia pesada que me tiré hace unos días no está. Mejor..., no estoy de humor para tonterías.

¿Y para qué estaría de humor, vamos a ver? Para Daniel Oliver y nada más que para él. Me percato en cuanto me siento a la barra y descubro que en este lugar no hay nada que me estimule lo suficiente como para quedarme... Pero podría haberlo. No obstante, tardo una hora y tres tragos en atreverme a hacerlo.

El alcohol me envalentona, y, siguiendo un impulso, cojo mi móvil. Sólo tengo que apretar un botón... Cierro los ojos y, cuando los abro, tengo marcado el visto.

Le he enviado mi ubicación a Daniel Oliver y la ha recibido. Si es verdad lo que me ha dicho el niño, tal vez a esta hora ya esté libre y... Me trago mi orgullo y, condimentado con las ganas que le tengo al abogado, no me sabe tan mal.

Ésta es la prueba de fuego... Si viene, quizá deba darle una nueva oportunidad. Si no lo hace, me olvidaré de él para siempre, lo juro.

Me pido un tequila para amenizar la espera, que para mi sorpresa es mínima porque, después de empinarme el chupito y revisar mi móvil, levanto la cabeza y aquí está. Igual que en GataPaka, con las manos en los bolsillos, mirándome.

Tiene gotas en el pelo, que brillan tenuemente. Lleva ropa semiformal, con pantalón de vestir, americana y camisa blanca, pero sin corbata.

Se lo ve cansado, pero su mirada es intensa, como cada vez que me ve. Me devora con los ojos y yo hago otro tanto, pero cuando creo que la tensión sexual es tan fuerte que nuestras cabezas van a estallar, él da un paso y se sienta en el taburete vacío junto al mío, pero no de perfil, sino de frente.

Sonrío. No puedo creer que haya venido tan rápido, y se lo hago saber.

—Es que estaba de camino —me responde—. No estabas en GataPaka ni en la residencia, así que supuse que podrías estar aquí, ya que lo mencionaste una vez.

«¿Cómo? ¿Ha estado buscándome?»

—Vaya... Qué bien —es lo único que atino a decir.

Me turba bastante saber que, después de lo mal que lo traté, ha resuelto su contratiempo y me ha buscado. Y también me alegra... Mucho.

—Ha sido una agradable sorpresa recibir tu ubicación, Cynthia, pero me pregunto por qué lo has hecho, después de...

—He cambiado de idea —me apresuro a responder, porque no quiero que sospeche que su hijo me ha llamado—. Lo pensé mejor y quise oír la explicación sobre tu retraso... Creo que exageré en mi reacción y tal vez deba pedirte disculpas por ello.

Me mira sin decir nada por unos instantes. Parece que desee evaluar mi nivel de sinceridad, pero creo que no lo logra.

—¿Qué estás bebiendo? —me pregunta de pronto, señalando el vaso vacío frente a mí.

—¿Ahora? Un chupito de tequila. ¿Te apetece?

Asiente y le hace una seña al barman pidiendo dos.

—No suelo beber y tendré que dejar el coche, pero esta noche lo necesito —dice con una media sonrisa que me deleita.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Se encoge de hombros.

—He tenido un día horrible y esperaba terminarlo de forma muy diferente cenando contigo. Pero, claro, algo ha tenido que interferir... Cynthia, no te he fallado por mi madre, sino por mi hijo... Mi ex me lo trajo por sorpresa debido a un compromiso profesional, y mi madre no se encontraba del todo bien como para quedarse con él... Lo siento, pero tuve que postergar el encuentro. Es lo último que habría querido hacer, pero dadas las circunstancias...

—Está bien. Debería haber escuchado tus razones, pero... Me cegué. Lo siento. Espero que tu madre esté mejor... ¿Y tu hijo? ¿Dónde está? —pregunto mientras me lanzo el tequila a la garganta.

Daniel bebe su trago antes de responder.

—Ahora mismo, con su madre. En cuanto estuvo libre, le dejé al niño y comencé a buscarte. Y aquí estoy...

Ahora la que sonrío soy yo. Me encanta comprobar que sigue siendo igual de sincero. Me encanta él...

Debo reconocer que estoy un poco borrachina, y sólo espero no estar en la etapa de la sonrisa boba. Si no lo estoy, ando cerca, demasiado cerca... Pero no me importa. Me siento muy a gusto así de desinhibida, por lo que le hago una seña al camarero para que sirva dos más.

—Definitivamente tendré que marcharme en taxi —dice después de beberse el suyo.

Con un dedo, le acerco también el mío y él alza las cejas. Luego me inclino hacia él y murmuro cerca de su oído:

—Definitivamente tendremos que marcharnos en taxi...

Estoy perdiendo un poco el control, lo sé. No puedo evitarlo, no quiero hacerlo.

Daniel busca mi mirada en cuanto me aparto y me la sostiene mientras bebe mi chupito también. Y es él mismo el que pide la siguiente ronda.

—Hace mucho que no bebo así —confiesa—. No sé cómo me sentará...

—De maravilla, te lo aseguro... Mírame a mí. Todo mi enfado ha desaparecido después del tercero...

—Pues iré a por él, a ver si me sienta tan bien como a ti.

Empina el codo una vez más y yo suelto una carcajada.

—Creo que ya vas por el quinto... Pero no te cortes, que has tenido un día horrible y no me has dicho por qué.

Inspira hondo.

—Mucho trabajo, muchas ganas de que llegara la noche, planes frustrados, mucha tensión... — dice suspirando.

—Bueno, ya ha llegado la noche, los planes han variado un poco, pero siguen vigentes, y la tensión desaparece con cada trago... ¿O no?

Daniel pestañea y después me regala una sonrisa cautivadora.

—Así es... Me siento... Joder..., no suelo hacer esto, en serio...

—Me doy cuenta de ello. Disfruta, entonces. Yo cuidaré de ti... ¿Quieres bailar? —pregunto, porque comienza a sonar un tema que me encanta. Bailo muy bien reguetón, debo confesarlo, y frotarme un poco contra el bulto de Oliver me parece una idea la mar de atractiva en este momento.

Pero él se muestra renuente. Niega con la cabeza y no se mueve del taburete, así que modero mi entusiasmo.

—Yo no bailo —me dice serio. Casi apesadumbrado, diría yo.

—¿No bailas?

—No —confirma categórico.

—Qué aburrido.

Se muerde el labio. No deja de mirarme con los ojos brillantes mientras regresa esa increíble sonrisa que tanto me cautiva.

—Espero que eso no haga que reaparezca la tensión. Me refiero a esa tensión que pone distancia entre nosotros, no a la otra...

—¿Qué otra? —pregunto haciéndome la inocente, aunque tengo clarísimo a cuál se refiere.

Entonces Daniel apoya los pies en el suelo y se acerca. Pone una mano en el respaldo de mi taburete y lo hace girar hasta tenerme frente a él y luego hace algo que consigue que me estalle la cabeza.

Coloca las manos en mis muslos y me separa las piernas. No demasiado, sólo lo suficiente como para situarse de pie entre ellas. Joder... Qué acertado mi *outfit* de falda amplia... Ni que lo hubiese presentado.

Y, cuando parece que el siguiente paso es el inevitable beso, lo que sucede es otra cosa. Oliver no suelta mis muslos, sino que tira de ellos con vehemencia, de forma que no tengo otra opción que deslizarme del taburete y poner un pie en el suelo para no caer.

Levanto la vista jadeando... Dios, cómo me mira. Me calcina con esos ojos hermosos... Me muero por un beso, así que entreatro los labios. Él inclina la cabeza y luego coge mi labio inferior y tira de él con los dientes. ¡Joder!

—Esta tensión, señorita López... La que me tiene pegado a ti ahora, y a las fantasías que tejo como un tonto adolescente cuando no estás cerca. Sé que puedes sentirla...

—Sí...

Jadeamos ahora al unísono, pero la cosa no termina ahí y sucede lo inesperado. Esto sí que no lo habría imaginado siquiera en mis sueños eróticos.

Amparado por la barra que impide miradas indiscretas, Oliver me toca por debajo de la falda. Desliza su mano por el muslo de mi pierna extendida y pronto llega a mis bragas. En un instante deja atrás esa barrera, y, sin saber muy bien cómo, de pronto me encuentro con su palma contra mi coño, abarcándolo todo, apresándolo como si fuera un pájaro palpitante y ansioso.

Aprieta sin piedad, con el dedo índice presiona la entrada de mi vagina hasta encontrarse con la humedad que mana de ahí desde que lo vi.

No me lo puedo creer... Algo mareada por el alcohol y el deseo, miro a mi alrededor con disimulo... Está oscuro y nadie parece reparar en lo que está sucediendo entre nosotros, pero de todas formas no puedo evitar replegarme un poco. No obstante, Daniel no me lo permite... Con la mano libre, rodea mi cintura, acercándose más a él... Y ahora su dedo asciende. Se acerca peligrosamente a mi clítoris, que siento a punto de estallar. Cierro los ojos y apoyo la frente en su hombro... No me atrevo a mirarlo a los ojos, y ni falta que hace, porque cuando lo encuentra lo acaricia y luego me busca la boca con desesperada urgencia.

No es nada gentil ese beso. Ni siquiera es un beso, creo yo, porque me abre la boca con la lengua y me la introduce hasta la garganta sin piedad.

Y, por si no fuera suficiente, la mano que presionaba mi cintura ahora apresa mi nuca, impidiéndome apartarme de su boca. ¡Como si fuese necesario! No quiero apartarme. Quiero más. Más dedo, más lengua. Más todo... Polla, quiero la polla. La quiero ahora y aquí. Ya no puedo más...

Nos besamos como si estuviésemos solos. La pasión y el alcohol confabulan para volvernos locos.

Cuando una bocanada de aire se hace imprescindible para seguir viviendo, él se separa uno centímetro y murmura sobre mi boca:

—Creo que... creo que es hora de coger ese taxi.

Como en cámara lenta, lo veo extender su tarjeta de crédito y pagar. Y luego nos marchamos, primero de la mano, luego abrazados..., o más bien apoyados el uno en el otro para no caer.

Estamos algo ebrios, debo reconocerlo... Me parece que él lo lleva peor que yo, pues ha bebido más y más rápido también, pero no me importa.

En este momento, mi único objetivo es coger ese taxi que nos lleve directos al sitio donde ambos queremos estar: entre cuatro paredes, en una cama.

Y que el mundo se abra en dos...

Ahora

Ay, Dios... La calentura y la borrachera... Daniel tiene serios problemas para indicarle al conductor cómo llegar a su apartamento, pero en cuanto lo logra concentra toda su atención en mí. En mí y en mi boca... Yo estoy deseando que continúe con el trabajito manual bajo mi falda, pero al parecer tendré que esperar porque no hace más que besarme, con ambas manos en mi rostro y la boca abierta.

—Joder, Cynthia. Me moría por besarte...

—¿Sólo por besarme?

—Para empezar. Y luego continuar con todo lo demás...

—¿Y qué sería eso?

—Cuando lleguemos a casa te vas a enterar.

Bueno, este diálogo resulta un poco decepcionante. Esperaba algo más cachondo, la verdad, pero, contrariamente a sus acciones, en cuestión de palabras el abogado es bastante contenido.

Me gustaría que se soltara, y no sólo de cuerpo, pero parece que ese desborde de sinceridad que lo caracteriza no abarca el terreno sexual.

—Espero que cumplas con lo que prometen estos besos, Oliver. Porque, si no, el que se va a enterar vas a ser tú —murmuro apartándome un poco.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir...? —pregunta arrastrando las palabras.

«Madre mía, que está como una cuba.»

—¿Yo? Pues nada —afirmo haciéndome la tonta, y luego no puedo resistir la tentación de ponerlo un poco nervioso de más—: No has estado con una lesbiana antes, ¿verdad?

Daniel me mira con unos ojos como platos.

—¡Hip! Perdón... No, la verdad es que... no. Al menos, no que yo supiese.

Sonrío misteriosamente.

—Bueno, te deseo mucha suerte.

—¡Hip! No... no lo entiendo. ¿Por qué me deseas suerte?

—Pues... Mira, Daniel. Las mujeres que nos acostamos con mujeres tenemos el listón muy alto, sobre todo en los preliminares... Digamos que no nos conformamos con los mediocres estímulos que los hombres suelen dar, seguros de que son unos amantes estupendos...

—Joder... Tú quieres ponerme de los nervios, ¿no? Ten piedad de mí, señorita López. Llevo una mona de cuidado y ahora tú me vienes con ésas...

Tengo que apretar los labios para no reír y me concentro en el paisaje nocturno porque, si lo

miro, seguro que suelto una carcajada.

—Tranquilo, campeón. Sé que te esforzarás —le digo palmeándole un muslo.

Pero él no se conforma. Estira el brazo, me coge del mentón y me obliga a mirarlo.

—Cynthia, que no eres lesbiana...

—¿Ah, ¿no? —pregunto burlona.

—Tú misma me has dado a entender que eres bisexual... ¡Hip! Joder..., lo siento.

—Menuda borrachera llevas, ¿eh? Supongo que es eso lo que hace que te atrevas a intentar clasificarme —le digo irónica—. No me interesa ni que me califiquen ni que me encasillen... Hago lo que me sale de los ovarios, y mis variaciones sexuales no son asunto tuyo, abogado. Que te quede claro.

—Y a ti que te quede claro que, después de que te haga el amor, ya no necesitarás más. ¡Hip!

Suelto una carcajada.

—Dios santo... ¿«Haga el amor»? ¿Un tío que no puede decir «follar» pretende ser el «amante definitivo»? ¡No me hagas reír, que si me río me frunzo y si me frunzo me arrugo!

Daniel hipa con cara de ofendido, pero no alcanza a replicar nada más porque al parecer acabamos de llegar.

Le cuesta un horror pagar y descender del taxi, así que le doy una mano. Y él me da las dos, pero en las tetas, en cuanto entramos en el ascensor.

Bueno, lo que le falta en esta conversación le sobra en la acción. Parece que la comunicación extraverbal se nos da muy bien, así que le correspondo manoteando el bulto descomunal que presiona mi bajo vientre de forma casi agresiva.

Esto es un empalme «nivel dios»... Eso de que el alcohol causa disfunción eréctil es una mentira. Tal vez lo haga en el consumo continuado, pero en el ocasional no. Para nada... Está tan duro que por un momento dudo de si eso no es falso. ¡Está más duro que mi polla vibradora morada!

Por suerte, el viaje termina rápido y la seguridad de su apartamento tiene que ver con la huella de su pulgar, porque si llega a depender de unas llaves terminábamos follando en el pasillo.

Entramos a trompicones en la sala en penumbra. Con ambas manos en mis nalgas, Daniel me besa como un desquiciado.

A pesar de la borrachera, su desenfreno me anticipa una noche loca. Excitante y loca... Pero cuando me empotra contra la pared veo las estrellas. ¡Menudo golpe, joder! En la parte de atrás de la cabeza, y si no fuese porque llevo una trenza tirante que amortigua un poco, seguro que terminaba en urgencias con un traumatismo craneal.

—Lo siento... Perdón, Cynthia. ¿Te he hecho daño? ¿Estás, ¡hip!, bien?

Pestaño y me toco la nuca. Parece que no moriré de esto, pero no estoy segura de si él sobrevivirá a esta borrachera.

—Yo estoy bien, pero tú... Te veo algo...

—Estoy un poco mareado, pero eso es lo que tú me provocas. Cada vez que te veo, me pongo

así...

—Daniel, Daniel, Daniel... Aguarda. ¡Deja las manos quietas un momento, joder! Creo que todo irá mejor cuando te despejes...

—Soy demasiado torpe...

—No, estás muy borracho. Quitá, que te haré un café.

—Vale... La cocina está...

Mierda, no tiene ni idea. Señala a un lado y al otro al mismo tiempo y luego se rasca la cabeza confuso. ¿Por qué lo habré alentado a beber de esa forma? Quería que se desinhibiese, no que enfermase.

Lo hago sentar y me las arreglo para encontrar la cocina. Es una belleza minimalista perfectamente equipada, pero el café no lo encuentro por ningún sitio. Abro armarios aquí y allá, pero no puedo hallar las jodidas cápsulas Nespresso. La cafetera está, pero las cápsulas no aparecen.

Y, cuando vuelvo a la sala a preguntarle a Daniel por ellas, me encuentro con lo inesperado. Desparramado cuan largo es, duerme como un bendito en su enorme sofá.

Me acerco con cautela y casi me desmayo cuando descubro que él está dormido, pero su polla no. Ahora se perfila claramente bajo el pantalón de vestir, que parece tan tirante que temo que en cualquier momento se le raje.

Me deja sin aire, lo confieso. Dormido y calladito, con esa polla tiesa... Me provoca unos deseos desconocidos. Unas ganas que me nacen de las entrañas y una infinita ternura. Me arrodillo junto a él y lo contemplo...

Su sueño no es tranquilo. Mueve la cabeza a un lado y otro, pero no abre los ojos y murmura incoherencias... Mi mirada no puede evitar concentrarse en sus partes bajas, y mi mano comienza a ir por su cuenta.

Le acaricio el bulto por encima de la ropa. Está caliente además de duro. Parece de metal, no de carne. Imagino su textura, su olor, su color... ¿Por qué me conformo con imaginarlo, si puedo verlo? Y, así como está, seguro de que ni se va a enterar..., puedo mirar un poco, ¿no? Y tal vez tocar... O besar... No me puedo contener y le bajo un poco la cremallera.

Lleva un bóxer blanco de microfibra y tiene la polla envarada apuntando a la derecha. A través del tejido se pueden adivinar hasta las venas de ese tronco fibroso... Se me hace la boca agua y estoy a punto de pasar a la acción cuando mi moral se interpone y me frena. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Es que no tiene límites mi osadía? Estoy a punto de aprovecharme de un tío borracho... Un tío que está casi inconsciente... Me doy asco, de verdad.

Daniel Oliver me vuelve loca, pero esto no es lo que realmente quiero. No deseo comerle la polla y que ni siquiera lo registre o lo recuerde luego. ¡Yo no soy así! Y lo cierto es que quiero comerle mucho más que la polla, quiero devorarlo entero, pero no de este modo.

Quiero que se entere. «Te vas a enterar», me dijo en el taxi, y ahora la que quiere que lo haga soy yo. Quiero dejar huellas en él. Las huellas de mis uñas, las de mis dientes, y de las otras

también. Y para eso lo necesito consciente, además de dispuesto y motivado.

No voy a abusar de un tío ebrio hasta las trancas, no, señor. No caeré tan bajo, aunque me muera de ganas de probar el sabor de esa gotita que comienza a perfilarse en su ropa interior.

Le subo la cremallera con cierto esfuerzo y luego pongo un almohadón debajo de su cabeza. Miro a mi alrededor y veo una manta tejida sobre el reposabrazos del sofá. Eso servirá... Lo cubro con delicadeza y luego beso su frente.

—Ay, cariño mío —susurro con mi rostro casi pegado al suyo—. Así no... Otra vez será.

Él murmura algo que en un primer instante me deja de piedra:

—Te amo, señorita López...

Pero me doy cuenta de que lo dice soñando, y eso no tiene ningún valor. Así que me levanto, cojo mi abrigo y me marcho sigilosamente y sin mirar atrás.

Al día siguiente

Me despierta el móvil, y cuando voy a contestar veo que es mediodía. ¡Qué manera de dormir! Pero, después de la mona de anoche, está más que justificado.

Y hablando de mona... El que me llama es Oliver. Vaya, es bueno saber que también ha sobrevivido.

—¿Cómo va esa resaca? —pregunto a modo de saludo.

—Joder... Va fatal.

—No te preocupes, ya pasará.

—Cynthia... Cuando desperté y recordé lo de anoche, casi me da algo. ¿Es posible que te haya tenido en casa y me haya quedado dormido? ¿Es posible que haya cometido semejante estupidez?

—Bueno, no estabas en condiciones y no quise aprovecharme de ti.

Lo oigo reír al otro lado de la línea y eso me causa un poco de vergüenza, porque, aunque suene a broma, es la pura verdad. Y también es cierto que estuve a punto de hacerlo.

—Creo que en un campeonato de gilipollas perdería, por gilipollas. No puede ser... Espero que esto no haya arruinado lo que sea que se esté gestando entre nosotros...

—¿Y qué sería eso, si puede saberse?

—No lo tengo claro, pero me gustaría terminar de averiguarlo hoy mismo. Mi hijo viene a almorzar..., ¿nos harías el honor de acompañarnos?

Eso sí que no me lo esperaba. Un almuerzo familiar. Y resulta que me apetece... Mucho. Ese niño es un encanto... A mí no me gustan las criaturas, pero éste es realmente adorable. Y volver a ver al padre me seduce de una forma... Aunque no tenga posibilidad alguna de zampármelo, quiero hacerlo igual.

—Vale. ¿En tu apartamento?

—Sí. ¿Deseas que pase a recogerte?

—No, iré por mi cuenta cuando me despeje un poco.

—Te esperaremos... ansiosos. Sobre todo yo.

Cuelgo con una sonrisa. Creo que pasaré un domingo glorioso, para variar.

Reviso el móvil. No hay ni rastro de Helena, lo que es bueno, muy bueno. Significa que el asunto con Gastaldi va viento en popa... Mejor así.

Espero que a mí me suceda lo mismo con Oliver, porque cada hora que pasa me siento más unida a él. No hemos follado, pero hay... intimidad. Demasiada, y también demasiada tensión sexual, que cuando haga eclosión será fenomenal.

Me ducho con rapidez y me enfundo unos vaqueros y unas zapatillas. Hoy no habrá intentos de seducción, al menos a la vieja usanza. Será divertido gestionar lo que nos pasa delante del niño... Veremos cómo se las arregla mi brillante abogado para hacerlo.

Me abre la puerta el pequeño Daniel.

Qué guapo es, con el cabello rubio de punta a fuerza de gel, y esas gafas. Tiene los ojos idénticos a los de su padre. Es un Mini Oliver de la cabeza a los pies.

—Hola, Cynthia López —me dice a modo de saludo.

Me pongo en cuclillas y luego le tiendo la mano.

—Hola, Daniel Oliver.

—Recuerda que puedes llamarme Júnior, como todo el mundo. Dejemos de lado las formalidades, ¿no?

Dios..., es demasiado listo. Me fascina.

—Lo mismo digo. Llámame Cynthia, a secas. ¿Dónde está tu papá?

Antes de que el niño pueda responder, aparece el dueño de mis pajas. «¡Joder! ¿De verdad he puesto eso?»

—Aquí estoy. Bienvenida, señorita López —me saluda con un guiño, y cuando me paro me estampa un beso en la mejilla.

—Llámala Cynthia a secas, papá. Hemos decidido dejar de lado las formalidades... Ya estamos en confianza.

Me quedo con la boca abierta. No puedo creer el vocabulario de esta criatura.

—Antes de que preguntes —me aclara Daniel con una sonrisa—, sí, siempre habla así. Júnior es muy peculiar...

Miro al niño y lo veo asentir.

—Así es. Mi edad mental está por encima de la media, y también mi CI —dice encogiéndose de hombros—. Claro que eso no impide que consiga una estrategia efectiva y definitiva para escapar del *bullying*.

Me rompe el corazón oír eso, y no puedo evitar demostrarlo.

—Lo siento... —murmuro mirando a Oliver apenada.

—No lo sientas, estoy en ello —se apresura a declarar el pequeño.

—Puedes apostar a que es así —confirma su padre, y luego le acaricia el pelo con ternura.

—¡Papá! Que me ha llevado una hora ponerme presentable.

Me río abiertamente. Me lo estoy pasando tan bien...

—Pasa y ponte cómoda —me invita Oliver, y la siguiente media hora no hacemos más que eso. Sentirnos cómodos y a nuestras anchas los tres.

Decidimos no salir... En la nevera hay tomates, carne y queso, así que les propongo hacer pasta. Faltarían unos buenos raviolis, así que Oliver se ofrece a ir a por ellos.

Mientras tanto, yo me quedo con el pequeño Daniel, que me ayuda con la salsa.

—Papá me ha dicho que haces tatuajes...

—Así es... Cuidado con ese cuchillo.

—Lo tendré —murmura mientras se muerde la punta de la lengua, concentrado al máximo—. Tienes un trabajo interesante.

—Supongo. Al menos, uno de mis trabajos lo es... ¿Y a ti qué te gusta hacer?

—Pues... investigar. A la gente, sobre todo. Me gusta estudiar a las personas, hacer cálculos, estadísticas... Esas cosas. Conocer a la gente con unos pocos datos.

—Vaya... Eso sí que es interesante.

—Ajá —asiente mientras desliza la tabla con el pimiento picado hacia mí—. Soy bueno en eso... Y, gracias a eso, me he dado cuenta de que eres exactamente lo que mi padre necesita.

¿Qué? ¿Cómo? Madre mía, este crío va a matarme con sus increíbles afirmaciones.

—Lo que tu padre necesita... —repito tontamente, porque no sé qué decir.

—Sí, para ser feliz. Porque papá nunca lo ha sido, nunca. Y tú eres la oportunidad que necesita para...

Suena el timbre, y Júnior salta del taburete y corre a abrir.

Hago lo mismo sorprendida. No es Daniel, porque él tiene su propia huella dactilar como llave, así que corro tras el pequeño, no sea cosa que le abra a un desconocido.

Bueno, es una desconocida en este caso, pero sólo para mí.

—Hola, abuela...

Una elegante señora rubia como el sol entra en la sala y, al verme, se para en seco.

—Cariño..., ¿dónde está tu padre?

—Ahora viene. Mira, abuela Ingrid, ella es Cynthia...

La dama me recorre de pies a cabeza con indisimulado fastidio, y en ese instante entra Daniel con un par de bolsas. En cuanto repara en la presencia de su madre, se queda paralizado. Su único movimiento es el de la nuez de Adán al tragar.

—Bueno, aquí estás —dice ella al verlo.

Júnior se adelanta y coge las bolsas.

—Las llevaré a la cocina —dice, y luego desaparece revolviendo los ojos. Parece que se da cuenta de que algo no anda del todo bien, y que lo mejor será poner pies en polvorosa. Tal vez yo debería hacer lo mismo, pero no... Una fuerza invisible me mantiene en actitud expectante, porque me doy cuenta de que éste es un momento bisagra entre Oliver, su madre y yo.

Ella se acerca a su hijo y le besa la mejilla.

—Veo que has conseguido criada —murmura con frialdad, y dejándome fría a mí también por la sorpresa.

Daniel entreabre los labios y dice con voz apenas audible:

—Ella no es...

—Querido, nunca lo son —lo interrumpe la mujer—. Vamos a ser benevolentes y llamarlas «asistentas» para que se sientan cómodas...

No puedo evitarlo, abro la boca incrédula, y miro a Daniel con unos ojos como platos. Él

parece tenso.

—Mamá, íbamos a salir... —miente descaradamente y sin que se le mueva un músculo. Y, por lo que veo, con eso se termina su intento de blanquear mi papel en su vida.

—¿Ah, sí? No me lo parece... ¿No acabas de entrar con bolsas de la fábrica de pastas? Y es estupendo, porque eso de salir me huele a comida basura. ¿Esta niña no cocina?

Suelto el aire lentamente. Daniel me mira lívido. No aparta los ojos de los míos, como pidiéndome perdón, pero su boca no hace nada para replicar las palabras de su madre. O al menos no lo hace como corresponde...

—Ella no... Sí cocina, pero... —Su voz suena extraña, como si no fuese suya.

Y eso es todo, ahí se queda.

—Quita, ya lo haré yo.

Y así, sin más, la madre de Oliver pasa por delante de mí, no sin antes dirigirme una mirada de desprecio, y se mete en la cocina.

Y así es cómo nos quedamos los dos solos en la sala.

Daniel Oliver sigue petrificado y con los ojos brillantes. Ante mí tengo a un hombre grande y fuerte, un profesional cualificado, un atractivo caballero reducido a... esto. A nada. A un balbuceante pelele, a un sometido «niño de mamá», tal como alguna vez he sospechado.

Me quito el delantal y se lo lanzo a la cara.

No hace ni siquiera un intento de atajarlo. La presencia de la mujer que le «ha dado la vida y se la ha salvado» lo convierte en esta cosa pusilánime que me mira entre avergonzado y triste, sin atreverse siquiera a defenderse.

Cojo mi bolso del sofá y me dirijo a la puerta.

A mis espaldas lo oigo murmurar:

—Por favor. No me dejes... Cynthia, no me abandones.

Pero no me vuelvo... No tengo ánimos ni para insultarlo esta vez.

Simplemente me marchó y les digo adiós para siempre a mis propios sueños de felicidad junto a él.

Días después

Esa tarde no volví a la residencia, pues temía que me fuese a buscar. Mi móvil sonó cada diez minutos durante varias horas hasta que me cansé y bloqueé su número.

Estaba decidida a olvidarme de Daniel Oliver, de hacer como si nunca lo hubiese conocido. Me sentía tan ofendida que hasta me pareció que me resultaría demasiado fácil hacerlo... Debería haberlo presentado. ¡Mil indicios hubo! Nadie es tan perfecto. Era demasiado bueno para ser real.

No sé cómo pude permitirme llegar tan lejos. Si hasta me había ilusionado jugando a la familia feliz, con un tío que es de arcilla, y que la que lo moldea a su antojo es nada menos que su mamá.

Rumié mi furia comiendo un bocadillo sentada a lo indio en el césped de una plaza. Llamé a Helena, pero no me lo cogió. Y luego me puse a caminar sin rumbo hasta que llegué al último lugar donde habría querido regresar: la peluquería de Lía.

Estaba cerrado, por supuesto. Me quedé en la puerta un rato, con lágrimas en los ojos, recordando... Y de pronto la puerta se abrió.

Y allí estaba, delgada, demacrada y triste, la última mujer a la que amé. O al menos creí amar.

—¿Cynthia? Madre mía, sí que eres tú...

Tragué saliva e intenté sonreír.

—Hola, Lía. Pasaba por aquí y...

—Cuando te vi desde dentro no me lo podía creer —me dijo sonriendo a su vez—. Cariño, pasa, por favor...

—No, ya me voy. Sólo pasaba...

—Sí, ya me lo has dicho. Pasa, Cyn. Ambas sabemos que nos debemos una conversación.

Lo hice. Entré porque no me llevó más de esos diez segundos en la puerta darme cuenta de que entre nosotras no habría nada más.

—¿Quieres un café?

—Bueno.

Me lo trajo y se sentó junto a mí, en el sofá de la sala de espera del salón.

—Vivo aquí, ¿sabes? —me dijo intentando parecer despreocupada, aunque sus ojos decían otra cosa.

—¿Por qué?

—Es todo lo que me queda.

No lo podía creer... Si tenía una casa preciosa.

—¿Y los niños?

—Están con mis padres. No puedo mantenerlos... A duras penas puedo mantenerme yo y...

—¿Y?

—Y mantenerlo a él.

Inspiré hondo, aunque no terminaba de entenderlo.

—¿En la cárcel?

Asintió.

—No sabes lo caro que sale mantenerlo a salvo en prisión.

Pestañeé... No me esperaba algo así. Es decir, no pensé que la vida le hubiese cambiado tanto a causa de ese incidente.

—¿Por qué lo haces? —pregunté incrédula. No lo comprendía.

—Es mi marido y lo quiero. A pesar de todo...

Vaya, qué confesión. Muy dentro de mí pensé: «Os lo merecéis», pero luego recordé a los niños y me dio mucha pena que todo hubiera terminado de ese modo.

Lía sonrió con tristeza y sacudió la cabeza.

—Basta de hablar de mí. Lo hecho hecho está y de nada vale lamentarse. Ahora hágame de ti...

Todavía conmovida, no supe bien qué decir.

—Pues... aquí estoy. Todo va... bien.

—Tienes buen aspecto, cariño. Pero no sé si todo va como dices, porque también pareces muy triste.

Intenté sonreír.

—Estoy estudiando... Trabajo en la facultad ahora, y también sigo con lo de los tatuajes...

—¿Y tienes pareja?

«Joder, directa a la llaga.» Fue mencionarlo y empezó a supurar otra vez.

—No.

—Sospecho que esa tristeza que traes tiene que ver con ese asunto, ¿no es cierto? ¿Quién es la mujer que te ha roto el corazón? ¿La conozco?

Me miré las manos. Me temblaban... No pude evitarlo, se lo conté.

—No es una mujer.

Lía frunció el ceño.

—Permíteme dudarlo. Puede ser por culpa de un hombre que sufres, pero seguramente detrás hay una mujer. ¿Me equivoco?

Pues no, no se equivocaba. Sólo que esa mujer no era el tipo de rival que Lía imaginaba. Cuando se lo conté se quedó con la boca abierta.

—Vieja imbécil... Y él más, por permitirselo.

—Lía, tiene una relación demasiado... simbiótica. Ésa es la palabra. Él y su madre están tan fuertemente ligados que se puede percibir con sólo mirarlos.

—Pero ¿por qué? ¿Un complejo de Edipo no resuelto, quizá?

—Tal vez. Él dice que le debe mucho a su madre, porque, además de darle la vida, se la terminó salvando.

—¿De veras? ¿Qué le pasó?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Todo fue tan breve que no tuve tiempo de averiguarlo...

—Pero te duele, Cyn. Y mucho... Te duele este final, aunque yo no sé si es tal. Presiento que no se dará por vencido contigo.

Suspiré.

—Para mí es un caso perdido. Si lo hubiese pensado con las bragas frías, jamás debería haber empezado... Somos muy distintos. Si lo vieses... Tan perfecto, tan educado, tan sincero.

—Y tan calzonazos.

—Pues sí. Y lo lamento, porque sé que no tiene cura y que Júnior tenía razón cuando me dijo que su padre nunca había sido feliz.

—Ni lo será. Es un alivio que el niño lo tenga claro, al menos...

—El pequeño es tan listo que da miedo —confesé sonriendo. De todo lo relacionado con los Oliver, el pequeño Daniel sería lo único que recordaría con alegría.

—Cariño, ya que estamos hablando tan sinceramente..., quiero pedirte perdón. No, no pongas caras... Yo tuve la culpa de todo. Te arrastré conmigo en mi camino hacia la destrucción, hacia mi destrucción y la de mi familia. Pero si de algo sirvió todo lo que sucedió fue para encauzar mi vida, Cyn. Lamento tanto que tuvieras que sufrir lo que sufriste...

—Todo ha pasado ya, Lía. Olvídalo.

—Es que no quiero olvidarlo... Es decir, hay cosas que merece la pena recordar —murmuró mirándome a los ojos.

Sabía que no debía preguntar, pero lo hice. Tenía que comprobar si había habido algo fuerte entre nosotras o sólo lo había imaginado. Tenía que saber si me habían roto la nariz y el corazón por nada.

—¿Como cuáles?

—Como el sabor de tu coño. Su hermoso color rosa... Tu culo perfecto, tu lengua, tus tetas...

No la dejé seguir porque sabía que eso sólo podía conducir a un sitio, y no quería. Además, ya había probado el punto. Hubo sexo, hubo droga, hubo violencia y poco más.

—Basta. No necesito saber más.

La expresión de Lía cambió. Se la veía totalmente abatida.

—Creo que no hay posibilidad alguna de...

—No. No la hay. Ninguna —me apresuré a replicar.

Por unos momentos permaneció en silencio, asimilando mi negativa.

—Bueno, gracias por tu sinceridad. Y, ahora que lo hemos aclarado, permíteme invitarte a que te quedes... Se ha hecho tarde y me doy cuenta de que no estás ansiosa por regresar.

Hice una mueca.

—Es que temo que no se haya dado por vencido y...

—No se hable más, Cyn. Quédate. Hoy, mañana, todo el tiempo que necesites. Te prometo que no intentaré nada...

La creí y cumplió.

Me pedí el lunes y el martes libres en la facultad y accedieron. Al estudio donde trabajaba haciendo tatuajes directamente falté sin avisar... Era un sitio tan informal que todos lo hacíamos con frecuencia. Además, cobrábamos por trabajo realizado, no estábamos en nómina.

Me quedé con Lía en la peluquería por las noches, y jamás intentó nada de nada. Y durante el día... El lunes me lo pasé vagando, y el martes me encontré con Helena por la tarde en GataPaka.

Supe que Fausto había encontrado a su madre... ¡Era la señora de la línea suicida! La misma con la que Helena hablaba a diario, sin saber quién era realmente.

Dios..., qué casualidad más increíble. La pobre mujer estaba muy enferma, y ellos estaban haciendo lo imposible por obtener la tutela y sacarla del hospital. Helena me contó que Oliver se estaba portando de maravilla con los trámites para lograrlo.

—Cynthia, ¿qué ha pasado entre vosotros? Daniel parecía muy abatido. Me preguntó por ti y no supe qué contestar. ¿Es cierto que no le coges el teléfono? ¿Y que no has ido ni a la residencia ni a la facultad en dos días?

Asentí.

—Lo he bloqueado. Y me he tomado un par de días libres.

—Pero ¿dónde te estás quedando?

—En casa de una amiga.

—¿Qué amiga?

—No la conoces, Helena. Mira, no debes preocuparte por mí, que tú ya tienes bastante. Tu hija, tu novio, tu suegra...

—Pero me preocupo. ¿No me dirás qué ha pasado? ¿Ya no me tienes confianza?

No era eso, sólo que quería irme cuanto antes de allí porque ella me recordaba a Oliver. Los taburetes de la barra también lo hacían. El aroma a café... Todo me recordaba a él.

Se lo conté muy someramente. Me sorprendió poder hacerlo con esa frialdad después de tan sólo dos días, pero luego me di cuenta de que en realidad no había pasado demasiado entre nosotros. No había grandes daños que lamentar, pero dolía, ¡cómo dolía!

El consejo de Helena fue que le diera otra oportunidad, y yo la miré como si no la conociera. Es que había cambiado tanto... En otra época me habría dicho que lo olvidara, que no volviese a pensar en él. Y tal vez nos habríamos ido de fiesta para terminar en la cama con alguien que nos alegrara el cuerpo.

No dije nada, pero me apresuré a marcharme.

No había nada que me pudiese convencer de darle una segunda oportunidad a ese pelele llamado Daniel Oliver.

Podía enfrentarme a cualquier cosa menos a una madre. A una ex quizá, incluso a una actual...

Pero a una madre, no.

Miércoles

Ya estaba lista para retomar mi vida. Estaba a punto de marcharme de la peluquería de Lía de forma definitiva cuando mi teléfono sonó. Número desconocido... Por un momento dudé en contestar, y a ella no se le escapó el gesto.

—¿Temes que sea él? ¿Quieres que lo coja yo?

Asentí. Al parecer, para hablar con Oliver no estaba lista, y tal vez no lo estuviese en mucho tiempo.

—¿Diga? No, soy una amiga de Cynthia... Sí, aquí está... ¿De parte de quién?... ¿De quién?... Ah, vale... Sí, claro que se la paso. Enseguida.

La expresión de Lía era todo un poema. Cubrió el micro y me miró con unos ojos como platos.

—¡Es Paulette Lieberman!

—¿Qué?

—¡Paulette! ¡La sexóloga de la tele!

Me la quedé mirando sin comprender. ¿Cómo era posible que la sexóloga más famosa del país estuviese al otro lado de la línea? Seguro que se trataba de un error.

Cogí el móvil con rapidez, dispuesta a salir de dudas.

Y, para mi sorpresa, no existía equivocación alguna. Era ella, y quería hablar conmigo.

—Cynthia López, ¿verdad? Soy Paulette Lieberman. Como ha dicho su amiga, «la sexóloga de la tele» —explicó riendo, y yo me sonrojé cuando me di cuenta de que había oído a Lía.

—Sí, soy Cynthia López, doctora Lieberman. ¿En qué puedo ayudarla?

—Por favor, llámame Paulette —me pidió—. ¿En qué puedes ayudarme? Bueno, espero que yo pueda ayudarte a ti. A ti, a mi ex y a nuestro hijo.

—No comprendo —murmuré confundida.

—Me lo imagino. Cynthia, soy la madre de Júnior y te estoy llamando porque él me lo pidió.

Me quedé muda unos instantes. ¿Paulette Lieberman era la exesposa de Daniel Oliver? ¿La famosa sexóloga? ¡¿Y me estaba llamando porque su hijo se lo había pedido?!

—Supongo que estás sorprendida. Bueno, no lo estés. Mi hijo suele ser un poco entrometido y muy tenaz cuando se propone algo. Y lo que se ha propuesto esta vez es ver a su padre feliz. Así me lo ha dicho: «Es la última oportunidad que tiene, mamá. Y la está dejando escapar...».

Mi perplejidad iba *in crescendo*, no obstante me obligué a reaccionar.

—Paulette... Yo no... no sé qué decir. O sea, no sé por qué tu hijo cree que yo puedo tener algo que ver con la felicidad de su padre...

—Créeme, Júnior está convencido de que su felicidad está asociada a ti. Y me ha contado que mi exsuegra ha boicoteado una vez más la relación que empezaba a crearse entre vosotros. Típico... Esa mujer es un dolor de ovarios y hará lo que sea para separaros, pero no se lo permitas, ¿vale? Si sientes algo por él, no dejes que Ingrid se salga con la suya.

Era tan extraño..., la ex de Daniel tratando de unirnos... Raro, raro...

—No creo que pueda impedirle nada, Paulette. El propio Daniel no ha hecho ningún esfuerzo para...

—Cynthia, Daniel es un hombre demasiado bueno. Su madre se aprovecha de eso y lo maneja como a un títere... Mira, no lo tendrás fácil. No lo tuve yo, a pesar de que fue ella quien hizo lo imposible para que nos casáramos. Pero, claro, cuando yo dejé de ser la esposa perfecta y empecé a hacer mi vida, ya no le gusté, y por supuesto se me puso en contra... —me explicó con un suspiro—. Y muy a mi pesar debo reconocer que tenía razón. Entre él y yo no hubo nunca nada sólido, por eso nuestra relación terminó cuando ella lo decidió así.

—¿Dejaste de gustarle? ¿Así porque sí?

—Calculó mal, y no resulté ser el tipo de mujer que quería para su único y mimado vástago. Se suponía que iba a ser pediatra, y terminé especializándome en sexología. Y luego subí el perfil, empecé con las conferencias, a salir en la tele... No le gustó nada que su nuera estuviese en boca de todos hablando de pollas y coños. Vieja reprimida y represora...

Estuve a punto de reír, pero me contuve a tiempo.

—... En fin, Daniel y yo no éramos el uno para el otro, pero no porque yo fuese una «descocada» (así me llamó una vez), sino porque nunca hubo verdadero amor. Ni siquiera hubo pasión... Pero podríamos haber seguido así, sin mayores problemas, si no hubiera sido porque ella decidió lo contrario y terminamos divorciándonos.

—Lo siento...

—¿De verdad? No lo creo. Mira, Cynthia..., si entre vosotros existe ese sentimiento que no hubo entre Daniel y yo, no lo dejes pasar. Permitíos descubrir si hay más, incluso... Él lo merece, y también nuestro pequeño, al que le gustas a rabiar. Y tiene buen ojo, te lo prometo. Es muy perspicaz...

—Es muy listo, es cierto. Pero no sé si podré con esto... Tal vez haya sido mejor cortar ahora, antes de que esto se transformara en...

No encontraba la palabra. Quería evitar por todos los medios hablar de amor con referencia a Daniel.

—¿En qué? ¿En una pasión arrolladora que haga que al menos él vuelva a sentirse vivo? Que pueda recuperar el entusiasmo, que pierda la cabeza, que le estalle el corazón...

Me quedé en silencio, pensando. Y ella aprovechó para continuar.

—No siempre fue la marioneta de su mamá, debes saberlo. Hubo un tiempo en que tuvo sueños, sueños que la alejaron de ella, y luego todo terminó muy mal... Daniel sintió que la vida le daba una lección, y entonces eligió ser parte del rebaño. Dejó que ella le diseñara el futuro de forma

que se mantuviera siempre muy cerca de sus faldas. Esa mujer fue moldeándolo a su antojo, haciendo y deshaciendo según su propia conveniencia, y él se lo permitió, porque cuando quiso salirse de la línea le fue fatal.

—No lo sabía... En verdad, no sé mucho del pasado de Daniel, lo confieso. No hemos tenido tiempo para más...

—¿Cómo? ¿No te ha dicho lo que le sucedió? ¿No te ha contado lo del accidente?

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Un accidente... Definitivamente, no tenía ni idea y a Paulette le quedó claro, porque no quiso contarme más.

—... Ya veo que no. Bien, entonces pregúntale. Averigua por qué Daniel se comporta de esa forma que dan ganas de estamparle los cinco dedos en ese rostro de ensueño.

—Sólo me ha dicho que ella le salvó la vida... —me atreví a acotar en busca de una aclaración.

—En cierta forma, así fue. Y vaya si se lo está cobrando... con creces —me dijo con un deje de tristeza—. Pero ya es hora de que despierte, y espero que tú lo ayudes... Joder, chica, Júnior me ha contado que has hecho papilla al petulante de Gastaldi en un juicio... Seguro que puedes con esto.

Vaya, qué sorpresa. Tampoco quiere a Fausto y eso me provoca una oleada de simpatía hacia ella.

—Fue un arreglo entre ambas partes, la verdad. Pero lo de Gastaldi es distinto.

—Ése sí que es un verdadero imbécil. Un machista de cuidado, un misógino diría yo. Sólo espero que encuentre una mujer que lo ponga en su lugar y convierta al lobo en un perrito faldero... Se lo merece, te lo juro. Me cae muy mal...

—Creo que ha encontrado la horma de su zapato, Paulette. Me parece que Fausto Gastaldi no volverá a ser el mismo desde que cayó en las garras de mi amiga Helena...

—Pues me alegro. Y aplaudo a tu amiga Helena, la verdad, y un poco la compadezco. Pero Daniel es distinto, y necesita el tratamiento opuesto... No habría que domarlo, porque Ingrid lo tiene más que domado. Daniel necesita volar... Y si cae bajo otro yugo, que sea el del amor y no la culpa. Que sea el amor, o al menos la pasión, lo que lo mueva esta vez.

Tragué saliva. El amor... La pasión... La cabeza me daba vueltas.

Y, por primera vez en varios días, sentí que tal vez podría darle la oportunidad al menos de explicar su comportamiento. Sabía que, si se lo pedía, él respondería con la verdad, pero... ¿valdría la pena?

Como si me leyese el pensamiento, Paulette dijo algo que terminó de convencerme.

—Sé que tienes dudas, pero créeme... Vale la pena. Vale la pena conocer a Daniel, entrar en su vida, darle un puntapié a la madre y disfrutar de nuestro hijo... No te conozco, pero como si lo hiciera. Me basta con que Júnior te quiera... Él sabe. Siempre sabe qué le conviene a cada cual.

Y eso fue todo. Se despidió rápidamente porque tenía que grabar su programa, y me dejó con la sensación de que me había planteado un desafío que me sería más que difícil ignorar.

Y la oportunidad se me presentó ese mismo día, en cuanto salía a la carrera de la facultad, pues tenía cita con un cliente en el estudio con un complicado tatuaje que quería presupuestar.

Estaba a punto de cruzar la calle cuando alguien se me puso al lado y me habló.

—Por favor, no te marches. Déjame explicarte...

Cerré los ojos y permanecí clavada en la acera, sin atreverme a volver la cabeza para mirarlo. No necesitaba hacerlo aun antes de que dijera nada. Sabía que se trataba de él porque cuando lo tenía cerca se me erizaba la piel.

—Ahora no puedo... Debo ir a trabajar.

—Puedo llevarte.

Inspiré hondo y por fin lo miré. Se lo veía apesadumbrado y estuve tentada de dejarlo todo y lanzarme a sus brazos, pero por suerte pude contenerme.

—Vale.

Me hizo una seña y caminé junto a él hasta el coche. Fue todo un caballero al abrirme la puerta. Cuando se sentó junto a mí, preguntó:

—El estudio está en la calle Uruguay, ¿verdad?

Asentí, sorprendida de lo bien informado que estaba.

Arrancó el coche, pero no avanzó nada. Lo miré cuando me di cuenta de que no había metido siquiera la primera marcha.

Él hizo lo mismo... Por unos momentos no hicimos otra cosa más que mirarnos, y luego apagó el motor y suspiró.

—No te merezco, Cynthia. Eres demasiado para mí.

No me esperaba algo así... En verdad imaginaba que iba a pedirme perdón después de explicarme por qué no había hecho nada para sacar a su madre del error de crearme una criada, y luego sacarla a ella pero a patadas de su apartamento para seguir con nuestros planes.

Pero allí lo tenía, aparentemente poniéndole punto final a algo que ni siquiera había logrado despuntar.

—Si crees que no me mereces, debe de ser así. Un hombre que considera que no vale la pena hacer algo para tenerme a su lado más allá de los problemas sin duda no me merece.

Negó con la cabeza.

—No es que no quiera. No puedo...

—¿Por qué?

—Porque soy un cobarde. Porque tengo miedo a lo desconocido, incluso cuando creo que puede hacerme feliz. Porque una vez me tiré a la piscina y no había agua... Eso me destruyó. Y no estaría aquí si no fuese por ella, Cynthia. Por mi madre, por esa mujer que te faltó al respeto el domingo y yo no moví un dedo para impedirselo, no hice nada para ponerla en su lugar, nada para ponerte a ti en el lugar que te mereces... Soy un estúpido, un pusilánime, y aun así...

—Aun así, ¿qué?

—Aun así, aquí estoy, porque no puedo dejarte marchar. No puedo renunciar a ti... Pero

tampoco puedo darte nada. No puedo prometerte cambiar porque hay algo más fuerte que yo que me impide rebelarme en contra de lo que me hace daño.

—Y ese algo es nada más y nada menos que tu propia madre...

—No, es mi incapacidad para gestionar mi vida según mis propios sentimientos, mis propios impulsos. No confío en mi buen criterio, porque una vez me dejé llevar y terminé en un sitio muy oscuro, un lugar del que me costó salir sin la mano de la mujer que hace unos días te insultó a la cara.

Se lo veía realmente triste. Me partía el alma verlo así.

—¿Y temes caer si le sueltas la mano?

Asintió.

—Si te caes, ¿hay un abismo a tus pies? —insistí.

Inspiró hondo.

—Quizá. Lo hubo alguna vez.

—Y tu madre detuvo tu caída —afirmé más que pregunté.

—Ella me sacó de allí —replicó de inmediato—. En verdad, me salvó la vida...

—¿Cómo?

Vaciló un instante, pero luego me abrió su corazón. En parte, al menos.

—Me estaba dejando morir. Ella no me lo permitió. Encaucé mi vida y salí adelante gracias a mi madre... Hasta Júnior es parte de lo bueno que vino después, sólo porque la dejé guiar mis pasos, Cynthia. Se lo debo todo, todo... Mi carrera, mi hijo. Mi autonomía.

—Tu autonomía... Qué curioso, porque creo que eso es lo que justamente no tienes. Careces de ella, Oliver. Eres como una marioneta y tu madre es quien mueve los hilos... No puedes ni decidir con quién follas.

Abrió la boca, pero no dijo nada. Parecía impresionado por mis palabras, así que continué. Al menos le daría algo en que pensar.

—Y desde luego que yo no paso la prueba... Soy mulata, pobre, y tal vez demasiado liberal. Sospecho que tu madre no vería con buenos ojos que su niño de oro saliera con una tía que se acuesta con otras tías —le dije masticando las palabras—. Soy como una afrenta. Soy lo peor que le podías hacer... Que cayeras en el abismo de mi coño y no quisieras salir de allí sería fatal para ella, y tú no quieres herirla, aunque eso signifique hacerte daño a ti y también a mí.

—Cynthia...

—Pues tú te lo pierdes. Y yo también, desde luego, pero ¿sabes qué? Yo confío en mi capacidad para salir adelante, para superar cualquier adversidad y levantarme por mis propios medios. Resiliencia, la llaman, y todos la poseemos... Bueno, algunos no. Algunos tienen a su mamá.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué? Lo tienes todo, no me necesitas. Elige del catálogo que tu salvadora debe de tener para ti. O tal vez te quiera para sí... Tal vez piense que ninguna está a tu altura, por lo que

sólo te queda ir de putas o matarte a pajas. Ya le has dado un heredero, no creo que te reclame más —le espeté sin piedad—. Pero escúchame bien: piensa en el ejemplo que le estás dando a tu hijo, porque ésa puede ser tu única responsabilidad, ya que de todo lo demás se ocupa tu mamá.

Y, dicho eso, y sin que él pudiese prever mi movimiento, abrí la puerta del coche, bajé y me marché corriendo.

Días después

Helena me ve triste, ya que no puedo disimularlo. No es mi intención preocuparla..., ¡ya tiene bastante con lo de la madre de Gastaldi y su propia hija, a la que acaba de conocer! Pero, según dice, para ella soy transparente y no tolera verme mal.

—Tengo una idea... Te prometo que con esto que te voy a proponer sales o sales... Ven a conocer a Hannah, Cyn. Ven conmigo a Montes del Rey mañana.

No lo pienso mucho y accedo. Ir a conocer a la pequeña me resulta muy tentador, lo confieso. Y, además, Oliver no ha dado señales de vida.

Sé por Helena que pasa el tiempo con Fausto por el asunto de su madre, y también está pendiente del tema de la tutela de Hannah, el acuerdo y todo lo que implica.

En definitiva, Daniel Oliver está hasta el cuello de papeles y compromisos. Vamos, que es su estado habitual. Y mi breve pasaje por su vida no ha significado nada. Absolutamente nada...

Pero no es mi ego el que sufre, claro que no. Es mi corazón.

Lo tengo asumido: me permití lo que jamás debería haberme permitido. Me enamoré de Oliver y ahora deberé pagar con mucho dolor esa licencia. Lo que no me voy a permitir es caer. Sufriré, pero lo haré de pie.

El sábado a primera hora de la mañana llegamos a la finca donde vive Hannah. Es verla y amarla, instantáneamente.

Su parecido con Helena es increíble. ¡Es encantadora! Preciosa... Parece una flor, con su pelo rojo y esos ojazos verdes. ¡Y tiene pecas! Es una Helena en miniatura, pero sin tatuajes.

Y lo más sorprendente es que estaba preparada para odiar a la tal Gina... ¡Esa mujer le robó a mi amiga su bebé! Pero resulta que no tiene pinta de bruja malvada, sino de... mamá. Esa mujer nació para ser madre, y se le nota el amor hacia Hannah en cada gesto, en cada mirada.

Creo que Helena lo sabe, y es por eso por lo que no le arranca los ojos por lo que le hizo. Seguro que cree que Gina ha sido una buena madre para la niña y que se guarda su dolor por el bien de su hija.

—¡Helena! —dice la niña apenas la ve, y luego corre a sus brazos.

—Hannah... Te he echado mucho de menos —dice mi amiga mientras le llena la carita de besos.

—Yo también... ¿Y ella? —pregunta señalándome—. ¿Quién es?

Con los ojos llenos de lágrimas e intentando que no se me caigan, me acerco a ella y me presento:

—Hola, Hannah. Soy Cynthia, una amiga de tu... —y ahí me quedo, porque no sé si decir «mamá». Pero no hace falta... No con Hannah.

—¡Ya sé quién eres! No eres una amiga, eres su mejor amiga. Su «BBF», ¿verdad?

No puedo más que reír y asentir.

—Eso espero...

—Yo soy su bebé. Ella me hizo en su tripita... ¿Tu hiciste un bebé en la tuya?

—Bueno, no.

—No todavía —interviene Gina, acercándose—. Pero apuesto que hay una criatura en su futuro... Bienvenida, Cynthia.

Le doy la mano, formal. Intento guardar las distancias, pero su calidez es contagiosa.

—Gracias. No tengo pensado tener niños, aunque no me importaría si fuesen tan encantadores como Hannah...

—¿Y tienes novio? —pregunta la aludida curiosa, sentándose en mis rodillas.

—Hannah, recuerda que no se pregunta de esa forma —interviene Gina, corrigiéndola con dulzura—. En todo caso, se dice: ¿tienes alguna relación?

No sé si Helena le ha advertido de mi dieta de carne y pescado, o si es un comentario casual, pero no me detendré en ello, ¿qué más da? Si Gina es *gayfriendly*, mejor para Hannah.

—Ah, sí, es verdad... —admite la niña sonriendo—. La mamá de Sury tiene una novia, no un novio. ¿Y tú?

Me encojo de hombros. Buena pregunta...

—Yo... ni novio ni novia, Hannah. Estoy sola...

—No estás sola —replica acariciando mis rizos—. Nos tienes a nosotras...

Por Dios..., cuánta dulzura concentrada en un cuerpecito tan pequeño.

La abrazo. Es imposible no quererla...

Y de pronto me encuentro pensando en Júnior. ¿Se sentirá algo parecido al abrazarlo a él? ¿Podré permitirme la ternura algún día con ese niño? ¿Y con su padre? Joder, lo que quiero es abrazar y besar al padre...

—¿Estás bien, Cyn? —pregunta Helena preocupada, así que a partir de ese momento concentro todas mis energías en no dejar traslucir mis verdaderos sentimientos.

Y me lo paso muy bien... Jugamos como niñas durante toda la tarde. Cuando llega la hora de marcharme, debo hacerlo sola, porque Helena se queda todo el fin de semana estrechando lazos con su hija.

—¿No quieres quedarte? —me ofrece Gina. Pero yo rechazo la invitación amablemente. Necesitan estar juntas las tres para poder elaborar esa extraña relación que las une, con el fin de construir nuevos lazos por el bienestar de Hannah.

Es así que me encuentro de regreso y con una incipiente depresión. Es sábado por la noche y me siento tan triste y solitaria... Sin Hannah, sin Helena... Y sin Oliver.

Joder, cuánto lo echo de menos. Oliver me duele como nunca, y no sé qué hacer. Soy consciente

de que no puedo llamarlo, de que ese hombre no me conviene, pero se me está haciendo difícil olvidarme de él.

Bueno, entonces haré lo que tantas veces me ha sacado del aburrimiento o de la frustración. Iré al Oasis y veré si puedo ligar. Tal vez eso me salve la noche, porque si logro estar las próximas horas entretenida, no pensaré en quien no debo.

Y al principio eso pasa... No es que me ponga a ligar en cuanto llego, pero encuentro gente conocida y empiezo a disfrutar de la música y de una agradable conversación.

Sin embargo, de pronto sucede algo que no estaba previsto. La rubia..., ¿cuál era su nombre?, aparece frente a mí y, por suerte, sin rastro de enojo por mi desplante de la otra vez.

—Morena..., qué feliz te veo hoy...

—Digamos que no estoy triste, *rubita*. Y eso ya es algo... ¿Cómo estás tú? Enfadada ya veo que no, y me alegra.

Se muerde el labio y luego se me acerca. No está enfadada, claro que no. Pero sigue en plan de ligar y no sé si yo estoy por la labor.

—Te he echado de menos estos días... Eso ha matado mi enfado.

—He venido, pero no nos ha tocado coincidir.

—El destino es cruel, pero hoy lo está remediando... ¿Qué te parece si terminamos lo que empezamos la otra noche?

Lo pienso unos segundos... ¿Realmente me apetece?

Y, como si adivinara mis dudas, ella empieza a realizar las maniobras para convencerme. Se acerca un poco más y me lame el cuello.

—Humm..., sabes muy bien.

Cierro los ojos y trato de concentrarme en esa lengua habilidosa, pero se me hace difícil. Y cuando los abro, se me hace completamente imposible.

Desde sólo tres metros de distancia, Daniel Oliver nos observa con una expresión inescrutable.

Y ahí sí que mi estómago comienza a danzar. O, mejor dicho, las que danzan son las mariposas que se agitan en el interior. No me atrevo a moverme, y no puedo apartar mi mirada de la suya.

La rubia parece darse cuenta de que algo no va como debería, porque deja de besarme y, al incorporarse, hace que Daniel salga de mi campo visual.

—¿Qué sucede? —pregunta nada más verme el rostro. Debe de ser evidente mi azoramiento, mi perplejidad.

No atino a decir nada. Estoy paralizada por completo... Entonces ella se vuelve y lo ve. No hay duda de que lo ve, porque de pronto se apoya en la barra de una forma demasiado provocativa mientras no le quita los ojos de encima.

—Vaya... ¿Este bombón te pertenece, morena? ¿Por qué no me lo presentas?

Trago saliva. Daniel está demasiado cerca ahora, y es evidente que ha venido por mí.

Nos miramos en silencio. No hace falta decir nada, pero la rubia no lo sabe.

—Bueno, me presento yo entonces. Hola, guapo. Mi nombre es Macarena... ¿Y el tuyo?

Daniel suspira y luego le responde con su acostumbrada buena educación.

—Un placer. Me llamo Daniel.

Macarena sonríe.

—El placer es todo mío... O al menos podría serlo.

Joder, qué momento más incómodo. Necesito que termine ya, y por eso me obligo a reaccionar. Salgo de mi ensimismamiento, me acerco a él y lo cojo del brazo.

—Ven —murmuro mientras tiro de él, y luego me dirijo a la rubia—: Enseguida vuelvo... Espérame aquí.

Y, sin aguardar respuesta, camino hacia el baño con él a rastras.

Enseguida nos encontramos en un pasillo y sin moros en la costa, y no lo pienso dos veces antes de increparlo.

— Qu  coño haces aquí, Oliver?  Por qué no me dejas en paz?

Mira mi mano en su brazo y luego mi rostro.

—Tenemos que hablar —murmura con calma—. Despu  de esta última conversación, si no quieres volver a verme, te dejar  en paz.

Joder... Se lo ve tan seguro de sí que estoy tentada de decirle que sí. Pero luego recuerdo lo infructuosas que han sido nuestras anteriores conversaciones y endurezco mi expresión.

—No tenemos nada de que hablar. Creo que entre nosotros está todo dicho, así que mejor vete,  vale?

—No me ir . No te dejar  con ella, a no ser que est  seguro de que la prefieres antes que a mí.

Ah, caramba. En mi vida me han hecho una escenita parecida.

— Y qué tendría que pasar para que tuvieses la seguridad de que es así?  Quieres que te muestre cuánto me gusta que me toque?

Inspira profundamente y luego responde.

—Tal vez.

Sacudo la cabeza furiosa. Esto no lleva a ningún sitio, pero dentro de mis bragas se desata la locura. Es que sólo pensar en Oliver mirándonos a Macarena y a mí mientras nos acariciamos me enciende demasiado.

—Vete a la mierda —le digo al tiempo que me dispongo a marcharme, pero él me retiene con una mano en la cintura. Ese gesto me paraliza...

—Ya estoy con la mierda hasta el cuello, Cynthia. Y sólo tú puedes salvarme...

No, no, no. No puedo caer en el embrujo de su encanto. Aparto su mano y retrocedo. Me marcho a paso vivo, porque necesito la seguridad de los brazos de la rubia. Sólo así podr  resguardarme de Oliver y del peligro que representa para mí.

Y eso hago... Ella me espera donde la dej , así que me acerco y le parto la boca de un beso. Me corresponde con entusiasmo, por supuesto. Al menos, al principio...

Pero la cosa se enfría paulatinamente. Entreabro los ojos y la veo con los suyos abiertos. Est  mirando algo detrás de m , y cada vello de mi cuerpo se eriza porque s  de quién se trata.

—El guapo de tu amigo está aquí otra vez —me indica Maca sonriendo.

Entonces me vuelvo despacio y lo enfrento con la ira pintada en el rostro.

—¿Aún no te has marchado? ¡Joder!

Él no dice nada, pero la rubia sí.

—Morena, no seas tan descortés... Bebamos algo los tres. Brindemos por este bonito encuentro.

Después de eso, la situación va escapando de mi control, si es que alguna vez ha estado en mis manos.

Oliver pide dos cervezas, porque yo niego con la cabeza. Esta noche no quiero beber. Esta noche sólo quiero huir.

Pero no puedo, porque ellos dos charlan como si nada pasara. Macarena se muestra demasiado locuaz y Daniel algo reservado, pero están manteniendo una conversación, no cabe duda.

Yo no sé qué hacer... Y, mientras lo pienso, sucede. La rubia se acerca a Oliver y lo besa en el cuello. Él permanece inmóvil mientras se deja besar... No deja de mirarme, eso sí. Intensamente...

Ya no puedo soportarlo. La aparto de un tirón y me enfrento a él.

—¿Quieres follar? ¿Eso quieres? ¿A eso has venido?

Él no se ve en absoluto amedrentado, y responde elevando el mentón.

—Es posible. ¿Por qué? ¿Tienes algo que ofrecer?

Pero, antes de que pueda replicar, la que interviene es Macarena.

—Qué casualidad. Los tres queremos lo mismo... ¿Qué os parece si nos vamos a una de las habitaciones de arriba?

Y, sin saber muy bien cómo, tanto Oliver como yo aceptamos esta especie de estúpido desafío sin pronunciar palabra.

En mala hora, por supuesto, porque sabemos cómo comienza, pero no tenemos ni idea de cómo puede terminar.

Más tarde...

Los reservados del Oasis son bastante caros, pero a Daniel no se le movió un pelo al pagar.

No hubo necesidad de acordar nada. Después de la propuesta de Macarena, Daniel y yo nos quedamos mudos e inmóviles, así que ella lo dispuso todo en dos minutos:

—Listo. Sólo queda pagar y luego el cielo es el límite...

Oliver permaneció inmutable mientras sacaba su tarjeta de crédito. Y en ningún momento me quitó los ojos de encima.

Y aquí estamos. Acabamos de entrar y la única que parece cómoda es la rubia. Se sitúa entre nosotros y nos mira alternativamente con picardía.

—Esto es como un sueño. Un sueño de esos calientes, ¿eh? Vamos, chicos. Relajaos, por favor...

Y, sin cortarse ni un poco, se acerca a Daniel y comienza a besarlo. No en la boca, porque él es demasiado alto y no hace ni el más mínimo esfuerzo para darle acceso a ella, así que Macarena se pone de puntillas y le lame la nuez de Adán.

—Qué delicia.

No puedo explicar lo que me pasa al ver eso. Me estalla la cabeza, pero no de gusto precisamente. Es una sensación tan violenta que me asusto.

Jamás me había sentido así... Es decir, sí que me he puesto celosa alguna vez, pero siempre en relación con mi pareja... femenina. Y, definitivamente, nunca me ha sucedido con alguien con quien no tengo ninguna relación... ¡Si no ha pasado nada entre nosotros! ¿Por qué me sucede esto entonces?

Me muerdo el labio con rabia. Aprieto los puños y trato de serenarme. ¿Y Oliver? ¿Qué hace ese hijo de su madre? Cierra los ojos, disfruta...

—Humm... Qué bien hueles, Daniel —murmura la zorra que está seduciendo al hombre que yo querría seducir.

Tengo ganas de cogerla de los pelos y arrastrarla fuera de la habitación. Lágrimas de frustración asoman sin que pueda evitarlo.

Bajo la mirada derrotada.

Y entonces sucede...

—Basta.

Cuando vuelvo a mirar, Daniel está apartando a Macarena. Es un gesto calmado pero decidido, y mi corazón vuelve a latir.

—¿Qué te pasa, guapo? ¿Eres tan histérico como ésta? —pregunta ella indignada, señalándome con el pulgar.

—Sólo vete —dice él en voz baja—. Vete.

Pero la rubia no se resigna, claro que no, y en un gesto casi rapaz le aferra el paquete a mi hombre. A MI HOMBRE.

Porque Oliver es mío, sólo mío y de nadie más. Joder, ¿de dónde ha salido esta insana posesividad? Va a resultar que soy peor que Gastaldi, pues si no lo suelta juro que la mataré.

Pero no hace falta un derramamiento de sangre... Él le aferra la muñeca y la aparta con la misma calma de hace unos momentos.

—He cambiado de opinión —le dice con frialdad—. Así que puedes marcharte.

—¿Eres un maldito imbécil! —grita Macarena furiosa—. ¡Lo que querías era quedarte con ella a solas y me has usado para eso!

Estoy a punto de decirle que eso no es cierto cuando Oliver me gana de mano.

—Vaya, lo has pillado. Ahora vete de una vez.

Me quedo de una pieza, y ella parece que también. Es tan gélido su tono que realmente dan ganas de emprender una retirada, aunque sea poco honrosa.

A Macarena le tiembla el labio inferior de lo indignada que está.

—¿Cómo puedes permitir que nos haga esto, morena? ¿Cómo puedes?

No sé qué decir. Y nuevamente es Oliver el que habla. Y lo hace mirándome directamente a los ojos.

—Porque ella también quiere. ¿No es cierto, señorita López? ¿Quieres estar a solas conmigo, sin interrupciones de ningún tipo? —me pregunta mientras coge el móvil y lo apaga.

Trago saliva y miro a Macarena suplicante.

Pero ella sigue furiosa.

—Me las pagaréis. Ambos. Ya lo veréis...

Y luego coge sus cosas y se marcha, no sin antes echarme una mirada asesina.

Cuando nos quedamos a solas, Oliver se acerca.

—Parecía realmente enfadada —susurra.

Inspiro profundamente antes de responder.

—Tiene motivos.

—Lo sé. Lo siento.

—No te preocupes. No es la primera vez que suelta esa amenaza.

—¿Te ha amenazado antes? —pregunta preocupado.

—Hace poco, porque no quise follar. Hice lo mismo que tú, dejé que me calentara, dejé que se calentara... Y luego la rechacé.

Oliver ladea la cabeza y me regala esa media sonrisa que me vuelve loca.

—A mí no me ha calentado en absoluto.

Joder, joder... ¿Cómo resistirse a esa cara? ¿Cómo resistirse a ese cuerpo?

No puedo, no puedo, no puedo...

Doy un paso al frente y le acaricio el rostro. Me muero por tocarlo ahí abajo, igual que la rubia, pero no me atrevo.

—¿De veras no te ha provocado nada?

Niega lentamente con la cabeza.

—Sólo tú, Cynthia. Sólo tú...

Me rodea con los brazos, pero cuando le busco la boca, él me evita. «¿Qué demonios...?»

Apoya los labios en mi frente y luego murmura:

—Como te he dicho antes, tenemos que hablar.

—No quiero hablar —replico al tiempo que intento besarlo otra vez. Pero él vuelve a apartarse.

—Tengo que decirte algo...

—Mejor hazme algo, Oliver. Joder, me lo estás poniendo demasiado difícil... —le digo mientras le muerdo el mentón y deslizo una mano entre nuestros cuerpos.

Él se aparta y, no contento con eso, da un paso atrás.

—Más difícil lo tengo yo, te lo aseguro —dice con amargura, y me quedo de piedra—. Pero mejor no te lo digo, mejor te lo muestro...

Y lo que sucede a continuación se lleva la palma entre todo lo inesperado que viene sucediendo esta noche.

Oliver se lleva las manos a la bragueta, se desabrocha el cinturón y se baja la cremallera.

Y, cuando deja caer los pantalones al suelo, intento ahogar un grito, pero no lo consigo del todo.

Y eso es lo que termina de estropearlo.

Primero una mano a la boca. Y luego la otra.

Me tapo la boca con ambas manos sin poder controlar mis movimientos. Mi asombro es inmenso...

Pero hace unos instantes no lo era tanto. Es decir, el hecho de que se bajara la cremallera y también los pantalones me sorprendió, pero más aún me excitó.

Por un instante no hice otra cosa más que pegar mis ojos a ese bulto inmenso, pensando: «Si la tienes así cuando no estás caliente, no quiero ni pensar cómo la tendrás cuando...».

Mas mi pensamiento se truncó.

Cuando mi mirada siguió bajando, el horror me invadió.

Y ya no pude disimularlo... Todavía no puedo.

Permanezco inmóvil, sin poder apartar los ojos de allí. Ya no miro el bulto, claro que no. Tampoco los musculosos muslos cubiertos de vello rubio. Mi mirada se concentra más abajo... No dejo de mirar lo que hay debajo de su rodilla. O, mejor dicho, lo que no hay...

Dios... En lugar de su tobillo izquierdo hay una prótesis de metal.

No me esperaba algo así... ¡Si ni siquiera cojea! Jamás imaginé esto, y eso debe de reflejarse

en mi mirada, en mi rostro, en todo mi cuerpo.

—Daniel... —murmuro con la voz entrecortada.

Él no se mueve. Permanece erguido, con los brazos en completa tensión, que se nota claramente por sus puños apretados.

—No hace falta que hables, Cynthia. Tu actitud lo dice todo...

Y de inmediato se sube los pantalones y se los abrocha.

Manipula el cinturón con movimientos rápidos y, mientras lo hace, yo intento componerme.

—No... Esto me ha pillado por sorpresa... Yo no sé...

Y ahí me quedo.

—Te he dicho que no hacen falta las palabras. Ha sucedido lo que me temía y ya no volveré a molestarte.

No puedo creerlo. En cuanto termina de decirlo, se dirige a la puerta sin echarme siquiera una mirada.

—¡Espera! No puedes revelarme algo así de esta forma y marcharte tan tranquilo... —le digo intentando retenerlo.

Se vuelve con la mano apoyada en el pomo.

—Tu expresión de hace unos instantes es la representación gráfica del rechazo. No hay nada más de que hablar.

—Pero... ¡es que ha sido una sorpresa! —intento defenderme, sin éxito.

—Y de lo más desagradable, por lo visto.

—Daniel, eso no es así...

—Cynthia, no le des más vueltas. Por un momento tuve la esperanza de... Ya ni sé de qué. Pero ahora compruebo que contra esto no se puede... No se puede luchar contra el rechazo genuino. Y, aunque se pudiera, no me da la gana de hacerlo.

Trago saliva, desesperada por encontrar las palabras correctas que lo hagan detenerse, pero no lo logro.

—Por favor... —le ruego con un hilo de voz.

Pero él está ciego, está sordo.

—Adiós, Cynthia... Le diré a Macarena que suba, y ya no me verás más.

Se marcha. «Oh, Dios...» Se marcha dando un sonoro portazo y a mí las piernas ya no me sostienen. Me dejo caer en el borde de la cama y rompo a llorar.

Y así me encuentra la rubia dos minutos después.

Tiene la oportunidad de vengarse, de aprovecharse de mi desgracia, aunque no sepa ni cuál es, pero no lo hace.

Sólo me acuna entre sus brazos mientras acaricia mis rizos y murmura:

—Ellos sólo sirven para hacer daño, Cynthia. Olvídate de ese muñeco por hoy... Ya se lo haremos pagar más adelante.

Esa manía de amenazar con «hacer pagar» cada desaire esta vez no me provoca ni miedo ni

gracia. Tampoco ganas de replicar o de asentir.

Es que ya no siento nada...

Oliver se ha llevado mi alma.

Ahora

Tardo unos minutos en reaccionar... Joder. Lo pierdo. Lo estoy perdiendo.

Y de pronto me lleno de certezas. No es que antes tuviese dudas, por supuesto. Nada de lo que acabo de descubrir me hace cambiar lo que antes sentía por Daniel Oliver. Más bien es todo lo contrario...

Mis certezas tienen que ver con cada una de las piezas de este rompecabezas que van encajando.

El accidente que mencionó Paulette, la madre salvadora... El punto y coma en su muñeca. Todo cobra sentido de repente.

Y mi actitud cambia. El penoso estupor que no pude evitar y lo alejó de mí desaparece por completo.

Es entonces cuando me pongo en acción. Cojo mi bolso, me bebo la cerveza que Macarena acaba de traerme y me levanto de un salto.

—¿Qué haces? ¿Vas al baño?

—No. Me marchó...

—¿Tan pronto?

Le toco el brazo y me inclino para susurrarle:

—Sí. Y creo que ya no volveré por aquí...

Y así, sin más, me marchó. No estoy de humor para oír su tonta amenaza de siempre, porque mi mente va en una sola dirección.

Como un toro, voy directa al apartamento de Oliver. Y más vale que se encuentre allí porque, si no, lo iré a buscar al infierno si es necesario.

Pero no lo es... Su coche está en la puerta.

Su luz está encendida. El conserje de noche me deja pasar.

La última barrera es esa puerta.

Inspiro hondo... No hay timbre. Claro, ¿para qué? Un apartamento por piso y servicio de portería. Sólo una loca inoportuna aparecería sin avisar... Y entonces me asalta la duda. ¿Estará acompañado? ¿Habrá buscado a alguien para quitarse de la garganta el sabor amargo de mi supuesto rechazo?

Si es así, lo afrontaré. Pero no me iré sin decirle que lo quiero como sea.

Golpeo con los nudillos y diez segundos después se abre la puerta.

Sus ojos me recorren con frialdad... Yo intento mirar por encima de su hombro, pero no logro

ver nada.

—No sé qué haces aquí, Cynthia.

Trago saliva... No está demasiado receptivo, pero tampoco me cierra la puerta en la cara ni trata de encubrir que tiene compañía.

—He venido a sacarte de un error. Un gran, un enorme error de percepción —respondo intentando controlar el temblor de mi voz.

El alza las cejas en un gesto claramente irónico.

—No me digas... Tu primera reacción es la que vale, pero no sufras, porque ya me ha pasado alguna vez y he sobrevivido... Estoy familiarizado con el rechazo.

Vaya, me resulta difícil pensar que este hombre tan guapo y encantador haya sido rechazado, con pierna o sin ella. No, definitivamente no me lo creo.

—Mi primera reacción... —repito como analizando las palabras—. No, Daniel. No ha sido rechazo en absoluto. Ha sido asombro por lo inesperado, porque sabes bien que no se te nota nada. Ha sido turbación por ver tu... tus partes, ha sido... pena. Pena, sí, pero no lástima. He sufrido al asociar la situación con un dolor físico real. Imaginarte padeciendo me ha hecho mucho daño.

Nunca he sido tan sincera en mi vida. Jamás he encontrado las palabras correctas para describir mi estado de ánimo con tanta rapidez.

Él me mira en silencio. Parece estar evaluando si digo o no la verdad.

Soy consciente de que éste es un momento crítico. Más que crítico, es el momento bisagra, y me preparo para su reacción, sea cual sea. Porque es seguro que afrontaré lo que viene, pero sin emprender la retirada.

Yo a este hombre no lo suelto por nada.

Y cuando dice lo que dice, yo sé que tengo media batalla ganada.

—Estuve a punto de morir, Cynthia. El padecimiento físico no fue tan grave comparado con el psicológico...

Dice eso, baja la cabeza y se queda callado. Pero yo no quiero que se corte, quiero saber más, quiero saberlo todo.

—Cuéntamelo, por favor. Dime lo que no te has atrevido hasta ahora...

Levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos.

—No.

—¿Por qué no? Confía en mí. Te aseguro que no siento ni lástima ni rechazo, Daniel. Te lo juro.

—Me cuesta creerlo, pero no es por eso por lo que no quiero contarte mi vida en este momento.

—Entonces ¿por qué? —pregunto con lágrimas en los ojos a punto de caer. No me cree, desconfía de mí y yo no sé qué hacer para convencerlo.

—Porque ahora mismo sólo pienso en follarte.

Así de contundente, así de fuerte.

Se me aflojan las piernas al oírlo. Dios..., la palabrita. La palabrita en su boca. No creí vivir para poder oírla.

Y luego es todo uno. Él extiende un brazo y tira del mío hasta hacerme traspasar el umbral.

Una vez dentro, empuja la puerta y a mí contra ella.

—Señorita López...

—¿Sí, señor Oliver? —murmuro casi sin aire muy cerca de su boca.

—Me falta una pierna, pero hoy mi carencia más grande no tiene que ver con eso, sino con mi autoestima, que usted ha dejado por los suelos en el club.

—Me cuesta creerlo —afirmo al igual que él momentos antes, y su sonrisa causa estragos en mi cuerpo acalorado—. Pero haré todo posible por levantársela...

—No tiene que hacer mucho, la verdad. No mucho más de lo que viene haciendo...

Y eso es lo último que se dice en esa sala durante un buen rato.

Oliver me besa con la boca abierta... Sus grandes manos abarcando mi rostro, su lengua acariciando la mía.

Todo es absolutamente delicioso.

Nuestros jadeos que se tornan gemidos, ese delicioso calor que se expande por nuestros cuerpos... Y de tanto en tanto las miradas. Ardientes y llenas de promesas.

Y cuando pega su pelvis a mi vientre puedo constatar cuán caliente está. Me muero de ganas de poner mi mano ahí... Nunca había tenido tanta necesidad de una polla en mi vida, o, mejor dicho, de una polla con un tío en concreto detrás.

Me debato entre hacerme la decente y contenerme, o mostrar cuántas ganas le tengo. Pero no debo decidir. No debo hacer nada porque él es quien mueve ficha.

Me coge de la mano y me conduce al sofá, pero no me permite sentarme, sino que se sienta él en el reposabrazos. Y luego hunde su cara entre mis pechos, al tiempo que sus manos me recorren las nalgas...

—Cynthia... —murmura alzando la cabeza y mirándome directamente a los ojos—. He soñado con este momento infinidad de veces...

Le acaricio el pelo y sonrío. Es tan tierno, tan dulce y tan sexy.

Pero creo que ha llegado la hora de subir la temperatura. Al diablo con el recato, al diablo con la medida.

La señorita López está ávida de carne, se dejará de sutilezas y tomará el control de la situación. Yo también he soñado con este momento, y lo he soñado con mucha acción.

Pero cuando intento inclinarme y comerle la boca, él se retira.

—Date la vuelta —me dice, mientras aleja las manos de mi cuerpo, y se sienta correctamente en el sofá.

Lo observo asombrada... Con las piernas separadas y los brazos cruzados, Daniel Oliver me observa. Su mirada es distinta... Lujuria, es lujuria lo que veo en esos ojos increíblemente azules.

Joder... No me imaginaba algo así. Ni en mis más ardientes fantasías Daniel Oliver tenía tanta

iniciativa. Esto es tan inesperado como incitante. Un hombre que hasta hoy no podía pronunciar siquiera la palabra «follar» me mira con un descaro que no deja nada a la imaginación con respecto a sus intenciones.

Inspiro hondo y obedezco. Me giro despacio y, aunque estoy completamente vestida, me siento demasiado expuesta.

—Camina.

Obedezco, y unos pasos más allá vuelvo la cabeza por encima de mi hombro y pregunto:

—¿Suficiente? ¿O quieres mirarme el culo un poco más?

Él sonrío de una forma lasciva. Dios..., éste no es el Oliver que yo conocía. Jamás me lo imaginé así.

—Quiero hacer mucho más con ese culo que mirártelo, pero por ahora podemos empezar por ahí. Quítate toda la ropa.

¿Qué? ¿Cómo?

Me vuelvo del todo, sorprendida y con los calores y los colores seguramente instalados en mis mejillas.

—Date la vuelta, señorita López. Ahora.

Vaya... El tono en que me lo ordena no admite réplica. O al menos no se me ocurre ninguna. ¿Será porque es lo que deseo hacer? ¿Será que él interpreta mis deseos más ocultos?

No lo sé, lo cierto es que ni siquiera se me ocurre rechistar. Vuelvo a colocarme de espaldas a él y me quedo esperando no sé qué. Más instrucciones quizá...

—El jersey y el sujetador —me ordena desde atrás.

Lo hago de inmediato. Se me pasa por la mente hacerlo tipo estriptis, despacio y sensual, pero mi ansiedad no me lo permite, y el fuego que siento entre las piernas tampoco.

Lanzo la ropa sobre el sofá que tengo enfrente y me quedo esperando, con ambas manos a los costados del cuerpo.

—Bonita espalda... Pero quiero ver más.

Trago saliva.

—¿Vaqueros y bragas? —pregunto sin volverme.

—Vaqueros y botas. De las bragas me encargo yo.

Y un minuto después lo tengo detrás de mí, respirando pesadamente sobre mi nuca. Sus manos se cierran sobre mis pechos y se me escapa un gemido...

—Ahhh... Sí.

Pero no permanecen mucho allí, porque ascienden por mi cuello y mi rostro hasta volvérmelo hacia él. Me mira de una forma indescriptible... Hay deseo en sus ojos, pero también otras cosas que no alcanzo a definir.

Por unos momentos no hacemos otra cosa más que observarnos, pero luego él desliza ambas manos por mi cabello suelto, como si quisiera hacerme una coleta, y lo levanta.

De inmediato entiendo por qué. Quiere mi cuello libre. Y lo quiere para volverme loca...

Porque eso es lo que logra en cuanto su lengua entra en contacto con uno de los lados. Me estremezco de la cabeza a los pies...

El cuello es mi zona erógena por excelencia, pero él no lo sabe. No hemos tenido un contacto estrecho ni la intimidad suficiente como para que descubriese algo así, y sin embargo ha atinado.

Lo estoy disfrutando tanto... Me dejo hacer, totalmente entregada. Es como si hubiese descubierto la llave que abre las compuertas del placer.

Oliver le hace el amor a mi cuello, y yo siento que he muerto y que voy camino del paraíso.

No se conforma con lamirme, ahora empieza a mordisquear, a succionar ruidosamente. Y la idea de que me deje marcada con chupetones me produce un morbo... Me recorre el cuello, los hombros... Entierra los dedos en mi cabello y me muerde la nuca. No lo deja caer; quiere libre acceso a mi piel y lo tiene.

A este hombre no puedo negarle nada.

Ni siquiera mis gemidos, mis jadeos... Al principio contenidos, y luego... Me suelto de veras. Tengo la piel erizada de la cabeza a los pies.

Muevo las caderas hacia atrás para sentir su erección, pero él se muestra algo esquivo. Creo que no quiere que nada lo desconcentre de su objetivo. Y sigue, sigue... Continúa besando y lamiendo cada centímetro de piel a su alcance, haciéndome estremecer, llevándome al límite.

Hasta que logra traspasarlo... Jamás me había sucedido algo así. Bueno, al menos no estando despierta. Me corro de una forma escandalosa y sin que me haya rozado siquiera el coño.

Es muy parecido a ese orgasmo que a veces se experimenta en sueños, esa rápida explosión, esa descarga que, lejos de liberarte, te deja con ganas de más. Mis caderas se mueven buscando algo que no llega, y yo gimo con desesperación.

Joder... Me ha hecho acabar sobándome todo el cuello. No sabía que se podía, pero está claro que este tío es una caja de sorpresas. ¿O soy yo la que lo es? ¿Acaso está descubriendo botones ocultos que abren puertas que yo ignoraba que existían? Este hombre tiene el poder en su pulgar, pero creo que en su lengua también. Tiene un poder sobre mí que me encanta y me sobrecoge a partes iguales.

Me duelen los pezones y me los toco instintivamente. Oliver me suelta el cabello, pero sigue mordisqueándome los hombros mientras pone las manos sobre las mías, oprime mis pechos con fuerza y adelanta la pelvis un poco, como para mostrarme que también él está al borde.

Ahhh... Qué placer tan inmenso. Vuelvo la cabeza para mirarlo, y él me come la boca. Porque no hay otra forma de describir esta forma de besarme. Sus labios se cierran sobre los míos, su lengua me invade con fuerza y succiona mientras no deja de moverla de una forma tan sensual... Me devora.

Sus dientes me hacen un poco de daño, pero quiero más. Echo los brazos hacia atrás y con las manos presiono su nuca. Quiero comérmelo entero.

Entonces las suyas descienden y se meten dentro de mis bragas. Juntas. Daniel me abre el coño con ambas manos y yo me siento desfallecer.

—Quiero esto —murmura en mi oído.

Y luego me manipula como una muñeca. Me baja las bragas y las deja caer al suelo. Su cuerpo contra el mío me indica que permanece vestido por completo y la única en pelotas soy yo.

Eso me produce cierto delicioso escozor. No es posible sentirse más desnuda, por Dios.

—Toma lo que quieras —replico con una voz desconocida hasta para mí. Una voz llena de urgencia, llena de ganas de más.

—A ver qué más tienes para mí... —musita, y luego se retira dejándome anhelante y con una sensación de desamparo inmensa.

—Daniel...

No me atrevo a volverme, y desde el sofá que está detrás de mí oigo claramente cuáles son sus intenciones.

—Muéstrame, señorita López. Muéstrame todo.

Exhibirme ante Daniel Oliver se me antoja intensamente morboso.

Me calienta demasiado saber que está detrás observando todo mi cuerpo, pero me siento algo cohibida todavía. Y cuando me dice lo que me dice, se me pone la carne de gallina.

—Inclínate. Muéstrame. Vuélveme loco.

«Jo-der...» Nunca había hecho algo así. Y jamás me habría imaginado que una primera vez pudiese ser tan... íntima.

Tal vez este juego, después de un tiempo de conocernos, pudiese agregar sal y pimienta al asunto, pero iniciarlo así, de esta forma, es increíblemente turbador.

Sin embargo, no puedo negarme. Un lazo invisible me tiene atada a los caprichos de este hombre, que ni en sueños imaginé que pudiese controlarme tan hábilmente y sin ningún esfuerzo. Una mezcla de vergüenza y excitación se apodera de mí... ¿O es desvergüenza? Porque, si no, no me explico cómo puedo, en este instante, estar así de desnuda y así de expuesta ante él.

Se lo estoy mostrando todo... Desde su posición, puede ver partes de mi cuerpo que ni siquiera yo he visto. Y, sin embargo, hay algo en su actitud que impide que me sienta cosificada o vulnerada.

Ha logrado que lo hiciera impulsada por mis propios deseos. ¿Cómo es posible? ¿Cómo un hombre tan aparentemente reprimido, tan dominado en ciertos aspectos, se ha impuesto así, con palabras nada más? Tan fino, tan educado y tan perverso. Me vuelve loca el solo hecho de respirar el mismo aire que él.

Si casi ni me ha tocado, joder...

Me tiemblan las piernas y me siento demasiado húmeda. Tanto que temo estar mojando su alfombra. Y él no dice nada... Sólo oigo su agitada respiración tras de mí.

Y luego, unos pasos, sus manos en mis caderas y la polla más exquisitamente dura que he alojado en cualquiera de mis cavidades. Me penetra sin previo aviso de manera insistente pero no violenta. Para nada violenta.

Igual siento un poco de dolor, pero el placer es tan intenso que temo desmayarme. Mi cuerpo va

por su cuenta; retrocede y se acomoda para obtener más, si es que eso es posible.

—¿Te hago daño? —pregunta de pronto, pero sus movimientos no indican ningún remordimiento por su parte, porque ahora ha dejado de penetrarme de manera suave y rítmica. Por el contrario, me aferra con fuerza mientras un sonido ronco escapa de su garganta en cada embestida.

—Me lo haces si paras —respondo con los dientes apretados. Es difícil conservar el equilibrio cuando estás gozando tanto, pero de alguna forma lo logro y me corro. Es un orgasmo de esos que te hacen ver estrellas de colores...

¿Esos gritos son míos? Pues va a ser que sí. Con la vista nublada por las lágrimas, lucho por recobrar el aire y reponerme. Daniel se retira con prisa y con un rápido movimiento me incorpora y me pone frente a él. Me maneja como a una muñeca y yo me dejo.

Permito que me coma la boca, que hurgue en mi coño con los dedos y hasta que me ponga de rodillas.

Su polla se ve enorme y tiesa frente a mi rostro. Tiene un condón hasta la mitad, totalmente empapado de mis fluidos, lo que no impide ver que está circuncidado. Es la primera vez que veo una así, por lo que se me dificulta apartar la vista.

No obstante, me obligo a hacerlo. Levanto la mirada y veo su rostro congestionado. Se muerde el labio inferior y tiene los ojos brillantes...

No necesito que me diga nada más. Le arranco el condón con una mano y con la otra lo dirijo al sitio donde lo quiero ya: la profundidad de mi garganta.

Es la mamada más corta de mi vida. Porque, en cuanto mi lengua se enrosca en su verga caliente y enrojecida, él acaba entre gemidos.

Nunca me ha gustado el sabor del semen, pero esta vez se me antoja delicioso y me lo trago.

Todo me gusta de Oliver, todo. Su mano aferrando mis rizos, los sonidos guturales que emite su garganta y la dulzura de su leche deslizándose por la mía.

Me agrada saber que le provoco el mismo efecto que él a mí.

El sexo con este hombre ha sido todo un descubrimiento.

Y ese descubrimiento no ha hecho más que empezar.

Más tarde...

Oliver continúa vestido, tendido de espaldas sobre su cama. Bueno, casi, porque a fuerza de besos y magreos varios, he logrado al menos quitarle la camisa, pero no me ha permitido más. Yo creo que lo que no quiere es quitarse los pantalones.

Y no he insistido, completamente obnubilada por la belleza de ese torso como esculpido a mano. Tiene un tatuaje bajo el omóplato, que no sé qué significa. Son unos símbolos, creo... Algo así: **XX**.

Nunca lo había visto antes. Parece que diga «XAX», pero no le encuentro mucho sentido. Intuyo que es una palabra en otro alfabeto que no alcanzo a distinguir.

Él me pilla mirando su hombro. Estoy de costado a su lado, apoyada en mi codo, y no estoy haciendo nada para disimularlo, así que es lógico que se haya dado cuenta.

—Ahí pone «madre» en hebreo —me dice en un susurro.

Y ése es el pie que necesito para preguntarle lo que tanto deseo saber: cómo es que sucedió lo del accidente, y por qué considera a su madre su salvadora.

—¿Por qué? Es decir, recuerdo perfectamente que me has dicho que ella te salvó la vida, y supongo que ese tatuaje es consecuencia de ello, pero querría que me confiaras las circunstancias... —le pido, y como lo veo vacilar, agrego—: No interpretes esto como un cotilleo, Daniel. De verdad quiero conocerte...

Bueno, parece que lo de la honestidad es un camino de doble vía, porque después de mi aclaración se abre por completo y me lo cuenta.

—Hace unos quince años, yo tenía un sueño... Quería ser baloncestista de élite. Era muy bueno, la verdad. No es que fuese de los más altos porque mido sólo un metro noventa y cinco, pero sí era de los más ágiles y versátiles. Tenía un gran control del balón y mis aspiraciones profesionales tenían que ver exclusivamente con ese deporte... Sin embargo, mi madre no estaba de acuerdo con mi elección. Al ser ella notaria, pretendía que yo siguiese sus pasos... Y yo lo intenté. De verdad quise hacerlo, hasta que conocí a una chica que me impulsó a rebelarme. Tú me recuerdas mucho a ella, Cynthia, de verdad, porque Lisa era muy lista, y vivía a su aire. Era libre y a mí eso me fascinaba... No es que la amara, y eso lo comprendí con el tiempo, pero realmente me gustaba. —Hace una pequeña pausa y luego continúa sin que yo tenga que pedírselo—: La cuestión es que me dejé llevar. Dejé mis estudios en la Facultad de Derecho, me dediqué al deporte, y también un poco a la vida disipada. Mi novia tenía la mente abierta y también logró abrírmela a mí, para probar nuevas experiencias... En fin, mi madre no se tomó a bien la situación

y dejó de hablarme, así que me marché de casa. Y, cuando terminó la temporada, Lisa y yo decidimos viajar, recorrer todo lo que pudiésemos en tres meses. Al principio fue todo sobre ruedas... Literal, porque alquilamos una caravana y nos dirigimos al norte. Pero una noche sucedió una desgracia...

Aquí hace otra pausa y su mirada se dirige al techo de la habitación. Su dolor es tan evidente que hasta lo siento en mi propia piel. Le acaricio la frente y no le digo nada... No quiero hurgar en la herida, aunque sienta que contarle pueda contribuir a liberarse de esa carga que tanto daño le hace.

Oliver inspira hondo y luego sigue hablando.

—No recuerdo nada del accidente. Mi madre me dijo que probablemente fue un animal el que se cruzó en la carretera, pero yo no estoy seguro de si no íbamos algo colocados. La cuestión es que Lisa murió al instante, y yo... yo perdí la pierna desde el tobillo porque atiné a girar el volante en mi defensa. Eso me genera mucha culpa, Cynthia. Es decir, sé que fue un acto instintivo, pero eso le provocó la muerte a alguien a quien quería y yo me salvé...

Se detiene otra vez. Sus pensamientos lo alejan de mí por momentos, y yo no hago nada para recuperarlo. Le doy tiempo mientras acaricio su brazo con suavidad. Y surte efecto.

—Caí en el pozo sin fondo de la depresión, que incluyó un intento de suicidio, hasta que mi madre vino al rescate. Ella me salvó la vida... No sólo me encontró a tiempo para contener la hemorragia, sino que además me hizo ver que no todo estaba perdido, que la culpa se podía manejar de una forma: haciendo que valiese la pena. Triunfar como forma de homenajear la memoria de quienes se habían ido, que haber perdido la pierna era la forma que Dios tenía de volver a situarme en el camino correcto, que todavía tenía mucho por hacer, mucho por vivir... Y me convenció. Hice todo tal cual ella me lo indicó. Me rehabilité, terminé la carrera y me gradué como abogado con honores. Hasta hice un máster y ahora soy doctor en Derecho también. Y esta profesión terminó siendo, además de mi forma de vivir, una fuente de grandes satisfacciones. También me casé con la mujer que mi madre escogió para mí, y aunque aquello no duró demasiado, todavía creo que fue una gran elección. Paulette me dio a Júnior, lo más importante de mi vida. Así que no todo estuvo tan mal... Mi madre siempre tuvo razón y, cuando fui consciente de ello, todo fluyó mejor. Es por eso por lo que le estoy tan agradecido... Ella me dio la vida y me la salvó después. Ante tanta evidencia, no puedo dejar de confiar en su buen juicio, y es por eso por lo que siempre... Bueno, digamos que estoy atento a sus necesidades, a sus consejos y a sus opiniones.

Inspiro hondo cuando termina y luego recuesto la cabeza en su pecho.

—Daniel... —murmuro con los ojos llenos de lágrimas.

Siento un inmenso dolor, porque un hombre que quiso ser libre terminó nuevamente prisionero. Está preso de la culpa y del miedo.

Y yo no sé qué papel desempeñó en todo esto... Ha dicho que yo le recuerdo a Lisa, por mi libertad... Entonces ¿sentirá temor a verse arrastrado a eso que le resulta tan atractivo pero que

puede hacer que se pierda nuevamente?

Ah, mi pobre Daniel. Se debate entre su madre y la estabilidad que representa y la atracción que siente por salirse de lo establecido, por abandonar el rebaño, por conectarse con sus propias necesidades y sus deseos.

Ha aprendido a hacer suyos los de su madre, y ha mantenido una aparente estabilidad, que mi presencia amenaza con hacer trizas. Y en ese sentido no estoy segura de no estar haciéndole mal.

—Eh..., no sufras —me dice cuando siente que mis lágrimas le mojan el pecho—. Está todo superado ya... Ahora sólo deberé mantener un equilibrio entre lo que mi madre considera mejor y lo que yo creo que sería eso.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—O sea..., entre tus propios deseos y los de tu madre.

Pestañea confuso.

—Bueno, no puedo descartar los suyos. En el pasado acertó... Ella quiere lo mejor para mí.

—¿Y tú qué quieres para ti?

Sonríe, y luego, de un rápido movimiento, me tumba de espaldas sobre la cama y se mete entre mis piernas.

—Quiero a la señorita López. Y la quiero tanto que mi madre también la querrá...

Su sorprendente declaración me deja noqueada por unos instantes.

Si la señora es como imagino por lo que he visto hasta ahora, creo que lo tendré difícil. Pero no digo nada... Me limito a acariciar su vientre liso y musculoso.

No obstante, mi mano traviesa va más allá... La bragueta está tentadoramente cerca...

Intento bajarle el cierre, pero él atrapa mi mano al instante.

—¿Tus intenciones son honorables para lo que hay de la cintura para abajo? —me pregunta con un deje divertido en la voz.

—Absolutamente.

Entonces él mismo desabrocha el botón y la cremallera y saca su pene semierecto.

—Todo tuyo. Puedes hacerle los honores —dice volviendo a tumbarse sobre la espalda.

Me incorporo y me acerco a ella. Por un momento se me cruza por la mente comérmela otra vez. Es que esa polla es de locura... Grande, aun sin estar en completa erección. Y cuando digo «grande», me refiero a enorme... Larga, gruesa y con un glande que impresiona.

«Pero esto es descomunal... Seguro que es porque está circuncidado... Joder, con la comunidad israelita y sus peculiaridades. Por un lado, una *idische mame* a la que habrá que aguantar, y por otro esta belleza por la que luchar...»

Sin embargo, hay algo que me impide concentrarme en mis deseos más prosaicos. Su muñeca, en la que destaca el tatuaje con el punto y coma, queda frente a mis ojos cuando él empuña su polla para ofrecérmela.

Así de cerca se puede distinguir una fina cicatriz debajo. «Ella me encontró a tiempo para contener la hemorragia...», me ha dicho hace un rato.

Bueno, ahí está la prueba irrefutable. No puedo odiar del todo a esa vieja entrometida, porque fue ella quien convirtió lo que podría haber sido un punto final en un punto y coma. Y eso significa que lo que siente Oliver se basa en una verdad incuestionable: si no hubiera sido por ella, tal vez él no habría contado el cuento. O no se habría convertido en el hombre que es hoy, un profesional de éxito que ama su trabajo, un padre que intuyo maravilloso, un hombre con todas las letras.

Y también una oveja del rebaño, alguien hecho para cumplir los designios de la mujer que le dio la vida y luego se la salvó. Nació dos veces gracias a esa señora, y eso es algo que no se puede ignorar.

Daniel se puso en pie de la mano de su madre. Ella ha sido la impulsora de este gran triunfo.

—Bueno, parece que no consigo tentarte —murmura él, ajeno a mis pensamientos.

Lo miro con ternura y luego me siento en la cama y agarro la cintura de su vaquero.

—¿Qué haces?

—Levanta el culo.

Él obedece y yo le bajo los pantalones hasta los tobillos antes de que pueda impedirlo.

—No, Cynthia... No, por favor.

No le hago caso y me concentro en lo que hay más allá del bulto que me vuelve loca.

La prótesis de metal empieza diez centímetros por debajo de la rodilla izquierda. Comienza más ancha y se va estrechando hasta terminar en una articulación justo encima de su zapato deportivo.

Nunca había visto una, pero tengo que decir que no me impresiona para nada. Es... amigable. Una especie de copa que oficia de soporte oculta el muñón, y en el otro extremo parece haber un pie demasiado real...

Daniel carraspea y yo me vuelvo a mirarlo.

—Es de titanio —aclara con voz inexpresiva.

—¿Y el pie?

—Ah, eso es de silicona. Del mismo material que las nuevas muñecas sexuales... Parece de verdad, pero no hay sangre ni tejido ahí, sólo una maravilla de la robótica a la que podemos acceder algunos privilegiados.

Vuelvo la cabeza y observo de cerca la prótesis.

—¿Puedo tocarla? —pregunto en voz baja.

—¿De veras quieres hacerlo?

—No te lo pediría si no fuese así.

Tarda un par de segundos en responder:

—Adelante.

De un salto, desciendo de la cama. No hace frío, así que ni me molesto en ponerme encima otra cosa que no sean las bragas que ya llevaba puestas.

—¡Eh! ¿Qué haces?

No respondo. Con cuidado, le quito ambas zapatillas deportivas, los calcetines y, finalmente,

termino de quitarle los pantalones.

El pie artificial es increíblemente realista. Lo rozo apenas para cerciorarme de que no hay vida en esa perfecta extremidad y descubro que sólo le falta un poco de calor para parecer de verdad.

Daniel da la impresión de estar incómodo. Encoge la pierna y se incorpora.

—Ven —me dice al tiempo que se quita el bóxer—. Ya no hay nada más que ver ahí...

Niego con la cabeza, intentando no dirigir la mirada a su miembro en erección.

—Te equivocas —replico mientras mi mano se desliza por la prótesis, palpando de una forma que es casi una caricia—. Me gusta.

Él alza las cejas.

—¿Te gusta? Vaya mujer más perversa.

—Me gusta porque es tuya, porque es parte de ti.

Lo veo inspirar hondo y cerrar los ojos mientras yo sigo acariciando el pie y la pierna artificial sin dejar de observar sus reacciones.

Finalmente los abre y, tras unos segundos, de un hábil movimiento se quita la prótesis.

—Apuesto a que esto no te gusta nada.

Ante mí tengo el muñón, una terminación roma con una cicatriz y con menos vello que la otra pierna. Ahora estoy concentrada en mis propias reacciones, más que nada porque sé lo atento que está a ellas y cuánto daño pueden hacerle.

Pero nada... Me sorprendo a mí misma al descubrir que no hay ni el menor rastro de incomodidad en mí.

Observo el conjunto y me deleito con lo que veo... Un hombre desnudo, increíblemente apuesto, abrumadoramente deseable, me mira expectante.

Entonces sigo un impulso, inclino la cabeza y pongo mi boca allí...

—¡No! —lo oigo gritar, y luego intenta apartarme.

Mas yo permanezco tercamente aferrada a él con ambas manos y no se lo permito.

Daniel afloja un poco la tensión, y yo siento su mirada siguiendo cada una de mis acciones. Mi mejilla rozando el muñón... Esa cadena de besos tiernos que voy dejando regados aquí y allá. Las caricias...

Y lentamente desiste en el intento de quitarme de ahí.

Oigo sus suspiros, y luego sus jadeos.

Entonces asciendo por su cuerpo besando y lamiendo sus piernas musculosas hasta que mi rostro se encuentra con unos huevos hinchados y calientes.

Elevo la mirada y me topo con sus ojos. Y la ternura desaparece para dejar paso a la más ardiente lujuria.

Ahora

—Ahora háblame de ti.

—Humm..., mejor después —murmuro estirándome como una gata perezosa. Es que el último *round* me ha dejado fuera de combate.

Pero él es terco... Se incorpora y luego se ciernen sobre uno de mis pechos. Lame el pezón sin dejar de mirarme con esa expresión que haría que se me mojaran las bragas si las llevara puestas. Suspiro entrecortadamente y él hace gala de su enorme poder de persuasión chupando con suavidad primero y luego se pone más intenso.

Succiona y tira. Vuelve a lamer, mordisquea y chupa otra vez.

Joder..., qué bueno es. Tiene el aspecto de un señor y una actitud contenida fuera de la cama, pero a la hora de follar es otra cosa. Nunca habría imaginado que fuese tan sexual.

Gimo y enredo los dedos en su cabello rubio. Arqueo el cuerpo pidiendo más, pero él no me complace. Por el contrario, levanta la cabeza y sonrío satisfecho.

—Ahora.

—Por favor, continúa con lo que estabas haciendo...

—Si te portas bien. Vamos, cuéntame...

—¿Qué quieres que te diga? Ya lo sabes todo. Soy una estudiante de segundo año de Psicología, trabajo a tiempo parcial en la conserjería de la facultad, vivo en una residencia y estoy a punto de iniciarme como tatuadora independiente.

—Bueno, háblame de tu familia, por ejemplo.

Vacilo... No me gusta hablar del pasado, porque está lleno de recuerdos dolorosos. Aun así, se lo debo. Estoy segura de que para él tampoco ha sido grato contarme lo que le sucedió...

—No tengo familia. No tengo a nadie, Daniel.

Me observa con tristeza.

—¿Desde cuándo estás sola?

—Nunca conocí a mi padre y mi madre me abandonó cuando tenía apenas seis años. Mi abuela cuidó de mí hasta que también falleció cuando yo era una adolescente, y desde ese momento me las he arreglado para sobrevivir...

—Lo siento, Cyn.

—Oh, me he acostumbrado ya. He tenido muchos tropiezos, pero aquí estoy, y sólo quiero salir adelante.

—Lo harás, no tengo dudas. Eres fuerte como pocos... Ya querría yo tener esa fortaleza, pero

dejé que la adversidad me derrumbase.

Ahora soy yo la de la mirada llena de tristeza.

—Daniel...

—No sufras por mí, ¿vale? No quiero que me tengas lástima.

—No es eso lo que siento.

—Entonces ¿qué es?

La verdad es que no estoy preparada para afrontar esa pregunta, así que me salgo por la tangente.

—¿En este momento? Pues tengo muchas ganas de retomar lo que hacíamos hace unos instantes.

Lo veo sonreír, y eso me alivia.

—¿Estás evitando responder? No me digas nada, que ya lo he pillado. Y te lo dejaré pasar, si antes me cuentas por qué elegiste la carrera de Psicología.

Pienso un momento antes de responder.

—Creo que por curiosidad.

—¿Cómo?

—Por curiosidad, Oliver. Me interesa saber el porqué de las cosas, qué es lo que motiva lo inexplicable. Sé que tal vez debería haber elegido estudiar Filosofía, pero resulta que de eso no se vive, así que me decanté por Psicología en su rama menos frecuente: la investigación.

—¿Y qué sería eso «inexplicable» que a ti te interesa explicar?

—Oh, muchas cosas. El racismo y la xenofobia, por ejemplo. Y también otras más agradables, como la fe y el humor.

—¿Y el amor?

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te interesa investigar sobre el amor? ¿Sobre cómo se origina la chispa? ¿Qué es lo que hace que dos personas sientan esa conexión tan increíble dentro de la cama o fuera de ella?

No sé qué decir. Nunca había pensado en eso como objeto de investigación, pero definitivamente, ahora que Oliver lo menciona, podría considerarlo.

—Bueno, no es mala idea. Tal vez lo tenga en cuenta para cuando deba presentar mi tesis de graduación. De hecho, ya debería haber decidido su temática y haber empezado... Suena bien: ensayo sobre cómo nace el amor. Me gusta...

—En ese caso, me ofrezco como objeto de estudio o para brindar testimonio. Tengo muy fresco lo que se siente, te lo aseguro... Podría describírtelo ahora o dentro de unos años, porque estoy seguro de que estos sentimientos serán muy duraderos.

Oh, Dios. Su mirada es tan elocuente que un escalofrío de placer me recorre toda la columna vertebral. Pero no estoy lista para asumirlo ni para hablar de lo que siento o de lo que él siente.

Tal vez es por eso por lo que bajo la mirada y me muerdo el labio, incapaz de recoger el testigo, de asumir el desafío que me plantea.

—Claro que no tenemos que ponernos a trabajar ahora mismo en tu tesis... Tal vez ahora debamos enfocarnos en retomar lo que veníamos haciendo —me dice con ese aire de perdonavidas que lo hace tan abrumadoramente seductor.

Muevo la cabeza risueña. Y luego me tiendo en la cama y abro los brazos para darle completo acceso a mi pecho. Cierro los ojos y contengo el aliento, pero él se está entreteniéndome demasiado...

No tardo en descubrir el motivo.

Un calor delicioso en mi coño... Una punzada de placer, provocada por una lengua húmeda y tan habilidosa que no me lo puedo creer.

He estado con varios tíos y ninguno ha tenido la pericia necesaria como para acercarse siquiera a lo que otra mujer puede provocarte ahí abajo. Sin embargo, en cuanto su lengua me toca me doy cuenta de que éste juega en primera división.

Lo hace tan pero que tan bien...

—Joder, Oliver...

Al parecer, mis suspiros son una clara señal de que lo está haciendo de puta madre, y eso causa que se aboque a la tarea con más entusiasmo, si es que es posible.

Se acomoda entre mis piernas y me las abre más.

Su lengua se mueve de forma incesante sobre mi clítoris. Normalmente no me sentiría tan desinhibida en este punto, pero esto excede cualquier cosa que haya conocido antes, así que me abro con ambas manos y me expongo a él por completo.

Sus labios recorren los míos. Mi piel sensible y rasurada reacciona con su barba crecida, y no puedo evitar un quejido.

—Lo siento —murmura en la entrada de mi vagina.

Su aliento, su calor... Qué morbo me provoca todo esto. Me incorporo sobre los codos y lo observo.

Madre mía, qué belleza. Nos miramos a los ojos mientras él me muestra cuánto disfruta estimulándome con la boca.

—Por favor..., sigue...

—¿Te gusta así? —pregunta justo antes de meterme la lengua en la entrada de la vagina y moverla en círculos.

—Oh, por Dios...

—Y sólo para cerciorarme..., ¿así también te gusta?

Lo que hace ahora no sólo me gusta, me enloquece. Lo mismo que me hizo en la vagina me lo hace en el culo. Me introduce la punta de la lengua y luego me lame todo alrededor.

—Vas a matarme, te lo juro...

Esas palabras lo hacen parar.

—No quiero eso... Vamos a detenernos para evitarlo.

Se incorpora y se tiende sobre mi cuerpo. Ignora mis protestas y me silencia besándome.

Oliver me come la boca mientras su polla se frota lentamente contra mi sexo.

Bajo la mano y aferro ese pene enorme y duro. Y, justo antes de guiarlo hacia mi coño, me doy cuenta de que no lleva condón, así que aborto el plan por ahora.

Pero lo acaricio... Toco su polla como me da la gana. La aferro y muevo la mano hacia arriba y hacia abajo mientras él gime dentro de mi boca.

—Déjame verla bien —le pido, y para mi sorpresa no se resiste.

Se tumba de espaldas en la cama y la empuña.

—Aquí la tienes.

Acerco mi rostro a ella y la observo con detenimiento.

—Es... preciosa.

Él suelta una carcajada.

—Preciosa... Nunca nadie me había dicho algo así. Mi polla se siente muy halagada.

Le lanzo un cojín a la cara.

—Serás... Nunca había visto una como ésta.

—¿Te refieres a que nunca habías visto una circuncidada?

—Sí. Y no te rías...

—No me río. Es algo que... Bueno, no es una elección mía, sino de mi familia, pero debo reconocer que es bastante higiénico. Y, si tú la encuentras bonita, al final terminaré agradeciendo esta otra mutilación sin consentimiento.

Sus palabras no encierran ni una pizca de amargura, y eso me reconforta.

Acerco la polla a mi rostro y la froto contra mi mejilla.

—Un buen chico judío... Quién me lo habría dicho.

—No me identifico con mis raíces maternas, para serte sincero. De hecho, mi padre era católico y yo fui a un colegio jesuita. Pero, sí, soy un buen chico. Tal vez demasiado bueno, a ojos de todos...

Es la primera vez que menciona a su padre, y a mí me causa mucha intriga. Quiero saber más, pero con este magnífico instrumento frente a mi rostro apenas puedo pensar.

—Creo que aparentas no haber roto un plato en tu vida, pero en el fondo eres perverso —le digo para acicatearlo al tiempo que lamo su polla desde la base hasta la punta.

—Ahhh —gime, y suspira. Y luego se acomoda el cojín que le acabo de lanzar en la nuca para observarme con comodidad—. No te haces una idea de cuán perverso soy...

—Dime qué te calienta —le pido intentando mantener la calma.

—Tú con mi polla en la boca. Tú con las piernas abiertas. Tú cabalgándome como hace un rato. Tú, tú y tú. Mil veces tú...

Y, tras esta declaración, no necesita decir más.

Se la chupo como si no hubiese un mañana y, antes de perder la capacidad de raciocinio por las embestidas de su pene en mi garganta, mi último pensamiento es de extrañeza, porque hemos llegado a buen puerto sin que nos interrumpiese su mamá.

Lunes

Besos, besos, besos... En el coche, fuera de él. En la puerta de la facultad. No sé qué pasa, pero no podemos dejar de besarnos.

Da la impresión de que no hayamos tenido suficiente con el festín del fin de semana... Seguimos hambrientos el uno del otro, como si nuestra piel y nuestros fluidos tuviesen sustancias intensamente adictivas.

Finalmente nos despedimos con el firme propósito de no vernos hasta mañana, pero no sé si seremos capaces de cumplirlo. Es demasiado fuerte lo que nos está pasando, y al menos a mí se me nota muchísimo.

Confundo los papeles, estoy a punto de graparme la mano, y mi compañera me pregunta si estoy constipada, porque me ve con la mirada encendida y algo demacrada también.

Y no es para menos...

Tras el maratón de sexo de la madrugada del sábado, el domingo se nos pegaron las sábanas.

—¡Maldición!

Me desperté con ese «buenos días» un tanto extraño, pero aun así me encantó. Sonreí al notar que Oliver era elegante hasta para decir tacos.

—¿Qué sucede? —pregunté somnolienta.

Con el móvil en la mano, me lo explicó, no sin antes darme un profundo beso.

—Buenos días, señorita López —me dijo relamiéndose. Durante unos instantes pareció debatirse entre dirigir su atención a mis pechos o a su móvil, pero aparentemente primó la cordura, porque se puso a marcar.

—¿A quién llamas?

—A mi ex. Hace dos horas que debería haber pasado a recoger a Júnior...

—Oh...

—No te preocupes; ella lo entenderá.

Y un segundo después dejó de hablarme a mí para hacerlo con su ex.

—¿Paulette?... Sí, he visto que me habías llamado, pero estaba dormido... Lo siento. ¿Qué? Creo que estás siendo demasiado indiscreta... Que no, que no... Mira, me levanto y paso a por... ¿Cómo que no?... Paulette, eso no es necesario... Escúchame, por favor... Vale, vale, te escucho yo...

Durante unos segundos no hizo más que muecas. A saber lo que le estaría diciendo la madre de su hijo, pero al parecer no terminaba de convencerlo.

—No creo que deba apagar el móvil, Paulette... ¿Y si tú necesitas llamarme por algo de Júnior?... ¿Cómo? ¿Y de qué la conoces?... No me lo puedo creer, de verdad. Mira, tanto que criticas a mi madre y te estás convirtiendo en una entrometida peor que... Vale, vale. Discúlpame... Está bien, apagaré el móvil y nos largaremos, ¿contenta?... Y si necesitas contactar conmigo, pues llama a la señorita López, como has dicho. Vale. Adiós, adiós...

La que hizo muecas entonces al oír mi nombre fui yo. Y cuando cortó me lo dijo.

—¿Así que has confabulado con mi ex a mis espaldas?

Mierda. ¿Cómo se lo explicaba? Pero no fue necesario, porque se rio y tomó uno de mis rizos entre los dedos.

—Paulette me ha dicho que tiene tu teléfono, pues te ha llamado a petición de Júnior... No me ha hecho gracia, lo confieso, pero si eso ha logrado que me hayas dado el «sí», os perdono a ambas. Y al niño también...

Me relajé de inmediato, y el sentimiento de culpa que se había empezado a gestar en mi corazón se esfumó.

—Tu hijo te quiere feliz, Oliver. Y la verdad es que yo también...

Él volvió a besarme muchas veces. Me perdí en su boca, a pesar de que yo no era muy entusiasta de los besos mañaneros sin haber pasado antes por el baño, pero él olía estupendamente... Sólo esperaba estar a la altura.

No obstante, por si las moscas, decidí descender con mi boca hacia el sitio que se había convertido en mi obsesión.

No pude llegar, sin embargo, porque él me detuvo.

—De ninguna manera, señorita. Ahora toca otra cosa... Mi ex ha sido muy clara en sus instrucciones, así que, si usted confió una vez en su buen criterio, yo haré lo mismo. Nos largamos ya...

—¿Qué?

—Que Paulette me ha «ordenado» que nos marchemos, y también que desconecte el móvil. Dice que si necesita hablar conmigo por algo de Júnior, te llamará a ti.

—¿Y eso por qué?

Vaciló un momento, pero finalmente me lo dijo.

—Mi madre... Seguro que llamará y, si no respondo, se presentará aquí.

Me lo quedé mirando perpleja.

—¿Y por qué no la llamas y le dices que estarás ocupado?

Oliver suspiró. Parecía como si le hubiese hecho la pregunta del millón. Pero se repuso rápidamente.

—Es complicado —dijo mientras se destapaba exhibiendo su completa desnudez—. Además, no me ha disgustado del todo la idea de Paulette. Salgamos, Cynthia. Repongamos fuerzas...

Y eso hicimos. Salir, reponer fuerzas...

Montamos un pícnic en el parque. Queso, beso, aceitunas, beso, vino, beso... Nos devoramos

mutuamente junto con la comida, pero durante todo el tiempo hubo algo que me molestaba... La vieja bruja. Es decir, la influencia que ejercía sobre él. ¿Era normal apagar el teléfono y huir del apartamento para evitarla?

No me gustaba nada esa situación, porque era como esconderse. O como huir. Pero, claro, entre tanto morreo y magreo, a las tres de la tarde el calentón era considerable y me olvidé del asunto.

A mí se me notaba en los ojos, en el vello erizado, al igual que mis pezones. Y a él se le notaba ahí abajo: llevaba un empalme soberbio.

Pero no quería ser yo la que sugiriera encerrarnos entre cuatro paredes a follar como animales, así que lo hice tumbar en el césped y lo monté para provocar alguna reacción que no fuese la que tenía presionándome el culo en ese momento.

—¿Qué haces?

—Quería comprobar si eres tan cómodo como pareces, pero esto está demasiado duro.

—Es que hago abdominales a diario —respondió haciéndose el tonto a propósito.

—No me refería a eso.

—Entonces ¿a qué?

Joder, joder... Iba a tener que ser yo la que le propusiera lo que estaba deseando con una intensidad enfermiza.

—Oliver, vámonos de aquí. Pero no a tu casa, por si acaso... Vayamos a la residencia.

Se incorporó de golpe con el ceño fruncido y casi me hace caer de espaldas. Sin embargo, me sujetó con fuerza y no pasó nada.

—¿A la residencia? —preguntó extrañado.

—¿Por qué no?

—Porque dudo que allí podamos follar.

Bueno, eso era toda una novedad. Así que también fuera de una situación de cama podía decir la palabrita prohibida... Inspiré hondo e intenté serenarme.

Y, ante mi falta de respuesta, él preguntó:

—¿Qué sucede?

—Pues... que digas palabras fuertes me pone. Muchísimo —le confesé—. Más bien me calienta que lo sueltes en una conversación normal, porque tú no eres de esos.

Oliver acarició los rizos que me caían por la espalda y sonrió.

—No las digo, pero las pienso. Todo el tiempo...

—¿En serio?

—Cada vez que pienso en ti y en lo que hemos hecho o podemos hacer, en mi cabeza se forman ideas que te avergonzarían.

—No lo creo. Pruébame.

Él recogió el testigo. Se acercó a mi oído y me susurró:

—En este instante querría estar entre tus piernas lamiendo ese precioso coño que tienes. Me gusta su olor, su sabor y lo caliente que se pone cuando mi verga entra en él. Me gusta follarte

hasta con la lengua, señorita López.

«Ay, mi madre.» Me puse de pie y le tendí la mano para ayudarlo a él a levantarse.

Y, mientras recogía rápidamente el lío que habíamos montado sobre el improvisado mantel, lo único que pude decir fue:

—Démonos prisa, ¿vale? Nos vamos ya.

—¿Adónde?

—Ya te lo he dicho, a la residencia. Y, tranquilo, porque si hay algo que haremos lo que queda del día será follar.

Y cumplimos al pie de la letra.

Pero, claro, primero tuvimos que pasar el filtro de Fedora.

—Rizos, ya sabes que las reglas dicen que nada de chicos de fuera en las habitaciones —me dijo con gesto severo en cuanto aparecimos por la puerta. Y luego agregó con un exagerado batir de pestañas y una sonrisa coqueta—: Y menos si son así de guapos.

No me enfadó el comentario. Más bien sentí una especie de orgullo, porque así, en vaqueros, zapatillas y camiseta, Daniel parecía un modelo de revista. Estaba perturbadoramente guapo, y por un momento se me aflojaron las piernas sólo de imaginar lo que pasaría en unos instantes entre nosotros.

—Es mi abogado. Tenemos que reunirnos por lo de la demanda...

—Pero ¿no te habían pagado ya?

«Mierda, Fedora y su memoria de elefante.»

—Es por otra demanda —repliqué sin cortarme ni un poco. Y, al ver su ceño fruncido por la desconfianza, agregué—: Además, tú sabes que a mí me van las chicas, así que...

Fui bastante convincente, porque dejó de mirarme de soslayo.

—Eso es verdad. Eres muy lesbiana —admitió.

—¿Lo ves? —le dije con una sonrisa de oreja a oreja. Y luego cogí a Oliver de la mano y ambos nos alejamos de ella riendo.

Y finalmente llegamos a mi habitación. Atranqué la puerta en cuanto entramos y luego me aproximé a él, que miraba a su alrededor con cara de asombro.

—Es... acogedor —dijo.

—¿Ah, sí? Debe de ser por la ropa tirada por el suelo y los libros por doquier... —repuse irónica.

—La habitación de una estudiante —comentó él sonriendo—. Me gusta.

Yo le toqué la mejilla y me pegué a su cuerpo.

—Y a mí me gustas tú —murmuré, pero cuando intentó besarme interpose la mano entre su boca y la mía—. Detente... Ahora estás en mi territorio, así que te toca hacer lo que yo diga.

Él se mordió el labio divertido.

—Así que mi chica muy lesbiana va a marcar el ritmo en sus dominios...

Me encantó que hiciera referencia a eso sin rastro de confusión o alguna otra cosa que pudiese

incomodarme.

—Tú lo has dicho. Y, hablando de chica lesbiana, voy a hacerte unas preguntas...

—Adelante —me dijo cruzándose de brazos.

—¿Te pondrás en mis manos?

—Sí.

—¿Harás lo que te pida?

—Por supuesto.

Entonces sonreí con malicia.

—Bien, quiero que seas mi chica hoy.

Oliver se rio con ganas.

—Eso suena bien, Cynthia, sea lo que sea que signifique —dijo después de un momento, y, al ver que yo seguía esperando respuesta, no se hizo de rogar—. Lo haré. Seré tu chica hoy...

—Gracias, cielo. Ahora, empieza por quitarte todo lo que llevas puesto y métete en la cama.

Fui un momento al baño a lavarme los dientes y cuando regresé lo encontré en la cama, tal como le había pedido. Estaba tapado hasta la cintura con la sábana, que apenas ocultaba su erección, y su pie artificial en la mano.

—No sabía si «todo lo que llevas puesto» incluía esto, pero he seguido mi intuición y me lo he quitado...

—Tu intuición... Mira, creo que te está fallando... —le dije mientras atravesaba la habitación en dirección a una cajonera que tenía frente a la cama.

—¿Por qué?

Metí la mano en un cajón y luego me volví.

—Porque estoy segura de que al ver esto vas a desear haberte dejado la prótesis para salir corriendo —le dije al tiempo que le mostraba mi consolador preferido.

No me perdí detalle de la expresión de Oliver. Primero fue asombro, pero lo disimuló enseguida. Su nuez subió y bajó cuando tragó saliva. Y luego dejó la prótesis en el suelo y me miró.

—Jamás —me dijo mostrando una seguridad en sí mismo realmente asombrosa ante las circunstancias—. Seré tu chica, ya te lo he dicho... Con todo lo que eso implique.

A esas alturas, su actitud había cambiado, tanto era así que me pareció que había un desafío implícito en sus palabras.

No lo entendía... Cualquier tío habría protestado o habría salido de allí despavorido, pero él no. Se lo veía sereno y expectante.

Entonces comenzó la fiesta.

Lo hice volverse sobre su pecho y que pusiese una almohada bajo el abdomen, y luego me quedé en bragas y camiseta y lo monté a la altura de los muslos.

Bajé la sábana y descubrí sus nalgas perfectas. Juro que de verdad lo eran... La curva más bella que jamás había visto en un hombre, con un poco de vello rubio a la altura de las caderas.

Se veía muy tentadora, pero decidí comenzar con su espalda musculosa y amplia. Le eché un poco de aceite que había cogido de mi caja de juguetes junto con el consolador y comencé a hacerle un masaje.

Dios..., qué magnífico ejemplar. No podía dejar de tocarlo.

—Eres tan guapo... Y ésta es sólo una de las cosas que más me gustan de ti —murmuré acariciándolo.

Él suspiró y mis manos fueron directas a su trasero. Masajeé un poco y luego le separé las nalgas con ambas manos.

Casi se me quema el coño cuando vi su ano. Vaya culo hermoso. ¿Es posible este calificativo hacia un culo? Tengo que decirlo que el de Oliver lo merecía.

Lo oí gemir, y luego toqué el pequeño orificio con el índice. Al ver que se mostraba receptivo y no apretaba los músculos repeliendo la invasión, comencé a avanzar.

Me volví un poco loca, lo confieso. Oliver gemía contra mi almohada mientras mi dedo se introducía en su culo, y yo perdí la cabeza y comencé a moverme contra uno de sus muslos sin dejar de penetrarlo.

Me tendí sobre él y jadeé en su nuca mi desesperación. Me froté sin quitarme las bragas hasta correrme ahogando un grito en su cuello, y en ningún momento dejé de meterle el dedo.

Se lo metí tan profundamente que él también se corrió sin siquiera tocarse.

—Joder... Dios santo... Cynthia... Joder...

Me acosté a su lado y sonreí.

—Mis chicas no me dejan así de perdida la almohada al correrse —le dije riendo poco después.

Él hizo el ademán de incorporarse.

—Voy a lavarme...

Pero yo lo detuve.

—Ni se te ocurra —le dije al tiempo que me metía en la boca el dedo que había introducido en su ano y lo chupaba—. Yo misma te limpiaré. Con la lengua...

Oliver sonrió. Y luego me arrancó también a mí una sonrisa.

—Eres tan cochina, señorita López... —me dijo mirándome con esa especie de admiración que aún no lograba entender. Y luego agregó, imitándome—: Y ésta es una de las cosas que más me gustan de ti.

Lunes por la noche

Hoy ha sido un día complicado. Un tío de vientre voluminoso y fofo me pidió un tatuaje de un tigre con la boca abierta en él. Parecía bastante rudo, pero no paró de lloriquear, lo que me puso de los nervios.

Pero todo cambia cuando al salir me suena el móvil y veo que es Daniel.

—Señor Oliver...

—Señorita López. Qué placer tan grande oír su voz. ¿La pillo en un mal momento? ¿Está ocupada?

—No, para nada. Estoy saliendo del estudio justo ahora.

—Imagino que debes de estar hambrienta.

—Humm... Esa frase es muy sugerente. Pero sí, lo estoy —le digo, adivinando por dónde va la cosa.

—¿Y qué te gustaría cenar?

—Pescado seguro que no. Prefiero carne... Ya sabes cuál.

Se me hace la boca agua sólo de pensar en devorar su enorme polla.

—Cuánto me alegra oír eso, porque estamos en mi apartamento, Júnior y yo, con tres menús grandes de McDonald's, y queríamos pedirte que vinieras a cenar.

Sonrío ante la perspectiva de ver al niño. ¡Cómo me gusta el pequeño Daniel! Debo contener mis ansias y portarme de forma civilizada durante un buen rato, entonces.

—Acepto encantada. Voy.

Qué felicidad. Y, veinte minutos después, estoy en el ascensor, preguntándome por qué Oliver ha de vivir en el piso veintidós. Se me hace eterno... Me muero de la ansiedad.

Y, en cuanto salgo, me encuentro cara a cara con él.

Dios..., cómo me gusta. Estoy a punto de echarle los brazos al cuello cuando descubro a Júnior a su lado, así que cambio al padre por el hijo.

—Hola, señor Oliver —lo saludo tendiéndole la mano.

—Has venido... ¡Qué guay!

Su padre le revuelve el pelo y luego me mira con intensidad.

—Te dije que vendría. La señorita López ahora es una entusiasta de la carne.

Me sonrojo, juro que me sonrojo.

Me indica que pase con un gesto y la expresión burlona de su rostro no me pasa desapercibida.

Pero, antes de que pueda replicar algo ingenioso, él me corta.

—Tenemos que grabar tu huella aquí, para que puedas venir aun cuando no estoy —me dice señalándome la cerradura inteligente y sin que venga a cuento. Me deja con la boca abierta.

—¿Qué significa eso?

—Significa lo que quieras que signifique —es su enigmática respuesta.

Entonces interviene Júnior mientras se encarama a uno de los taburetes de la barra.

—Significa que eres su novia y que puedes entrar y salir del apartamento sin llamar, ¿vale? —dice impaciente—. ¿Ahora podemos cenar, por favor?

La sonrisa de Oliver mientras desenvuelve su hamburguesa es amplia, y yo siento que mis mejillas arden cada vez más. Joder..., me está dando la llave de su hogar, y mi corazón late aprisa cuando caigo en la cuenta de lo en serio que va esto. Su novia... No lo ha negado y ha sonreído. No ha dicho «es una amiga» para salir del paso sin comprometerse. Y ahí está, mordiendo su hamburguesa mientras su mirada burlona hace que de pronto me sienta torpe y cada vez más azorada.

Es la mejor cena de mi vida, de verdad. Comemos riéndonos a carcajadas de las increíbles salidas de Júnior. ¡Qué niño tan listo! A mí me tiene asombrada, pero Oliver parece estar acostumbrado.

Dialogan como si fuesen dos adultos, y eso es tan raro porque uno de los dos mide sólo un metro veinte y tiene ocho adorables años.

—Papá, nadie tiene por qué saber lo de la comida basura. Será un secreto entre los dos... Bueno, entre los tres, porque Cynthia no dirá nada, ¿verdad?

Niego con la cabeza mientras me como una patata.

—Bueno, pero es la última vez, ¿vale? El sábado iremos a un restaurante normal y comerás algo nutritivo y sano —dice Daniel, haciendo ostentación de su faceta paternal.

Júnior pone los ojos en blanco.

—El sábado es tu cumpleaños... Comeremos un pastel con mucho chocolate, como el año pasado. Mogollón de calorías.

Casi me atraganto con mi patata.

—¿Tu cumpleaños? ¿Y por qué no me habías dicho nada?

Oliver sonrío.

—Te lo estamos diciendo ahora. El sábado es mi cumpleaños y me gustaría celebrarlo cenando en un buen restaurante con mi hijo y con mi hermosa novia, si estáis de acuerdo...

A Júnior se le ilumina el rostro y me mira entusiasmado.

—¡Sí! Di que sí, Cynthia.

Asiento, por supuesto.

—Claro, siempre y cuando me aseguréis lo del pastel de chocolate.

Daniel me acaricia la mano.

—Ya sabes que me encanta el chocolate. Pero no sé si podré esperar hasta el sábado para probarlo.

Otra vez los calores... Miro de reojo al niño, pero se lo ve concentrado en el juguete que venía con el menú, así que creo que no lo ha pillado.

Se me corta la respiración cuando el padre se inclina y me susurra al oído:

—Chocolate con fresa... Esta noche serás mi postre.

—¿Y el niño? —susurro con los dientes apretados, procurando que no se entere.

—Dentro de unos minutos lo llevaré con su madre.

Y, mientras Oliver va a buscar su chaqueta, le pregunto a Júnior si sabe qué le gustaría a su padre de regalo.

—Un gato —me dice convencido—. Hace mucho que quiere uno, de verdad.

—¿En serio?

—Te lo prometo. Nada lo haría más feliz que un gato. ¿Le traerás uno?

—Lo pensaré —susurro, porque el cumpleaños acaba de regresar.

—¿Estáis confabulando contra mí vosotros dos? Vamos, Júnior, a casa.

Cuando ambos se van, me pongo a recoger la mesa mientras mi cabeza va a mil por hora.

«Eres la novia de Oliver. ¿Querías ser la novia de Oliver? Porque no te lo ha preguntado... La respuesta es "sí". Claro que sí. Quiero ser su novia, quiero ser su amor. Quiero entrar en su casa con el dedo, y de cualquier forma en su vida. Quiero más cenas como ésta, quiero un gato y pastel de chocolate. Quiero al Mini Oliver y sus agudas observaciones. Quiero todo lo que quiera darme, y también brindarme por entera a este hombre maravilloso», pienso conmovida.

Y cuando oigo que el ascensor acaba de llegar, abro la puerta y le echo los brazos al cuello antes de que termine de quitar el dedo de la cerradura inteligente.

Él me come la boca y cuando paramos para respirar me dice:

—Querría recibimientos así cada noche de ahora en adelante.

Sonrío y le rozo la nariz con la mía.

—Concedido. Éstos son tus dominios, y aquí no te negaré nada.

Se muerde el labio y luego pregunta:

—¿Estás segura?

Le digo que sí con la cabeza.

—Lo estoy.

—Porque quería pedirte algo que te pondrá en una posición incómoda.

Vaya, no puedo imaginar qué podría pedirme.

—¿El qué?

—Eso, ponerte en una posición incómoda —repite—. Y luego follarte.

Pestaño una y otra vez. Lo de follar ya lo he entendido, lo que no termino de comprender es qué quiere decir con lo de «posición incómoda», así que se lo pregunto, y su respuesta es muy elocuente:

—Me gustaría atarte de tal forma que quedes completamente expuesta ante mí. Quiero tu culo y tu coño a mi disposición. Follarte como se me antoje sin que puedas moverte. Disponer de tu

cuerpo como me dé la gana.

«JO-DER.» Así, con mayúsculas.

Debo de estar muy mal de la cabeza, porque lo que ha dicho suena mal, pero me excita como nunca imaginé que podían hacerlo unas palabras junto con la imagen que han logrado introducir en mi mente.

Trago saliva, y lo único que se me ocurre preguntar es:

—¿Por qué?

Y la respuesta no se hace esperar.

—Porque me gustaría jugar un poco duro. No quiero hacerte daño, te lo aseguro, pero he fantaseado mucho con la idea de inmovilizarte y luego follarte, Cynthia. Te deseo como nunca he deseado a nadie, siento cosas por ti que hacen que cuestione mi propia cordura, y me pone muchísimo eso que tanto te sorprende. Imaginar que estás a mi merced, que eres sólo mía, que confías tanto en mí que te entregas hasta ese extremo. Claro que, si no quieres, yo no...

—Quiero.

Lo digo sin poder contenerme. Accedo porque me doy cuenta de cuánto me pone también a mí entregarme así. Vulnerable y expuesta en la cama. Poderosa y amada fuera de ella.

—¿De verdad?

—Átame, Oliver. En la posición que desees, hazme lo que quieras.

Y, con estas palabras, doy inicio a una de las noches más calientes de mi vida.

Madrugada del martes...

—Eres demasiado perfecta para ser mía.

—Soy demasiado tuya para mi propio bien.

De costado en la cama, nos miramos a los ojos. Su expresión al decírmelo es de completa fascinación. La mía, de la más absoluta resignación.

Él frunce el ceño extrañado.

—¿Y eso qué quiere decir?

Suspiro...

—Que me siento demasiado entregada, demasiado expuesta. Y no me refiero ni al culo ni al coño, como hace un rato, sino a otro sitio en el que puedes hacerme daño de verdad —le confieso mientras me llevo la mano al pecho y le señalo mi corazón.

Él pone la mano sobre la mía.

—Me cortaré la otra pierna antes de hacerte daño, Cynthia. No temas, que mi intención es que disfrutes, no que padezcas. Y no me refiero sólo a la cama —me dice en un susurro.

Eso basta para que me acurruque entre sus brazos y me sienta segura como nunca antes. Pero no me duermo enseguida, claro que no.

Mi cuerpo está en calma, pero mi mente no. Los recuerdos de lo que ha pasado esta noche me causan una inmensa inquietud, una especie de placer culpable que no me deja descansar.

Y digo «culpable» porque he hecho cosas en mi vida y me he dejado hacer otras tantas, pero no de este calibre y con este nivel de goce.

Mientras estaba atada y él me follaba con la mirada vidriosa y los dientes apretados, una pregunta se escapó de mis labios entre jadeos, sin poder evitarlo.

—¿Tienes... fantasías... de violación?

Se detuvo un momento para darme su categórica respuesta.

—No. Jamás... ¿Por qué? —replicó respirando entrecortadamente.

—Porque me gusta demasiado lo que me haces... Y por eso me aterra la idea de disfrutarlo y tener en mi inconsciente fantasías con ese hecho aberrante...

Era muy raro mantener una conversación atada y con una polla enorme y dura enterrada en la profundidad de mi culo, pero lo cierto es que tenía que quitarme esa duda de la cabeza.

—Creo que no lo disfrutas por eso, Cynthia. Lo que te produce placer es ponerte en mis manos. Entregarte, dejarte hacer... Piénsalo un instante... ¿Me equivoco?

Tragué saliva. Cada palabra hizo clic en mi cabeza. Y todo encajó perfectamente.

—No te equivocas. Deberías estudiar Psicología...

—Más tarde, tal vez. Ahora sólo quiero seguir follándote.

Y vaya si lo hizo... En ese instante, más tarde, y antes también.

Desde que me llevó a la habitación, me desnudó y me ató, comenzó a follarme con esa mirada lujuriosa y extraña que al principio me causó escalofríos, pero después... Madre mía.

No habló mucho mientras me situaba en esa posición incómoda de la que habíamos hablado. Lo hizo despacio, y en el proceso arruinó varias de sus corbatas al anudarlas.

Es difícil describir la forma en que me amarró. Vamos a ver... Me abrió las piernas y las flexionó. Pasó su cuerda de corbatas por detrás de las rodillas y, tensándolas, las ató al cabecero de la cama. Luego enlazó mis muñecas a mis tobillos desde dentro hacia fuera y me colocó un almohadón bajo el trasero.

¿Si me sentí incómoda? Bastante. Especialmente cuando puso otro almohadón bajo mi cabeza y noté que estaba más expuesta que en una camilla ginecológica.

Y él, completamente vestido y con las manos en los bolsillos, me observaba recostado en el tocador.

Los segundos pasaban, y la mirada de Oliver no se apartaba de mí... Bueno, de mis partes expuestas.

—¿Puedo hablar? —pregunté con un hilo de voz.

Él asintió.

—Bien. ¿Qué demonios haces ahí?

—Te estoy mirando.

—Ya me he dado cuenta, pero...

—Y estoy disfrutando de las vistas. ¿Tienes algún problema con eso?

Inspiré hondo mientras lo pensaba un momento. A ver... No. La verdad era que me sentía muy excitada.

—No.

Él sonrió y se aproximó.

—Espero que con esto tampoco lo tengas —añadió mostrándome un consolador. O, mejor dicho, mostrándome mi consolador, el más pequeño, el que estuve a punto de introducir en su culo el día anterior.

—Ése es...

—Sabía que te iba a resultar muy familiar.

—No puedo creer que lo hayas cogido sin permiso...

—También sabía que, después de lo que hicimos, no lo ibas a necesitar.

Se lo veía tan seguro de sí mismo. Tan perverso. Tan sexy.

¿Así que detrás de esa fachada de *gentleman* había otro Oliver? Alguien un poco oscuro, pero de una forma nada amenazadora. Alguien con fantasías más fuertes y sucias que las mías. Alguien que no solía decir «follar», pero follaba. ¡Y cómo!

Me tenía en ascuas, caliente y confusa. Este Oliver no era un niño de mamá ni un reprimido. Era un hombre con gustos definidos, una sorprendente amplitud sexual y ni una pizca de culpa por todo ello. ¿Por qué le gustaba lo que le gustaba? No tenía idea ni tampoco me preocupaba. Lo que sí lo hacía era por qué a mí me estaba gustando tanto.

Pero no tuve mucho tiempo para pensarlo, porque me quedé en blanco cuando lo vi chupar el consolador y luego introducírmelo despacio en el coño.

Se deslizó tan fácilmente que hasta me avergoncé un poco. Estaba demasiado mojada... Era la primera vez que lo usaba de esa forma, pues habitualmente lo utilizaba en su función vibratoria, así que sentirlo dentro fue algo nuevo para mí.

Y me gustó... Aunque no tanto como verle la cara mientras me lo hacía. Él estaba arrodillado entre mis piernas abiertas y levantadas, y yo estaba casi doblada en dos. Tanto que podía ver perfectamente cómo metía el consolador en mi coño y lo sacaba lentamente mientras se mordía el labio inferior.

Cuando me lo quitó empapado de mis fluidos y lo volvió a chupar, estuve a punto de acabar sólo de verlo. Moví las manos deseando tenerlas libres sólo para forzarlo a follarme con la lengua. Estaba segura de que sólo estaría en ello un instante porque realmente estaba a punto.

Oliver me vio revolverme y sonrió. Se puso de pie y comenzó a quitarse la camisa.

—¿Deseas que te suelte o quieres más de... esto?

De inmediato me quedé quietecita, y respondí sin un atisbo de duda:

—Quiero más.

Y lo hubo. Más, mucho más.

Me lamió y me folló el culo de tal forma que me hizo gritar de gusto. Nunca me habían introducido nada ahí y, oyendo las quejas de otras mujeres, pensaba que era doloroso, pero en verdad no fue así. Me dilató y me lubricó tan bien con la boca y los dedos que, cuando me la metió, me sentía más que receptiva y deseosa.

Y, mientras se movía allí atrás, me introdujo el consolador en el coño, provocándome sensaciones imposibles de describir de otra forma que no sea diciendo que me hizo ver las estrellas.

Cuando encendió también el vibrador, acabé, y no sólo una vez. Fueron tres orgasmos escandalosos, y creo que si no hubiese estado atada, habría terminado en el suelo de tanto que me retorcí y convulsioné.

Él se mantuvo firmemente enterrado en mi culo, pero se inclinó sobre mí para impedir que se saliera el consolador del coño, que ya estaba más que resbaladizo en ese momento.

Y, apoyado en las manos, bajó la cabeza y me comió la boca.

—Si no me hubiese puesto un condón retardante, ya habría acabado —me susurró mirándome a los ojos—. Eres tan hermosa...

—Tú... también —dije entre suspiros.

—Tu culo es tan delicioso como tu coño. No veía la hora de volver a probarlos.

—Nunca me lo habían hecho por ahí...

—Pero ahora que lo has experimentado, tal vez pidas más.

Me dejó sin palabras, y tampoco hacían falta. Comenzó a moverse de forma frenética, y yo creo que se habría corrido de inmediato si no lo hubiese cortado con la pregunta sobre la fantasía de violación, que me asaltó de pronto.

Pero, al parecer, el breve diálogo no tuvo efecto alguno en su erección, que se mantuvo firme todo el tiempo.

Me quitó el consolador y me abrió el coño con las dos manos. Y ahí sí se permitió acabar. Al principio, con los ojos fijos ahí abajo, luego me miró y cerró los suyos con una expresión de agonía tan deliciosa que yo también volví a correrme sólo de verlo así.

Pero haber eyaculado no fue el final, porque luego me soltó y me lo hizo de nuevo, no sin antes recorrerme todo el cuerpo con la boca. Me puso a cuatro patas y me folló por delante y por detrás.

Y después de eso me permitió tener iniciativa... A esas alturas estaba sudorosa y cansada, pero no tanto como para privarme del placer de devorarlo.

Se la chupé con tantas ganas que, a pesar de haber acabado dos veces antes, volvió a hacerlo una más. Cuando me acerqué para besarlo con la boca llena de su semen, no me rechazó, así que lo saboreamos juntos.

Al parecer, Oliver no tenía límites... ¿O sí? Me causaba mucha curiosidad saber si siempre había sido así, por lo que, al no poder conciliar el sueño tras la conversación en la que le confesé lo vulnerable que me hacía sentir, me atrevo a preguntárselo.

—¿Así, cómo?

—Así de... cerdo. Y de perverso.

Se ríe y coge uno de mis rizos con la mano.

—Me encanta... —dice contemplándolo.

—No me cambies de tema.

Me atrae hacia sí y me besa la frente.

—¿Quieres hablar de mi vida sexual? ¿Y qué tal si luego te pido lo mismo?

—No me importaría. Además, no tengo mucho para contar... —miento descaradamente.

Él se da cuenta de eso, estoy segura, pero al parecer decide ignorarlo por ahora. Y creo que también sabe que no tiene escapatoria, porque comienza a hablar.

—Bueno... Viví una época de descontrol cuando estuve con Lisa, pero después de lo que me pasó, me casé con Paulette y fui muy tradicional... al principio. Y, ya divorciado, me volví a soltar, pero no tanto como contigo. Fin de la historia.

Me incorporo indignada.

—¿Cómo que «fin de la historia»? ¡No me puedes dejar así! Dime, ¿qué quieres decir con «soltarte»?

—Cynthia, por favor...

—Quiero conocerte. Y sabes que no soy moralmente apta para juzgar nada de lo que hayas

podido hacer, Oliver. Aunque lo estuviese, no es mi estilo hacerlo.

Parece que eso le resulta convincente.

—Vamos a ver... He hecho tríos y he participado de sexo grupal alguna que otra vez. Y también he sido putero, y de eso es de lo único que me arrepiento...

Vaya, no me lo imaginaba tan... amplio.

—¿Te has acostado con hombres?

La respuesta me deja con la boca abierta.

—Sí.

Cuando me repongo de la impresión le pido que me cuente más.

—La verdad es que me considero cien por cien hetero, Cynthia. Pero he follado alguna boca masculina alguna vez, en orgías. Y también algún culo. No tengo prejuicios, pero no me dejaría follar por nadie... Bueno, excepto por ti. Me causó mucho morbo ser tu chica ayer...

Ignoro el calor delicioso que me producen ahí abajo sus palabras y continúo con las preguntas.

—¿Por qué no te dejarías follar por un tío?

—Ya te lo he dicho, no me gustan, no me apetece. Es cierto que hubo algunas situaciones donde sólo ves cuerpos y únicamente quieres meterla en algún sitio, pero fueron propiciadas por sustancias que ya no consumo, así que en pleno uso de mis facultades mentales declaro mi culo como de tu propiedad, señorita López.

Me gusta demasiado su declaración, y me prometo a mí misma hacer uso de ese derecho, pero en este momento necesito saber más.

—Esto que me has hecho a mí...

—¿Quieres saber si he atado y follado a otras mujeres?

—Sí.

—Sólo a prostitutas. Y ya te he dicho que no me siento orgulloso de ello.

Eso sí me sienta mal, y él lo nota.

—Sé lo que estás pensando, y desde ya te digo que es un rotundo «no». No, Cynthia, no te considero una puta. En el pasado recurrí a ellas porque me daban un poco de vergüenza estos... deseos. Pensaba que pagar me daba derecho a hacer lo que quisiera con otra persona... Qué locura. De verdad lamento haber utilizado a mujeres de esa forma.

—¿Y por qué conmigo?

Me toma del mentón y levanta mi rostro para mirarme a los ojos.

—Porque contigo puedo ser yo —me dice—. Siento que puedo mostrarme y mostrarte como realmente soy, con mis sentimientos más sublimes, con mis deseos más perversos. Además, pensé que podía gustarte a ti también... ¿Me equivoqué?

—No —respondo sin dudarle un instante, y él sonríe.

—Eso me pareció. Y la verdad es que nunca antes había tenido el deseo de conocer a alguien lo suficiente como para averiguar si podía agrardarle algo como esto... Es mi primera vez.

Me conmueve mucho esa confesión. En realidad, toda la conversación lo hace. Ahora entiendo

por qué no se siente incómodo con mi bisexualidad; él mismo ha tenido ese tipo de experiencias.

—Gracias por contármelo.

—Sabes que esto es un *quid pro quo*, ¿verdad?

—Lo sé. Pero no será hoy...

—¿Por qué?

Mi respuesta le causa algo de asombro, pero la incipiente erección que se empieza a formar contra mi cuerpo me indica que mi propuesta de verdad le encanta.

—Porque esto es un *quid pro quo*, señor Oliver. Ahora me toca a mí atarte y hacerte de todo.

Miércoles

Me despierto de la mejor manera que puede despertar una mujer: con una lengua lamiéndole el coño.

Así me desperté ayer y, para mi fortuna, hoy se repite el tratamiento.

Qué placer más grande, por Dios.

—Humm...

Él se aparta un momento y yo abro los ojos frustrada.

Me incorporo para mirarlo y me olvido de emitir mi protesta ante la hermosa visión que tengo frente a mí.

Su rostro entre mis piernas... Un rayo de sol entra por la persiana e ilumina su boca y mi coño, nada más. No veo sus ojos, pero adivino esa mirada lasciva que tanto me calienta.

—Buenos días, señorita López. Quédate quieta mientras desayuno —me dice, y luego vuelve a lo suyo.

Quedarme quieta... Sí, claro. Cómo no.

Las lamidas de Oliver en esta ocasión son lentas y largas, pero mi clítoris hinchado pide a gritos un estímulo más constante, intenso y rápido, así que bajo la mano y comienzo a frotarme.

Él me observa a sólo unos centímetros de mi coño, empapado por su saliva y mis propios fluidos. Lo veo morderse el labio inferior en un claro indicio de que lo está disfrutando.

Me deja continuar mi idilio con mi clítoris, pero me mete dos dedos y presiona hacia arriba. Me lleva menos de un minuto correrme en su cara.

Joder... Grito y elevo la pelvis mientras siento que, al retirar sus dedos, de mi vagina sale algo líquido que nunca había sentido. Es un orgasmo tan fuerte que me cuesta recuperar el aliento, pero cuando lo hago compruebo con mis propias manos que de verdad me he mojado.

No puedo creerlo... Mi primer *squirting*, y justo me sobreviene cuando Oliver tiene la cara entre mis piernas. «Tierra, trágame, por favor.»

Pero no tengo tiempo de seguir avergonzándome, porque él trepa por mi cuerpo y me besa. Sabe salado, sabe a mí. Le toco el rostro y compruebo que está empapado.

—Eso fue... Joder, Cynthia. Fue increíble... Mira cómo me ha puesto —murmura con voz ronca al tiempo que frota su pene totalmente erecto contra mi coño mojado.

Se incorpora apoyado en las manos y mira hacia abajo. Su mentón gotea mi eyaculación sobre mis tetas.

—Me muero por follarte sin condón —lo oigo decir como en sueños, porque todavía continúo

en las nubes.

—¿Te atreves?

—¿Te atreves tú? —replica mirándome directamente a los ojos.

—Sí.

No me lo puedo creer, le he dicho que sí.

Mi conciencia me lo recriminará más tarde, lo sé, porque no uso ningún método anticonceptivo y no tengo ni idea de si él habrá tenido cuidado antes, pero no puedo evitar abrir más las piernas cuando dirige su polla hacia el sitio donde tiene que estar. Bien dentro de mí...

Me penetra hasta el fondo, y luego se queda inmóvil, mirándome.

—¿Qué sucede?

Daniel niega con la cabeza e inspira hondo.

—Tengo que controlarme. Dame un segundo.

Pero mi cuerpo ya va por su cuenta. Nunca he follado sin condón, y estoy ansiosa por envolverlo, por apretarlo, por hacerlo mío con la vagina.

Me muevo hacia los lados y él gime.

—No me estás facilitando las cosas...

—No quiero facilitártelas —replico moviéndome ahora adelante y atrás.

—Estoy a punto de correrme.

Mi respuesta es apretarlo más, y él ya no puede resistirse y me penetra de forma rítmica durante unos segundos y luego vuelve a gemir y la saca de golpe.

Se corre sobre mi vientre, sobre mi coño y sobre mis tetas. Nunca había visto tanto semen en mi cuerpo. Es la jodida Vía Láctea...

Cuando termina su orgasmo, se desploma sobre mí y murmura en mi cuello, jadeando:

—No he podido contenerme... Creo que te he dejado un poco dentro.

Le acaricio la nuca. Tiene el cabello empapado de sudor y sigue oliendo igual de bien...

—Ya nos ocuparemos luego de eso —le digo para tranquilizarlo.

—¿Píldora del día después?

—Así es. Nunca la he tomado, pero sé que funciona porque esa sustancia, el levonorgestrel...

Pero Oliver me interrumpe, levantando la cabeza y mirándome fijamente.

—Cynthia, me gustaría seguir hablando del levonorgestrel más tarde, pero ahora quiero decirte algo.

—¿El qué?

—Que te amo.

Contengo el aire, así que no es extraño que me sienta mareada.

Por unos momentos no digo nada mientras intento reponerme ante su atenta mirada. Y luego el que habla es mi corazón:

—Pues qué suerte tengo, porque yo también te amo.

Ambos tenemos los ojos llenos de lágrimas y nos quedamos mirando en silencio, permitiendo

que nuestras emociones se encarrilen para no desbordarnos. Es tan fuerte el sentimiento, tan inmensa la certeza...

Es Oliver quien logra articular algo coherente primero.

—¿Y qué vamos a hacer con esto?

Sonrío.

—Disfrutarlo.

Y, cuando nos disponemos a hacerlo (otra vez...), recuerdo que estamos a miércoles, no a domingo, y lo empujo con las dos manos.

—¡Oliver! ¡Que llego tarde! Dime qué hora es...

—Las diez.

—¡Joder! ¿Por qué no me has despertado?

—Lo estaba haciendo, pero una cosa llevó a la otra...

—Muévete, que debo ducharme y marcharme. Pero antes tienes que decirme algo... ¿Te gustan los gatos?

—¿Cómo? —pregunta sorprendido mientras se hace a un lado para permitir que pueda levantarme.

—Lo que has oído. Júnior me ha dicho que es tu mayor deseo tener uno...

Él suelta una carcajada.

—Tú no te dejes embaucar por ese niño.

—Vamos, Oliver, que quiero hacerte un regalo por tu cumpleaños y no sé qué puede ser.

—Yo sí lo sé: un tatuaje.

«Vaya, qué sorpresa. Un tatuaje...»

—Pero aún no me ha llegado mi equipo nuevo, así que tendrás que ir al estudio a hacértelo.

—No hay problema.

—¿Quieres hacerlo esta tarde?

—Esta tarde me iría muy bien.

—Vale.

Me ducho en tiempo récord y salgo envuelta en su bata, pero él ya no está en la habitación.

Se ha levantado y me ha preparado un desayuno delicioso.

—Me encantan las tostadas con mermelada.

—Yo preferiría la mermelada directa de tu cuerpo, pero tienes que ir a currar. Tal vez mañana nos despertemos más temprano y...

Bebo un sorbo de mi café recién hecho mientras busco la forma de decirle lo que he pensado mientras me duchaba. Esto va demasiado rápido y demasiado bien. No deberíamos tentar a la suerte.

—Oliver, no me quedaré a dormir todos los días aquí, ¿vale?

Tarda unos segundos en responder, pero finalmente lo hace.

—Vale.

No se lo ve muy contento, la verdad, pero no dice nada. Permanece masticando en silencio, pensativo, así que para sacarlo de ese estado intento distraerlo.

—¿Y ya sabes qué quieres tatuarte?

—Sí.

—¿Y quieres decirme qué sería? —pregunto con ironía—. Porque seré «divina», pero no «adivina».

Sonríe y ya sé que he ganado la partida.

—Será lo que quieras, porque tú lo elegirás. Quiero que me marques, señorita López. Que me dejes una huella imborrable en la piel.

—¿Qué? —Casi me ahogo y debo toser un poco para poder respirar. Daniel me alcanza un poco de agua mientras me responde.

—Eso, que yo te diré dónde lo quiero: en la espalda. Y tú decidirás cómo quieres poner tu sello de propiedad sobre ella. No me importa si es tu nombre o una imagen de tu coño, siéntete libre, porque yo no lo veré. Lo verás tú y en alguna ocasión alguien más, pero yo, no.

¿Es posible que todo lo que me diga me resulte excitante?

¡Por Dios! Acabo de ducharme y ya tengo las bragas mojadas sólo por oírlo decir «coño». Además, esa idea de marcarlo me seduce mucho. Y tener carta blanca también. ¿Qué le haré? ¿Qué diablos puedo hacerle? Ya lo pensaré luego, porque ahora me interesa saber el porqué de esa petición, y se lo pregunto.

—Y dale con los «porqués». Porque se me acaba de ocurrir y me resulta divertido verte en apuros pensando qué demonios me harás. Porque tengo mi lado «kamikaze» también. Porque la idea de ponerme en tus manos con algo más permanente que mi polla en tu boca me calienta un poco. Y porque eso de no saber qué me has hecho tiene su puntito misterioso, ¿o no? —me responde, pero a mí me falta algo. Algo esencial.

—Pero ¿por qué un sello de propiedad?

Él me mira de una forma especial, y luego responde algo que termina de robarme el corazón:

—Porque es la verdad. Soy tuyo, señorita López. Tuyo y de nadie más.

Miércoles por la tarde

Se me ocurre en cuanto lo veo entrar por la puerta y me da la taquicardia. Madre mía, ¿esto siempre será así?

Pensé que no vendría, porque después de pasar por la farmacia y de dejarme en la facultad no volvió a llamarme. Pero aquí está, y al sentir en mi pecho ese agitado palpitar, decido ir a lo más simple: un corazón. O tal vez un corazón de naipes. Un rey de corazones sería apropiado...

Me tiembla la mano mientras termino el tatuaje que estoy haciendo ahora. Por suerte, es un símbolo hindú muy simple y no requiere tanta precisión, pero estoy ansiosa por finalizar y atenderlo.

Claro que el estúpido de mi jefe se me adelanta.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Oliver no se corta ni un pelo.

—He venido a tatuarme con aquella señorita —le dice señalándome.

Mi jefe me mira y luego a él.

—¿Tenía cita?

Entonces yo intervengo.

—Guillermo, tiene cita y yo me haré cargo del coste. Apúntamelo y me lo descuentas —le digo antes de que salga con el catálogo y los distintos precios.

Diez minutos después, estoy con Oliver en un reservado. Yo preparo mi equipo, mientras él se quita la camisa.

Me quedo sin aliento al ver su torso perfecto. Los abdominales se perfilan nítidamente, al igual que el músculo inguinal, que asoma por encima de la cinturilla del pantalón.

Dios... Este hombre es mío. No me lo estoy inventando, me lo ha dicho esta mañana, poco antes de grabar mi huella dactilar en su cerradura inteligente. «Ésta es tu casa», aseguró mientras lo hacía. «Es mi casa sólo porque estás tú en ella», repliqué.

Es que él es mi casa ahora. Es mi refugio, mi lugar preferido en todo el mundo. Su pecho, su cuerpo entero está hecho a mi medida, y en él podré cobijarme y protegerme de todo mal.

Y, al tomar conciencia de eso, descarto por completo lo del naipe y el corazón y me decido por algo muy diferente.

—Ya vuelvo —le digo mientras salgo de la habitación.

Busco un frasco de tinta negra y mojo el pulgar en él. No es tinta de tatuar, sino común. Luego busco un papel y estampo mi huella dactilar en él.

Sólo me queda ampliarla en la fotocopidora y ya está. Ahora puedo ver en detalle la intrincada red de líneas curvas que la componen. La impresión ha quedado perfecta, y yo estoy lista para dibujarla en la espalda de mi hombre.

Será el símbolo de lo mío que lo siento y mi marca única e irrepetible. Sólo yo podré tocar su cuerpo, sólo yo podré entrar en su corazón.

Tengo la huella, tengo el sello de propiedad, la marca que le muestra al mundo que este hombre es únicamente mío.

Me cuido muy bien de que no lo vea cuando vuelvo al reservado.

Está sentado sobre la silla especial, inclinado hacia delante y con ambos brazos apoyados en la superficie dispuesta para eso.

Su espalda es perfecta y me da pena profanarla con un dibujo... Creo que es el primer cuerpo que me provoca ese sentimiento, porque normalmente las pieles me resultan más atractivas dibujadas.

Pero esta piel es especial...

—¿Estás seguro de ponerte en mis manos, Oliver? —le pregunto situándome detrás.

—Absolutamente —es su respuesta—. Pero empieza de una vez porque me está dando frío.

—Quejica —le digo bromeando—. No te preocupes, que enseguida entrarás en calor.

Le acaricio la espalda y él inspira hondo.

—Como sigas así, terminarás sentada en mí... en donde no debes.

Me rio porque me hace gracia que no se le haya ido del todo el reparo al decir palabras fuertes fuera de la cama. Estamos solos, y teniendo en cuenta todo lo que hemos hecho..., ¿es tan difícil decir «polla»?

Comienzo a trabajar para no complicarnos la existencia con un calentón en este momento. Él no se queja, permanece inmóvil, sin decir nada, sin preguntar nada... No sé cómo lo hace para soportar no saber qué le estoy haciendo. Yo no podría.

Cuando estoy a punto de terminar le suena el móvil.

—¿Puedo contestar? Está en el bolsillo de mi americana.

—Si lo coges tiene que ser con el altavoz, porque necesito que no te muevas.

Lo piensa un momento y luego me responde.

—Vale. Por favor, alcánzame.

Cuando voy a buscar el móvil me doy cuenta del porqué de la prisa. En la pantalla pone «Mamá».

—Es tu madre.

—Ponlo en altavoz.

Y, en cuanto lo hago, la mujer comienza a hablar.

—¿Daniel? ¡Por fin! Te he llamado durante toda la mañana y no me lo has cogido...

—Tranquila, mamá, estoy bien.

—Pero ¿por qué no contestas? Te he llamado al bufete y me han dicho que habías salido.

¿Dónde estás?

—Estoy en... estoy en el dentista, así que no puedo hablar, ¿vale?

—Ni se te ocurra colgarme. No sé qué te pasa... El domingo casi me dio un telele cuando desapareciste durante todo el día. Tuve que llamar a Júnior y lo cogió la desagradable de tu ex sólo para decirme que estabas perfectamente, pero fuera de la ciudad... ¿Cómo es posible que ella lo supiera y yo no?

—Avisé a Paulette por si tenía alguna urgencia con Júnior...

—¿Y tu madre no podía tener una urgencia también? Sabes que *Clarita* está delicada, y yo misma ya no tengo una salud de hierro. ¡No puedes hacerme esto, Daniel! Ten un poco de consideración con tu pobre madre...

—Mamá, hablaremos de esto después. Te prometo que cuando esté libre pasaré a verte.

—No entiendo, querido. No sé qué te está sucediendo, pero tienes que resolverlo. Ahora, sobre lo del viernes...

—Estoy en el dentista, ya te lo he dicho. Y voy a tener que cortar. Hasta luego.

Me hace una señal con la cabeza, y mientras aprieto el botón todavía se oye la voz chillona de esa mujer: «Ya hablaremos de esto tú y yo. No puedes...».

No digo nada y retomo mi trabajo, pero ya no lo estoy disfrutando. Y creo que él menos, porque al dolor se le suma el disgusto. Me doy cuenta por la tensión de sus músculos, y también por su silencio.

—Relájate, Oliver. Ya terminamos.

—Siento que hayas tenido que escuchar esa conversación. Mi madre puede ser muy controladora a veces, y es por eso por lo que Paulette me aconsejó que...

—No es necesario que me lo aclares. Ni por qué te controla tanto ni por qué le mientes diciéndole que estás en el dentista.

Él vuelve a quedarse callado hasta que termino el tatuaje. Ha quedado muy bien, un poquito más grande que mi pulgar real, pero ahora ya no los siento tan míos. Ni la huella de mi dedo ni a él. La madre de Oliver ha logrado arruinarme lo que habría sido un gran momento. ¿O ha sido él y su incapacidad para ponerle un freno efectivo? No lo tengo claro, y creo que hasta me daría miedo tenerlo.

—Listo. ¿Seguro que no quieres verlo?

—No por ahora.

—Bien, te lo vendaré.

Lo hago y le digo que puede vestirse, pero él no me hace caso. Sólo se pone de pie y se acerca así como está, con el torso desnudo. Me atrae hacia sí, pega su cuerpo al mío y me busca la boca.

Lo recibo en la mía con ansia. Sus besos me dan la seguridad que necesito, la certeza de que aún está conmigo, de que sigue siendo el que ha sido estos días.

—Gracias por el regalo —susurra sobre mi boca.

—Pero si ni siquiera sabes qué es...

—Me basta con saber que tengo tu huella en mi piel.

Vaya... ¿Sabrá realmente cuán certeras son sus palabras? No lo creo, pero él sí parece «adivino» además de «divino». Son tan grandes sus dones que si lo pierdo estoy segura de que jamás se me cruzará en el camino ningún hombre o mujer que puedan provocarme lo que él me hace sentir.

Porque, hasta cuando me enfada, hace que me sienta viva y capaz de todo. ¡Joder, cuánto lo amo!

Lo quiero, lo quiero, lo quiero... Le echo los brazos al cuello y me lo como vivo. Lo devoro, lo retengo con mi lengua, con mis labios... No quiero que se marche.

Pero cuando me doy cuenta de que, inconscientemente, lo que busco es alejarlo de su madre, lo suelto. Yo no soy así. Al menos, no lo era...

—Vete. Tienes cosas que hacer.

Se pone la camisa y luego la americana.

—¿Nos vemos luego?

—No puedo, ya he quedado con Helena y Rocco.

—Es que mañana no te veré en todo el día... Debo ir a Montes del Rey y tengo un juicio. No sé a qué hora...

—No te preocupes, que yo también tendré mucho que hacer.

Oliver me mira con tristeza. Seguro que sabe que, a pesar de que no le he dicho nada, un poco me ha decepcionado.

Lo que no intuye es que realmente estoy más decepcionada de mí misma y de mis reacciones que de él.

Ahora

Es el cumpleaños de Rocco y, en lugar de estar disfrutando con mis amigos en el Oasis, estoy lamentando que el día terminará sin mi dosis de él.

Me he hecho adicta a sus besos. Cada vez que recuerdo cómo me chupó y me lamió el cuello hasta hacer que me corriera siento un vacío en el estómago.

—Cynthia López, ¿dónde estás? —pregunta Helena pasándome la mano por delante de los ojos. Suspiro e intento sonreír.

—Aquí, con vosotros... A propósito, ¿adónde ha ido Rocco?

—Ha dicho que a mear, pero yo creo que va a ligar y nos dejará plantadas.

—Déjalo, qué disfrute.

Helena me conoce bien, y sabe que algo me pasa.

—Suéltalo —me exige.

—No puedo soltar nada porque no sé qué es.

—No comprendo.

—Eso, que lo de Oliver va maravillosamente bien, pero algo me hace sentir preocupada e incómoda —trato de explicarle.

—¿Te estás boicoteando, Cyn?

—No lo sé. Y, si me apuras, te diré que en este momento no querría averiguarlo. Mejor cuéntame cómo vas tú con Gastaldi, y cómo se encuentra su madre.

Y durante un rato me olvido de mi malestar y me concentro en lo que me cuenta mi amiga. Al parecer, la madre de Fausto no ha manifestado ninguna mejoría y eso la preocupa.

—... Y es por eso por lo que no podremos ir el viernes, Cyn. No te enfades, pero Fausto se quedará con Elizabeth y yo debo coger el tren de las ocho a Montes del Rey para ver a Hannah.

¿Que no me enfade? No entiendo a qué se refiere con que no podrá ir mañana.

—¿Adónde no podréis ir?

—A la fiesta de cumpleaños de Daniel. Lo llamaré por teléfono, pero...

—Espera. No termino de entender... —comienzo a decir, pero Helena parece confundida e intenta cambiar de tema.

—Nada, déjalo. ¿Qué te parece si nos pedimos un mojito?

—Helena, no me toques las narices, que ya me las han tocado demasiado.

—Debe de ser un malentendido. Seguro que Fausto no lo ha entendido bien...

—¡Habla de una vez! Hasta donde yo sé, el cumpleaños de Oliver es el sábado, y el plan era

cenar con su hijo. Pero ahora tú me hablas de una fiesta el viernes. ¿Me lo dirás o tendré que pegarte?

Entonces me lo cuenta. Una fiesta. Una jodida fiesta en casa de la madre de Oliver. Una fiesta de gala, por todo lo alto.

Y yo no estoy invitada. Así de simple.

—Cyn... No te mortifiques —me dice mi amiga con carita de pena.

—¿Que no me mortifique...? Daniel no me ha invitado a su fiesta. Para mí está más que claro —replico con amargura.

—Escúchame..., tal vez él ni siquiera lo sepa. Quizá su madre le esté organizando una fiesta sorpresa y...

—Helena.

—Dime.

—Ni tú misma te lo crees.

Mi amiga me acaricia el brazo con ternura. No sabe qué decir, pero al menos lo intenta.

—No supongas nada, Cynthia —me aconseja—. Pregúntale directamente... Vuestra relación se ha caracterizado hasta ahora por la franqueza, así que habla con la verdad en la mano e intenta comprender los motivos de su forma de actuar.

—Los motivos... ¡Es un puto calzonazos! Su madre hace lo que quiere con él —exploto—. Y yo no soy lo suficientemente importante en su vida como para que se rebele. ¡Ésa es la pura verdad!

Helena me abraza. Apoya la cabeza en mi hombro un buen rato hasta que me calmo.

—Prométeme que, antes de estallar, hablarás con él.

—Claro, lo insultaré antes de darle el par de hostias que me muero por darle.

La noche está arruinada, eso es evidente. Helena no me deja contestar las tres veces que Oliver me llama. Coge mi móvil y le escribe un whatsapp.

«Cariño...», veo que comienza a poner, pero la interrumpo de inmediato.

—Yo no lo llamo así, Helena. Sabrá que no soy yo.

Ella suspira y lo intenta de nuevo:

¡Hola! No puedo contestar ahora... Es que estoy de fiesta con mis amigos. ¿Es urgente?

Él responde de inmediato:

No es urgente. Sólo quería oír tu voz...

Mi amiga suspira y me mira con reprobación.

—Es tan dulce —me dice.

—Yo soy más de salado —replico.

—Debes responder algo...

—Ya lo haces tú por mí. Ponle lo que te salga del coño.

Se vuelve y escribe rápido, y luego me entrega el móvil.

—Ya está.

El mensaje que le ha enviado es breve.

Un emoticono de carita sonriente y otro de un besito. Y luego: «Hablamos mañana, ¿vale? Que duermas bien».

Pongo los ojos en blanco y me desconecto antes de ver la respuesta.

—Yo nunca habría puesto eso. Seguro que se ha dado cuenta —digo fastidiada a más no poder.

—¿Y qué le habrías puesto tú? —pregunta mi amiga sonriendo.

Me encojo de hombros y lo pienso un segundo.

—Estando de buenas habría respondido: «Para mí es más urgente chuparte la polla», pero cómo estoy de malas, si me hubieses dejado, le habría puesto: «Que te den».

Por un momento acuden a mi mente imágenes de Oliver tendido boca abajo en mi cama, permitiendo que le diera placer con uno de mis dedos... Pero las alejo, sacudiendo la cabeza. No debo pensar en eso.

Helena ríe y vuelve a abrazarme.

—Eres única, Cyn. Realmente única...

Le correspondería, pero estoy tan enfadada que lo único que hago es apartarme y cruzarme de brazos, más malhumorada que nunca.

Y así me encuentra Rocco cuando regresa con más bebidas y sin ningún ligue.

—¿Quién se ha muerto? —pregunta al ver mi rostro.

Helena le hace caras como para que no pregunte, pero yo no puedo contenerme.

—Ha muerto una idiota que creyó que podía vivir su propio cuento de hadas con final feliz. Qué ilusa he sido —digo amargamente. Y, como sé que mi estado de ánimo no cambiará, les anuncio a mis amigos que me marchó a la residencia.

Ellos intentan que me quede, hacen lo posible para animarme, pero es inútil.

Como he dicho antes: la noche, para mí, ya está arruinada.

* * *

Bien. Diviértete.

Ése es el último mensaje de ayer de Oliver.

Es evidente que no le pasó desapercibido que no estaba el horno para bollos, porque no suele ser tan cortante. Supongo que se estará preguntando por qué... Bueno, tal vez pronto lo sepa, o tal vez no.

Lo que es yo, y con la cabeza fría, he decidido darle el beneficio de la duda. Seguiré el consejo de Helena y le preguntaré sobre la puta fiesta antes de montarle el pollo.

Lástima que no podrá ser hoy, porque me acaba de enviar un whatsapp.

«Voy a Montes del Rey, por lo de Hannah —me pone—. Y más tarde tengo un juicio y luego llevaré a mi hijo a natación. ¿Nos vemos esta noche?»

Qué gracioso. Su madre le marca el ritmo y él quiere hacer lo mismo conmigo. Pero no se lo voy a permitir, claro que no.

Oliver, mejor lo dejamos por hoy ¿vale?

Pero él no es tonto, y enseguida responde:

Cynthia, dime qué sucede.

«Ahora te llamo», le escribo. Y, de pronto, en lugar de preguntarle con franqueza lo de la fiesta de gala, se me ocurre una forma más sutil de saber la verdad.

—Señor Oliver —le digo melosa para que no sospeche lo que me propongo—. No sucede nada. Es que tengo la regla y prefiero quedarme en casa. Además, tú llegarás cansado, y la verdad es que te prefiero descansado, no sé si lo pillas...

—Vaya... La hermosa señorita López está con la regla pero de buen humor. O, al menos, eso espero...

—Siento lo de ayer. Es que, si contestaba, mis amigos me habrían hecho bromas desagradables el resto de la noche.

—¿Qué tipo de bromas?

—Bueno, del estilo de «el poder que tiene una polla...» y cosas así.

Se ríe. Cómo me gusta esa risa... Pero no puedo desconcentrarme, tengo que seguir.

—Hoy me quedaré en casa, pero me gustaría verte mañana —le digo ciñéndome nuevamente al plan inicial.

—Yo también, Cynthia. Me muero por verte. ¿Comemos juntos?

Mi respuesta es rápida.

—No puedo, tendré una prueba a esa hora. Mejor cenamos, ¿qué te parece?

Al otro lado de la línea se oye sólo silencio.

—¿Oliver?

—Ejem —carraspea—. Aquí estoy.

—¿Y qué me dices?

—Que no puedo por la noche, Cyn. Tendré que preparar una audiencia con un colega...

Trago saliva. Mis miedos se confirman. Hay una fiesta mañana y yo no estoy invitada.

Siento calor en las mejillas y muchas ganas de llorar, pero me contengo.

—¿Un viernes por la noche? ¿En serio?

—Es un caso difícil. Terminaré muy tarde...

—Creo que no quieres verme, Oliver. O tal vez tengas algo mejor que hacer —le digo insidiosa. Quiero llegar al punto en que su incomodidad se haga evidente y ya no sepa ni qué

decir.

—Por supuesto que quiero verte —replica de inmediato—. Mira, hagamos algo: cuando termine pasaré a recogerte donde estés, ¿vale? Iremos a casa, dormiremos juntos...

«Sí, claro. Cómo no...» Después de disfrutar de la fiestecita que le ha organizado su querida madre, piensa venir y acurrucarse con esta idiota que al oír «dormiremos juntos» siente un vacío en el estómago.

Inspiro hondo. Ya he comprobado lo que quería, ya he confirmado mis sospechas y no quiero seguir hablando porque romperé a llorar.

—Mejor lo dejamos por el momento —le digo intentando no sonar tan mal como me siento—. Y ahora debo colgar.

—Espera... No te enfades. Sabes que te amo, ¿verdad? No lo dudes ni un instante.

—Ya no tengo dudas, Oliver. Ninguna duda —es lo último que le digo antes de cortar la llamada.

Viernes

¿Vosotras creéis que no intentó persuadirme para que nos viéramos anoche? Lo hizo. Durante todo el día estuvo llamándome, tratando de lograr un encuentro al que yo me negué con la excusa de la regla y alguna tontería más. No podría mirarlo a los ojos sabiendo lo que sé y que todavía no me atrevo a afrontar.

Y hoy, al despertar, me encuentro con un audio de WhatsApp:

Buenos días, o al menos eso espero... Cynthia, no sé por qué estás tan enfadada, pero esta noche, después de terminar lo que tengo pendiente, iré a buscarte y lo aclararemos. No te digo nada de vernos por la tarde porque ya me estoy frustrando de tantas negativas. Vamos, mi amor, ¿es por la regla? Porque si es eso me lo dices y lo entenderé. Llámame, ¿vale? Te quiero.

Al escucharlo, me pongo a llorar. No tengo la regla todavía, pero es como si la tuviese, porque mi estado de ánimo es pésimo.

En todo el día no contesto ni las llamadas de él ni las de Helena.

A ambos les respondo por WhatsApp: «Ahora no puedo, te llamaré después», pero no lo hago. Es que dentro de mi cabeza se está gestando una idea que puede hacerme caer al fondo del abismo.

Entonces ¿por qué pienso en ello? ¿Por qué me regodeo planeando algo que tal vez me cause mucho mal? Porque necesito la verdad, por eso.

Y es en honor a la verdad que cuando cae la noche cojo ese vestido, el que me regaló Lía porque le iba pequeño y jamás me he puesto.

Es verde, de corte sirena y con un solo hombro. Me calzo unas sandalias de tacón de aguja plateadas y me recojo el pelo tirante en lo alto de la cabeza.

Mientras me maquillo cuidadosamente, una voz interior me advierte que no debo hacerlo, pero yo la ignoro. Estoy decidida a todo esta noche.

Cuando apenas pasan de las nueve, pido un Uber. Sé muy bien la dirección porque la he buscado en la guía esta tarde.

Fedora casi se cae de su silla cuando me ve.

—Rizos..., ¿de verdad eres tú? ¿Vas de boda?

Sonrí con tristeza porque presiento que más bien es lo opuesto a eso.

—Algo así —respondo, y luego salgo a esperar fuera para que no me pregunte más.

El chófer de Uber es muy atractivo. Barba tupida, ojos color miel, anchos hombros. En otro momento habría coqueteado un poco, pero hoy no estoy con ánimos para nada.

Él, sin embargo, no me quita los ojos de encima a través del retrovisor. La tercera vez que lo pilló haciéndolo, me pide disculpas.

—Es que está usted deslumbrante —me explica.

—Gracias. Procure no encandilarse y continúe conduciendo.

Él ríe abiertamente.

—Parece que no está de humor esta noche, Cynthia.

—Ha acertado, Rafael —replico en el mismo tono que él, usando el nombre que la aplicación delatora nos proporcionó a ambos.

—Entonces, nada de charla.

—Se lo agradezco.

Permanecemos en silencio todo el viaje, pero al llegar se vuelve y me sonrío. Derretiría un glaciar con esa sonrisa, el muy *jodío*.

—Suerte esta noche —me dice.

—Gracias. La voy a necesitar —respondo mientras me bajo.

Cuando llego a la puerta, titubeo. ¿Estoy haciendo las cosas bien? Mi voz interior me dice un «sí» algo inseguro. ¿Estoy honrando la verdad con mis actos? Mi voz interior se ríe de forma sarcástica y luego me dice: «Tal vez, pero has tenido que mentir, o al menos ocultar para lograrlo». Al demonio con las voces interiores. Lo único que hacen es confundirme.

No lo pienso más y hago sonar el timbre de la impresionante mansión. Me abre la puerta un pingüino con cara de pocos amigos.

—Buenas noches, yo...

Pero no me deja terminar ni de presentarme.

—Aguarde aquí, por favor.

Y, sin más trámite, me cierra la puerta en la cara. No doy crédito, la verdad. Estoy a punto de llamar otra vez cuando la puerta se abre nuevamente y ante mí aparece la madre de Oliver.

No me esperaba encontrármela antes que a él, así que me quedo muda. Paralizada y muda, mientras ella me mira de arriba abajo con una descarada expresión de disgusto en su rostro en exceso maquillado.

—No me lo puedo creer... ¿Qué haces tú aquí? —me pregunta a bocajarro.

Trago saliva y me obligo a reaccionar.

—Señora, sé que no he sido invitada, pero querría...

No obstante, no me deja terminar. Me interrumpe sin contemplaciones.

—Escúchame, criatura. Yo que tú me marcharía de inmediato. ¿Acaso no es evidente que no eres bienvenida?

Trato de no dejarme amedrentar por este inesperado recibimiento, pero mi voz suena más titubeante de lo que desearía.

—No me iré sin hablar con Daniel, así que le pido que me haga el favor de llamarlo.

—¡Ni lo sueñes! —exclama mordiendo las palabras—. Por algo no te ha dicho que vinieras, pero como no te has dado por aludida yo te lo diré: lo avergüenzas. Eres sólo una chica con la que está pasando el rato, una muy guapa, debo reconocerlo, pero no das la talla... ¿Qué te has creído? Aunque la mona se vista de seda...

No me esperaba palabras tan crueles, y cuando los ojos se me llenan de lágrimas siento la necesidad de huir de ahí. Pero algo me lo impide... O, mejor dicho, alguien.

—Cierra esa boca venenosa, Ingrid, o lo lamentarás.

Vuelvo la cabeza y descubro a una rubia muy elegante junto a mí. Viste un traje de pantalón y chaqueta gris perla y el pelo recogido en la nuca. Ni siquiera la he oído llegar y, aunque su rostro me resulta familiar, no tengo ni idea de quién es, pero no debo hacer nada para averiguarlo porque la madre de Oliver lo esclarece enseguida.

—Paulette..., siempre tan oportuna, querida. Aunque siento decirte que tú tampoco eres bienvenida en mi casa.

La rubia da un paso al frente y pone los brazos en jarras. Su actitud es claramente belicosa, pero su irrupción hace que logre controlar la angustia que me atenazaba el corazón y me estaba impulsando a emprender la retirada.

—No necesitas aclararlo. Sólo he venido a buscar a mi hijo y te encuentro disfrutando de tu pasatiempo preferido: arruinarle la vida al tuyo. ¿Es que no te cansas?

Ingrid no se amedrenta ni un poquito ante la actitud de su exnuera. Por el contrario, levanta el mentón y le responde.

—En lugar de insultarme, deberías apoyarme. Danielito se ha encaprichado de esta mujer, y como no la ha invitado a su fiesta, ella se ha presentado a armar un escándalo.

Eso no se lo pienso consentir. No quiero armar jaleo, sólo quiero una explicación, así que intento defenderme, aunque débilmente.

—No es mi intención... —comienzo a decir, pero la madre de Oliver no me permite continuar.

—Cállate, aprovechada. Cállate y márchate de una vez.

Y, para mi total asombro, Paulette sale nuevamente en mi defensa.

—Ingrid, si sigues en esa tesitura la que armará un escándalo seré yo. Ve a buscar a «Danielito» y que él decida si quiere a su novia en su fiesta o no.

—¿Su novia? Pero ¿tú la has visto bien? —pregunta Ingrid con una mueca desdeñosa. Creía que ya no podría hacerme más daño, pero va a ser que sí. Esto duele demasiado.

—La he mirado bien. Sólo ha sido necesario echarle un vistazo para darme cuenta de por qué jamás la aprobarás. Guapa, joven, no judía, y con aspecto de no aguantar estupideces. Qué complicado lo tienes, querida exsuegra... —se burla Paulette, y yo siento ganas de abrazarla al ver a la madre de Oliver palidecer.

—No es mujer para Daniel. Tú tampoco lo eras y me di cuenta tarde, aunque no llego a lamentarlo del todo porque mi nieto bien vale mi error. Pero esta...

Paulette se cruza de brazos y sonrío.

—Lo que a ti más te molesta es que sea mulata, ¿no? Porque, con tus antecedentes, no puedes ponerle ni un «pero» a esta chica...

—Paulette, te lo advierto...

—No tienes autoridad moral para vetarle nada a Daniel. Después de todo, tú lo concebiste por haberte encaprichado de un seminarista católico diez años menor al que volviste loco durante mucho tiempo, hasta el extremo de haber tenido que marcharse a otro país para escapar de ti... —le dice sin cortarse ni un pelo, dejándome con la boca abierta ante tal revelación.

—¡Cállate! —chilla Ingrid con los puños apretados. Parece estar a punto de golpear a su exnuera, pero ésta continúa hablando.

—Le arruinaste la vida a ese joven sólo porque te quemaba el coño cuando lo tenías cerca y te empeñaste en que lo dejara todo por ti. Quisiste moldearlo, hacerlo a tu medida para que tu familia no se enfadara, pero lo único que lograste fue que, después de doce años intentando defenderse de tus ataques, terminara renunciando a su fe, a su lugar en el mundo y hasta a su hijo... Eres pérfida, Ingrid. Realmente pérfida —la acusa mirándola con infinito desprecio.

Pero Ingrid no se queda atrás en las acusaciones.

—¿Y tú? ¡Tú eres una zorra! Me engañaste haciéndome creer que eras una niña bien...

Sin embargo, a Paulette no parece afectarle en nada.

—Tienes razón: fingía. Para complacerte a ti y a otros, hasta que desperté...

—No sólo me has engañado a mí. ¡Te acostabas con otros estando casada con mi hijo!

Abro los ojos y la boca por la sorpresa, pero esa acusación tampoco parece afectar a Paulette.

—Sí, lo hacía. Y él también tenía lo suyo y lo pasábamos superbién. Nuestro acuerdo funcionaba hasta que tú metiste la nariz y lo arruinaste. ¿Quién te da derecho a inmiscuirte en la vida personal de los demás?

Bueno, esto es una sorpresa detrás de otra. Nunca habría sospechado el tipo de relación que mantenían Oliver y ella, pero no es eso lo que más me asombra, sino el hecho de que Paulette no parezca avergonzada o nerviosa. Lo admite sin problemas, y yo la admiro profundamente por eso.

—¡Era la vida de mi hijo! ¡No podía permitirlo! —chilla Ingrid furiosa.

—No puedes seguir dominándolo así. Es indigno que lo manipules sólo porque cumpliste con tu deber de madre y lo sacaste del pozo de la depresión. Déjalo ser feliz con ella o con quien él decida... —le exige serio, pero Ingrid no se da por vencida y arremete otra vez en contra de mí.

—¡Jamás! Tú no sabes lo que yo sé de ésta. La he hecho investigar...

«¿Qué? ¿Cómo? ¿Me ha hecho investigar? Pero ¿qué clase de hija de puta haría una cosa así?»

La que no parece sorprendida es Paulette. Se ve que la conoce bien...

—Eso es muy propio de ti, pero no me interesa saber nada de...

Pero Ingrid la interrumpe, y lo que dice a continuación me deja sin aire.

—¡Es una adicta y se acuesta con mujeres! ¿Vas a dejar que Júnior duerma en la misma casa que esta desviada?

¿Cómo es posible que haya averiguado cosas tan íntimas? Pero no tengo tiempo de seguir mortificándome con eso, porque Paulette contraataca por mí.

—Te he dicho que no me importa. Mi hijo la quiere, y él es un experto en detectar la calidad humana... Por eso a ti no puede ni verte, pero tiene que soportarte porque eres su abuela.

—No soy adicta... Ya no. Y nada de lo que he hecho en el pasado me avergüenza... —intento defenderme. Por alguna razón, en este momento me importa más lo que pueda pensar la exmujer de Oliver que lo que piense su madre.

—Y haces bien. No te dejes amedrentar por esta bruja —me dice Paulette comprensiva.

Pero su exsuegra intenta ponerla de su parte. Esta mujer no se cansa de hacer daño.

—Paulette... Danielito está con ella para hacerme rabiar, y lo sabes. Me está desafiando enredándose con alguien que representa todo lo contrario de los valores de nuestra familia. ¿No te das cuenta?

—De lo único que me doy cuenta es de que voy a tener que ir a por «Danielito» para que te haga entrar en razón —y luego, volviéndose hacia mí, agrega—: Tú aguarda aquí, cariño. No se te ocurra marcharte y no le hagas caso a esta loca.

Casi le ruego que no se le ocurra a ella marcharse, pero logro contenerme. No puedo mostrarme tan débil ante esta odiosa mujer.

Y, en cuanto Paulette entra en la casa, Ingrid termina de rematar lo poco que me queda de orgullo con unas pocas palabras bien escogidas.

—Eres tan golfa como la otra, pero ella es la madre de mi nieto y tú no eres nada. Sólo un entretenimiento y la forma que tiene mi hijo de pedirme que le suelte un poco las riendas. Puedo hacerlo, claro que sí, pero resulta que no me da la gana permitir que se arruine la carrera por mostrarse en público con alguien como tú. Y no es sólo tu aspecto, querida... Son tus antecedentes. Un prestigioso abogado saliendo con una cualquiera. Todos dirán que se ha vuelto loco y no se fiarán de su idoneidad profesional, así que hazte y hazle un favor y desaparece de su vida. Hazlo ahora antes de que se presente, porque ¿quieres una señal más clara de que desentonas? ¡No te ha invitado a su fiesta de cumpleaños! Si no lo pillas es que eres más tonta de lo que creía...

Listo, ya está. No podría hacerme más daño aunque se lo propusiera.

Sus palabras son como un puñal. Retrocedo uno, dos, tres pasos... Su mirada triunfante no se pierde ninguno de mis movimientos. La duda que se había empezado a sembrar en mi mente ahora es una enorme certeza: soy un pasatiempo para Oliver. No encajo en su vida. Y si me empeño en seguir con él se la voy a estropear.

De pronto caigo en la cuenta de que, si ahora estoy sufriendo, si continúo adelante esto me va a destruir.

No lo soporto más, me doy media vuelta y echo a correr.

Y, cuando estoy llegando a la esquina, oigo los gritos de Daniel, llamándome.

Poco después

Un taxi muy oportuno me aleja de allí.

Esta vez no hay miradas de admiración a través del retrovisor, sino una inmensa pena. Claro... Una joven mujer vestida de fiesta llorando en un taxi no puede provocar otra cosa más que lástima.

Le indico la dirección de la residencia, pero cuando estamos llegando me doy cuenta de que no tengo fuerzas para enfrentarme a Fedora y tampoco dinero para el taxi, así que le doy al chófer las señas del Oasis.

Seguramente allí habrá alguien que pueda auxiliarme. Además, no puedo llegar tan temprano a la residencia si quiero evitar preguntas indiscretas. Me quedaré allí un buen rato hasta calmarme, me tomaré una copa y volveré a medianoche y tal vez sin zapatos, como una Cenicienta moderna.

Para mi fortuna, en la puerta me encuentro a Maca, fumando. No tengo que decirle nada, sólo me basta con pedirle que me preste dinero y mi cara de amargura para que lo haga.

Cuando me bajo del taxi, ella se acerca y me acaricia el rostro con el dorso de la mano.

—Has llorado, morena... Te ha hecho daño...

Me sorbo los mocos, y ella saca un pañuelo de su bolsillo y me lo tiende.

—No quiero hablar de eso, por favor. Te pagaré mañana lo del...

—Vamos, que contarlo te hará superarlo. Y no me debes nada, esto se paga con los cien que me tiraste a la cara la otra noche —me dice, y al ver mi expresión avergonzada, agrega—: Pero no lo lamentos, que me vinieron muy bien...

Sonrío, pero con tristeza. Estoy segura de que esa sonrisa no me llega a los ojos.

—Maca, necesito un trago...

—Yo te invito, pero si te lo bebes de mi boca. Estás hermosa como nunca, Cynthia —me dice acercándose.

Sin embargo, antes de que pueda responderle, algo sucede. Un coche se detiene junto a nosotras con un chirrido de frenos, y un segundo después Oliver se baja de él.

Me lo quedo mirando como atontada. ¿Cómo es que me ha encontrado? No lo entiendo... ¿Y qué demonios hace aquí cuando en su casa lo homenajean con una fiesta de gala?

Camina hacia mí decidido, pero Macarena se interpone entre nosotros.

—No tienes nada que hacer en este sitio. Vete.

—Necesito hablar con Cynthia —replica él de inmediato.

—No permitiré que le hagas daño otra vez, hijoputa —lo agrede, pero a él no se le mueve un

pelo. A decir verdad, va muy bien peinado. Lleva gel en el pelo y se ha afeitado la barba de tres días que tanto me gusta. El esmoquin a medida lo hace más elegante todavía.

—Te lo repito: he venido a hablar con ella y no me iré sin hacerlo.

La cosa se está poniendo difícil y hay demasiadas personas mirando, así que cojo a Maca de los hombros y le susurro al oído: «Regresa dentro de dos minutos y aléjame de él, por favor».

Ella asiente y se marcha, no sin antes dirigirle a Oliver una mirada fulminante mientras le dice entre dientes:

—No te atrevas a hacerle más daño.

Él no le responde. Es más, ni siquiera la ha mirado un instante. Sus ojos permanecen fijos en los míos, que supongo que estarán igual de brillantes.

—Cynthia... Antes de nada quiero pedirte perdón... No era mi intención hacerte sufrir, te lo juro.

Trago saliva.

—Eso lo doy por descontado. Pero estoy sufriendo, y mucho. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

Me observa con el desconuelo pintado en la cara.

—Te he seguido porque necesito decirte que lo siento, de verdad... Mira, esa fiesta no la he organizado yo, sino mi madre. Lo hace todos los años, y es una verdadera tortura para mí... Acude gente que apenas conozco a saludarme... Es un completo fastidio, pero no puedo negarme...

—¿Por qué me lo ocultaste? —le pregunto interrumpiéndolo, porque no me interesa oír más de su bonita fiesta de gala.

Al parecer, no se esperaba esa pregunta tan pronto, porque abre y cierra la boca, pero no le sale nada. Se mete las manos en los bolsillos nervioso.

—No es necesario que me lo digas, yo ya lo sé. No quiero más explicaciones, porque esto se termina aquí.

Listo, lo he dicho. Mi dignidad y mi orgullo han regresado con más fuerza que nunca.

—Escúchame, Cyn... Tú no tienes nada que hacer en ese ambiente...

Me río sarcástica.

—Eso ya lo sé... Ya me lo ha explicado claramente tu madre.

Inspira profundamente y traga saliva.

—No sé qué te ha dicho, pero seguramente no ha sido agradable y tampoco cierto...

Ya no puedo más.

—¡No importa ahora! ¿Qué más da?

—A mí lo que me importa es saber qué sientes. Dímelo...

—¿Qué siento? Que eres un maldito mentiroso. Que eres una marioneta. Que no tienes los huevos suficientes para hacerle frente a tu madre y decirle qué prefieres y qué no —le digo con rabia—. Y que nunca me has querido.

—Eso no. Podrás tener razón en todo lo demás, pero en esto último, no. Te amo, Cynthia. Y es por eso por lo que no te he dicho lo de la fiesta, para que no...

—¡Cállate! —replico furiosa. Y ya no puedo evitar ese sollozo que hace rato que pugna por escapar de mi garganta.

En ese momento aparece Maca y lo enfrenta.

—Ya has hablado. Ahora márchate o te parto esa bonita cara tuya.

Su actitud es claramente agresiva, y yo temo que todo se descontrole.

—Ya se iba, Maca —le digo mientras de mis ojos no dejan de brotar lágrimas. Lágrimas de pesar, de furia, de orgullo y de amor.

—No hemos terminado —se apresura a decir Oliver, pero la rubia es implacable.

—No la jodas más de lo que ya la has jodido, porque si no te marchas ahora el que estará verdaderamente jodido serás tú —y en cuanto termina de decirlo les hace una seña a los dos tíos que custodian la puerta del club.

Ellos se aproximan con cara de pocos amigos, y yo me apresuro a decirle a Oliver que se vaya.

—Márchate de una vez —le digo—. No tienes nada que hacer aquí...

Los dos tíos con pinta de macarras se cruzan de brazos al mismo tiempo y lo miran.

—Cynthia, por favor...

—... Y no me busques, no me llames, no vuelvas siquiera a pronunciar mi nombre. Te quiero fuera de mi vida, a ti, a tu madre y a su perrito de mierda —le espeto con rabia. Y, como veo que no reacciona, le vuelvo a gritar—: ¡Vete!

Y luego lo miro con desprecio y le doy el golpe de gracia. Cojo a Macarena del cuello y le como la boca.

* * *

Una resaca de mil demonios.

Una rubia desnuda durmiendo junto a mí.

Un corazón destrozado.

Así puedo describir mi despertar en el día de hoy. Estoy en una habitación desconocida... De golpe acuden a mi cabeza, en rápida sucesión, imágenes de la noche de ayer.

No dejé de besar a Maca hasta que oí el motor del Audi arrancar. Y no la solté hasta que me cercioré de que ya no estaba.

Luego bebí. Mucho... Y también lloré.

Macarena estuvo a mi lado todo el tiempo, conteniéndome. En un momento me trajo a su casa, y, sin saber muy bien cómo, de pronto me encontré desnuda y con su rostro entre mis piernas.

La aparté con cierta torpeza. No quería rechazarla abiertamente pero no tenía ganas de nada.

—No te preocupes, morena. Esperaré lo que tenga que esperar, pero, por favor, no te apartes de mí.

Su actitud suplicante me asustó un poco, pero también me conmovió.

—Gracias —le dije, y después la abracé.

Nos dormimos con las piernas entrelazadas y las cabezas unidas, pero ahora estamos cada una en un lado de la cama.

Ella duerme como una bendita, y no quiero despertarla, así que me voy a la cocina y me hago un café.

Maca no tiene una Nespresso como Oliver, sino una cafetera de esas que van directamente al fuego.

Oliver... ¿No podré ni siquiera hacerme un café sin recordarlo?

No es para mí, nunca lo fue. Y yo hice lo que me prometí no volver a hacer: disfrutar. Eso hice...

De pronto me doy cuenta de que después de lo de Lía no me permití disfrutar de ninguna relación. Me boicoteé mi propia felicidad, me veté mi capacidad de sentir verdadero afecto o afinidad por alguien.

¿Y cuándo se me ocurrió levantar la barrera? Cuando Oliver quiso. Fue él y no yo. Él me enamoró, pero jamás sintió lo mismo. El amor no fue recíproco, tengo que asumirlo. O al menos nunca fue tan fuerte como para derribar su propia barrera, la que había impuesto su madre.

Fueron palabras, sólo palabras. Palabras de amor que se dicen tras un orgasmo demasiado placentero. El problema es que para mí ese sentimiento no será efímero. No me resultará nada fácil olvidarlo...

Porque jamás podré perdonarle su traición.

El hecho de haberme apartado de su mundo al no invitarme a su fiesta es de sobra significativo. Dice que se avergüenza de mí. Dice que no me considera digna. Dice que jamás podría encajar completamente en su vida. Y dice también que no me ama como yo a él.

Su madre gana siempre, jamás podré con algo así. La influencia sobre él es inmensa e imposible de vencer.

Yo nunca he sido derrotista, más bien todo lo contrario, pero esto es demasiado para mí, porque está en juego no sólo mi dignidad, sino también mi corazón.

Y estoy enfadada, muy enfadada, porque podríamos haber tenido una aventura sexual muy intensa, sin compromisos ni hostias, pero él tuvo que hablarme de amor... Sádico hijo de puta. Sólo me utilizó para contrariar a su madre. Pero un poco, no demasiado. Sólo lo justo para que ella le demostrara que su amor por él es más poderoso que el que cualquier mujer pueda brindarle. Y para que le enseñe el camino otra vez.

Mantenerme apartada de Oliver será mi único objetivo de ahora en adelante. Me llamará, estoy segura. Al igual que su madre, él no sabe de límites y no respetará mi petición de que no me vuelva a hablar.

Pero no voy a flaquear, no puedo hacerlo. Necesito apoyo para lograrlo y esta vez no será Helena, porque ella es incapaz de ver un solo defecto en Oliver, y estoy segura de que intentará reconciliarnos.

No voy a acudir a Lía tampoco. A pesar de haber limado asperezas y cerrado heridas con

respecto a ella, siento que podría aprovecharse de mi vulnerabilidad, y no querría tener que rechazarla otra vez. Fue una relación muy intensa la que tuvimos, y creo que no es buena idea acudir a ella en esta ocasión.

Será Macarena quien me ayude a salir de ésta. Ella no representa ningún peligro, ni para mi mente ni para mi corazón. Maca es fuerte, y estoy segura de que, si se lo pido con honestidad, no me va a decir que no.

Le preparo un café y se lo llevo a la cama.

—Buenos días, rubia.

Sonríe aún con los ojos cerrados.

—Estás aquí... No lo he soñado.

Se incorpora y coge la taza que le tiendo.

—No sé si le echas azúcar. Yo lo bebo sin nada.

—Está bien así —repone—. Para dulzura, tu sonrisa...

Suspiro. Ha llegado la hora de hablar.

—Maca, tengo que pedirte algo.

—Dime, lo que sea.

—Tu ayuda para no flaquear. Eso necesito.

Ella parece sopesar el significado de mis palabras por un momento y luego asiente.

—Seré tu contención y tu apoyo. No te permitiré flaquear, Cynthia, te lo prometo.

—Gracias. En lo que a mí respecta, no puedo prometerte nada, tienes que saberlo —le aclaro—. Me siento herida y demasiado vulnerable, y no quiero ni siquiera intentar compensar eso jugando con tus sentimientos, pues sé cuánto duele.

Maca vuelve a asentir.

—Comprendo. No temas, no te pediré nada. Seré tu amiga cuando necesites hablar y seré tu novia cuando tengas que rechazarlo.

Me quedo sin aire por un momento. Ella da por sentado lo mismo que yo: Oliver no se dará por vencido, no respetará mi petición de alejarse e intentará que vuelva con él.

Pero no lo haré, claro que no. ¿Para qué? ¿Para jugar a los novios a escondidas? ¿Para satisfacer sus deseos sexuales, sus caprichos tan peculiares? Que se busque otra tonta o que se busque una puta.

—Rubia, lo que acabas de decir es exactamente lo que necesito. ¿Lo harías por mí, entonces?

—Por supuesto, morena.

Me alegra poder contar con ella, sobre todo en este sábado horrendo en el que Daniel está cumpliendo años y no estaremos juntos. No habrá cena en familia, no habrá besos, ni gato, ni tarta de chocolate. Tampoco podré jamás poner mi pulgar sobre el tatuaje, para tener libre acceso a su cuerpo y a su corazón.

Pero Macarena no me dejará caer, estoy segura. Ni caer ni recaer en algo que me hace más mal que bien.

Durante la siguiente semana nos vemos con frecuencia. Sin embargo, no sucede lo que habíamos anticipado, porque Oliver no me busca. No llama, no escribe. No aparece de forma intempestiva como había imaginado, y, muy a mi pesar, se me cae el alma a los pies.

No es que pensara en perdonarlo, pero tampoco me esperaba esto. Su falta de interés me hace daño, tal vez más que si me acosara. Intento no pensar en ello, pero se me complica de veras.

La que sí llama es Helena. Varias veces.

No sólo por teléfono intenta convencerme de que reflexione, también me escribe un largo mensaje por WhatsApp que no puedo evitar leer:

No seré yo la que te diga lo que te conviene, Cyn, ya lo sabes, pero, por favor, piénsalo. Sé por Fausto que Daniel está muy mal, y estoy segura de que tú también. Me enfada que no quieras verme, pero más lo hace lo ciega que estás. ¿Cómo no ves que ese hombre te ama? Es cierto que su madre es muy absorbente, pero tú eres una chica inteligente y sabrás cómo manejar eso. Vamos, Cynthia. Lucha por el amor de Daniel, que creo que merece la pena.

Ni siquiera me molesto en contestarle, no tiene sentido. Oliver no ha dado señales de vida, así que, aunque quisiera perdonarlo, no podría. Tendría que llamarlo yo, y eso no lo haré ni muerta.

Seguiré sufriendo en silencio, echando de menos sus besos, su sonrisa perfecta. Sus manos tocándome, su boca en mi... «¡Joder! ¡Basta ya!» Pero no puedo detenerme. Extraño su cuerpo y el placer que me daba, pero más extraño conversar con él y los preciosos momentos que pasamos con Júnior.

Por primera vez en mi vida me sentí parte de una familia, pero sólo fue una ilusión. Su madre jamás me habría permitido entrar en la suya.

Y de esta manera, la semana termina con más pena que gloria, mientras mi corazón continúa desangrándose.

No obstante, ahora lo que más me duele es su ausencia.

Otro día

No tenía ganas de venir, pero Maca insistió tanto que... Bueno, aquí estamos, a punto de cenar en este restaurante pijo que se ha puesto de moda.

Ella duda entre pedirse una ensalada o verduras al vapor porque ha entrado en la onda naturista, aunque aún está lejos del veganismo.

Yo me pido unas costillas de cerdo con puré de manzana, y cuando se va la camarera la veo sonreír irónica.

—Y yo que creía que querías volver al pescado... Deja de consumir cerdo, Cynthia. Ya sabes que puede hacerte daño.

Trago saliva y evito responderle. Odio que me recuerde cada vez que puede lo tonta que fui.

Pero no se puede evitar para siempre que el pasado te golpee en la cara, porque siento una presencia junto a mí. Y cuando elevo la mirada descubro que no es la camarera, sino Paulette.

Por unos momentos no hacemos otra cosa más que mirarnos en silencio, pero de pronto éste se quiebra por una conocida voz infantil, una voz a la que echaba tanto de menos...

—¡Cynthia!

Intento sonreír y casi lo logro.

—Hola, señor Oliver. Qué alegría verte...

Él está radiante, y me echa los brazos al cuello. Acaricio su pequeña espalda y aspiro su perfume, que me recuerda tanto a quien no debería.

Pero enseguida se retira y tira de la manga de su madre y, sin saber que ya nos conocemos, le comenta:

—Mamá, ella es la novia de mi papá.

«Dios santo... Haz que la tierra me trague.» No le ha dicho nada al niño todavía... No sé qué decir, pero ni falta que hace, porque Macarena responde por mí, aunque sus palabras no son ni remotamente las que yo habría elegido.

—No, cielo. Cynthia es mi novia ahora...

Silencio absoluto. Bajo la mirada, incapaz de reaccionar adecuadamente, pero el momento de confusión es breve gracias a Paulette.

—Júnior, ve a nuestra mesa con el abuelo, que yo iré también dentro de unos momentos.

Un hombre que está a pocos pasos se acerca y coge al niño de la mano. El pequeño me mira con tristeza, y yo me quiero morir... Y luego me planta un beso en la mejilla y se marcha con el que supongo es el padre de Paulette.

Ella se dirige a Macarena y le pide con excesiva amabilidad:

—Novia de Cynthia..., ¿podrías dejarnos a solas unos minutos?

Maca me mira y yo asiento con la mirada.

—Voy al baño —dice, y luego coge su bolso y se marcha.

Paulette se sienta en el sitio que Maca ha dejado libre y me encara.

—Ni siquiera lo pienses...

—No sé a qué...

—No lo hagas, Cynthia. No te sientas avergonzada por lo que acaba de suceder porque me decepcionarás.

—Es que no puedo evitarlo. Tu hijo debe de pensar lo peor de mí...

—Puedo asegurarte que mi hijo sólo piensa en que es una pena que no estés más en la vida de su padre o en la suya, y que no se le cruza por la mente juzgarte. Ni tus elecciones sexuales, ni tu forma de vincularte... Tú y Daniel sois muy dueños de llevar vuestra relación como queráis y eso incluye a terceros o terceras sin que nadie piense o diga nada, ¿está claro?

Asiento, conmovida hasta las lágrimas.

—Paulette, Macarena no es exactamente mi novia. Y es cierto que Daniel y yo ya no estamos juntos.

—Lo sé, y no sabes cuánto lo lamento, porque él está realmente destruido. La verdad es que nunca lo había visto tan mal.

Me sorprende oír eso, y no puedo disimularlo.

—¿De veras?

—Nunca mentiría en algo así. Escúchame, Cynthia. ¿Lo has pensado bien? Entiendo que una mujer como Ingrid podría desalentar a cualquiera, pero creo que sabes que Daniel lo vale. Y no te estoy diciendo esto para que le des un puntapié a la rubia guapa, sólo quiero que sepas que hay un rubio guapo que sufre por ti, y estoy segura de que tú también lo echas de menos...

Muevo la cabeza, negando.

—No me digas eso, que me haces daño.

—No seas terca, mujer. Si lo quieres, lucha por él... Este encuentro ha sido providencial, te lo prometo, porque tenía pensado llamarte mañana para decírtelo. Cynthia, no permitas que Ingrid se salga con la suya...

—Tú lo que quieres es vengarte de la bruja.

—Bueno, un poco sí, lo admito. Pero también quiero que Daniel sea feliz, y que Júnior también lo sea.

—Pero no sé si yo soy la persona que necesitan en su vida, Paulette. Oliver es un hombre muy dañado psicológicamente por su madre, y ella tiene razón al pensar que enredándose conmigo la estaba desafiando... Lo que no pudo hacer con palabras lo ha hecho con actitudes. Creo que sólo me quería porque su madre odiaría todo lo que yo represento... No me dejaré utilizar de esa forma nunca más.

Paulette me mira con el ceño fruncido, y luego se inclina y pone su mano sobre la mía.

—Querida..., qué equivocada estás. Bueno, sólo has acertado en algo: eres lo opuesto a lo que esa bruja querría para su niño de oro. Pero él te quiere no para desafiar a su madre, sino todo lo contrario.

—¿Cómo?

—Que Daniel debe de amarte demasiado si, sabiendo que su adorada madre no te aprobaría ni en sueños, aun así se enamoró de ti.

Suspiro.

—No, Paulette. Estoy segura de que no es así. No se atrevió a presentarme ante sus amistades y sus clientes esa noche. Me ocultó lo de la fiesta... Su festejo de cumpleaños junto a mí sería una cena con Júnior y nadie más. No me consideró digna de estar a su lado en sociedad...

Ella sonrío y me suelta la mano.

—Cariño, no has sabido interpretarlo bien. Lo que hizo Daniel fue intentar preservarte de toda esa mierda... El odia ese tipo de reuniones, pero accede a representar su papel para no decepcionar a su madre. Sí que es verdad que ella lo tiene atado a sus faldas, pero no es por avergonzarse de ti que no te llevó del brazo esa noche, sino para no contaminarte ni con la falsedad de esa gente ni con la desaprobación de Ingrid. Te estaba protegiendo del odio de su madre mientras cogía fuerzas para rebelarse y luchar contra ella. La situación de Daniel es muy difícil, Cynthia, porque él quiere a la bruja, que se ha encargado de crearle un sentimiento de culpa desde siempre. Es una *idische mame* al uso, pero más que sobreprotectora es malvada y egoísta. Tienes que alejarlo de ella... Ahora te toca a ti ser su salvadora.

Me la quedo mirando, sin comprender del todo el alcance de sus palabras.

—No sé qué decir...

—No digas nada. Pero haz algo, por favor, porque, en lo que respecta al amor desinteresado e incondicional, él sólo cuenta con Júnior y contigo. Ingrid no sabe de eso... Se ha pasado la vida traficando con los afectos. Toda la infancia de Daniel ha estado marcada por negociaciones entre sus padres en cuanto a su educación y su estilo de vida, hasta que Daniel Oliver padre se hartó y se marchó. Es que su salud mental estaba en juego... Terminó muriendo en el extranjero triste y solo —me dice, aumentando mi asombro a cada palabra que pronuncia—. En fin, tal vez con esto puedas entender por qué le resulta difícil conciliar, por qué lo asustan tanto las diferencias, aun las que lo atraen tanto...

—Lo entiendo, pero sigo creyendo que, si no sale de él la iniciativa de luchar por lo que quiere, nada puedo hacer. Y, de hecho, no salió... Porque no me ha llamado ni me ha escrito.

Paulette sonrío, pero es una sonrisa triste.

—A estas alturas, y con los conocimientos de psicología que tienes, ya deberías haberte dado cuenta de que a Daniel no se le puede meter prisa porque es cauteloso por naturaleza. Pero caminas sobre seguro, querida, porque sé que eres la mujer de su vida. Jamás le había presentado

a Júnior ninguna otra chica, y eso me da la certeza de que te ama. Y, si tú sientes lo mismo, no dejes que la bruja lo eche a perder.

—Paulette...

—Habla con tu novia, habla con Daniel. Tal vez podáis llevar esta relación a tres bandas... Yo no lo descartaría. Joder, qué morbo me provoca imaginar ese trío...

Madre mía, qué momento más extraño. La ex de mi ex me sugiere un trío con él y con mi novia. Sí..., es un momento cuando menos tenso que vuelve a dejarme muda otra vez. Sobre todo, porque Macarena regresa del baño antes de que yo pueda replicar nada, y Paulette se pone de pie y la invita a sentarse con un gesto.

—Piénsalo..., ¿vale? Y ahora os dejo cenar tranquilas. Qué paséis una velada excelente.

Maca sonríe mientras despliega la servilleta en su regazo.

—La ex de Daniel es muy guapa, ¿no crees?

Asiento distraída.

—Sí, lo es.

—He oído lo del trío... Si tú quieres, yo no tengo problemas con eso...

Casi se me salen los ojos de las órbitas al oírla.

—¿Cómo?

—Eso, que si quieres que hagamos un trío, estoy dispuesta... A ella le produce morbo y a mí también, así que... adelante. Follemos las tres. Seguro que lo pasaremos más que bien y, si se entera el hijoputa ese, ¡qué bofetada en la cara! Se lo merece, la verdad.

Joder..., esto no va a terminar bien.

Ni siquiera me molesto en aclararle nada, y durante el resto de la cena sólo abro la boca para comer.

Macarena se da cuenta de que algo no anda como debería, pero no logra sonsacarme ni una palabra, así que cada una se marcha a su casa con un notorio malhumor y muchas cosas en la cabeza.

En la mía, al menos, hay demasiadas.

Y el resto del fin de semana lo único que hago es pensar.

Pensar y sufrir, claro está.

Días después

El jueves, por primera vez en varios días, el asunto de Oliver pasó a un segundo plano. Es que falleció la madre de Fausto y tanto Helena como él quedaron destrozados... No se lo esperaban tan pronto.

No hubo sepelio, porque decidieron incinerarla y arrojar sus cenizas al mar, tal como ella había pedido.

Así que en eso estamos.

Somos pocos, por decisión de Fausto. El detective, Helena, Oliver y yo.

Es la primera vez que lo veo después de todo lo que sucedió.

Dios..., es una verdadera tortura tenerlo tan cerca y no poder hacer lo que el corazón me pide a gritos.

Mientras Helena dice unas palabras sobre la pobre Elizabeth, Oliver y yo nos miramos en silencio. Estamos al borde de un acantilado, y la distancia me impide leer lo que dicen sus ojos, lo cual me pone de los nervios.

Tengo que concentrarme porque este reencuentro no ha sido voluntario, sino forzado por las circunstancias, y estamos aquí para apoyar a nuestros amigos y no para otra cosa.

Mi mirada se centra en Fausto, que llora en silencio con los dedos entrelazados con los de Helena. Es tan extraño ver a este hombre llorar... A Oliver me lo imagino perfectamente en esta situación, sobre todo si se tratase de su adorada madre, pero a Fausto...

Helena también tiene los ojos llenos de lágrimas... Es que le había cogido verdadero cariño a la señora. ¡Qué vida más injusta! La madre de Oliver, que es un mal bicho, está mejor que todos nosotros, y Elizabeth, que era la personificación de la bondad, dentro de unos instantes y convertida en cenizas, será arrojada al mar.

Una verdadera injusticia...

La ceremonia es breve pero sentida, y cuando termina comenzamos a caminar.

No sé cómo sucede, pero de pronto Helena, el detective y Oliver van delante hablando de unos papeles, y Fausto y yo nos quedamos algo rezagados.

La verdad es que habría preferido quedarme atrás con Oliver, pero el caso es que estoy con él, y no me puedo quedar callada ante su desdicha.

—Siento tanto que tu tiempo junto a Elizabeth haya sido tan breve...

Él camina con ambas manos en los bolsillos y me responde sin mirarme.

—Yo lo siento más, te lo aseguro. Mi madre era una mujer increíble.

—Lo sé, Helena me lo ha contado. Por eso me parece tan injusto todo esto... La vida os ha jugado una mala pasada.

—La vida no, señorita López. Han sido personas malvadas quienes lo han hecho. Por el contrario, la vida intenta compensarnos de esas injusticias poniendo en nuestro camino a seres que nos quieren bien. Lo importante es darnos cuenta y no dejarlos pasar...

Joder. ¿Esto me lo está diciendo por algo o es casual y yo lo interpreto todo según mis intereses?

—Tienes razón. Pero cuando son nuestros propios padres esas personas malvadas es muy difícil reponerse...

—El amor todo lo puede, señorita López. No lo olvidéis.

Y, dicho esto, apresura el paso y coge a Helena por la cintura en una clara señal de que nuestra conversación ha llegado a su fin.

Eso me deja perpleja, confundida. ¿Esta charla ha sucedido a propósito? No sólo Paulette me da consejos, sino que ahora también lo hace Gastaldi.

Camino con la cabeza baja, esperando que el que se quede rezagado a continuación sea Oliver.

Necesito saber si lo que me ha dicho Paulette es cierto. ¿De verdad está destruido y me echa de menos? Porque hasta el momento no ha dado ninguna señal de que esto sea así.

Pero lo que esperaba no sucede. Daniel abre la puerta del coche del lado del acompañante, pero no es a mí a quien invita a subir, sino al detective.

Sin embargo, antes de montarse él, me dirige una larga mirada. Una mirada cargada de reproches, una mirada llena de dolor.

Joder, debería ser yo la enfadada, pero me olvido de ese detalle porque veo que Oliver está sufriendo.

Sufre, pero está cumpliendo al pie de la letra mi petición de que jamás volviese a hablarme. ¡Cómo me gustaría que no me obedeciese! ¿Es que nunca va a salirse del camino marcado? ¿Siempre hace lo que le dicen?

«Pusilánime de los cojones, ven y escúpeme en la cara que te he hecho daño pero que me sigues queriendo.»

Nada... Mueve la cabeza como negando vete tú a saber qué y luego se mete en el coche y se va.

Me quedo paralizada y con los ojos llenos de lágrimas, hasta que Helena me coge del brazo.

—Ven.

Camino junto a mi amiga, pero cuando me doy cuenta de que nos estamos alejando de Fausto, me paro.

—Helena, ve con él. Te necesita mucho ahora...

Mi amiga sonríe con tristeza.

—Lo sé. Pero será sólo un momento y él me ha pedido que te hablase.

La miro sin comprender. Ella y yo hablamos casi todos los días y no ha habido ni una sola vez que no intentara convencerme de que Oliver me ama y que debo volver a sus brazos. Lo que me

llama la atención es este aparte aquí y ahora, al borde de la carretera.

—No sé qué...

—Escúchame, Cyn. Necesito toda tu atención ahora, porque si lo piensas demasiado lo pierdes —comienza a decirme, y eso basta para que mi estómago dé un salto—. Daniel se marcha al extranjero en cuanto termine con el papeleo de Elizabeth y de Hannah...

—¿Qué? No lo creo... Su madre jamás permitiría que su niño se alejara de sus faldas, y tampoco él dejaría a su hijo.

—Yo no he dicho que vaya a irse para siempre, Cyn. Pero el tiempo que esté fuera será una tortura para ti y quiero evitarte ese sufrimiento. Habla con él, aclara las cosas y que quede al menos una puerta abierta para cuando regrese...

—Pero, Helena..., si no quiere hablarme. Ya ves que se ha marchado sin siquiera saludarme.

—Tú rompiste con él y le pediste que no te dirigiese la palabra...

—¡No es culpa mía que sea un calzonazos! ¡Contra su madre y salvadora no puedo luchar!

—Entonces no luches en contra de ella, sino a favor de él. La decisión de cambiar de aires ha sido un gran paso para Daniel, pero también un gran golpe para su madre, a la que le han dado los siete males cuando se ha enterado. Y, aun así, él no ha desistido... Le ha plantado cara y le ha dicho que, al igual que su padre, tendría que alejarse para no volverse loco.

—¿De veras? —pregunto al borde del colapso.

—Así es. Cynthia, la manipulación que ella ejerce es tan profunda y efectiva que alejarse un poco es la única forma de salvarse. Le ha pasado a la ex de Daniel, y también a su padre. Ahora le toca a él cortar el cordón umbilical, que no hay lazo más fuerte que ése cuando uno está psicológicamente dañado. Más que un cordón es como un tentáculo que te envuelve y te asfixia... Ambas hemos leído sobre eso, así que lo sabemos bien.

Asiento mientras trago saliva.

—¿Y qué puedo hacer yo, Helena?

—¿Tú realmente lo amas?

—Con locura, pero lo dejé solo cuando más lo necesitaba. Y, ahora que quiere cortar el lazo con su madre poniendo distancia, no creo que convencerlo de quedarse sea bueno para él...

Helena coge mi rostro entre las manos y me mira a los ojos.

—Lo tienes claro. Se marcha pronto. Entonces, haz lo que tengas que hacer.

Y después de eso me planta un beso en la frente y se va, dejándome peor que antes, porque ahora tengo una espada de Damocles sobre la cabeza y un reloj en marcha.

Me quedo temblando, incapaz de dar un paso hasta que Fausto me pregunta desde el coche si quiero que me acerque a algún sitio.

Niego con la cabeza y le digo adiós con la mano.

Lo que necesito ahora es estar sola y a orillas del mar para poder pensar.

* * *

Pensar... No hago otra cosa desde el encuentro con Paulette y la conversación con Helena. ¿En qué pienso? En muchas cosas.

Por ejemplo: ¿cómo es que de pronto pasé de ser víctima a victimaria?

Se suponía que la ofendida era yo. A mí me habían mentido, a mí me habían hecho ilusionar en vano, a mí me habían hecho daño.

Y lo digo en plural, «habían», porque incluyo a la madre de Oliver, que me dijo las palabras más hirientes que he oído en mi vida. Me han dicho desde «zorra» hasta «rompehogares», pasando por «bollera» y otras lindezas, pero nada me ha dolido tanto como cuando esa odiosa mujer me hizo salir corriendo tras su andanada de insultos.

No obstante, ahora resulta que él está sufriendo.

Sufre, sí, pero no lo bastante como para buscarme. Más bien lo que hace es todo lo contrario: huir.

Helena dice que de su madre, pero yo no estoy segura. Y tampoco estoy segura de que mi papel en todo esto sea impedir que se marche.

Sin embargo, no quiero que lo haga... Me debato entre el deseo de que por fin se libere de las garras de ella y las ganas que tengo de que caiga en las mías, pero... ¿y su libertad de decidir? Porque Helena me ha dicho que no se marcha por mi culpa, sino por escapar de esa mujer.

¿Escapar será una solución? ¿Será que la única salida de Daniel es la misma que usó su padre?

Dios..., me duele la cabeza. Tengo que salir de este círculo de preguntas inútiles, pero no estoy lista para tomar una decisión.

Y, guiada una vez más por la inercia, me presento a trabajar en la conserjería de la facultad.

Por suerte, no hay mucho movimiento esta mañana, así que me pongo a archivar, tarea que postergo siempre porque no me gusta nada. Pero, en cuanto cojo la primera carpeta, suena el timbre de la ventanilla de atención al público.

Y cuando voy a atender me llevo la sorpresa de mi vida.

La madre de Oliver está aquí, frente a mí, con la desesperación pintada en el rostro. No me lo puedo creer... Esto es malo, muy malo.

—¿Le ha pasado algo a Daniel? —es lo primero que me sale preguntar.

Ella sacude la cabeza, negando.

—Lo perdemos —me dice en voz baja—. Ambas.

Trago saliva. Por unos momentos nos miramos en silencio, y luego soy yo la que lo rompe.

—Enfrente hay un café, GataPaka. Espéreme allí, que enseguida iré.

Asiente y se marcha. Parece más menuda que la última vez que la vi, altiva y elegante, en la puerta de su casa.

Lleva el pelo recogido en la nuca y un bolso grande con... ¿un perro? ¿Lleva a *Clarita* consigo?

Vaya, Samuel no la dejará quedarse en GataPaka. Debo salir de la conserjería ahora mismo.

Unos minutos después, entro en el café y compruebo con asombro que Ingrid está sentada tomándose uno. Y en la silla junto a ella está la caniche negra, muy quieta.

Pero no están solas, porque Samuel está de pie junto a ellas hablándole a la mujer. Me aproximo y escucho parte de la conversación.

—Pero, señora, Sanidad no permite...

—Joven, ya me lo ha dicho, y yo ya le he explicado que soy minusválida y este animal es mi acompañante terapéutico —replica ella sin siquiera mirarlo. Sus ojos están fijos en mí mientras me acerco.

—No parece que sea... —intenta decir Sam, pero se corta cuando me ve.

—Samuel, serán sólo dos minutos —le digo, y él asiente y se marcha suspirando.

Me siento frente a Ingrid y la miro interrogante.

—Antes que nada quiero decirte que me siento fatal por tener que acudir a ti —es lo primero que me dice.

Ah, qué bien. No se siente mal por haberme insultado, sino por tener que hablarme. Me pregunto qué diablos querrá de mí.

—Lo imagino. ¿Por qué ha venido, señora?

—Ya te lo he dicho. Lo estamos perdiendo las dos —repite como hace un rato, y otra vez en su rostro se refleja la más completa desolación. Le tiemblan un poco las manos, incluso, cuando deja la taza en el plato.

—Yo ya lo he perdido —replico.

—No lo has perdido, lo has abandonado, que es muy distinto.

«¿Qué? ¿No puedo creerlo! ¿Cómo se atreve...?»

Estoy tan indignada que no puedo contenerme.

—Es usted una mujer realmente macabra. ¡Usted fue la artífice de esa ruptura! ¿Cómo es posible que me acuse a mí de abandonarlo después de todo lo que me dijo?

—Le he dicho peores cosas a Paulette y aún continúa haciéndome frente.

—Pero la alejó de él, igual que a mí —la acuso.

—Paulette no era mujer para mi hijo, y desde luego que tú tampoco, pero...

—Pero ¿qué?

Ella me mira fijamente unos instantes y luego musita:

—A ella, él no la amaba.

Trago saliva alucinada.

—¿Y a mí sí?

—Supongo, porque eso que piensa hacer es más que un desafío hacia mí. Eso de marcharse... Nunca lo ha hecho, jamás, después del accidente —me dice, y en su tono se nota un deje de desesperación—. Y me había prometido que jamás lo haría, pero dentro de unos días se irá..., igual que él.

Eso último lo dice en voz baja, casi inaudible.

—¿Igual que quién?

Baja la mirada.

—Ya lo sabes, igual que su padre.

Y, después de eso, nos quedamos en silencio por unos segundos.

La perrita nos mira a una y otra, alternativamente, y Sam hace lo mismo desde la barra. Cuando sus ojos se cruzan con los míos se señala el reloj de la muñeca. Se nos acaba el tiempo y a él la paciencia.

—No sé qué espera de mí, señora.

Ella no vacila cuando me lo dice.

—Es obvio, que impidas que se marche. Que hagas que no abandone a su madre y a su hijo. Que se quede aquí.

—Él nunca abandonaría a su hijo, de eso estoy segura.

—Eso ya lo había oído antes, y sin embargo, su padre...

—Daniel no es su padre. Y, además, no creo que yo pudiese hacer nada para impedir que él se vaya, aunque quisiese —le digo.

—Créeme, puedes. Si quieres, puedes. Es más, si hay alguien que puede impedirlo, ésa eres tú.

Es tan claro su interés de usarme para manipular a su hijo que me indigna. Me cuesta mucho guardar las formas con esta mujer.

Y de pronto me doy cuenta de que en parte tiene razón. Tal vez pueda hacer que Oliver no se marche. Quizá pueda retenerlo. Enredarlo con mi poder de seducción, con la influencia que tiene mi piel sobre la suya. Encerrarlo en la cárcel de mis besos. Apresarlo muy dentro de mi coño.

¿Eso me haría feliz? Claro que sí. Pero resulta que no sería lo mejor para él. Y a mí me importa mucho eso. Es lo que más me importa, en realidad, aun por encima de mis propios deseos.

No quiero desafiar a esta mujer, no quiero vengarme de ella.

Sólo deseo lo mejor para Oliver.

—Pero no quiero —replico con firmeza. Me sorprende mi propia madurez en este punto. Nunca pensé que podría dejar de lado mis deseos para contemplar las necesidades de otra persona.

Y me cuesta tanto hacerlo... Pero no dudo al responder que no, porque sé que quedarse implicaría un retroceso en su independencia.

Ella me mira aterrada. Claro, si yo era su último recurso.

—No seas tonta, niña. Yo sé que tú lo quieres... Mi hijo es un partidazo, ¿cómo no quererlo? Es guapo, exitoso y rico. ¿Lo perderás sólo por contradecirme?

Podría explicarle, podría decirle. Podría intentar hacerle entender que mi único interés es que Oliver sea libre y feliz, pero no merece la pena.

—Alguien tiene que hacerlo —replico—. No puede dominar a todo el mundo.

Me observa con la mirada brillante. Hay ira en esos ojos, pero también hay otra cosa... Admiración. Increíble...

—Eres lo peor que podría haberle pasado a Daniel. Peor aún que Paulette...

—Pero a ella puede tolerarla porque le ha dado un nieto, lo sé. Yo no se lo daré jamás.

Ella alza las cejas y luego le da un terrón de azúcar a Clarita.

—No estoy segura de ello —me dice—. Si no fueses tan terca, tú y yo podríamos llegar a un acuerdo amistoso.

—Señora, a mí no me interesa llegar a un acuerdo con usted. Tampoco es mi objetivo contradecirla o desafiarla —le aclaro interrumpiéndola—. Me duele perder a Daniel, pero me afectaría mucho más seguir viéndolo sometido a la manipulación que ejerce sobre él. Por eso celebro su decisión, y no moveré un dedo para impedirselo.

Ya está, lo he dicho. Y creo que he resultado convincente, porque Ingrid mueve la cabeza disgustada y a continuación se da por vencida.

Coge su bolso, rebusca dentro y saca dinero para pagar su café. Detrás del mostrador casi puedo oír el suspiro de alivio de Sam.

Ella se pone de pie y mete a la perra dentro. Dios mío..., sí que es pequeña. Puro pelo y ojos grandes y saltones. No puedo evitar una oleada de ternura hacia el precioso animal.

Ingrid da unos pasos, pero de pronto se detiene y se vuelve hacia mí.

—Eres lo opuesto a lo que habría querido para mi hijo, que lo sepas. Pero debo reconocer que tienes lo que él ha deseado y admirado siempre en una mujer.

—¿Y eso qué es?

—Belleza y carácter. Y que lo quieran bien.

Joder. Dice eso y luego se marcha a paso rápido, dejándome perpleja, llena de interrogantes.

—Creo que en el fondo, muy en el fondo, le gustas un poco a la vieja —me dice Sam cogiendo el dinero y la taza que «la vieja» ha dejado.

No le digo nada, pero eso último que ha dicho Ingrid antes de marcharse me hace pensar que puede que no sea tan bruja después de todo.

Más adelante

El resto de mi semana es bastante deprimente.

Y es que después de la conversación con la madre de Oliver toda la seguridad que aparenté frente a ella se esfumó.

¿Sería verdad que yo tendría el poder de retenerlo? Y, si fuera así, ¿sería correcto hacerlo? Porque dejadme decir que una cosa es mandar a paseo a Ingrid y otra muy distinta terminar de creer que debo ver partir a Daniel.

Hay una parte de mí que desea llamarlo y decirle que no se marche, que lo amo y que juntos podremos cortar esas ataduras o ese puto cordón umbilical que lo mantiene unido a ella de una forma enfermiza.

Porque convengamos que no es normal esa especie de deuda moral de un hijo hacia una madre que hizo lo que tenía que hacer. Pero, claro, nunca hay que subestimar el poder de la culpa. La culpa instaurada desde la cuna, la culpa como motor de todo, incluso del hecho de transgredir, de ir más allá de la norma, para luego obtener el perdón y la salvación en un círculo vicioso de culpabilidad y redención.

Dios... En verdad se me da bien la psicología. Y eso que sólo estoy en segundo.

Pero de nada me sirven mis conocimientos recientemente adquiridos para resolver mi situación y la de Oliver. Y es que aquí hay una variable que no me permite evaluar la situación con total objetividad: el puto amor.

Ay, el amor... Creo que tengo material para escribir al menos diez tesis sobre ello. ¿Por qué tuve que enamorarme así? ¿Por qué tuve que fijarme en alguien tan inalcanzable? No sé cómo pude pensar en que esta relación prosperara, no sé cómo pude siquiera desear que fuese así.

Oliver y yo somos demasiado diferentes, y él tiene ataduras muy difíciles de cortar. Y de pronto se me ocurre que tal vez para compensar eso le gusta tanto lo de atar... Joder, ya basta de psicología. Se me da genial, lo sé, pero tengo que parar ya, así que aparto a Edipo y su tragedia de mi mente y me concentro en otra cosa: Macarena.

Tengo que redefinir nuestra relación, porque siento que ella se está haciendo ilusiones con algo que estoy convencida de que no sucederá.

No se lo toma del todo bien, pero tampoco me sale con eso de «me las pagarás» como otras veces. Sin embargo, sí me lanza una advertencia: «Yo sé que te alejas de mí porque aún tienes esperanzas de llegar a algo con él. Pero déjame decirte que no conseguirás que la vieja te quiera, y él jamás va a contrariar a su querida mamá. Pero tú tranquila, que cuando vuelvas con el rabo

entre las piernas, aquí estará tu vieja amiga Maca para hacerte olvidar tus penas a golpe de lengua».

Tengo muchas dudas, pero eso último no forma parte de ellas. Si no me refugié entre las piernas de Lía en el primer traspíe, menos aún lo haré entre las de Maca. Puedo pedir apoyo, un hombro en el que llorar, pero no sustituiré con sexo mis carencias afectivas relacionadas con otra persona.

Y esa otra persona hace mucho tiempo que no me llama, lo cual me tiene por completo desesperada.

Cada vez que recuerdo su mirada cargada de reproches el día en que Elizabeth falleció, siento ganas de correr hacia Oliver y rogarle que no se marche.

Pero sé que no puedo hacerlo... No sería lo mejor para él.

Y una mañana, mientras me preparo para ir a trabajar, sucede algo inesperado. Una notificación del móvil me muestra que tengo un *e-mail*, y cuando lo abro descubro que es de Daniel.

No me lo puedo creer... Seguro que le pidió mi dirección a Helena.

Me siento en la cama, y me tiembla la mano tanto que casi no puedo leer.

Tal vez sea un error escribirte, pues me pediste que no me pusiera en contacto contigo, pero no puedo marcharme sin despedirme.

Sé que Helena te ha contado que he decidido alejarme, pero no estoy seguro de si sabes que la distancia que quiero tomar no tiene que ver contigo. Más bien es todo lo contrario.

Cynthia, he comprendido que nuestra relación no tenía futuro tal como estaba planteada. El poder que ejerce mi madre sobre mí es tan inmenso que siento que debo marcharme para liberarme de él. Mi padre hizo lo mismo un día, pero creo que ya era tarde. Y cuando volví a verlo estaba en un ataúd.

Sin embargo, eso a mí no me sucederá, porque no dejaré a mi hijo y tampoco renunciaré a ti. Regresaré como un hombre entero y con la ilusión de poder recuperarte.

No creas que ha sido fácil mantenerme lejos. Cada día lucho contra mis impulsos y tengo que hacer grandes esfuerzos para contenerme y no correr a buscarte. Y también, aunque no lo creas, también lucho contra Fausto, que no ha cesado de presionarme para que me dejara de tonterías y te echara un buen polvo antes de marcharme. He tenido que mentirle diciéndole que nos habíamos reconciliado en estos días para que me dejase en paz.

Quiero pedirte perdón por haberte hecho pasar un mal rato. Mi intención era protegerte de un desplante innecesario, y me salió muy mal. Y también quiero pedirte permiso para no perder el contacto. Sé que estás saliendo con alguien, pero por alguna razón aún tengo esperanzas...

Y me sentiré muy solo sin ti cuando esté lejos, al igual que en estas semanas de agonía. Es que, más que solo, me siento desolado por no poder tenerte, por no haberte dado lo que mereces y por haber permitido que la situación llegara a este extremo.

Debo confesarte que estuve algo enfadado porque esperaba que lucharas por apartarme de ella y de su influencia dañina. Pero luego comprendí que no debía esperar eso de ti, sino que tenía que hacerlo yo mismo.

Y en ello estoy. No sé cuánto tiempo estaré fuera del país, pero si esto se extiende más de lo que pueda soportar, volveré aunque sea por un día para ver a mi hijo y, si es posible, también a ti.

Porque te has metido en mi sangre hasta llegar a mi corazón. Porque sigo siendo tuyo; tu marca en mi cuerpo es para siempre, pero lo es más la de mi alma. Y porque sencillamente, señorita López, no puedo vivir sin ti.

Daniel

Termino de leer y rompo a llorar. Pero no son unas lagrimitas tímidas deslizándose por mis mejillas, sino una verdadera crisis de llanto que no puedo contener.

Lloro, lloro, lloro... Por él, por mí, por lo que pasó y por lo mucho que lo voy a echar de menos.

Tanto que no sé si podré soportarlo después de esta carta en la que me dice que me quiere y que se sentirá muy solo sin su hijo y sin mí.

Sin poder evitarlo, mi mente comienza a tejer planes que tienen una cosa en común: a Oliver y a mí juntos.

Puedo detenerlo. Puedo correr a su casa y comérmelo a besos mientras le aseguro que lo ayudaré a liberarse de sus ataduras, a la vez que me someteré con gusto a las tuyas cuando quiera follarse duro. Estoy tan segura como Ingrid de que podría hacerlo desistir de marcharse.

O podría hacer otra cosa...

Le enví un whatsapp a Helena:

¿Cuándo viaja Daniel?

Mañana a las 11, ¿por qué?

Sólo dime adónde va y la compañía, si lo sabes. Y, si no, lo averiguas. ¿Qué clase de celestina eres?

Y, minutos después, ya tengo la respuesta.

A ver..., vamos a calmarnos. Iremos paso a paso.

Primero, el vuelo. ¡Bingo! Segundo, el pasaporte. Sí, está en regla. Caduca dentro de un año porque me lo saqué a los quince para un viaje que tenía la ilusión de hacer y que finalmente no hice. Tercero, el dinero y el crédito de mi única tarjeta. Bien, suficiente. Para el billete y para lo que haga falta mientras estemos en el extranjero.

Tengo mil cosas en la cabeza que debo dejar atadas. El trabajo... Tal vez Fausto pueda certificarme una enfermedad exótica que me obligue a buscar tratamiento en otro sitio. Y, si no, siempre puedo presentar una carta de renuncia, que para eso existe el correo electrónico. ¿Qué más? La facultad... Dentro de quince días comienza un receso de tres meses y, si no he regresado para entonces, sencillamente la dejaré. Pero no del todo, porque estaré realizando trabajo de campo para mi tesis sobre el amor..., ¿o no? A ver, sigamos... Ah, sí. Del nuevo equipo de tatuar puede ocuparse Helena, y ya he pagado la residencia. Me falta algo: no tengo maleta. Pero sí tengo una mochila para llevar lo imprescindible, y el resto ya se verá.

Todo puede arreglarse, sólo debo decidirme, y eso es lo que más cuesta.

¿Qué debo hacer? ¿Detenerlo o marcharme con él?

No me asusta cambiar mi vida para estar a su lado, mis temores tienen que ver con hacer lo correcto, con hacer lo que es mejor para él.

Cierro los ojos y recuerdo su cabello entre mis dedos, su boca bebiendo mi saliva, esas manos fuertes recorriéndome como si quisiera conservar en su memoria cada una de mis curvas.

Recuerdo su mirada culpable, su mirada azorada, su mirada risueña. Y también la lujuria en su estado más puro, que nunca había visto en otra persona hasta que lo conocí a él.

Y jamás había deseado tanto una polla con un tío en específico detrás, joder. ¡Tenía que decirlo y ya lo he dicho!

Estoy hambrienta de su carne y sedienta de todos sus fluidos.

¿Qué más tengo que pensar? Él y yo juntos y felices. Yo, haciéndole una peineta a Ingrid. Él y yo follando como animales. Yo, atreviéndome a confiar en alguien otra vez. Él y yo viajando por el mundo. Yo, cumpliendo cada uno de mis sueños.

No, no hay mucho más que pensar.

Entonces entro en la página de la compañía aérea y, sin ningún tipo de duda, pulso el puto botón.

Dos días después

Las vueltas de la vida y sus increíbles virajes... Todavía me sorprende y me maravilla la forma en que las cosas se fueron acomodando en el sitio exacto donde debían estar.

¿Queréis saber cómo resultó todo? Os lo voy a contar.

A algunas podrá gustarles, a otras seguro que no. Pero así es la vida, para gustos los colores y, además, siempre se puede cambiar. Recordad que yo al principio estaba convencida de mi dieta a base de pescado, pero después...

¿Si compré el billete de avión? Claro que lo compré.

E inmediatamente después de hacerlo recibí una llamada de Júnior.

No reconocí el móvil, y cuando oí su tierna vocecilla mi corazón saltó de alegría. Tenía ganas de decirle que no sufriese por su padre, que yo lo acompañaría y cuando estuviese listo lo traería de vuelta, pero eso no pasó.

Y no sucedió porque, después de lo que él me dijo, no tuve el valor.

—¿Sabes que se va de viaje?

—Sí, lo sé.

—Necesita hacerlo. Como mi abuelo.

—No como tu abuelo, Júnior, porque tu papá volverá pronto.

Por unos momentos no dijo nada, y yo tampoco. Pero después pareció recobrase un tanto.

—Sí... Mamá también dice que regresará. Pero lo echaré tanto de menos...

—Cariño, sé que lo harás.

Suspirito al otro lado de la línea.

—Me duele muy dentro, ¿sabes? Pero tengo que aceptarlo. Yo sé que vosotros os enfadasteis y por eso no viniste a la cena que habíamos planeado en su cumpleaños, pero me gustaría saber...

¿A ti te duele igual?

Por Dios, qué dulce era.

—Sí, también me duele.

Pareció contentarse con mi dolor, porque de pronto su tono se animó.

—Entonces hay algunas cosas que podemos hacer para no sentirnos tan mal.

Y mi siguiente pregunta era una trampa mortal.

—¿Qué cosas?

—Ir a McDonald's juntos a escondidas de mamá. Sé que te gusta la carne, lo ha dicho papá... También conseguir un gato. Me gustan los gatos, es decir, a él le gustan mucho, y podríamos

esperarlo con uno...

«Ay, Dios. No... Ay, no.» Me quedé muda y él continuó:

—Y que me hagas una tarta de chocolate para mi cumpleaños, porque a mi mamá no le sale muy bien... Que vayas a mi fiesta de fin de curso, en la que tendré que decir un discurso en inglés. Lo haré sin leer. Me lo he aprendido.

Por un instante creí que mi corazón dejaba de latir. Es que momentos antes lo notaba acelerado y de pronto lo único que pude sentir es que me faltaba el aire y unas ganas inmensas de llorar.

—¿Cynthia? ¿Qué me dices?

La vocecilla de Júnior al otro lado del teléfono me pedía una respuesta.

Os diré la verdad, yo no soy mucho de niños, ¿vale? No tendría uno, por ejemplo. Pero esta criatura tiene algo que... En fin, para hacerlo breve, ya os imaginaréis que no le conté mis planes y tampoco le dije que no.

Es que en ese momento ya no estaba segura de nada. Lo que hice fue darle una respuesta ambigua del estilo de «ya veremos» y luego colgar precipitadamente con una excusa tonta.

Y de inmediato mi cabeza comenzó a trabajar. Una y otra vez, dándole vueltas al asunto. Noche de insomnio. Gran desesperación. Decisiones... ¿Por qué la vida me ponía en esas encrucijadas? Y, para colmo, Helena no quiso ayudarme, pues cuando la llamé me dijo que hiciera lo que mi puto corazón me dictara. Muy romántico, pero no me sirvió para nada, porque mi corazón estaba partido en dos.

Cuando llegó la hora de ir al aeropuerto todavía no sabía lo que iba a hacer. Ni siquiera había metido nada en la mochila.

Todavía era posible echarme atrás. Los billetes se pueden dejar abiertos durante un año, y no había hecho nada drástico con mis obligaciones aún.

Tenía la posibilidad de elegir intacta, pero no la capacidad de hacerlo. Estaba como en blanco... Las opciones eran dos, y estaban claras: podía olvidarme del niño y marcharme con Oliver, o podía pedirle a él que se quedara, que no nos dejara ni a su hijo ni a mí.

Parecía sencillo, y sin embargo no podía discernir el camino que debía tomar.

Entonces hice lo que pude. Metí cuatro cosas en la mochila, cogí mis documentos y me dispuse a enfrentar la decisión más difícil de mi vida.

Y en cuanto llegué al aeropuerto lo vi.

Con su estatura y su apostura, a Oliver debía de resultarle complicado pasar desapercibido. Tenía un aspecto maravilloso vestido de manera informal, con vaqueros y una chupa de cuero. También llevaba una mochila algo más grande que la mía, cosa que me sorprendió. ¿Es que no llevaría equipaje? ¿Y sus decenas de camisas? ¿Y sus zapatos italianos? Tal vez lo invitaran a una fiesta, y... Mi corazón se encogió sólo de pensar en esa posibilidad. No, mejor que no llevara nada y que no fuese a ninguna fiesta.

Estaba en la cola del *check-in* de primera clase. Sonreí cuando pensé en mi triste pasaje en turista... Qué diferentes éramos, por Dios. Hasta en eso.

Me quedé a unos cuantos metros de él, observándolo, sin decidirme a acercarme. Y, de pronto, él volvió la cabeza y me vio.

Fue todo tan rápido que no tuve ni tiempo de prepararme.

Se salió de la fila casi a empujones. ¿Dónde había quedado el caballero? Y luego se acercó a mí, dejó la mochila en el suelo y me comió la boca. Literalmente.

En medio de la sala de embarque del aeropuerto, Daniel Oliver cogió mi cara entre las manos y me metió la lengua en la boca.

Disfruté ese beso como ninguno. Me pegué a su cuerpo y acaricié su espalda con las manos abiertas como para abarcarla toda. Y cuando rocé con mi pulgar el sitio donde estaba el tatuaje que le hice, lo sentí mío como nunca.

Tenía las puertas abiertas, podría hacer lo que quisiera. Ese hombre era mi hombre. Y a partir de ese momento mi único objetivo tendría que ver con quedarme adherida como una garrapata a él. Aquí o allá, no importaba dónde. Pero juntos. Juntos.

Cuando dejamos de besarnos nos miramos largamente. En sus ojos había preguntas, pero en los míos no había respuestas.

—Deseaba tanto que vinieras —me dijo con la sencillez que lo caracterizaba—. Y me alegra que lo hayas hecho.

Me temblaban las manos, me temblaba todo.

Tenía que tomar una decisión, y tenía que ser rápido. ¿Irme con él o hacer que se quedase? ¡Qué difícil, por Dios!

Y de pronto lo supe. Supe cabalmente qué era lo correcto, y también supe que iba a doler.

—He venido a despedirte. No quería que te marcharas sin decirte a la cara que te esperaré cuanto sea necesario, señor Oliver.

Él sonrió y me acarició el rostro.

—No esperaba menos de usted, señorita López.

Y luego todo fueron besos y caricias hasta que le rogué que se marchara de una vez, antes de que lo terminara desnudando en público. Y lo hizo con lágrimas en los ojos y la sonrisa más hermosa que le he visto jamás.

Oliver no supo en ningún momento las opciones que venía barajando. Me preguntó por la mochila y le dije que la llevaba porque tenía planeado ir a buscar a Júnior al colegio y llevarlo de pícnic al mismo parque al que habíamos ido juntos aquella vez. No llegó a oír siquiera mi nombre por el altavoz invitándome a embarcar, porque, en cuanto lo hicieron la primera vez después de que él traspasara la puerta, corrí al mostrador de la compañía para cancelar mi billete.

Estoy segura de que no se le cruzó por la mente ni lo del pasaje ni la posibilidad de que le hubiera pedido que se quedara. Se lo diré algún día... Tal vez.

El caso es que él se marchó y yo me quedé en el aeropuerto llorando.

Lloraba, sí, pero estaba convencida de que había hecho lo correcto.

Oliver debía cortar los hilos que lo manejaban como una marioneta. Y yo debía dejarlo hacerlo

solo, sin influenciarlo como ella había hecho siempre.

Me quedaría con Júnior, que estaba claro que me necesitaba. Me consideraba una garantía del regreso de su padre. ¡Como si él mismo no fuese suficiente garantía! Pero, con los antecedentes del abuelo, y lo perspicaz que era, no me sorprendía que lo hubiese pensado de esa forma.

Y supongo que a Ingrid se le pasó lo mismo por la cabeza cuando me pidió que lo retuviera. Claro que, cuando vio que no cedería, se aferró a la misma esperanza que su nieto: que su amor por mí fuese tan poderoso que lo hiciera regresar.

El peso de lo que había hecho Oliver padre era inmenso, pero no podía juzgarlo. Debía de haber vivido un infierno junto a esa bruja. Esperaba que la partida de su hijo la hiciera reflexionar un poco, pero, si no lo hacía, que le dieran.

Estaba más que segura de que él volvería curado, entero, completamente desintoxicado. Cortaría el cordón, los tentáculos, los hilos.

Las únicas ataduras de Oliver en el futuro serían la de sus corbatas al amarrarme.

FIN

(Tranquilas... ¡Hay epílogo y también algo más!)

Epílogo

—No lo digo yo, lo dice Hannah —me comenta Fausto por teléfono un día después de que le hiciera su primer tatuaje—. Le falta la tilde a la palabra «papá».

—No me jodas, Fausto, que yo sé escribir y Hannah apenas sabe leer...

—Algo sabe, porque insiste en que es un punto, no una tilde. Y la verdad es que mirándolo bien...

—¡Es la tipografía que habéis elegido vosotros, joder! Además, ¿por qué no me dijisteis nada ayer?

—Pensamos que hoy, con la piel más asentada, se vería más como una tilde... Pero no. Sigue siendo un punto.

—Me cago en la leche... Pásame con Helena.

—Helena ha salido y tú debes moderar tu vocabulario... Sobre todo ahora que eres madre —me dice burlón. Cómo se aprovecha de que no puedo ocultar cuánto amo al hijo de Oliver. Ese niño es mi luna y mi sol.

—¡Cállate! Mira, ¿sabes qué haré? Te estiraré la jodida tilde para que dejéis de quejaros. ¿Puedes venir ahora?

—¿Puedes venir tú? Digo yo que podrías, después de todo, el error ha sido tuyo...

Pero será hijoputa este tío.

—Me tienes hasta los cojones, Fausto. Pero iré ahora mismo y así terminamos con esto.

—Tú no tienes de eso, Cynthia. Pero te agradezco que vengas a solucionarlo.

—Para ti soy la señorita López —es lo último que le digo antes de colgar.

Y luego suspiro, como cada vez que me acuerdo de esa manera especial que tiene Oliver de llamarme. Claro que no sólo eso me hace recordarlo, también hay otras cosas.

Su hijo, por ejemplo. Mis ganas. Su ausencia.

Estos tres meses sin él se me han hecho eternos. Si no fuese porque nos comunicamos a diario, y por Júnior y sus ocurrencias, no podría haberlo soportado.

Pero con eso ya no tengo suficiente... Necesito tenerlo cerca. Me hace mucha falta su piel, sobre todo por las noches, que son un infierno. Me revuelvo en la cama, rabiosa por estos deseos que me roban el sueño y un poco la razón. Y, para colmo de males, el sexo virtual, lejos de calmar mis ansias, me pone peor.

Sin embargo, no puedo decirle nada. Me prometí a mí misma no influir en sus decisiones, no intervenir en sus tiempos, y lo voy a cumplir. Y pensar que casi metí la pata cuando compré ese

billete... Lo peor de todo es que él se enteró. Y es que oyó cuando me llamaron por el altavoz y fue atando cabos.

«Eres increíble, eres única. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, señorita López», me dijo cuando le confirmé sus sospechas.

Y, muy en el fondo de mí, me sentí orgullosa de haber sido fuerte, de haberlo dejado libre, de haberlo dejado marchar.

Tengo confianza en que este proceso sanador lo devolverá a mis brazos más pronto que tarde y por fin podremos ser una pareja normal. Bueno, casi... Porque espero que siga con ese morbosos asunto de los amarres, ya que follar inmovilizada ha sido una de las experiencias más alucinantes de mi vida. Me pone muchísimo recordar eso, y también aquella vez que lo hice correrse a fuerza de dedo.

Basta. Debo alejar de mi mente esos pensamientos lujuriosos, porque ahora voy a ir a partirle la cara a Fausto Gastaldi. Un punto en lugar de una tilde... Joder. Ahora me entra la duda de si de verdad no se verá así. La tipografía que eligió Hannah era algo rebuscada, con florituras y arabescos. Espero que no termine tragándome mis protestas y dándole la razón a ese patán.

No sé cómo lo aguanta Helena... Presiento que con ella es diferente.

Cuando llego a su casa me recibe Hannah con una sonrisa.

—Hola, pelirroja. ¿De qué te ríes?

—De ti —me dice la muy pícara.

—¿De mí? —pregunto sorprendida—. ¿Y por qué?

—¡Porque has caído! Te hemos hecho venir por esto...

Y cuando termina de abrir la puerta lo veo.

Madre mía... ¿Estoy soñando? ¿Esto es real?

A sólo unos metros de mí, en el medio de la sala de Fausto, está Oliver.

De pie frente a mí, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y una sonrisa mojabragas.

Por unos momentos no acierto a hacer nada. Siento como si el suelo se deslizase bajo mis pies y una nube nos envolviese a ambos. Es una alucinación con todas las letras, tan vívida que hasta me asusto.

Pero sus ojos azules y sus brazos ahora abiertos vuelven a centrarme.

—¿A qué esperas para venir corriendo a mis brazos, señorita López? —me dice con la voz algo quebrada por la emoción.

Y eso hago. Dejo el bolso en el suelo y corro a sus brazos.

Nos fundimos el uno en el otro en el abrazo más cálido que os podríais imaginar. Permanecemos durante más de un minuto con nuestros cuerpos pegados, intentando serenarnos, refrenando la excitación.

Porque somos conscientes de que alrededor de nosotros hay otras personas, y entre ellas al menos una es menor de edad y no convendría que presenciara ciertas cosas.

Bueno, parece que la única que es consciente de eso soy yo, porque Oliver termina el abrazo

casi fraterno de una forma demasiado abrupta: al igual que en el aeropuerto, coge mi cara entre las manos y me come la boca.

Por Dios..., cómo besa este hombre. Cualquier cosa que provenga de esos labios me vuelve loca. Sobre todo lo que susurra junto a mi oído cuando para de besarme:

—Te amo más que nunca, ahora que soy libre por fin.

Y luego vuelve a mi boca hasta que Fausto carraspea y Helena aplaude. Pero eso no es todo, me vuelvo hacia el otro lado y veo que están Hannah y Júnior tapándose las suyas con ambas manos, muertos de risa.

—No puedo creerlo... Lo de la tilde ha sido un engaño...

Helena me abraza.

—Una pequeña maldad para hacerte venir. Idea de Fausto, desde luego.

Observo al aludido, pero esta vez no hay reproches en mi mirada.

—Sigues siendo un patán, pero te lo agradezco mucho —le digo sincera.

Él hace un gesto ambiguo. No sé si significa «no es nada» o «no tenía otro remedio». Y enseguida nos invita a sentarnos.

—Venga, sentaos, que he preparado un almuerzo para chuparse los dedos.

Oliver no dice nada, pero coge mi mano y aprieta los míos. Y, por la forma en que lo hace, estoy segura de que preferiría chupármelos.

Lo miro un instante y luego me inclino para decirle al oído:

—Eso que me has dicho de que por fin eres libre..., ¿quiere decir que te quedarás? ¿Esto no es sólo una visita?

Él me mira con infinita ternura y mi corazón rebosa de alegría al oírlo:

—Ya nunca volveré a marcharme sin ti.

Es un almuerzo muy divertido, ¡cómo no iba a serlo con estas brillantes criaturas! Son muy ocurrentes y muy despiertos los dos. Y además se llevan muy bien. Tanto es así que por un momento se me cruza por la mente que tal vez en el futuro ellos podrían... Imaginar a Fausto intentando que nadie toque a su niña me hace sonreír. Pero es muy pronto para pensar en eso todavía.

¿Y en qué puedo pensar para que mi mente no se dirija hacia aquello que ahora no se puede aunque se quiera?

A ver..., en la comida.

—Está deliciosa la carne, Fausto —le digo amistosa.

—Gracias. Aunque Helena se oponía, he querido prepararla especialmente para ti —me responde en el mismo tono—. Es que me ha dicho Oliver que ahora te gusta más que el pescado.

¡Joder! Voy a matarlos a ambos, juro que lo haré, pero de formas diferentes. A uno a golpes y a otro a besos.

Todos ríen, hasta los niños, aunque seguro que no saben por qué.

Yo bajo la cabeza y algo me llama la atención. Daniel tiene la servilleta sobre los muslos, por

eso se nota tanto... Es una jodida carpa. Una carpa «nivel dios». ¿Cómo es que está tan empalmado? Si no estamos haciendo nada...

Él se da cuenta de lo que me estoy preguntando, y la respuesta me llega en un susurro:

—Por el solo hecho de estar junto a ti.

Me atraganto con un trozo de pan, y Helena se para y me palmea la espalda hasta que se calma este violento ataque de tos.

—Yo que tú iría al baño a arreglarme el maquillaje —me dice Helena.

—¿Por qué? ¿Se ha corrido?

—Bueno, no. Pero creo que podría correrse ahora —repone la muy bruja—. Oliver, acompaña la arriba a retocarse mientras yo sirvo el helado, a ver si se enfría un poco el ambiente...

—¡Sí! —gritan los niños felices.

Oliver y yo nos miramos un momento... Y luego ambos subimos en tiempo récord la escalera.

Nos encerramos en el baño, tal cual mi amiga ha sugerido. ¿Habrá notado cuántas ganas nos tenemos? Estamos hambrientos el uno del otro, con esa clase de hambre atrasada que es incontenible y letal.

Nos devoramos jadeando al tiempo que tratamos de apartar la ropa lo mejor que podemos, sin llegar a romperla. Somos conscientes de que tiene que ser rápido y silencioso, pero esto último resulta complicado.

Él me baja los vaqueros y las bragas. Su mano se desliza entre mis piernas mientras me mira a los ojos.

—Echaba tanto de menos esto... A ti también, pero esto más... —me dice burlón.

Yo desabrocho su camisa y la deslizo por sus hombros.

—No quiero mancharte con mi maquillaje «corrido» —le explico, y luego le beso el pecho. Lamo bien en el centro, lo olfateo, lo acaricio—. Yo echaba de menos esto...

Pero él no está en «modo romántico», porque se baja la cremallera y se saca la polla.

—¿Y esto? ¿No lo extrañabas también?

«Joder...» Me inclino para metérmela en la boca, pero él no me lo permite.

—Date la vuelta, señorita López, porque ahora te voy a follar.

Es lo último que me dice, y luego él mismo me hace girar e inclinarme sobre el lavabo.

Después, todo es una locura. Me la mete hasta los huevos de un tirón. Si no estuviese tan mojada, habría sido imposible penetrarme así, pero él lo sabe... Ha comprobado momentos antes cuán excitada estoy.

Aferrado a mis caderas, me embiste con fuerza. Pero no tiene bastante, necesita meterse más adentro todavía, así que me coge de los hombros y empuja una y otra vez, con el rostro congestionado y los ojos brillantes. A través del espejo puedo ver su expresión cargada de lujuria.

Follamos sin dejar de mirarnos. Apretando los dientes para no gritar, damos rienda suelta a este deseo que venimos conteniendo desde hace meses. Me corro enseguida, por supuesto. Él me incorpora y me tapa la boca para que no grite mi orgasmo, un segundo antes de que estalle.

—Tranquila, mi amor. Tranquila... —murmura.

Se mantiene dentro con firmeza, hasta que termino de convulsionar, y luego se deja ir. Por el espejo veo su cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados, las venas del cuello revelándose bajo la piel, la tensa musculatura de sus hombros... Me está dejando moretones en las caderas de lo fuerte que aprieta sus dedos en ellas, pero no me importa. Lo único en lo que puedo pensar es que quien me está llenando el coño de leche es el hombre que amo.

Poco a poco, Oliver vuelve a ser él. Me mira a través del espejo y sonrío... Pero luego frunce el ceño y mira más allá.

Entonces me doy cuenta. Detrás de él hay otro espejo y, además de la parte superior de ese trasero de locura que asoma sobre el vaquero desprendido, se puede ver y admirar su hermosa espalda.

Su hermosa espalda, en la que hay un tatuaje.

—¿Es tu huella dactilar? —pregunta tras un momento.

Asiento con la cabeza.

—Me has marcado de todas las formas posibles, señorita López. Ya no podrás deshacerte de mí —es lo último que dice antes de darme la vuelta y volver a devorarme la boca.

* * *

Cuando bajamos después del polvazo que acabamos de echar en el baño de Helena, notamos que los niños están frente al televisor en la sala, pero que hay alguien más en el comedor.

Y la sorpresa es mayúscula cuando comprobamos que se trata de la mismísima Ingrid, a quien se le ilumina el rostro cuando ve a Daniel.

—Júnior me lo ha dicho esta mañana... No podía esperar para verte, querido mío.

Él se acerca despacio, sin soltarme la mano.

—Deberías haberlo hecho, mamá.

—Lo sé, lo sé, pero no me he podido aguantar... —dice ella acariciándole el rostro, y para mí total asombro agrega—: Lo siento.

Pero las sorpresas no paran, porque ahora se dirige a mí y lo repite:

—Lo siento, no era mi intención atosigaros.

Entonces me doy cuenta de que no sólo a Oliver le ha venido bien el tiempo y la distancia para cortar lazos; también a ella le ha servido. Y ni que decir tiene que también a nuestra pareja, que a partir de ahora no hará otra cosa más que estrecharlos.

No digo nada, ni falta que hace. Es Daniel el que lo dice todo.

—Ahora vete, por favor. Mañana ya hablaremos de cómo serán las cosas en adelante...

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Ya te enterarás. Pero ahora te voy a adelantar algo: mi intención y mi mayor deseo es casarme con esta mujer —dice levantando nuestras manos unidas—. Porque estoy enamorado de

ella desde el mismo instante en que la vi.

La madre de Oliver se queda muda, igual que yo. Helena y Fausto levantan las cejas y luego salen raudos y veloces del comedor.

Así que nos quedamos solos los tres. Mi cerebro intenta procesar lo que él acaba de decir. O sea, lo he entendido, pero no me lo termino de creer.

Los pensamientos se agolpan de forma desordenada en mi mente: «Está enamorado... Quiere casarse contigo... A Ingrid le va a estallar la cabeza... Le va a dar un ictus ahora mismo... Ya sé que nunca has pensado en casarte... Pero es Oliver, Cynthia, es Oliver... Si quiere inmovilizarte hasta con una sortija, dile que sí... Porque lo quieres, joder, lo adoras... Y él también lo hace, desde el momento en que te vio, ya lo has oído... Y ahora ya sabes por dónde encarar la jodida tesis, toma nota mental de ello...», me dice mi voz interior, que acaba de enloquecer.

Entonces sucede lo impensable.

Ingrid se encoge de hombros y luego endereza la espalda.

—Bien, no seré yo quien me oponga. Venid a cenar mañana y hablaremos de los detalles...

—¿De qué detalles, mamá?

—De la boda, Daniel. Que un acontecimiento así no se organiza de un día para otro.

Esto ya es surrealista. Hace cinco minutos estaba follando como si no hubiese un mañana y ahora estoy oyendo a mi futura suegra hablar de los detalles de mi boda.

Un momento... ¿«Mi futura suegra»? ¿Eso he dicho? Entonces me doy cuenta de que dentro de mi cabeza ya le he dado el «sí». Y es un «sí» como una catedral. Es un «sí» que obviamente incluye a su precioso hijo, pero también a su entrometida madre.

—Mamá, no es el momento...

Pero yo lo interrumpo, sin poder contenerme.

—Tiene razón, no es el momento. Lo hablaremos mañana en esa cena.

Ingrid asiente, pone la mejilla para que su hijo le dé un beso y luego se marcha.

Oliver me mira fascinado.

—¿Eso ha sido un «sí» a la pregunta que todavía no te he hecho?

—Sí, así es. Me has puesto en una posición incómoda, por lo que debo aceptar.

Él aprieta los labios tentado, y yo sé el motivo. Lo de la «posición incómoda»... Claro. Un acto fallido.

Pero él evita aprovecharse de ese lapsus, porque quiere saber algo más.

—¿Con madre y todo me aceptas? —pregunta con una sonrisa.

Me encojo de hombros.

—Si no nos matamos antes, sí. Pero no me presiones, Oliver, porque me pongo nerviosa y me invade la inseguridad...

La conversación no ha terminado, pero no podemos seguir hablando, porque los niños entran corriendo pidiendo más helado, seguidos de Fausto y Helena, que evidentemente no han podido contenerlos.

Y, en medio de las risas y la algarabía, Oliver me coge de la cintura y luego me hace enrojecer hasta la raíz del cabello cuando murmura en mi oído:

—Esta noche te pondré otra vez en una posición incómoda y con la polla en el culo te lo volveré a preguntar.

Agradecimientos y algo más

En esta ocasión quiero demostrar mi agradecimiento a todas las que han llegado hasta aquí con un pequeño regalo.

Así que, sin más preámbulos, les dejo un *bonus track*. ¡Que lo disfruten!

MARIEL

Entrevista a Paulette Lieberman. Tesis de Cynthia López

—Listo, Paulette. Antes que nada quiero decirte que es un honor para mí entrevistarte. Y también darte las gracias por ello.

—Guapa, no me las des. Contribuir a tu tesis es el verdadero honor, y es mío. Además, ya sabes lo bien que me caes...

—Gracias, tú también me gustas. Y eso es raro, teniendo en cuenta que eres la ex de...

[Risas.]

—No tenemos que ser enemigas sólo porque follamos con la misma persona alguna vez... Vamos, que tú eres una mujer de mente abierta y que lo establecido te lo pasas por el forro. Y ésa es una de las cosas que más me gustan de ti.

—Yo sólo te gusto porque he logrado fastidiar a tu suegra.

—Ahora es la tuya.

—No me lo recuerdes.

—Que le den a esa vieja. Me ha hecho mucho daño, pero tú, querida Cynthia, me has vengado. Y, si a eso le sumamos que eres genial con mi hijo, creo que tu presencia en la vida de Daniel es lo mejor que nos ha podido suceder. A todos.

—Gracias, Paulette. Pero «venganza» es una palabra demasiado fuerte...

—Tranquila, cariño, que a veces la venganza no implica ninguna acción comprometida. Eres el karma para esa señora por el solo hecho de existir... *No judía*, astuta y liberal. Y, por si eso fuera poco, joven y guapísima, ¡todo lo que ella ya no es! Y además has liberado a su hijo de las cadenas con las que lo retenía. Eres la leche, Cynthia López...

—Te lo agradezco mucho... Creo, porque no me queda claro si esa clasificación podría ser un pelín ofensiva. Aunque no me detendré en ello.

—Claro que no lo es. Tal vez si hubiese dicho «bisexual, mulata y sin dinero» lo sería, pero en ti ésas son cosas que suman, no restan. Al menos, en lo que se refiere a fastidiar a Ingrid.

—[Río.] Paulette, tu franqueza me abruma. Tú sí que eres una bruja de cuidado, pero en tu caso eso también suma... Ahora, si te parece, hablemos del amor.

—De eso hemos estado hablando todo este tiempo, guapa. De lo que un hombre es capaz de vencer por amor, de lo que una mujer es capaz de hacer por amor... El amor es la fuerza más poderosa de la tierra, y también el producto que más vende.

—...

—Vamos, no me mires con esa expresión de perplejidad. Lo has oído bien. El amor es un

producto que ha generado industrias millonarias. Desde la ropa hasta el entretenimiento, pasando por todos los adelantos tecnológicos. Todo lo que subyace en cualquier adquisición en el mundo moderno tiene el amor como motor principal.

—¿No sería el poder ese motor?

—¿Y de qué sirve el poder si no es para ser amado, admirado o temido? O sea que el amor o el desamor siempre están detrás.

—No sé si lo entiendo bien... ¿Tú no crees en el amor, Paulette?

—Digamos que no creo en el amor eterno y mucho menos en el amor romántico en el que nos han formado durante siglos. Creo en los vínculos entre los seres humanos, en la fuerza de la pasión, en los instintos básicos, en la solidaridad, en la empatía, pero en el amor de la industria del entretenimiento sí que no creo.

—¿Has estado enamorada alguna vez?

—No. Me he sentido demasiado caliente y muy ligada a otro ser humano por distintas razones ajenas a la calentura, pero enamorada, en el sentido popular, no.

—O sea que esa especie de locura transitoria que muchos llamamos enamoramiento para ti es una calentura.

—Así es. Y «locura transitoria» lo define más que bien. Lo tiene todo para serlo, vamos. Durante un tiempo dejas de ser tú. Tanto es así que puede explicarse en términos neurológicos, y los psicólogos lo sabéis bien.

—Así es... Feniletilamina, dopamina, norepinefrina...

—Dopamina, sobre todo. La sustancia de las adicciones.

—Es una sustancia que me es demasiado familiar, pero... ¿Qué pasa cuando los neurotransmisores pierden esa capacidad de producción? ¿La pareja está condenada al fracaso?

—En primer lugar me gustaría que no hablemos en términos de «pareja», sino de «vínculos». La monogamia es una estructura en crisis que durante siglos estuvo al servicio del capital, pero en estos tiempos y con la tercera oleada feminista también está siendo cuestionada. Las palabras «vínculos» o «relaciones» nos hablan de lo que va más allá de las sustancias y las relaciones de poder. Nos hablan de sentimientos y de acuerdos.

—Me da la sensación de que cuando hablas de acuerdos no lo haces desde la desaprobación.

—En absoluto los desaprubo. Una cosa es la monogamia y sus pactos de exclusividad afectivo/sexual/patrimonial. Una forma de relacionarse preestablecida e impuesta. Otra cosa muy distinta son los acuerdos flexibles y creados por y para ese vínculo, en ese momento... Creo que ha llegado la hora de aceptar el cambio. Las personas estamos en permanente transformación, al igual que nuestros sentimientos, y nuestras acciones deben ser consecuentes.

—Hace falta honestidad afectiva e intelectual para asumir que nada de lo que creíamos más o menos permanente lo es...

—Tú lo has dicho. Por eso creo que hay vínculos más allá del efecto de las sustancias que nos mantienen enamorados, pero no siempre. Y mantenerlos de manera forzada no es sano.

—Paulette..., no sé si querrás responderme a esto, pero... ¿fue eso lo que te pasó con Oliver?

—No me importa hablar de ello, te lo aseguro. Pero con Daniel no funcionó la química... Tal vez hubo estética y estrategia, porque nos veíamos bien juntos y teníamos muchas cosas en común. Y mucha presión familiar también, pero no llegamos a enamorarnos, o lo que quiera que eso signifique. Él tiene pinta de reprimido, pero tú debes de saber mejor que nadie que en la cama, de eso, nada. Así que ambos hicimos nuestra vida con otras personas químicamente compatibles hasta que la vieja loca lo estropeó. Claro que antes de eso tuvimos sexo y hasta un hijo, que ha sido nuestro mejor acierto y ha logrado que todo mereciese la pena.

—Estoy segura de que él cree lo mismo en cuanto a Júnior. Y realmente valoro la oportunidad de entrar en su vida.

—Lo sé, cariño. Júnior es muy especial, y tú también lo eres, y por eso congeniáis tan bien. Él te quiere mucho y eso me hace muy feliz.

—Eres demasiado brillante... Creo que eso me produce un poco de celos, porque sé que jamás podré ser como tú. Ni así de guapa, ni así de inteligente, ni así de exitosa. Y tampoco le daré un hijo... Nunca he sentido la necesidad de ser madre.

—Me parece una gran decisión que no sigas el mandato: si no tienes ganas, no tengas hijos. Ya ves que siempre hay un niño cerca para brindarle y recibir amor y cuidados. Pero sobre lo otro... No te imagino como una chica acomplejada, Cynthia. Estoy segura de que sabes lo que vales. ¿Me estás haciendo la pelota? Porque, si es así, tengo que decirte que no tienes nada que envidiarle a nadie. ¿Quieres más flores? Aquí las tienes. Además de ser joven, preciosa e inteligente, tienes toda la vida por delante para lograr lo que te propongas. Eres brillante en más de un aspecto (el tatuaje de mi teta izquierda es una prueba de ello), y lo más importante de todo: Daniel está loco por ti. Yo jamás he podido provocar eso en nadie, y en él menos que en nadie. Tienes todos sus neurotransmisores activados y con las sustancias adictivas a tope... Y, si eso llegara a menguar, el vínculo que estáis construyendo parece tan sólido...

—Bueno, Oliver es mi mejor amigo ahora, Paulette. Dejando de lado lo bien que se nos da en la cama, nadie me ha comprendido y valorado más que él. Me hizo mucho daño al principio, pero luego sanó cada una de mis heridas.

—Daniel se ha convertido en un hombre completo gracias a ti, cariño. Has logrado que se quiera, cosa que yo no pude. Ahora disfruta y hazlo disfrutar... Yo creo que ya era hora de que dejara de ser tan estructurado y contenido. La influencia del imbécil de Gastaldi ha sido nefasta... Y, ni que decir tiene, la de su madre.

—Pero Oliver no ha tenido nunca un palo metido en el culo como Fausto.

—[Ríe.] Lo has definido más que bien. Joder, menudo tío... Machista, misógino, clasista. Y tengo muy claro que no fui jamás santo de su devoción, así que no esperes serlo tú tampoco...

—Te recuerdo que ya no es el mismo ahora.

—¿De verdad Gastaldi ha cambiado?

—Y para bien. Mi amiga Helena ha convertido al macho alfa en un gatito.

—Permíteme dudarlo...

—Bueno, no en un gatito, pero sí en un tío pasable. Hasta me ha permitido hacerle un tatuaje en la ingle, con eso te lo digo todo...

—¿Qué? ¿Gastaldi se ha hecho un tatuaje? ¿Encadenado o por propia voluntad?

—Por propia voluntad. El poder transformador del amor...

—O de una calentura fuera de toda lógica. Me alegra saber que no todo está perdido... Bien por tu amiga Helena. ¡*Girl Power!*

—¿Sabes que creo? Que tú y Helena os llevaríais muy bien. Cuando entregue la tesis podemos ir a celebrarlo las tres.

—Mientras no vaya Gastaldi también, me encantaría conocerla.

—Eso está hecho. Y ahora, para finalizar... Más que una obsesión, el enamoramiento parece ser una especie de adicción... ¿Cuál sería entonces el tratamiento para la crisis de abstinencia cuando todo se termine?

—Otro amor, querida. Y, a poder ser, que sea hacia uno mismo. No hay amor más fiel y gratificante que el propio. Sin quererse es imposible querer a otros... Recuérdalo siempre.

—Gracias, Paulette.

—Un placer, cariño.

FIN DE LA GRABACIÓN

Entrevista a Fausto Gastaldi. Tesis de Cynthia López

—Señorita López...

—Cynthia, doctor. Creo que, después de tantos años de conocernos, podemos evitar formalidades.

—En ese caso deja ya eso de «doctor», que has estado manipulando mis partes bajas hace muy poco tiempo y esa formalidad tampoco tiene sentido.

—Es porque estamos en tu consulta. Y deja de decir eso, que cualquiera que lo oyese pensaría algo raro y no la verdad: que te he hecho un precioso tatuaje en la zona púbica.

—Lo de «precioso» lo has dicho tú. Para mí ha sido una prueba de amor hacia Helena, y la forma de cumplir con mi meta de casarme con ella.

—Joder, Fausto. Creo que las formalidades no son algo menor para ti, ¿o me equivoco?

—[Vacila.] No, pero no se lo digas a Helena, ¿vale?

—No se lo diré, pero te advierto que este móvil que ves aquí te está grabando.

—Ya lo sé, y he consentido sólo porque me has dicho que es con fines profesionales, para tu tesina.

—No es una tesina, sino una tesis... Y, sí, puedes estar tranquilo, que esto forma parte de una investigación y se mantendrá el anonimato y demás. Pero tú de eso sabes bastante, ¿no?

—El secreto profesional es sagrado. Pero no quieres hablar de esto... ¿No era del amor a primera vista? ¿Es sobre ese asunto la investigación?

—Algo así. Trato de confirmar mi hipótesis de que el amor es una especie de locura transitoria, como una obsesión, algo que puede resultar hasta dañino por su intensidad y por los actos muchas veces intempestivos que trae aparejados.

—Tonterías.

—¿En qué te basas para descalificar así mi teoría?

—En que creo, o más bien estoy seguro, que por más enamorado que uno esté siempre tiene el control de todo.

—Ah..., mira qué bien. Ya habló el macho alfa...

—Si te vas a burlar, que la entrevista para la tesina te la dé otro.

—Que es una tesis, Fausto. Y no me estoy burlando, sólo estoy constatando algo...

—¿El qué?

—Que eres un negador compulsivo. Porque sólo a un negador se le ocurre decir que cuando te enamoras mantienes el control de todo. Si hay algo que pierdes estando en ese estado es el

control...

—Eso es sospechosamente favorable a la comprobación de tu tesis... No tienes que dar nada por sentado, ¿sabes? Yo, por ejemplo, he estado durante más de cuatro años enamorado de Helena, y en ningún momento he perdido el rumbo o el control de mis actos.

—[Río.] Sí, claro.

—Deja de burlarte tú ahora.

—Fausto..., sólo déjame hacerte tres preguntas, ¿vale?

—Vale.

—¿Tenías el control cuando profané tus partes bajas haciéndote un tatuaje de un muñequito de pastel de bodas?

—Eso fue por...

—No digas nada todavía. Segunda pregunta: ¿tenías el control cuando protagonizaste un escándalo delante de todo el mundo con una malabarista callejera?

—Bueno, yo...

—Aguarda. ¿Tenías el control cuando tiraste diez mil pavos en mi bolso sólo para que Helena no se enfadara?

—...

—¿Fausto?

[Masculla algo ininteligible.]

—Ah. Ya me parecía que no tenías el más mínimo control ni de tus actos ni de tus pensamientos en al menos esas tres ocasiones...

—Eres una tramposa, ¿sabes? Esa tesina no será para nada objetiva...

—¡Es una tesis, joder!

—Y Oliver es un santo, porque hay que serlo para aguantarte...

—Deja a Oliver fuera de esto. Retomemos el asunto del control y el amor.

—¿El amor o la calentura?

—Me gustaría saber cómo es que separas esos sentimientos.

—[Piensa.] No lo sé... Antes tenía claros los límites, pero con Helena es todo una misma cosa, amor y calentura todo junto, de forma que ya no recuerdo por qué demonios me acostaba con las otras mujeres antes de conocerla. Porque calentura, en la dimensión real de la palabra, sólo la he sentido con ella... Y del amor..., ¿qué puedo decirte? Un hombre que se deja tatuar un muñeco de pastel de bodas ahí abajo siente mucho más que eso...

—Me gusta cuando nos ponemos serios. Háblame más de tus sentimientos hacia Helena.

—Joder, Cynthia... Creo que lo he dicho todo ya...

—Abre tu corazón y deja el cerebro a un lado, por favor.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres que admita que mi vida no tendría sentido sin ella? ¿Que la amo más allá de la razón? ¿Que me gusta tanto que hasta me desconozco? Desde que ella está en mi vida soy otra persona. Me parece haber vivido a medias hasta que la conocí. Helena es como

una inyección de alegría, de belleza, de color. Me da paz y también mucha guerra... Nunca estoy tranquilo con ella. Ha puesto mi vida patas arriba, pero jamás he sido tan feliz...

—Adoro cuando los machos alfa se transforman en dulces gatitos...

—No me toques las narices.

—Lástima que no he podido decirte lo mismo antes. En serio, Fausto. Me encanta cuando te quitas el palo del culo y te muestras tal como eres...

—¿Qué cojones...? ¿Qué es eso del palo en el culo?

—Que eres mejor cuando dejas de mostrarte tan estructurado, tan rígido.

—Creo que a veces me pongo una coraza... Me protejo de la avalancha de sentimientos que Helena me provoca. Bueno, no sólo ella...

—¿Yo también? Ay, muchas gracias...

—No juegues. Me refiero a mis hijas... Joder, son las putas amas las tres. Las adoro, de verdad.

—Ya sé que las adoras. Si no, no me explico cómo Hannah ha sobrevivido después de dibujarte un número 5 con rotulador permanente en el capó del Mini.

—La he perdonado al instante porque todo ha sido idea del hijo de Oliver, que es demasiado listo para su propio bien. Pero recuérdame no dejarlos mucho tiempo solos para que se confabulen en otra travesura...

—No puedes negar que ha sido un bonito homenaje a tu madre, que en paz descanse.

—Bueno... Quiero pensar que, si existe un más allá, ella se ha divertido mucho al verme vociferar impropiedades en italiano para que los niños no se enteraran.

—Eres un patán sin remedio, Fausto.

—Tienes razón, a veces me comporto como un patán, pero es por miedo. No puedes tener una vida tan perfecta sin tener temor a perderla...

—Pero, Fausto..., ¿por qué esos miedos?

—Bueno, soy consciente de que soy demasiado viejo para Helena... Temo que se aburra, que se aleje de mí algún día. Ella puede tener a cualquiera a sus pies, a cualquiera...

—Pero te quiere a ti. Y no a sus pies, sino junto a ella, de la mano.

—...

—¿Fausto?

—¿Sabes que eso es lo más bonito que me has dicho en tu vida?

—No te me emociones, que también te he llamado chapucero.

—Calla, que aún estoy llorando por esos diez mil pavos.

—Déjame compensarte con un nuevo tatuaje.

—Vete al infierno, señorita López.

[Río.]

FIN DE LA GRABACIÓN

Entrevista a Helena Miller. Tesis de Cynthia López

—Está grabando, Cyn.

—A ver... Sí, parece que sí. Bueno, Helena, soy toda oídos. Quiero que me cuentes qué sentiste cuando viste a Fausto por primera vez...

—No creo que te sirva para tu tesis. No fue nada agradable, te lo prometo...

—Deja que yo juzgue eso. Tú cuenta.

—Bueno... La primera vez me pareció uno de esos tíos pijos... De esos que parecen andar con un palo metido en el culo. Se puede decir «culo», ¿no?

—Por supuesto. Ya lo arreglaré yo. Pondré «estirado y formal».

—Eso, demasiado formal me pareció. No me gustó cómo me miraba... Era evidente que yo le disgustaba.

—No entiendo por qué.

—Ni yo en ese momento, pero luego me lo dijo. Le molestaba mi aspecto, pero más aún mi felicidad. No podía entender cómo una «mendiga» como yo podía disfrutar de hacer malabares en un semáforo por unas monedas...

—Qué tontería. ¿Por qué habría de molestarle algo de una persona a quien no conoce? A menos que desde que os visteis por primera vez hubiera una especie de conexión...

—Igual la hubo, Cyn. Fue muy extraño...

—Pero ¿qué fue lo que te llamó la atención de Fausto? ¿Por qué reparaste en un tío como él?

—Creo que pude sentir en la piel la desaprobación de su mirada. Y, aunque no lo quise reconocer hasta mucho después, me pareció demasiado guapo... Y eso que su estilo no me gustaba, pero tenía algo...

—Algo tendría, porque tú no eres de las que se derriten ante una cara bonita, y menos si te observa como si fueses un insecto.

—Me conoces bien. Pero en realidad no fue en ese primer encuentro que comencé a sentir cosas por él, y tampoco en el segundo, al menos al principio.

—Lo del chicle fue un punto de inflexión, ¿no?

—Así es. Me indignó y me calentó a partes iguales... En cuanto se marchó supe que no sería la última vez que lo vería y que las cosas no quedarían así. No sabía qué pasaría, pero estaba segura de que aquello continuaría de algún modo.

—Pero ¿cuándo sentiste que estabas en un punto de no retorno?

—Creo que cuando fue en GataPaka, la noche que se dejó la gabardina...

—¿Cuando le cogiste la polla en el portal?

—No sé cómo te las arreglarás para no poner «polla» en tu proyecto, pero sí, creo que fue tocársela y enloquecer. Para siempre.

—Ay, Helena... Oírte decir «para siempre» me pone de los nervios. Tú no eres así...

—Es verdad. Yo soy más de vivir el momento, pero después de cuatro años juntos, y cada vez más ganas de cogerle la polla, creo que podría cuadrar esta sensación de permanencia con respecto a él... Además, no olvides que tenemos dos niñas que serán un lazo de por vida.

—Bueno, eso es verdad. Continuemos con lo de la polla, digo..., con lo del portal.

—Pues eso, que en esos veinte segundos que lo tuve en mis manos...

—Literalmente...

—Literalmente. Esos veinte segundos bastaron para que se instalara el deseo.

—¿Y el amor? ¿Cuándo y cómo crees que se instaló el amor?

—El amor... Creo que supe que lo amaba cuando me confesó que te había pagado los diez mil sólo para que yo no me enfadase. Me resultó tan tierno, tan ingenuo...

—Ya. Me confunde un poco que, si no fuera porque se la has mamado bien, yo no hubiese tenido mi nuevo equipo para tatuar.

—Ya ves, mis talentos no tienen fin... Me debes una.

—Joder..., qué mala eres. Cuéntame qué fue lo que te pareció tan tierno, porque tu marido a mí me parece de todo menos tierno.

—Su forma de reconocer que me quería en su vida, Cyn. Todavía recuerdo sus palabras cuando le pregunté los motivos por los que quería que me mudase con él.

—¿Qué te dijo exactamente que te conmovió de esa manera?

—Muchas cosas. Que quería dormir conmigo haciendo la cucharita entre sábanas pegajosas, comer hierba junto a mí y follarme tres veces al día.

—No suena muy tierno, que digamos...

—Tal vez no suene romántico, pero a mí me pareció la mejor declaración de amor del mundo. Me llenó de ternura que un hombre como él reconociese que una mujer tan diferente podría ser lo que necesitaba para llenar de color su vida gris.

—Eso sí... Tú has llenado de alegría su vida, Helena. Lo has cambiado todo... Su pasado, su presente, su futuro. El doctor es muy inteligente y seguro que lo entendió más pronto que tarde.

—Y él me la ha cambiado a mí... Me obligó a enfrentar mis miedos, y sin eso no habría conocido a Hannah. Su amor es incondicional y no tiene límites... Cynthia, él nunca ha intentado cambiarme. Sé que le supone un gran esfuerzo entenderme y aceptar ciertas cosas, pero siempre me ha apoyado. Ha tenido que abrir su mente y transformar su estilo de vida por mí.

—Ay, Helena... Qué bonito. Nadie adivinaría, viéndolo tan serio y circunspecto, que Gastaldi es capaz de amar tan intensamente...

—En cambio, sólo echándole un vistazo uno comprende que Oliver es tan encantador como parece. ¿O me equivoco?

—Oliver... Helena, Oliver no es de este planeta. Sus cualidades son tantas que no me alcanzarían ni diez tesis para contemplarlas todas. Pero no estamos hablando de él ahora... Sigamos con vuestra historia.

—¿Es que hay más que decir? A veces el amor sobreviene a primera vista, y a veces más adelante. En ocasiones, lo que al principio parece odio termina transformándose en otra cosa. Y también a veces el amor no sólo es una especie de locura transitoria, sino que permanece igual de intenso y cobra nuevas dimensiones...

—¿Te sientes igual de enamorada que antes?

—Más, mucho más. Y muy caliente... Creo que el asunto de la cama es una prioridad todavía, y nosotros la tenemos muy buena. Pero también creo que esto es así por otros motivos...

—¿Como cuáles?

—¿Como cuáles? A ver... La novedad ya no existe, pero lo que sí existe es el conocimiento de qué es lo que le gusta al otro, de cómo disfruta el otro... Y ese jueguito de miradas, aun estando rodeados de gente, que anticipa algo memorable. Haber conocido sus otras facetas, descubrir cuán talentoso es y cuánto empeño pone en lo que hace, ver cómo disfruta de la paternidad, me hace desearlo más, si es que eso es posible. Son muchas cosas, Cyn... Infinidad de cosas que hacen que sienta que Fausto Gastaldi es mi «para siempre».

—Helena, el poder transformador del amor ha obrado maravillas también en ti.

—¿Estás a punto de llorar o me lo parece a mí?

—Quita, pesada.

—¡Estás llorando, señorita López! ¡Y antes nunca lo hacías! Creo que el poder transformador del amor también ha obrado maravillas en ti...

—...

—Somos dos tontas sentimentales, ¿no?

—... Eso creo. Déjame que apague esto... Joder, no veo nada...

—[Ríe.] Límpiate los mocos, que ya lo hago yo.

FIN DE LA GRABACIÓN

Entrevista a Daniel Oliver. Tesis de Cynthia López

—Probando, probando, uno, dos, tres... Parece que sí está grabando ahora, ¿no?

—Claro que está grabando, o mejor dicho, filmando, así que no es necesario eso del uno, dos, tres... Vamos, empieza...

—Es que no sé qué quieres exactamente que diga...

—Lo que pensaste y sentiste cuando me viste por primera vez, tío, que no es tan difícil... Siempre se te ha dado bien la franqueza. Vamos, que nunca te cortas conmigo.

—No es difícil, Cynthia, pero no estoy seguro de que esto pueda servir para algo...

—Tú haz lo que te pido, que yo me ocuparé de seleccionar lo que pueda incluirse en la tesis. No quiero meterte presión, pero ten en cuenta que obtendré mi título gracias a ella, ¿vale? Así que habla con sinceridad, porque necesito saber de primera mano qué demonios se le pasa por la cabeza a un tío como tú cuando conoce a alguien y queda alucinado.

—¡Sí que lo tienes claro! No sé para qué quieres mi testimonio...

—No te rías, Oliver, que me cabreo.

—Vale, cielo, vale. Pero antes dime el título de tu tesis. ¿Ya lo has decidido?

—Creo que se titulará «¿Puede considerarse el enamoramiento una especie de locura transitoria?», o algo parecido. No lo sé aún, pero ésa es la hipótesis que me planteo y, si sigues dándole vueltas, no terminaremos. ¿Estás listo?

—Pues no lo sé... La idea de que hayas entrevistado también a Fausto no me hace en absoluto feliz, te lo prometo.

—No sé por qué. Necesitaba el testimonio de un hijo del patriarcado más enfermo que tú. Y tengo que decir que el doctor Gastaldi ha sido una fuente inagotable de información y de inspiración.

—Pero ¿qué le preguntaste exactamente?

—Nada que pueda compartir contigo, al menos hasta que finalice la investigación. Así que habla ahora o lo dejamos y me pongo a transcribir la entrevista de Paulette.

—¿Has entrevistado también a mi exmujer? ¿Estás loca?

—¿Conoces a otra Paulette? Ella sí que lo está, y me encanta. Me ha dicho cosas de ti muy jugosas.

—¿Sabes qué? No sé si me gusta que tengáis tan buena relación.

—Oh, cállate ya, Oliver. O más bien habla. Quiero que me digas qué sentiste al verme por primera vez. Ya te recompensaré luego, ¿vale?

—Te tomo la palabra, señorita López.

—Ahora dame la tuya, señor Oliver. Y me refiero a las palabras, porque la polla te la pediré después...

—Joder, Cynthia. Tenías que decirlo de esa forma... Mejor dejamos esto para más tarde y ahora nos dedicamos a...

—Te recuerdo que estoy grabándolo todo. Y que esto no es en plan peli porno, como la otra vez.

—Vale, vale.

—Comienza ya. Cuéntame qué viste, qué pensaste, qué sentiste cuando nos conocimos.

—Fue amor a primera vista, ya lo sabes...

—Me lo has dicho, pero necesito detalles para ver si el consabido «flechazo» puede considerarse una especie de hecho traumático.

—Mira que eres retorcida... En fin, ¿necesitas detalles? Bueno, te lo voy a contar. Antes de conocerte para mí eras sólo una nariz sangrante e hinchada que se transformó en una naricita muy mona y muy rara. Eso era al principio la chica de la nariz rota, la oportunista, la de la demanda. Una serie de fotos de archivo médico algo desagradables, a no ser por un labio superior bastante sensual que quedaba velado por lo truculento de la imagen en general. Pero la que entró en mi despacho aquella tarde cambió por completo la idea parcial que yo tenía de la jodida señorita López. Y también puso mi mundo patas arriba... Lo que vi al darme la vuelta me dejó alucinado, como tú has dicho.

—Ejem..., ¿y qué fue lo que viste?

—A una morena despampanante. Lo primero que vi fue tu rostro sorprendente. Completo, sin lesiones, perfecto. Precioso. Pestañas largas, piel de terciopelo y la boca más sexy del mundo haciendo una pompa de chicle. Estabas enfadada y tus ojos echaban chispas... La pompa rosa explotó, tu lengua recogió el chicle con habilidad y luego me increpaste con los brazos en jarras. Fue entonces cuando reparé en tu cuerpo... Dios..., llevabas un jersey negro de cuello ancho, una falda vaquera ceñida y botas de tacón. Delgada pero voluptuosa, perfectamente peinada. Alta, pero además erguida. Hermosa, hermosa... Nunca en la vida una mujer me había impactado tanto con sólo mirarla. Es que no había conocido jamás a alguien como tú. Creo que me quedé con la boca abierta haciendo el tonto...

—Bueno, un poco sí.

—Qué mala eres... Pero es cierto. Sólo salí de esa ensoñación cuando hablaste de tu nariz y de mi hijo. Joder, qué vergüenza. La indiscreción de Júnior hizo que me ruborizara, lo confieso, pero al menos me sacó de ese estado catatónico en el que me encontraba.

—Y yo que pensé que no te gustaba mi nariz y por eso me mirabas así...

—Te prometo que desde ese día jamás volviste a ser sólo «una nariz», cielo. Eras todo menos una nariz... Y yo me volví loco. Continué haciendo el tonto el resto de la reunión. Hablaba con la señora Frers, pero no podía quitarte los ojos de encima... Tu hombro moreno asomando cuando el

jersey se movió. Tus largas piernas. Esas tetas... Creo que ni siquiera intenté disimularlo; estaba seguro de que no podría. Y luego esa especie de discusión por los honorarios inflados...

—No lo estaban tanto.

—...

—Continúa, porque te estás ganando una hostia que para qué.

—[Ríe.] Y luego esa extraña expresión..., «No tengo yo el coño *pa'* farolillos». No me lo podía creer... Jamás nadie había dicho algo así en ese despacho. Ni la frase, ni la palabra «fuerte», por decirlo de algún modo.

—¿Nadie había dicho «coño» en tu oficina?

—Pues no, que yo recuerde. Me pareció tan encantadoramente fuera de lugar... Me quedé tonto de nuevo y ahí supe que estaba perdido. No tendría el control de la reunión ese día y probablemente nunca. Joder, Cynthia. En ese instante me di cuenta de que, además de hermosa, eras especial... El tipo de mujer que hace lo que quiere. El tipo de mujer que podría hacer conmigo lo que quisiera. Y también debo confesar que cuando pensé en tu coño me empalmé como un adolescente... El simple hecho de oírtelo decir, de ver cómo se fruncían tus labios al hacerlo me volvió loco. Se me fue toda la sangre a las partes bajas, y es por eso por lo que ya no pude pensar...

—Me di cuenta, descuida. ¿Es que nunca lo habías oído? Es una expresión típicamente española. Del sur, creo... Tuve una amiga que lo decía a menudo y se me pegó.

—Jamás lo había oído, de verdad. La cuestión es que después de eso sólo pude pensar en volver a verte. No fui muy profesional cuando dije que te llamaría a ti y no a mi colega.

—Y tampoco cuando me diste la mano. ¿Te la querías quedar?

—No sé lo que quería. Que no te marcharas, desde luego. Retenerte, volver a verte... Seguir haciendo el tonto. Morderte el hombro, la boca y hasta el coño con o sin farolillos. Quería tu mano allí donde se concentraba toda mi sangre, donde estaba dan duro que ya me dolía.

—Oliver...

—Dime.

—Creo que ahora estás igual. Mírate...

—...

[Río.]

—¿Puedes apagar eso, señorita López? ¿O quieres grabar una porno *amateur* como la última vez?

FIN DE LA GRABACIÓN

Biografía



Mariel Ruggieri irrumpió en el mundo de las letras de forma abrupta y sorprendente. Lectora precoz y escritora tardía, en 2010 publicó su primer libro, *Crónicas ováricas*, una recopilación en tono humorístico de relatos relacionados con las mujeres y su sexualidad. Su primera novela, *Por esa boca*, nació como un experimento de blog que poco a poco fue captando el interés de lectoras del género romántico erótico, transformándose en un éxito al difundirse en forma casi viral por las redes sociales. Fue publicada

en papel en la República Argentina en mayo de 2013. En enero de 2014 lanzó su primer título con Esencia, *Entrégate*, una novela casi autobiográfica y también su proyecto más amado.

Enraizados sus orígenes en el viejo continente, la sangre italiana que corre por las venas de la autora toma protagonismo en la pasión que imprime en las escenas más candentes, que hacen las delicias de los lectores del género. Actualmente reside en Montevideo junto a su esposo y su hijo, y trabaja en una institución financiera.

Otros títulos de la autora: *Morir por esa boca* (2014), *La fiera* (2014), *Atrévete* (2015), *La Tentación* (2015), *Tatuada en mi alma* (2015), *Paulina, cuerpo y alma* (2015), *Corazones en la arena* (2015), *Todo por esa boca* (2015), *El Granizo* (2016), *Nada prohibido* (2016), *Cuidarte el alma* (2014 y 2017), *Descalzos en la nada* (2017), *Macho Alfa* (2019), *Tres Online* (2017 y 2019) y *Muñequita mía* (2019).

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en <www.facebook.com/MarielRuggieri>.

Notas

1. *Macho Alfa*, Mariel Ruggieri, Zafiro, 2019.

Todo suyo, señorita López
Mariel Ruggieri

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Silvina Borges

© Mariel Ruggieri, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-08-22224-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

